

Arcadi Espada

CONTRA CATALUNYA



2^a
EDICIÓ

Una
crònica

se

Lectulandia

«Los últimos veinte años del siglo pasarán a la historia de Cataluña como los de la hegemonía del pujolismo. Lo son, por supuesto. Pero esa hegemonía, que ha supuesto una desertización del espíritu crítico, un mortal aburrimiento polémico, una degeneración de las formas de pensar, de escribir, de autonarrarnos, en fin, no habrían sido posibles sin la colaboración de muchas gentes de la izquierda y de sus partidos. Ellos han legitimado el pujolismo y le han dado –por activa o por pasiva– su verdadero carácter nacional».

He aquí uno de los párrafos finales de este libro singular, del que lo menos que puede decirse es que se trata de un libro de armas tomar: polémico, irrespetuoso, provocador, heterodoxo, faltón, indiscreto y... seguramente necesario. Después de tantos excesos sectarios, de tanta retórica inmoral, de tanto chantaje y tantas mandangas en nombre del sentimiento nacional, del nacionalismo, de la pluralidad y de la diferencia, tenía que pasar: alguien se cansó y, cargado de razón, volcó toda su amargura, su malhumor y sus prejuicios, tan legítimos como los de sus contrarios, sobre quienes, alejados o inhibidos, están dispuestos a seguir tragando lo que les echen. Estas cosas no suelen suceder en España ni en Cataluña. Pero cuando se producen, deben saludarse con un suspiro de alivio.

Por supuesto, el protagonista principal de este libro es el nacionalismo catalán, con todos sus excesos y floripondios. O, si se prefiere, un cierto nacionalismo catalán que el autor asimila al «pujolismo» pero que no anda por el monte solo. En realidad por estas páginas ardientes e indignadas pasan Pujol, su esposa y sus colaboradores más íntimos. Pero también pasan Pasqual Maragall, el Palau de la Música, Oriol Bohigas, Vázquez Montalbán, Josep Plá, Josep Maria Cullel, y Joan Oliver, y el Museo Nacional de Cataluña. Y TV3, y Cam Zam y Vidal Quadras. Y un largo etcétera que representa esa realidad varia, sufrida y mal entendida –cuando no ignorada adrede– que es Cataluña.

Lectulandia

Arcadi Espada

Contra Catalunya

Una crónica

ePub r1.0

Titivillus 19.09.18

Título original: *Contra Catalunya*
Arcadi Espada, 1997

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Al señor Arcadio Espada
y a las señoras Francisca Enériz
y Patricia Jacas, por las mismas razones*

La crónica híbrida, formada de mil cosas reunidas al acaso en la cabeza de un hombre que se mesa el cabello con el gesto de aquel que vacía sus bolsillos sobre una mesa.

RAFAEL CANSINOS-ASSENS

Este libro debe su primer agradecimiento a Jaume Boix Angelats. Su contribución ha ido mucho más allá de lo que pudiera suponerse por ser el responsable de la estupenda versión catalana. Si muchos fragmentos del texto presentan —en ambas lenguas— una sintaxis inteligible y sensata se debe a la calidad y precisión de sus comentarios. Desde hace ya algunos años, lo mejor de mi vida intelectual va ligado a las conversaciones que he mantenido con Jaume Boix y con Xavier Pericay, otro lector primero, amable y agudo: en la medida de mis posibilidades la sustancia de esas conversaciones está aquí.

Por fortuna, la profesora Anna Caballé leyó el manuscrito: no sé si valorar más la minuciosidad y el buen sentido de sus observaciones o la delicadeza con que las expuso.

Pilar Espada, Milagros Guardia, Carlos Trías, Josep Maria Castellet, Manuel Trallero y Joan Ferraté leyeron la totalidad o fragmentos diversos del original: tengo la certeza de que lo que leyeron era mucho peor que lo que sigue.

INTENTO DE CUMPLIMIENTO DE UN MANDATO DE JOURBERT

Tuvo el autor la fortuna de vivirlo y ha tenido la necesidad de no olvidarlo. También entonces, como en la Roma de Adriano y Yourcenar, los Dioses habían muerto y Cristo aún no había nacido. Fueron años muy frágiles y muy cortos: empezaron poco antes de que Franco muriera de viejo y acabaron el día que insultaron y agredieron al dirigente socialista Raimon Obiols en la puerta del Parlamento de Cataluña, pocos minutos después de que Jordi Pujol —contra el que acababa de presentarse una querrela por su presunta implicación en el caso Banca Catalana— fuera elegido por segunda vez, y de manera absoluta, presidente de la Generalitat.

Fue un momento, de una agradable levedad. Por un lado, España se daba vergüenza a sí misma. Entendámonos: la España que tras un largo martilleo de años, de decirse a sí y a sus ennegrecidos súbditos, ¡Contra España, nada!, agachaba ahora la cerviz y se aventuraba al experimento de considerarse plural y distinta. Esa España avergonzada era una delicia. Por el otro lado, Cataluña estaba en esa hora sensual del desperece: la pesadilla vencida, el día por delante y la habitación llena de sol y de proyecto.

Ese momento de equilibrio raro daba como consecuencia, por cultural ejemplo, que para un joven catalán interesado en esos asuntos don Pío Baroja podía seguir siendo uno de los buenos prosistas del siglo europeo, como le habían enseñado en la escuela; que a don José María de Pereda se le había desplazado unas cuantas peñas abajo en la literatura mundial, seguramente contra el parecer de muchos antiguos maestros de su bachillerato; que había sido Gabriel Ferrater el autor, quizá, del mejor poema escrito sobre la Guerra Civil o que al señor Manuel de Pedrolo se le estaba buscando su lugar en la literatura, al margen de la Resistencia, unas cuantas peñas abajo también y contrariando seguramente la opinión de muchos antiguos maestros de la Escola Activa. Los valores de la cultura peninsular se habían instalado, en efecto, en un inédito equilibrio.

Entre los Dioses y Cristo, Cataluña estuvo representada políticamente por un abuelo. Éste, Tarradellas, llegó ejerciendo su autoridad con testarudez. Exigió faldas a las mujeres y corbatas a los hombres, reunió a los presidentes del Madrid y del Barça para que firmaran una paz de sainete muy improbable y viajó por España en trayectos bien intencionados que también tuvieron un punto delirante y marciano: desde luego, quien busque material para el escarnio en el mapa tarradellista de superficie tiene muchas probabilidades de encontrarlo. Era un hombre ya muy viejo. Pero fue el principal responsable de que el prestigio de Cataluña en España no disminuyera durante los años muy delicados de la Transición; de que durante la Transición se

mantuviera la imagen antifranquista de una Cataluña avanzada, pero solidaria. Incluso desde el punto de vista de los intereses del nacionalismo catalán más árido, la actitud de Tarradellas fue positiva: permitió que España, sobre todo la España civil, asistiera confiada y con las tradicionales aspiraciones de emulación, al experimento inicial de la autonomía catalana propiamente dicha. Hay quien no piensa de este modo. Gentes como Josep Benet, que fue su enemigo acérrimo, opinaron —y todavía opinan— que Cataluña, en aquellos momentos, daba miedo en *Madrid*, y que podía haberlo conseguido todo. «Todo», dicen, y no pestañean. Huelga decir que Josep Benet —un hombre malgastado por la conspiración que ha sido su vida, pero sobre todo malgastado por el fruto al fin estéril de esa conspiración— es el símbolo de todos aquellos por completo incapaces de reconocer que el trabajo de la oposición antifranquista fue un fracaso, aunque ese fracaso no empañe el heroísmo de los que sufrieron. Emblema, en fin, Benet de los que quieren borrar, tal vez porque les parece poco heroica, esta sentencia que el tiempo hará más y más inapelable: la única decisión trascendental de la clase política antifranquista fue aceptar el pacto de la Transición.

Para un joven catalán formal, la democracia y la autonomía suponían, sobre todo, una cuestión de higiene y de orden. Poner la literatura catalana en un orden jerárquico decente y verosímil en relación con la literatura castellana y las literaturas del mundo, debatir cuál habría de ser el orden de la política en un Estado que se presumía complejo y exigir, en principio, a nuestro pequeño Estado catalán —queríamos y seguimos queriendo un pequeño Estado, exactamente— aquello que se le había exigido cincuenta años antes, es decir, puro y breve noucentisme: que nutriera las bibliotecas y los archivos, que aclarara los museos —un cuadro después de otro, bien iluminados y seguros: no es más ni menos un museo—, que demostrara, en resumen, lo que por mucho tiempo se consideró axioma de ley, esto es, que la cultura catalana había sido una cultura entorpecida. El talento ya lo pondríamos nosotros, fantaseábamos: que los Estados pagaran el alquiler y se despreocuparan de todo lo demás. Eso reclamaba entonces un joven formal, un joven catalán con un cierto proyecto de conocimiento.

Es propio que nada se cumpla. En la mitad de la vida lo habitual es considerar con una enmarañada sonrisa escéptica el devenir de las ilusiones juveniles. Lo natural, a esa edad, es escribir alguna crónica putrefacta —buena o mala, pero siempre putrefacta— desde lo hondo del despeñadero, mirando al cielo y al tendido. No es la intención de este libro. Este libro sólo quiere dar cuenta de un tiempo cultural y político construido —una vez acabó ese intervalo leve sin hombres levíticos y cuando ya una suerte de cristo se instaló en Cataluña— con materiales que al autor le parecieron muy pronto indeseables y que todavía se lo parecen. Anotación y cuenta, el libro, de un tiempo donde fue muy difícil ejercer la razón crítica, porque toda crítica real fue tomada siempre como una crítica contra Cataluña; porque estas dos palabras, *Contra Catalunya*, justo estas dos palabras, fueron la moral de ese tiempo.

El autor ha echado mano de una forma de escritura que conoce: la crónica. Un género que le parece ágil, plural y provisional, características idóneas para su propósito narrativo. El libro es una colección de crónicas sobre lugares y encuentros en los que el autor se ve a sí mismo anotando. Algunas de esas notas se tomaron hace tiempo —la cronología fundamental se apega a los últimos quince años— y la memoria las ha reelaborado ahora: de algún modo estaban ahí, estaban pendientes. Ha echado mano también el autor de un concepto: la disidencia, que es una variedad del no. Durante estos años, el autor se ha visto muchas veces ejerciendo la negación, en desacuerdo. Puede pasar, igual que pasa lo contrario, y aunque en Cataluña no suele opinarse lo mismo negar no es ningún drama ni una fatalidad propia de resentidos ni una estética ni un oficio. Negar es más bien trabajoso: en los días claros, pero cínicos, el autor agradece que el lema de estos años, que el zafio, moral e intelectualmente zafio, *Contra Catalunya*, haya existido: al fin y al cabo en todo eso ha encontrado su tema y a lo mejor acaba resultando que es el tema de su vida. En otros días, turbios, de ánimo espeso, ni siquiera cínicos, el autor y su orgullo lamentan haberse dedicado a un trabajo de tan escaso octanaje intelectual: tiene la impresión de que quien va con un cojo, cojea y si es tonto, tontea. Sea como fuere, el alimento de este libro es la disidencia. Así quede fijo que el autor no pretende ser imparcial, ni componer aquello —tan admirable— que llaman un fresco temperado de su país y su tiempo. Otras corpulencias más generosas y frías deberán encargarse, si les parece, de este ajuste. Aquí el propósito no ha sido otro que el de dar respuesta a un mandato de Joubert: «Investigad la corrupción que dejan los tiempos prósperos». La corrupción, en este caso, de un tiempo patrióticamente próspero.

PRIMERA PARTE

UNO

En *El Noticiero Universal*, diario de la tarde, yo había vivido sucesos extraordinarios. Por ejemplo: yo había sacado en mis brazos del despacho del director a un viejo procurador en Cortes dormido. Así era yo. Así era mi tiempo. Me interesó conocer a aquel hombre. Se llamaba Eduardo Tarragona y había tenido cierta importancia y popularidad durante el franquismo.^[1] Me interesó conocer a aquel hombre, porque era un vestigio: el nuevo régimen había disuelto a todos los franquistas catalanes. En realidad, había hecho como si esos hombres no existieran y, lo que tiene mayor mérito, como si no hubieran existido nunca. He pensado a menudo en un doble y curioso fenómeno. Por un lado, los franquistas querían desaparecer del mapa para que nadie les pidiera cuentas y para reaparecer acaso, blindados por el olvido, años más tarde. Por otro lado, el catalanismo emergente necesitaba presentar la imagen de un país homogéneo. Un país empeñado en demostrarse a sí mismo que había sido bello, bueno y sagrado. Sin fisuras, sin franquistas. Un manto de silencio cubrió la nación: así se cubren las escenas o los capítulos mal resueltos. La historiografía contribuyó: durante muchos años los historiadores, que eran casi todos de izquierdas, creyeron que su tarea consistía en preservar la memoria de los honrados luchadores de la clandestinidad, y aun antes, de los supervivientes del dorado mundo de la República. Dedicaron todos sus esfuerzos a ello. Hasta el punto de que algunos episodios o algunas vidas sólo adquirieron su sentido en el papel pautado de la historiografía resistencial. Por el contrario, merodear en la basura del franquismo no les excitó nunca. No dejaron en el fondo de cumplir así su deber de hijos, de sobrinos o de nietos: es verdad que a veces en esa basura sobresalía alguno de sus parientes. Sea por deber filial o militante —la militancia supone vivir en un mundo donde el otro no cuenta— lo cierto es que a más de veinte años del final de la dictadura no hay explicaciones verosímiles sobre lo que fue el franquismo en Cataluña, quiénes fueron sus gentes o sus bares; cuál fue su ambición, su límite o su lógica; cuáles sus vates: no hay libros por donde aparezcan el pus o la nobleza. Se trataba de la negra noche franquista y nadie ha logrado orientarse todavía en esa sospechosa oscuridad. La consecuencia de todo ello es que el señor Joan Comorera —sólo se trata de uno entre las decenas de ejemplos posibles—, dirigente del Partit Socialista Unificat de Catalunya, dispone de una biografía en tres tomos, una concienzuda biografía escrita por el señor Miquel Caminal. Pero todavía se está a la espera de que alguien decida contar la vida —un ejemplo entre decenas— del señor José María de Porcioles, el creador para bien y para mal de la Barcelona moderna. Quienes combatieron a Porcioles deben de pensar que a qué hacer de la vida de un gusano la biografía de un gusano. Los hijos de Porcioles, que el silencio es un eco muy sofisticado de la gloria. Por eso colaboraba en sacar del despacho del director del periódico al procurador

Tarragona. Conocía pocos hombres que le hubieran dado la mano al Caudillo Franco o que hubieran conversado con su confesor, el catalán Bulart. Tenía gravilla de El Pardo en los zapatos el procurador y aquello me excitaba.

El periódico, en su decadencia, tuvo muchos horarios de cierre. Pero siempre acabábamos muy tarde, de madrugada. Doménech, que era el director, se marchaba el último. Me gustaban esos directores que se iban a dormir con su diario en el bolsillo. Ya no lo hace nadie. No hay bolsillos en la ropa moderna. El despacho de Doménech era un cubículo, con la puerta casi siempre abierta, y que a pesar de eso no olía bien. Digo cubículo por aproximación: nunca pude establecer sus dimensiones con certeza. Una luz azul iluminaba la mesa, sus greñas de aceite y el montón de cigarrillos que iba acumulando. Nunca pude ver más allá. Lo que allí hacía Doménech era un completo misterio. Doménech vive, se le puede preguntar. Entonces era un hombre joven, que no llegaba a los cuarenta, y que solía tener mucho frío. El frío se le manifestaba, particularmente, en las contadísimas ocasiones en que salía del cubil y franqueaba la puerta de vidrio de la redacción: automáticamente se subía la cremallera del jersey y temblaba. No sé por qué, ese frío. Con el tiempo, con la ruina de todo aquello que fue el primer diario de mi vida se empezaron a explicar historias muy raras. Alguien dejó caer una noche, como en la milonga de Jacinto Chiclana, que Doménech poco antes del alba, con el diario en el bolsillo, salía del edificio de la calle Lauria, montaba en su motocicleta y se llegaba hasta lo más alto de la calle Balmes. Una vez allí se desplomaba hasta el puerto, bordeando los ciento cincuenta kilómetros a la hora, que al parecer era lo máximo que daba el ingenio fiero y brillantado que aparcaba en la acera del periódico. Una vez en el puerto, echaba una ojeada a las aguas, subía a la moto, alcanzaba otra vez lo alto de Balmes y volvía a rodar. El ir y venir terminaba cuando los coches del trabajo se ponían en marcha y comenzaban a llenar las calles: Doménech dormía hasta bien entrada la mañana.

Antes de todo eso, el procurador Tarragona hacía su visita. Se acomodaba en un sillón del cubículo y empezaba a hablarle a Doménech de asuntos variados. Doménech iba haciendo: tomaba café, echaba un vistazo a las fotocopias de las páginas que llegaban y apretaba, muy compulsivamente, un timbre que tenía a mano. El timbre servía para que se le llevaran las páginas corregidas, para que trajeran más café y tabaco o para que entrara alguien. A veces, raramente, el timbre servía para que me llamaran. Doménech en esos encuentros no solía darme buenas noticias ni sobre mi futuro, ni sobre mi trabajo, ni sobre la vida, ni sobre el periodismo. Sin embargo, a medida que el tiempo fue pasando iba teniéndome un poco más de respeto y yo notaba cómo su autoridad y su cuota de desprecio se aflojaban. Siempre he creído que la amabilidad en los trabajos, la amabilidad para conmigo, y ya no hablemos de los ascensos o de los elogios no meramente estratégicos, han sido inequívocas señales de alerta: algo debe de ir muy mal cuando piensan de mí lo que piensan. El goteo de la experiencia lo prueba: una promoción mía anticipaba las horas bajas del periódico, que llegaban inexorablemente a las pocas semanas. Una noche

que me llamó, ya en las épocas de mayor confianza, Doménech me indicó con la cabeza el sillón de su asiduo visitante: el procurador Tarragona dormía, dormía de una forma entregada, sólida, casi obscena. El director miraba al viejo y sonreía hasta con ternura. Lo despertamos y yo lo acompañé hasta el ascensor. Estaba de pie, iba andando y yo podría jurar, sin embargo, que aquel hombre seguía dormido. En la puerta, lo esperaba el chófer: lo metió en el coche como un saco y ni se inmutó cuando yo le pedí con la mirada un poco de consideración para con el amo. Algunas otras noches más encontré al procurador Tarragona dormido en el despacho: pasada la primera sorpresa, seguía tratando con Doménech de lo que hubiera que tratar.

El procurador Tarragona era un mueble dormido. Venía a echar la cabezada al último diario de la ciudad, al más desvalido, el que cerraría antes. No tenía a donde ir. Yo tampoco y por eso estaba allí. Por eso aceptaba cobrar la nómina en sucios billetes de dos mil, que De la Rosa mandaba echar sobre nosotros. Porque entonces era Javier de la Rosa Martí quien pagaba *El Noticiero*. Lo admirábamos, debo decir que lo admirábamos y que nos sentíamos seguros con él. Eso sucedía porque nunca le habíamos visto la cara y apenas sabíamos que él era nuestro socio protector. Era el innominado y esas coyunturas vitales son muy prestigiosas. De hecho supe que el futuro embarrancaría la mañana en que Abián, un tipo grande que mandaba en la sección de Política, pronunció el nombre del auténtico patrón. Abián sólo balbuceaba muy de noche, de noche corrida, y no era normal que lo hiciera a las once de la mañana.

—Pagaré.

—¿Quién pagará?

—El que paga siempre... la Rosa.

Y pagó. Aquel mes pagó. No fue el último mes, pero fue de los últimos. Yo cobraba entonces unas ciento veinte mil pesetas. Eran los buenos tiempos. Ya había pasado de la nominilla —así la llamaban los cínicos diminutos— a la nómina. Ya disponía de médico y de puntos para la jubilación. Cobré íntegramente aquel sueldo en billetes de dos mil pesetas, que habían ido a buscar aquella mañana a la banca Garriga Nogués. Yo lo cobré como casi todos. Alguno tuvo más suerte y le metieron en el fajo alguno de cinco mil.

Es instructivo vivir la agonía de un diario. Despidiéndonos en la calle Lauria, cada uno camino de su trabajo, mi colega Marcos Ordóñez me había hecho ver la suerte de vivir un tiempo que no nos pertenecía. El de los últimos diarios viejos. Él trabajaba entonces a dos calles, en *El Correo Catalán*: uno cerró detrás de otro. Yo asentía a lo que Ordóñez iba diciendo, y dudaba por dentro sobre lo que nos pertenecía. En realidad, la gente de nuestros años tenía una característica: todas sus poéticas eran prestadas.

La agonía particular de *El Noticiero* no tuvo pérdida. Una tarde de principios de verano del año 1985 llegué a la redacción con las piernas muy cansadas, pero no pude entrar a sentarme. Había policías y reconocí a algunos compañeros agolpados en la

puerta. Pregunté. Me informaron de que el consejero delegado —le llamaban Leo Antúnez y era un tipo con perilla, un fosco perillán— amenazaba con matarse. Estaba arriba, encerrado en su despacho y amenazaba con matarse. De inmediato me interesé por el procedimiento. Tiene unas tijeras abiertas sobre el corazón, me susurraron. Pensé que así no íbamos a ningún sitio y acerté. Al anoecer se lo llevaban enmanillado. Fue la última vez que lo vi y aún hoy, años después, cuando debo acudir por razones del oficio a la traducción de una derrota pienso en aquella mirada poco antes de oscurecerse en el coche celular. La Policía, sin embargo, le hizo un favor llevándoselo. En realidad, no se le podía acusar de nada. Meterlo en el coche le dio un aura y tal vez le salvó la vida. Si hubiera tenido que ir andando a casa, después de todo, quizá habría abierto el gas. El diario, tan viejo, había resistido todas las afrentas del tiempo. Pero no pudo resistir el ridículo del hombre que había amenazado matarse con unas tijeras. Cerró al poco, el mismo 1985, en octubre. De la Rosa ya no pudo sacar más de la Garriga Nogués o ya no le interesó sacar más. Lo lamenté de una manera duradera.

El procurador Tarragona debió de lamentarlo también. La última cabezada... El viejo que dormía era lo que quedaba del franquismo catalán. Nadie se ha molestado en reconstruir a ese hombre y a tantos hombres como él, que bailaron bien el mambo, reyezuelos. En aquel tiempo, cuando yo veía al procurador Tarragona dormido tenía una intuición. Sospechaba que era preciso despertarle y que hablara. Que hablara dándole algo a cambio; memoria póstuma, hasta una rehabilitación, una cruz de dragón y de hierro, si era preciso. Tal vez se hubiese avenido. Pero entonces yo no tenía estudios. Era entonces cuando intentaba leer la biografía del señor Joan Comorera, hasta que me aburrí. Más tarde vi lo que había hecho el gigante Ryszard Kapuscinski con *El Emperador*. Kapuscinski es un periodista polaco muy culto, muy bueno y muy valiente.^[2] ¿Cómo actúa? Es fácil: acude a los lugares cuando las cámaras han levantado el campo. Cuando acaba el espectáculo y empieza el periodismo. Los buenos periodistas, los periodistas de verdad, no los decoradores a domicilio, se llevan mal con el acontecimiento. Durante el acontecimiento todo está tomado. Están los cordones de seguridad, las credenciales, los fotógrafos, la televisión y un ánimo blindado para que todo salga bien. He ido a muchos: incluso las fuentes más generosas y amigables me han visto en medio de los salones como quien ve a un pájaro de mal agüero. A los más supersticiosos les he visto tocar madera y fingir que nunca me habían conocido. No hay nada que hacer allí y sobre todo no hay nada que escribir allí. Es cuando los carpinteros están montando el estrado o cuando las mujeres de la limpieza limpian el sudor que han dejado sobre las mesas las manos nerviosas de los poderosos, es entonces cuando hay que presentarse. La verdad no puede buscarse en las llamas: quema, deslumbra. Hay que buscarla en el rescoldo. Allí trabaja el gran Kapus. Se presentó en Etiopía cuando el Negus había muerto. Era la única forma de saber quién había sido el Negus y cuál había sido su mundo. Se presentó y fue buscando a los servidores, a los servidores más minúsculos del Negus,

al hombrecillo que pasaba la bayeta por el salón de recepciones cuando el perrito del Negus mojaba con su pipito los bajos de los pantalones de los invitados. Era la única forma de saber. Fue allí y encontró a ese hombre y encontró a muchos hombres como él y con todo eso escribió el libro de periodismo más grande que he leído. Construyó un libro sobre el emperador Haile Selassie a partir del polvo y la viruta de quienes lo sirvieron. Cuando veía al procurador Tarragona en su sopor, yo no podía pensar en hacer un libro como ése. Años más tarde sí pensé que podría hacerlo: nunca me ha faltado el ánimo.

Pensé que para empezar lo primordial eran dos cosas: saber si en los ríos de Lleida, si en efecto en los altos ríos de Lleida le ponían a Franco los peces fáciles en el anzuelo y localizar, si eso fuera cierto, al hombre que al alba, poco antes de que Franco se despezara, vaciaba en el río una saca de salmones vivos y hambrientos. Era una manera de empezar como otra cualquiera.

No sólo lo pensé: años más tarde, en el 92, tuve una experiencia real. Llamó un hombre y dijo que quería verme. Fuimos Jaume Boix y yo a la cita, porque su interés estaba relacionado con la biografía de Juan Antonio Samaranch que habíamos escrito los dos. Nos encontramos en el Sandor, que siempre fue el territorio de Samaranch y que era también el suyo. Liquidamos de inmediato el asunto que le interesaba. Empezó a hablar. De pronto, no se sabe bien por qué un hombre empieza a hablar con cualquiera. Nosotros estábamos ahí. Dijo que en el 76 una mañana temprano, él y otros se dedicaron a sacar papeles de la antigua Secretaría General del Movimiento, en la calle Mallorca, donde hoy está la Delegación del Gobierno. Las órdenes venían de Martín Villa y más cerca de Sánchez-Terán, que era entonces el gobernador civil de Barcelona. Cargaron un camión con los papeles, los llevaron a un horno medio abandonado del Pueblo Nuevo y fueron echando paletadas de papel en el horno hasta que acabaron. La historia no era del todo desconocida: el propio Sánchez-Terán explica en sus memorias que hubo que eliminar esos papeles en beneficio de la reconciliación nacional. Y se felicita por ello. No: lo importante de la historia no estaba en la novedad, aunque ese hombre estaba contando detalles nuevos con los cuales Boix y yo acabamos haciendo un reportaje. No: lo importante era que el hombre que había quemado los papeles estaba allí, delante de nosotros, y que había sido un servidor.

Todavía no he escrito esa historia. Ni Jaume ni yo la hemos escrito. Los servidores habrán ido muriendo. Cada vez va a ser más difícil escribirla. Eduardo Tarragona dormita en un sillón. Yo no sé nada todavía de lo que lleva dentro. Trabajo en un diario muy viejo, que agoniza. Me han pagado una nómina en billetes de dos mil y un aventurero finge que va a clavarse unas tijeras en el corazón. Se trata de un crepúsculo muy interesante. Sólo falta que aparezcan los periodistas: Manuel Vela Jiménez, el sportman, que viene del club; o que Julio Manegat se empeñe en que el

pájaro de papel que guarda en su jaula —la jaula y el pájaro están en su mesa de trabajo y él se pasa las horas mirándolos— cante por fin esta tarde; o que Enrique Badosa escriba un poema perfecto y luego se limpie las manos. Sin embargo, cualquier crepúsculo lleva una promesa de luz. Un joven apuesto está preguntando por el director en la recepción.

DOS

Uno de los sobresaltos que comporta la revisión histórica del franquismo es descubrir que gran parte de lo que política y culturalmente se le oponía sólo tenía eso de bueno, su oposición, pero que en sí mismo no era ni mucho mejor ni siquiera demasiado distinto del propio franquismo.

FERNANDO SAVATER

Él se llamaba Xavier Valls y sabía de vinos y le gustaba comer. Tenía una blanda cara catalana, una de esas caras que no se endurecen nunca. A veces en esas caras se advierte un rubor donde debería estar afirmada la dureza. No cabe fiarse: es que están pensando, mientras sonrían, en la jugada que te harán y la naturaleza no puede evitar una levísima inflamación de vergüenza. La gente que se pone floja mientras humea el estofado en el plato, que jura en uno de esos momentos que será buena siempre y siempre respetará la ley, esa gente me gusta. Tanto me gusta, que yo soy así. Pero entre esos tipos hay profesionales muy peligrosos. Cínicos profesionales del placer. En parte lo comprendo: cuando uno prueba un Montrachet ya nada debe de ser igual que antes.

Xavier Valls pudo haber probado la noche anterior el grandísimo borgoña. Estaba dentro de sus posibilidades. En mi infinita modestia, conozco los peligros de esas noches de placer. Uno empieza a eructar bobadas, de forma atronadora: qué importa el mundo, la vida es un sueño y agudezas así. Uno le hace un corte de mangas a todo lo que ve y hay que cuidar que en el corte no se vayan para siempre las cuatro reglas que permiten andar por ahí con la frente despejada. Demasiado placer puede hacer de uno un cabrón. En especial si uno ya apuntaba buenas maneras para el empeño. La moda de hoy considera que el hedonismo es un camino cierto a la bondad, asegura que en un vientre bien entrenado regurgitan la comprensión y la tolerancia. De joven, antes de beber y de comer de veras, ya sabía yo que eso era falso. Y es que yo había conocido a Xavier Valls, liviano y hedonista.

Lo cierto es que lo había encontrado rondando por el vestíbulo del diario, aquella mañana, esperando que el director apareciera. No podía ser mucho más tarde de las nueve de la mañana y yo entraba como un miura en la redacción semiabandonada. *El Noticiero* atravesaba entonces un período de fidelidad a los orígenes y aparecía en los kioscos al mediodía. Por lo tanto era preciso trabajar entre las nueve y las once, especialmente para poder copiar con rigor las noticias que traían los diarios de la mañana. No siempre, por supuesto, se copiaba: aquel día iba yo a dar el zurcido final a una entrevista en exclusiva con el consejero de Gobernación de la Generalitat, Macià Alavedra.

Las fotos de la entrevista eran buenas, buenísimas. Las había hecho Luis Moreno, un fotógrafo muy duro. Duro de verdad, un auténtico camelman, y no como esos que

fotografían masacres en África, la estela de un cohete en el Líbano o la familia entera de un cocodrilo. Nada de eso: Luis Moreno, que sigue enjuto, habrá pasado veinte años sin moverse de aquí, fotografiando a vecinos como Alavedra. Alavedra entrando, Alavedra saliendo, Alavedra reunido o por reunir, Alavedra en invierno, Alavedra en verano. Ésa es una vida dura y peligrosa. Las fotos eran muy buenas: Alavedra emergía de un larguísimo lienzo blanco, en realidad una cortina de su despacho, como un senador romano; en una de ellas apretaba los dientes para impedir que saliera un hilillo de verdad y por supuesto la escogí sin vacilaciones. Le debo a Alavedra haber aprendido con rapidez algunas lecciones. Una mañana de verano me invitó a su casa de Calella, a comer una paella y a hablar del mundo y de nosotros. Hizo que me metiera en la piscina —había tenido que cambiarme en el vestuario poco antes y había sentido la misma e insondable vergüenza de siempre: algo me pasa en los vestuarios con el pudor y acabaré yendo al médico— y ya en el agua habló de sí mismo. Aprovechó que Luis Racionero había escrito un ensayo sobre la barbaridad nórdica —en aquel tiempo Racionero estaba dotando, su *Cercamón* incluido, de textura y coartada modernas a la *medievalia* nacionalista—, se desperezó con ostentación, metió los brazos, la cabeza y el corpachón en el agua y cuando reapareció esmaltado y feliz dijo:

—Los mediterráneos somos superiores. Amamos la vida. Y la vida es lo único que importa.

Luego, de inmediato, impidió que el fotógrafo lo retratara en la piscina; le prohibió, más explícitamente, que retratara la piscina.

—Pueden decir que presumo... —se explicó.

La paella humeaba. Después de comerla, todavía se puso más flojo. Estaba saqueando a Racionero, pero Racionero se lo merecía.

—El trabajo, el esfuerzo, la falta de luz. Lo malo viene del Norte, no hay más.

Xavier Valls era el jefe de prensa de Alavedra. Dos profesionales del placer. Cuando llevé el texto y las fotos de la entrevista al director, Valls entraba en su despacho. Con la voz más firme de que fui capaz —era una improbable coincidencia que Valls estuviera allí la mañana en que iba a imprimirse mi entrevista con su jefe y la sospecha me puso muy nervioso— le dije a Doménech que no teníamos demasiado tiempo, que el cierre se nos echaba encima. Él asintió como asienten los becerros y yo me despedí muy fríamente de Valls. Al cuarto de hora fui llamado. Valls ya no estaba allí, pero su olor persistía. Doménech dijo con mucha serenidad que había que suprimir una parte de la entrevista. Tres preguntas, un folio, algo así. Me negué, pataleé, me subí por las paredes, pero Doménech no cedió. No podía ceder. El folio tenía una importancia pequeña. Pero yo me juego la vida en cada párrafo —mi carácter tiende al dramatismo: se ha de comprender, pierdo la vida con frecuencia— y un párrafo es mío y nadie debe meter las manos ahí. Eso me ha dado muchos problemas y ninguna satisfacción, mas se trata de mi carácter.

El párrafo afectaba, además, a un tipo que no mereció nunca que yo diera una uña

de mi tiempo por él, un espectro que se quedó vagando en la cabeza de una manifestación, en 1977, llevando un brazalete con las cuatro barras de Cataluña y dirigiendo el servicio de orden. Miquel Sellarès fue durante mucho tiempo el servicio de orden de Cataluña. Cuando llegó el momento de organizar una Policía propia, él se postuló como se postularía un *boy scout* animoso, frecuentador del Carlit, del Pedraforca y de la Pica, si convocaran una subida patriótica al Everest. Al principio le hicieron caso y le nombraron director de Seguridad de la Generalitat. Duró poquísimos: él seguía el mundo desde la cabeza de aquella manifestación remota y tuvieron que decirle que el mundo ya se había disuelto. Se lo dijo Alavedra, precisamente, un hombre del placer, mucho más listo.

¿Por qué escribo así de Sellarès, por qué voy a escribir así de alguna gente? ¿Por qué no hago como esos elegantes memorialistas de pluma cana que ven el mundo y las debilidades del mundo desde la atalaya de una tolerancia infinita —así lo dicen las reseñas— y que pasarían sobre el recuerdo de Sellarès con un silencio ni siquiera elocuente, sólo despectivo, privadamente despectivo, con ese impagable onanismo del desprecio? No lo hago ni lo haré porque los días se construyen con tipos como él. No sé si la memoria y la historia pasan por tipos como él. Pero los días, sí. Yo escribo sobre los días. Al borde de los días. Luego hay algo más. Esos tipos un día hacen algo contigo. Algo feo, algo indigno. Al cabo de un mes, los encuentras por las calles o los salones. Te saludan y casi te obligan a saludarles. Ellos suponen que hacerte una jugada y saludarte después forma parte del juego. Está bien, lo creo, forma parte del juego. Por lo tanto, lo que yo escriba también forma parte del juego. Espero que lo entiendan: de otro modo quedaría decepcionado. Tengo a Doménech y al joven orgulloso y dramático luchando por la propiedad de tres párrafos, el diario parado, a punto del cierre. Pero podrán esperar: la historia de Sellarès no es larga. Una tarde de 1986 me llamó.

—Tengo que hablar contigo.

Me llamó a la Delegación del Gobierno, donde yo trabajaba entonces. *El Noticiero* había cerrado y me había refugiado allí, en el gabinete de prensa, a las órdenes de Joan Busquet, uno de los mejores hombres que he conocido, un periodista arrastrado por la torpeza de los otros o por el salvajismo de los otros. Fue el año más plácido de mi vida profesional y eso que había llamado Miquel Sellarès.

—Bueno, tú dirás.

Fue lo único que dije durante la media hora larga que estuvimos juntos. Lo único, sin retórica. Él se ocupaba entonces de la edición de un confidencial, uno de esos instrumentos del anonimato que la verdad utiliza cuando está podrida. Un periodismo maloliente de mediocridad, de final de carrera. Sellarès estaba convencido de que yo era el redactor de un confidencial competidor, que se elaboraba presuntamente en las cavernas de la delegación gubernamental. Iba hablando, sin parar.

—Ya sé que lo hacéis allí, que tú lo diriges y que escribes la mayoría de los textos. Está bien, no me importa. Sólo te pido que lleguemos a un pacto. Un pacto de no agresión. Cada uno a lo suyo.

Callar, qué delicia. Atónito, por dentro, pero callado por fuera. Mudo, hermético, por fuera. El tipo iba hablando. Pensé que la cinta que tal vez estaba grabando —tenía fama de hacer esas cosas— iba a oírse con absoluta claridad.

—Tú eres inteligente. Sabrás comprender.

Mi problema es que no resisto los halagos. Ni siquiera los halagos de pobres majaretas. Me enternezco, me pongo muy blando. Estaba empezando a relativizar a Sellarès. Incluso lo relativizo ahora, mientras escribo. Si tenía buena opinión de mí no podía ser tan imbécil. Lo era.

—Es inútil que te escondas, porque he mandado analizar tus textos.

Yo debí de fruncir las cejas. Pero de amor, y él no lo sabía. Prosiguió.

—Una filóloga amiga mía ha comparado lo que escribías en *El Noticiero* con los textos del confidencial. No hay duda, los informes son terminantes: eres tú.

Me levanté y me fui. Muy ofendido y muy preocupado. Había leído algunas veces aquel confidencial. Yo no podía escribir tan mal.

Ese tipo sagaz había sido el orden de la Cataluña antifranquista: así le fue a esa presunción. Ese tipo había dirigido durante meses a la Policía catalana: cómo acertó Alavedra. Y yo me estaba peleando por él, subiéndome por la pared ahumada y grasienta del despacho de Doménech.

—Quítalo: no hay nada que hacer.

El periódico salió sin los tres párrafos. No había posibilidad ninguna de que su publicación alterase la historia contemporánea de Cataluña. En esos tres párrafos, simplemente, Alavedra criticaba a su ex-subordinado —lo acababa de destituir— haciendo uso de una vaga ironía. Luego pensó que Sellarès podía vengarse y quiso eliminar los párrafos. Para eso había enviado a Xavier Valls a la redacción del periódico, de esa forma impetuosa había enviado al muchacho cumplidor.

Yo tenía veinticinco años y nunca me habían censurado nada. La verdad es que tampoco había sido nunca nada, pero me había beneficiado de algunas circunstancias. La primera es que empecé a trabajar, con el franquismo acabado, en un diario que fue muy libre, el *Mundo Diario*, del empresario Sebastián Auger. Auger es un hombre de una gran biografía. Y lo que hizo por la popularización de una cierta cultura de izquierdas en Cataluña fue importante. La izquierda, o lo que quede de ella, debe de pensar que es importante, pero sobre todo que es impagable: por esto último nadie de ese gremio se ha levantado todavía en Cataluña para agradecer a Auger que facilitara la circulación de un periódico como *Mundo Diario*. Un diario popular y hasta sensacionalista, pero donde las sensaciones no venían del fútbol o del crimen, como ahora, sino de la política. Una anomalía, fruto de su tiempo, por descontado; pero

fruto también del hombre que la hizo posible. A Auger le reprochaban su presunta insinceridad. Le reprochaban que fuese un hombre de derechas, del Opus, y que su única moral fuese el oportunismo. Así hablaban las voces blancas de la gauche: son las mismas que ahora, mientras escribo, se alzan majestuosas porque la verdad sobre la corrupción y los asesinatos del período socialista —el mejor período reciente de la vida de España: donde la desigualdad entre los hombres ha disminuido, donde los territorios han gozado de su máxima capacidad de autogobierno y donde la libertad de expresión ha sido superior a lo común en Europa— viene de manos sucias y la explica un aliento fétido de traidores. Auger no está en la biografía general autorizada del antifranquismo. A mí en su periódico nunca me tocaron nada. En *El Noticiero* hasta la mañana en que llegó Xavier Valls, tampoco.

Hasta esa mañana, el diario había vivido del Centro Democrático y Social y de la espesa trama de intereses y favores y remiendos que la poco apacible vida de Doménech conseguía. Todo ello había dado como resultado que la campaña de 1982, que llevó a los socialistas al poder, y durante la que yo trabajé duramente en la sección política, habíamos podido escribirla con libertad razonable. El entusiasmo de los patrones con el CDS lo había permitido: el CDS iba contra todos y nosotros con él. Pero el CDS no era nada y sus urgencias no interferían gravemente. Por eso, y a pesar de que el mundo de Fraga en Cataluña siempre gravitó sobre la sociología empresarial del diario, yo pude hacerle una entrevista tronchante a Miguel Ángel Planas —la leo y me río todavía, y yo no me río con las obras de casi nadie y mucho menos me río conmigo mismo— donde entre otros muchos episodios el fabricante de condones y número uno de la candidatura de Alianza Popular por Barcelona aseguraba que entre sus lecturas predilectas estaban las de «ese catalán, sí, hombre, Pla... Antonio Pla, eso, que no me salía». Ese intersticio acabó, sin embargo, cuando los socialistas ganaron las elecciones, el centro-derecha desde Suárez a Fraga se hundió y *El Noticiero*, desprotegido como otras tantas derivas de Cataluña, hubo de inclinarse ante el nuevo rostro de los que mandaban. El rostro blando de Xavier Valls, por ejemplo, peón de brega.

¿Qué le debía Doménech a Alavedra? Nada, en el fondo. ¿Qué fuerza tenía éste para obligarle a cambiar tres párrafos, algo que cualquier director de periódico que se tomara la vida en serio habría de considerar como una violación? Es dudoso que tuviera una fuerza real, concreta, aquella mañana, en aquel momento. Nunca, ni siquiera ahora, el gobierno catalán ha tenido la fuerza que se le supone. Ni tampoco sus miembros. El mérito político del nacionalismo no es otro que ejercer con notables consecuencias tangibles una fuerza que muchas veces es sólo simbólica. Tal vez, el director atemorizado escrutara en el horizonte, aquella mañana, la posibilidad de un aval, la condonación de una deuda. Pero lo seguro es que era un hombre en apuros que recibía a un pequeño gestor de la nueva situación. Y que le obedecía.

Era un viejo periódico decrepito. Le quedaban dos años. Su director tenía chanchullos con media humanidad barcelonesa y tal vez fuera éste un chanchullo

más. El periódico no lo leían más de diez mil personas. Todo era intrascendente. Hasta los tres párrafos mutilados. Que todo fuera tan intrascendente era lo que me debía preocupar. Yo luego crecí y pude ver de cerca asuntos que creí más importantes. Me equivocaba: todo estaba escrito con tinta fresca en la cara de Xavier Valls cuando me lo crucé aquella mañana. Y lo primero que estaba escrito era que aquel acto formaba parte de la nueva naturaleza de las cosas. Un currito enviado por el consejero se presentaba una mañana en un diario de la ciudad e interrumpía su edición para llevarse tres párrafos. Ése era el lead y eso es lo que había ocurrido y así me lo repetía mientras iba camino del almuerzo, dándome palmaditas de ánimo —de hielo— en la espalda.

Me gano la vida como periodista. La práctica ha debido deformar mi mirada. La vida no es un lead, me dicen mis amigos, sinceramente preocupados en ocasiones. Intento hacerles caso, ampliar estudios. Pero siempre acabo regresando a mi práctica fatal: en los momentos de confusión me pregunto qué, quién, cuándo, dónde y por qué, esas cinco uves dobles, y la confusión se disipa. No siempre es bueno: vivir en la confusión y escribir en la confusión puede resultar muy comfortable. En el oficio de la literatura, sea el periodismo, la novela de éxito, u otro cualquiera de sus géneros, menudean los que viven y escriben en plena confusión: sólo la propaganda y una celebrada pericia para la estafa estética convierte sus confusiones en inteligente ambigüedad y su incapacidad probada para deshuesar la verdad —y luego plantarle cara— en noble propensión al relativismo. Esa gente —pongamos que se trata de la genteta de mi apreciado Joan Ferraté— triponea en los restaurantes a cuenta siempre de otros y cuando cae la tarde, con la panza macerada en Sauternes, llega a los diarios, a los gabinetes, a sus casas trastabillando y proclamando, con mucha simpatía y con mucha voz, que todo es trrrrremendamente relativo. Luego se ponen a escribir majaderías, evitando, por dios, el lead. Son los creadores de la adjección, que consiste, como descubre su nombre, en practicar la abyección mediante adjetivos. El Código Penal no reserva pena ninguna para los traficantes de palabras. La prioridad del dinero sobre las palabras no ofrece dudas: por hacer con dinero lo que la genteta hace con las palabras han ido muchos financieros a la cárcel. En Cataluña, durante estos años prósperos, los adjectos han vivido en el paraíso. El país es al tráfico de palabras lo que Colombia al tráfico de la coca: sobre la función narcotizadora del lenguaje no es necesario extenderse. Sólo hay una viscosidad comparable al propagador barroco del panglosianismo catalán: un matón de Madrid, armado de su escritura rufianesca. El barroco es tan idóneo en uno como en otro lugar: ni hay mejor ecosistema para la nadería que la espesura verbal ni el matón puede encontrar modo mejor de esgrima con que atemorizar al contendiente y dejarlo con la boca abierta. En Madrid, sin embargo, el barroco sirve para afilar la navaja —al fin y al cabo en la esquina próxima puede esperarte alguien mucho más chulo y facultado que tú— o

para desplegar una cola de pavo real con la que seducir sin remedio. Quiero decir con esto que en Madrid las palabras van en serio, aunque se escriban con la uñita sucia sobre un lecho de cabezas de gamba, crujiente al paso del majismo. Si en Madrid el barroco sirve para luchar, en Cataluña sirve para amagar. Creo que el barroco madrileño presenta una cierta superioridad ética. La escritura periodística castellana y la catalana, que tantas características comparten,^[3] tienen dos líneas de trabajo: a un lado están César González-Ruano y Josep Maria de Sagarra, esa escritura liftada por el dring. En la otra están Julio Camba y Josep Pla, con su voluntad antirretórica que es también un programa de regeneración. Los apartes siguen hasta ahora: sólo hay que comparar la escritura periodística de Francisco Umbral, Félix de Azúa, Joan Barril y Quim Monzó para saber en qué lugar de la tradición está cada uno.

Por la tarde, volví al diario según costumbre. Mostraba mi herida a todo aquel que quisiera verla. Contra lo que puede parecer el trabajo en un diario es muy individualista, aunque el producto aparezca como una obra colectiva. Las heridas de los otros provocan una luminosa indiferencia. Pero en aquel diario la gente se mostraba muy solidaria ante las desgracias. Puede que sea lo propio de los lugares terminales. O puede que allí actuara un raro comando de gente con buen corazón. Afuera, sin embargo, era distinto. Pronto dejé de hablarme con los demás. Fue un proceso natural, sin aspavientos ni declaraciones previas. Creo que había comenzado en una taberna del viejo Aquisgrán donde Jordi Pujol entró una tarde.

TRES

Yo esperaba la consumación de algo, en la plaza de la catedral de Aquisgrán, la ciudad de Carlomagno, cuando un par de niñas se acercaron, sonriéndose con malicia una a la otra. San Agustín escribía, alguien acaba de decírmelo, que lo débil en los niños son sus cuerpecillos, pero no sus intenciones.

—Parlez-vous français?

—Mais oui...

—Vous êtes espagnol.

—Mais pourquoi?

—Vous avez les souliers propres. Seuls les espagnols portent les souliers tellement propres.

Los zapatos no se deben llevar demasiado brillantes, a riesgo de pasar por un provinciano. Pero nadie me lo había dicho tan a la cara. En sacarle brillo a los zapatos experimenté yo siempre, además, un placer fogoso. Respondían al estímulo: uno frotaba y brillaban: uno seguía frotando y brillaban más. No pasa siempre con el estímulo. La delicada impertinencia de las niñas, sin embargo, influyó en mi estado de ánimo y en cómo afronté aquel viaje. Al fin y al cabo, acababa de llegar a Aquisgrán cuando sucedió eso. Hasta que me fui, después de casi tres días inolvidables, no dejé de pensar en mis zapatos.

Formaba parte de la delegación que acompañaba al presidente de la Generalitat, Jordi Pujol, en uno de sus primeros viajes al extranjero. En esa delegación había todo tipo de personas: el presidente, su señora, altos funcionarios, funcionarios, empresarios y periodistas. Todos ellos, todos nosotros, viajábamos a cuenta del dinero público. No importa de qué dinero público: a veces era dinero del país emisor y a veces del país receptor. El hecho era muy normal para los funcionarios, para el presidente, tal vez también lo era para la señora del presidente y más o menos irrelevante para los empresarios. Pero en el caso de los periodistas, el asunto era más complicado. Sólo el diario *El País* se negaba a dejarse invitar por el poder autonómico y sus enviados decían pagar hasta la menor de las facturas, detalle que contribuía a incrementar la brillantez del aura con la que entonces viajaban por el mundo. Todos los demás eran invitados del gobierno de la Generalitat. La explicación, más o menos oficial y rutinaria, era que el presidente quería que sus viajes tuvieran una cobertura periodística digna. Para ello era imprescindible desplazar una persona hasta el lugar de los hechos. Y como la mayoría de los medios de comunicación catalanes no podían seguir el tren de vida del presidente, éste se decidió por la subvención directa.

Nunca me creí un invitado de la presidencia. Debo decir que los funcionarios de la presidencia insistían en que así debía sentirme, pero su amabilidad nunca fue del

todo recompensada. Entendía que la presidencia de la Generalitat tenía un detalle con el diario que me pagaba y que ese diario delegaba en mí una modesta tarea de representación. Como el diario me pagaba por hacer mi trabajo y el trabajo era el mismo en la calle Lauria de Barcelona que frente a la catedral de Aquisgrán, yo hacía mi trabajo como siempre. Pero creo que hubo malentendidos. Es posible que todo en general no haya sido más que un malentendido.

El malentendido, en cualquier caso, empezó a gestarse una tarde cuando paseábamos —iba con dos o tres colegas— por las callejas de Aquisgrán. Poco más teníamos que hacer. En el programa de la visita sólo figuraba una cita: el encuentro con el alcalde de la ciudad. Y eso había sido por la mañana, muy a primera hora. Allí, en el Ayuntamiento, había vuelto a pensar en mis zapatos cuando oía cómo el presidente de la Generalitat de Catalunya, Jordi Pujol i Soley, autoridad máxima, decía ser, de un país pequeño, cordial y amable, se declaraba heredero de Carlomagno. De la Marca Hispánica yo tenía un concepto vago, de bachillerato, pero nunca me pareció un lugar para vivir. Ahora me parece una de esas guaridas míticas en que los historiadores se refugian cuando les sobreviene —los historiadores narran— el miedo al vacío. Pude, la verdad, sentirme muy contento como heredero que era de Carlomagno. Pero mi hosco humor sólo permitía que mirara en silencio mis zapatos. Luego, por la tarde, mientras callejeábamos apareció el presidente, recién salido de una librería. Cuando Pujol finge naturalidad es un hombre temible.

—Caram, què feu per aquí? De compres?

—Passejant, president.

—Nosaltres també, passejant i comprant.

La cabeza de Marta Ferrusola, que tenía entonces la personalidad, la espectacularidad y el exotismo de la cabeza tocada de un miembro de la guardia real británica, apareció por la puerta de la librería. En seguida llegó el cuerpo. El aire estaba lleno de presagios —nada malo: empezaban a olerse los asados de la cena—, todos estábamos cansados y había por allí muchas tabernas. Alguien dijo por qué no, Pujol aceptó, la señora aceptó y yo acepté también. Al poco, en la taberna, y como obedeciendo a un instinto, fue llegando toda la delegación catalana. Resultó muy amigable. Marta Ferrusola explicó que habían estado paseando toda la tarde y que estaba contenta porque había comprado unas semillas para su tienda de flores.

Entonces conservaba todavía esa tienda, que estaba en lo alto de la calle Balmes, y donde años después, una noche ya cerrada, hube de verla —pasé por delante, la persiana estaba semibajada y miré— inclinada bajo la luz de una pequeña lámpara, sola, encarada a sus papeles, inolvidable. Pujol, que bebía cerveza, hizo lo que entonces llamaba —él y su gente— «un poco de pedagogía». La pedagogía consistía en explicar a los periodistas qué debían escribir al día siguiente. En realidad, no le había gustado nada encontrarnos por la calle, ni que alguien sugiriese la idea de una cerveza colectiva: en realidad no le gustaba nada seguir allí. Y lo que menos le gustaba de todo era la evidencia de que su programa de actos tenía una importante

colección de vacíos y que por esos vacíos seguíamos allí y que por esa ausencia de quehacer él se veía obligado a explicar a los periodistas —oh, los muchachos siempre están vigilantes— por qué era vital para Cataluña darse a conocer por el mundo, más allá de todas las dificultades, más allá de todas las críticas, con todo el esfuerzo.

Era emocionante. Pudo haber sido emocionante, mejor dicho. Estar en Aquisgrán o en cualquier lugar de los que vinieron luego, en cualquier lugar de los que aún sigue atravesando al galope de sus piernas y de su verbo el presidente. Pudo ser emocionante si Pujol y su mundo hubiesen reconocido que estaban alumbrando una nación y que todos los periodistas que escuchaban estaban asistiendo a ese nacimiento. Sin embargo, eso era lo único en que no se podía ceder, el tabú, la clave de bóveda: nadie podía gritar en Aquisgrán, aquel atardecer, nadie puede gritar aquí, que el rey iba, que va el rey desnudo. Si se aceptaba que la nación estaba construyéndose, alguien podría haber preguntado entonces, con extrema pertinencia, por qué era preciso construirla. Una pregunta imposible. La nación existe; existe aun antes que sus habitantes, que sus individuos. El señor Trinitat Monegal, intelectual del país, citado por Joan-Lluís Marfany en *La cultura del catalanisme*, lo dice con claridad: «Si fos possible avuy exterminar a tots els catalans y poblar nostre terror de gent d'altres països, dintre un terme més o menys remot tornaria a existir el poble català». «No un poble català —remata Marfany—: el poble català.»

En aquel tiempo iba con frecuencia al Palau de la Generalitat. Era costumbre, y todavía lo es, que Pujol ofreciera una rueda de prensa al término de la reunión habitual de su gobierno. Solía ser un momento desagradable de mi vida. Ni me gusta cómo Pujol come ni me gusta su manera de tratar a la gente. Aunque la trate con buenas intenciones. Mucho menos me gustaba, entonces, cómo trataba a los periodistas. Los periodistas del país deberán rendir cuentas exactas —si algún día alguien se molesta en que las rindan: improbable molestia—, de cómo esta frase: «Avui no toca» —eso dice el presidente ante cualquier pregunta que le incomoda y el periodista asume acto seguido el calendario—, una frase dicha además, muchas veces, de mal talante, resumió las relaciones que Pujol mantuvo con la prensa.^[4] En aquella época, y no encuentro indicios de que la situación haya cambiado, Pujol hacía lo que le parecía con el periodismo. Es un hombre de temperamento autoritario y eso se notaba hasta en los capítulos menores: la jactancia burlona que utilizó ante mis ojos y otros muchos ojos para explicar cómo había logrado esquivar la persecución de los periodistas y entrevistarse en secreto con Felipe González está en mi memoria como una de las imágenes más nítidas y simbólicas de la confusión que se produce a veces en la relación entre periodistas y políticos. El periodista no siempre recuerda que los políticos provienen sin mediación del pueblo soberano, o fundador, o magno, si lo prefieren, escribo, hace calor y necesito una broma mala. Pero los políticos olvidan que los periodistas también provienen, aunque indirectamente, de ese mismo

pueblo. Entre unos y otros se tramita un juego. A veces es ridículo, el elis, elis de Pujol. Pero a veces es peligroso: el periodismo redentor acaba creyendo que la democracia sólo depende de sus anchas espaldas, de su extendida tonsura misionera; el político se encasta en su casta y se hace defensor agresivo de su privilegio, de sus maneras, de su lógica, incapaz de comprender que el periodista es el ciudadano de que el ciudadano se dota para que cuente cómo van las cosas y calibre el tono vital y el cumplimiento de la delegación de soberanía política que cada tanto se ejerce en las urnas.

Antes de pronunciar el «Avui no toca» el presidente Pujol solía entrar con tres cuartos de hora de retraso en la sala donde los periodistas lo esperaban. No sé cómo empezó todo, pero lo cierto es que al entrar el presidente los periodistas se levantaban de las sillas. Un día uno no se levantó. Por pura distracción no se levantó. Lo primero que hizo Pujol cuando empezó a hablar fue propinarle una bronca monumental al distraído. Y acabó así, bien lo recuerdo.

—Ustedes se han de levantar. Porque si entrara el presidente del gobierno español se levantarían y porque yo soy el presidente de la Generalitat y la institucionalización de Cataluña necesita gestos como ése. Necesita que ustedes se levanten.

Resopló y siguió a lo suyo.

A mí no me parecía mal su actitud. Una nación en trance de hacerse necesita ese tipo de gestos. En una nación hecha, y en un caso así, pueden darse dos supuestos: que la tradición ponga un resorte en el culo de los periodistas, un resorte violento y general a salvo de una distracción cualquiera, o que la glacial indiferencia del poder no sepa atisbar siquiera desde su lejanía si los periodistas están sentados o están levantados, que es lo que ocurre con el presidente del gobierno español en sus reuniones con la prensa. A mí me enternece esa insistencia de Pujol en exigir que la gente se levantara a su paso, para acabar proclamando acto seguido que éramos una nación. Pero no me enternece hasta el punto de sancionarla con mi participación: esperaba a Pujol fuera, y entraba yo en la sala poco después. También puedo ser un tipo pragmático. Era incapaz de perdonarle a Pujol que nunca saludara al enemigo; que llegara siempre con mucho retraso a las ruedas de prensa y que nunca, jamás de los jamases y de los nuncas, ofreciera una disculpa mínima; que tratara con una desconsideración naturalísima a los periodistas, en especial a los jóvenes; o que se interesara con bastante malaje y rozando la incorrección por las piernas de alguna periodista que había llegado al Parlament con falda corta. Un hombre que sólo exigía las formas en los otros no merecía mi gimnasia vertebral aunque la construcción de Cataluña estuviera por medio. Pero, al tiempo, me horrorizaba la idea de tener un enfrentamiento en voz alta con él —era el presidente y yo no me habría callado algo de todo esto que ahora escribo— si algún día me increpaba por no levantarme a su paso. Así, yo veía desde el pasillo el levantamiento de la nación. Aparte.

Estaban construyendo una nación, pero lo ocultaban. Si lo hubieran reconocido, tal vez habría colaborado. En cambio, se remitían a una suerte de imperativo

histórico, a una voz cavernosa que les decía «som». Eran los primeros en saber que esa voz no existía, pero disimulaban. Insisto: era lo único que no podía especificarse en el contrato. El disimulo consistía en distinguir, con la ayuda académica que fuera menester, entre Nación y Estado. Ellos aseguraban que estaban construyendo el Estado al que aspiraba una nación letárgicamente instalada en la historia desde mil años atrás. Sólo desde una perspectiva mítica, religiosa esa distinción tiene algún sentido. Los laicos saben que una nación no existe sin un Estado. Que la nación es el Estado. El nacionalismo no puede aceptar eso. Porque el Estado es discutible, opcional, una decisión del individuo, al fin. El individuo puede discutir las características del Estado. Puede salirse, incluso, del Estado —así, el apátrida—, pero nunca logrará salirse de la nación. La apreciable y ventajosa diferencia que yo encuentro entre ser español y ser catalán se resume en esto: uno puede dejar de ser español cuando quiera, pero por el momento es imposible dejar de ser catalán. Tal vez ahí se resuman todos mis padecimientos.

Escuchaba a Pujol hablar en la taberna de Aquisgrán. Estaba muy cerca de él. Estaba contento de estar tan cerca de él. El aliento de las personas importantes es nutritivo siempre, aunque uno mantenga un juicio discrepante. La primera vez que había visto a Pujol de cerca yo iba de vaina, hacía veinte días que trabajaba en el periódico y encima era la noche en que el PSOE había ganado las elecciones por la mayoría absoluta de 202 diputados. Pujol debía de estar de un humor tremendo. A mí me mandaron al Palau Robert, al seguimiento de datos, a que hiciera el ambiente como una zorra barata. Cazar un párrafo es tan pesado como hacerse con un cliente. Pero es necesario el esfuerzo: los párrafos siempre los tienen los otros y uno —uno como yo, que cree en sí mismo— va de Prometeo. Ahí estaba el párrafo, contemplando con cara preocupada los resultados electorales que empezaban a mostrar los paneles. En torno a él había una reja invisible de prudencia y de respeto, que nadie osaba atravesar. Yo no supe leer lo que ponía en la reja, yo era un vaina y aunque ponía bien claro, «Presidente piensa», la atravesé.

—¿Qué le parece? —dije franco y campechano.

—Hummm...

—Me gustaría que me diera su opinión sobre estos primeros datos —dije ya mucho más envarado.

—Ahora no.

—Bueno, quizá ya puede decirse algo —uno volvía cautamente a la jovialidad.

—Mire usted: cuando un hombre no quiere decir algo, no lo dice, por más que le insistan.

Ya tenía el párrafo. No servía para la crónica, pero servía para la vida. Lo apliqué con gran éxito a las múltiples entrevistas —género hórrido, borrador del periodismo, su *cuaderno del dragón*, que es el que lleva Carmen Martín Gaité, es decir algo proto,

esencial pero impublicable, sólo válido para uno— que hice entonces y nunca jamás perdí el tiempo. La rudeza tiene esta virtud: despeja a los alevines para siempre.

Sin embargo, en la noche de la taberna de Aquisgrán, las cosas habían cambiado: yo era el invitado del presidente y el presidente estaba describiendo el nacimiento de una nación. Dos malentendidos: ya lo he anticipado. Él creía que yo era su invitado, y daba por supuesto que los invitados deben guardar siempre las formas. Segundo malentendido: el presidente, contra lo que yo alguna vez imaginé, no estaba dispuesto, ni lo estaría nunca, a admitir su rol de comadrona. Fui al hotel y escribí una crónica contando el día. Tuve que hablar de la Marca Hispánica, pero eso se fue en veinte líneas. En cuanto al resto escribí lo que vi: que Marta Ferrusola había hecho una buena compra de semillas y que Pujol había pasado parte de la tarde con los periodistas, en la taberna. Comprendo que quedara una crónica peculiar: aquello no era un viaje presidencial, pero la nación tampoco era una nación y yo de algún modo lo sabía. Y si no lo sabía ahí estaban mis zapatos limpios. La metáfora es una forma de conocimiento.

A los dos días de estar en Barcelona Jesús Calvo, que era el redactor jefe y un periodista muy bueno, me comentó de medio lado:

—Vaya cabreo..., vaya cabreo que llevan con tu crónica de Alemania.

—¿Cuál? —pregunté pavoneándome.

—La de las semillas.

—Hombre, fue a comprar semillas la señora, no hay vuelta de hoja.

—Parece que ha dicho que les traicionaste, que estaban en confianza, en un clima de confianza, y que les traicionaste.

Era cierto. Tan cierto como que era su invitado. Tan cierto como que todos —y cada uno en su puesto: aquí políticos, allí periodistas— aquella noche en Aquisgrán estaban empeñados en asegurar que la nación ya existía. Yo no estaba empeñado en ello, por qué no decirlo pronto... La mayoría de mis contemporáneos se ha embarcado en ese proyecto. Ellos sabrán. Lo han debido de encontrar intelectualmente razonable, moralmente intachable, económicamente solvente. Lo han debido de encontrar un deber. Un deber de la sangre y de la historia, palabras graves. Yo habría preferido otra cosa para mi juventud: que los periódicos insistieran en otros asuntos, y los libros, y los debates. Puestos a preferir, habría preferido escribir un libro diferente. Pero uno no elige los detalles de su nacimiento. Uno, además, no ha podido ni siquiera discutir sobre el valor y la conveniencia de empezar a construir una nación a finales del siglo; uno no ha podido cuestionar la modernidad, el encaje con su tiempo, de ese proyecto decimonónico: la nación, su preexistencia, es el axioma fundamental y antihistórico de Cataluña.

En la Cataluña que habito, hoy, a finales del siglo, se considera legítimo y hasta sensato, si no se chilla demasiado, reivindicar la independencia. Algunos de los portavoces de esa reivindicación gozan, además, de una extraordinaria facilidad para difundir sus ideas, incluso en medios aparentemente muy refractarios. Sin embargo,

está por completo fuera de lugar, fuera del canon —incluso fuera del canon de la disidencia— aclarar que Cataluña no es una nación todavía y que puede discutirse su propósito de serlo; que la felicidad de los catalanes en este mundo —el fin de la política y de la cultura es la felicidad, la felicidad que nos defiende de la muerte, que retrasa la muerte, que ignora la muerte, que evita la paralización de pensar en la muerte— no pasa obligatoriamente por su destino nacional; está fuera de lugar cualquier posibilidad de decir, con ironía media, que construir una nación se traduce en un presente muy cansado y que ya nadie trabaja para el futuro de sus hijos; es una traición a un remoto, pero muy visible mandato, considerar que es ya suficiente el nivel de descentralización política y administrativa del Estado español y que es posible que tengamos un Estado útil, un instrumento ágil, ahora, ya en el nivel de descentralización alcanzado. Está castigado, en fin, con el desprecio y la marginación ironizar sobre los derrotados intelectuales del nacionalismo, sobre sus prácticas higiénicas, sobre la falsificación burda y constante de la historia y de buena parte del presente que ejerce. Está de más defender el proyecto de España desde el punto de vista de la utilidad, del interés económico, de la comodidad, incluso; defenderlo desde el punto de vista de la diversidad razonable que supone es ya peligroso: los nacionalistas sólo aceptan la diversidad en los otros. Asegurar, en definitiva, que instalarse en la idea de España, en la suma centrífuga de las Españas, supone vivir en uno de los lugares menos nacionalistas del globo y provocarles de seguido explicando que uno es español porque no es nacionalista obliga a presentar, junto a esos análisis, otros referidos a la propia salud mental.

Pienso con frecuencia que tal vez se trate de un problema generacional. Querría hablar de eso ahora, si no fuera que hay un coche que está recorriendo la avenida con mucho énfasis y que pide paso.

CUATRO

En un capítulo de su *Psicoanálisis aplicado*, Sigmund Freud estudia el carácter de algunas personas que, a raíz de alguna enfermedad o desgracia padecidas durante la infancia, se creen exentas de los sacrificios que afectan al común de los mortales. Ya han padecido lo suficiente como para someterse a ninguna privación y su conducta, observa Freud, no carece de analogía con la «de pueblos enteros que llevan la pesada carga de un pasado de desgracias». Pueden cometer una injusticia, puesto que se ha cometido una injusticia con ellos: son excepciones a quienes la vida debe una compensación.

PASCAL BRUCKNER

Ahí estaba yo esperando a que saliera. Frente a la puerta del Parlamento de Cataluña. Siempre en el lugar de los hechos. Los días anteriores habían sido días ridículos. El fiscal general del Estado, Luis Burón Barba, había presentado una querrela criminal contra Jordi Pujol, que acababa de ganar las elecciones con su primera mayoría absoluta. El día de los hechos le investían como presidente. En la puerta del Parlament se había congregado mucho público: formaba parte del desagravio. ¿Quién los había convocado? Eso fue lo más ridículo. Cada día llegaban a mi mesa, en la redacción, decenas de pasquines. Uno lo firmaba la Asociación Colombófila de Cataluña, otro, la Joven Cámara de Barcelona, otro y otro y otro lo firmaba cualquiera. Muchos pasquines que convocaban espontáneamente al pueblo de Cataluña a manifestarse en defensa de Jordi Pujol.

La estrategia del partido nacionalista había consistido en eludir cualquier tipo de responsabilidad explícita en la convocatoria. Querían hacer creer que era el pueblo soberano el que se alzaba y querían permanecer al margen de toda responsabilidad en los altercados que pudieran producirse. Se trataba de un controlado descontrol: una estrategia que el nacionalismo conservador practicaba con desenvoltura y que años después estaría en la base de la campaña *Freedom for Catalonia*, mediante la cual se proclamó ante el mundo, en plena felicidad olímpica, que Cataluña era un pueblo desgraciado. Se trataba, se trata y podrá tratarse cuando la ocasión vuelva a requerirlo de un método bien inserto en la conceptualización nacionalista. La elemental confusión entre los intereses de un hombre y los de un pueblo, entre un partido y un pueblo —confusión que con tanta sagacidad han contribuido a hacer indeleble muchos políticos e intelectuales españoles— se explayaba aquí sin ningún reparo. El pujolismo apostaba por la pornografía nacionalista. La pornografía es sobre todo una obviedad y aquella tarde estaba yo asqueado antes de que todo empezara.

Asqueado y solo. Hasta Manuel Vázquez Montalbán se había largado. Venía leyéndole desde niño. Lo había leído todo. Le debía todo; la educación sentimental, la educación periodística, la educación política, le debía el bacalao a la barca y el peixopalo. Y había escrito un artículo diciendo que en Cataluña nadie pensaba que

Jordi Pujol pudiera ser un ladrón, una afirmación tan excéntrica respecto a lo que se trataba como la de sentenciar —habría sido sentenciar en buena lógica marxiana, aunque hoy no se sepa a cuál de los Marx cabría adjudicársela— que todos los banqueros son unos ladrones. Le escribí una carta ingenua e irritada, que no le llegó porque jamás hubo respuesta. Aunque tal vez fuese su respuesta la que se extraviase. MVM le había dado la última vuelta al nudo del asentimiento. Sólo Jordi Solé Tura tuvo el valor de romperlo. Utilizó uno de esos artículos suyos compactos, pedagógicos, urgentes. Se limitó a escribir que la querrela contra Jordi Pujol era una decisión judicial y que en ese ámbito debía quedarse. Y criticó, como un orgulloso islote en el pensamiento catalán de la época, la utilización política que Pujol estaba haciendo del asunto. Pujol no ha olvidado ese artículo. Yo tampoco.

Cuando Raimon Obiols, entonces jefe de la oposición socialista, cruzó la puerta del Parlament y se dispuso a entrar en su coche todo había acabado para él. Le estaban gritando botifler, estaban insultándole abiertamente y alguno a mi lado le tiró algo, una pequeña piedra o un plástico o una bolita de papel. Era evidente que querían dejarle fuera de juego. Pero lo que le dejó fuera de juego fue la cara que llevaba. Antes de meterse en el coche se volvió hacia los grupos que le increpaban y durante una fracción quiso sonreírles con ironía. Lo que le quedó fue una sonrisa descompuesta, fuera de sitio: lo que quedó fue uno de esos momentos en que un hombre no sabe qué hacer y ríe queriendo ser irónico. Y cuando la risa se agota y la ironía fracasa, baja luego la cabeza. Esa cara y ese gesto contenían y sancionaban la suerte política de Obiols y la de su partido.

El trompazo fue tremendo y aún no se han recuperado y tardarán todavía en hacerlo. Nunca pensaron que la derecha pudiera gobernar la autonomía catalana. Ni en la peor de sus pesadillas antifranquistas. En su imaginario, la autonomía de Cataluña era un asunto exclusivo de la izquierda. Así lo dictaba la historia: la derecha catalanista, la derecha de Cambó, había entregado la libertad de Cataluña y la libertad de los catalanes —no se trata exactamente de lo mismo— a las tropas de Franco. La derecha se había comprometido con el fascismo y se había comprometido luego con la cómoda modorra de cuarenta años de dictadura. La izquierda, o los demócratas, no habían sido capaces de sacar a Franco de su sitio y como la izquierda opina que el pueblo siempre tiene razón no hay duda de que el antifranquismo fue desde ese punto de vista un fracaso. Ni el pueblo catalán ni el pueblo español vieron nunca muy clara la necesidad del sacrificio que debería acabar con la dictadura. Sin duda, era mucho menos sacrificado vivir en la dictadura. En ese sentido, los españoles demostraron estar incorporados al espíritu de su tiempo: nadie considera hoy en Occidente que haya otro valor por encima de la vida, que la defensa de algún valor justifique poner en riesgo la seguridad y la vida. A mí eso me parece un gran adelanto. Pero es preciso que ese estado de las cosas se identifique y se reconozca: de otra forma el cinismo queda lejos de ser un acto creativo.

Así, habían perdido la batalla de la dictadura, pero se aprestaban a ganar la batalla

de la democracia. Según su análisis, sólo el miedo y la sinrazón habían permitido la larga verificación del franquismo: el fruto de la libertad no podía ser otro que el gobierno de la izquierda. Así acabó sucediendo en España, aunque tuvieron que pasar dos elecciones, la dimisión de un presidente de gobierno y un intento de golpe de Estado. Pero al cabo de veinte años de democracia y de autonomía, la evidencia es deslumbrante: la izquierda no ha gobernado todavía en Cataluña y espera atónita otro hecho biológico que añadir a su lista de esperas. La izquierda no ha gobernado todavía en aquel lugar que iba a ser —y que así fue presentado en unos dibujitos muy rudimentarios y muy tiernos que publicó *Mundo Diario*— «la isla roja de Europa». En aquel istmo de todas las vanguardias peninsulares, allí donde la razón crítica, la conciencia de clase, el nivel de alfabetización y cultura y el buen gusto, sobre todo el buen gusto, viven y se reproducen, allí acababa de ganar las elecciones —y por mayoría absoluta, la tarde en que apedrearon al alto Obiols— un hombre armado con un discurso político muy rudimentario. Ese discurso había tenido siempre las mismas letras: CC. Si en los años cincuenta esas iniciales habían servido para nombrar enigmáticamente un grupo, casi una logia —nunca se acabó de saber si el primer líquido amniótico del pujolismo se llamó *Comunitat i Catalunya* o bien *Crist i Catalunya*—, en los ochenta, años de hierro, esas letras decían sumariamente *Contra Catalunya*. La invocación de esas letras bastaba para dejar en precario todo intento serio de ejercer la disidencia y aun de ejercer el propio pensamiento.

Esas letras se las estaban deletreando a Obiols aquella tarde. Yo no podía ayudarle, ni quise. Todavía creía que cuando un periodista está fotografiando el apaleamiento de cualquier indígena, debe seguir fotografiándolo. El hecho, tremendo y verídico, de que hoy se organicen apaleamientos en cualquier parte del mundo con el único objetivo de que se fotografíen, no ha provocado todavía ninguna reflexión entre el poder mediático internacional. Habrá que esperar más apaleamientos: gente lenta. Además, ya he dicho que las principales consecuencias que el alto Obiols, y su partido con él, tuvieron que sufrir no estaban en el impacto de las monedas, en la salivita que le tiraron a distancia, en todo lo que pasó aquella tarde, y entre lo que no fue en absoluto menor el que los miembros del servicio de orden de la manifestación —en realidad todos militantes de Convergencia— asaltaran el Parlament —asaltar es entrar en un lugar por la fuerza, aunque sea por la fuerza de la mirada— con la intención de proteger a los señores diputados: los actos de fuerza siempre se hacen para proteger a alguien y en ese acto de fuerza, sin consecuencias aparentes, porque aquí nada tiene nunca consecuencias aparentes, está escrito el peor momento de la democracia catalana. No, las principales consecuencias de eso no vinieron para la izquierda, al fin y al cabo eso podría haberle servido a la izquierda para reaccionar y plantar cara, sino de aquella sonrisa cortada por el estupor con que Obiols inclinó su cabeza al paso firme de la agresión. Yo vi esa cara, la guardé como pude —la memoria de un periodista es casi siempre el resultado de un esfuerzo sobrehumano: hay demasiada ganga en nuestra vida, demasiadas imágenes inservibles, superfluas,

sin sentido— y la dejé en maceración para cuando tuviera que decir algo sobre ella. «No sólo hemos perdido sino que nos están echando...», decía aquella cara, y tenía que meterse en el coche, aquella cara, para que no le dieran más.

¿Los estaban echando? Eso era lo que pretendía aquella pancarta —la comitiva ya se había puesto en marcha y el coche del presidente salía con lentitud del parque de la Ciudadela— que decía «1714 Felipe V 1939 Franco 1984 Felipe González». De eso se trataba: que se sintieran a punto de ser desahuciados. Todo lo que el PSC hizo, todo lo que Obiols hizo a partir de aquella tarde no tuvo otro fin que poner las bases de conducta necesarias para que se produjera, cuanto antes, y no importaba en qué condiciones humillantes, el reingreso en la congregación.

Escribo doce años después de aquello. Sólo ahora, después de tanto tiempo, los socialistas catalanes levantan la cabeza. No ha sido su mérito. Levantar cabeza no ha sido fruto de su trabajo político, de una corrección de su análisis de la sociedad catalana y de sus estrategias. Levantan la cabeza porque el pujolismo en su práctica sodomítica los ha dejado a un lado y se ha liado —sin uno solo de los complejos que ellos tuvieron— con el auténtico diablo. Los miro estos días con ternura: avanzan muy poquito a poco, los socialistas: husmean el aire, desconfiados: piensan para sus adentros que ya nadie va a poderles llamar traidores nunca más, aunque no se atrevan todavía a exponerlo en voz alta. Doce años de vía crucis para darse cuenta de que aquella tarde de Banca Catalana los llamaron traidores como podrían haberles llamado cualquier otra cosa. Doce años para saber que se lo habían tomado muy a pecho. Tan sensibles, tan buena gente.

La tarde de Banca Catalana fue la primera vez que los llamaron una vez y otra vez traidores. Toda la tarde y muchas otras tardes estuvieron llamándoles traidores. Sabían dónde dar quienes así los llamaban: golpeaban en su memoria antifranquista, en ese lugar sentimental donde se fundían las imágenes de la República, el fusilamiento de Companys —Cambó había muerto de viejo y en un exilio bien mantenido—, la reanudación democrática cosida a la reanudación de la autonomía. La verdad es que esa generación de luchadores había fracasado. No habían echado a Franco. No habían ganado las elecciones. Provenían de un mundo intelectual e ideológico que estaba entrando en la ruina definitiva, aunque todavía faltaran cinco años para 1989. Ahora estaban a punto de perder la condición patriótica, su lugar en el mundo. Se dejaron impresionar con muchísima facilidad. Traidores les llamaron cuatro, poderosos si se quiere, gobernantes si se quiere. Pero cuatro.

Los primeros que confundieron a Pujol con Cataluña fueron los socialistas de Cataluña. Se trató de una gran desgracia para todos. El PSC se sometió a lo dictado por las cien mil personas —no hubo más— que orillaban el camino de Jordi Pujol desde el Parlament hasta la plaza de Sant Jaume: había otro pueblo fuera de allí. Pudieron ensayar con él una cierta alianza de la razón, si es que no tenían razones sentimentales para aliarse, si es que la clase obrera ya no era para nadie un referente sentimental, porque nadie estaba ya enamorado de los obreros, ni de su suerte, ni de

su poética, ni de su futuro. Nunca se dirigieron a ese pueblo y a otros muchos pueblos ausentes aquella tarde y todos esos pueblos consideraron justo no dirigirse tampoco al PSC. Aquella tarde los socialistas inauguraron en Cataluña una nítida manera de hacer las cosas en la política: tratar de ponerse delante de las masas, dijeran éstas lo que dijeran, aunque lo que dijeran fuera contra el estilo y contra las convicciones propias. Encima: ni eran masas ni ellos consiguieron en modo alguno ponerse por delante. Por mi parte, yo estaba a punto de perder el equilibrio, y aún no sé si aquella tarde lo perdí. Había pasado unos días duros. Pocas semanas antes había tenido que hacer la crónica de la victoria electoral de Convergencia, en la misma sede de Convergencia, una noche tremenda.

¿Por qué una noche tremenda? ¿Acaso no son todas esas noches iguales, acaso no son noches del exceso y del olvido? ¿Una noche tremenda porque me viera obligado a dar fe de los que habían ganado siendo como eran los que yo quería que perdiesen? Bah, nada de eso. En especial, nada de esto último. Trabajar de periodista supone, casi siempre, dar cuenta de hechos que uno preferiría que no sucediesen en la forma y con los protagonistas con los que suceden. Dar cuenta de hechos repugnantes, criminales, anodinos, superfluos, contrarios a tus costumbres. Estar de periodista en el mundo supone una incomodidad cierta. No sé si ahora debiera irme por ahí... He conocido leñadores que vivían entre los surcos de la madera, que eran madera, muy secos; financieros que sólo respiraban a través del dinero —algunos, para jugar y para completar su vocación, respiraban también buen polvo blanco por el canutillo de un billete violeta—; escritores, lo que se llama escritores, incluso buenos escritores, que iban por la calle, andando, durante muchos metros, repitiéndose una y otra vez una palabra en la boca, como si en la boca llevasen una perla: entre éstos incluso conocí uno que quería, acto de fundición nobilísimo, hacerse poema. Nada de eso: ni en los mejores días quise hacerme yo diario de avisos y noticias. Yo trabajo con la incomodidad y con la insatisfacción. Con la propia y con la de los otros: ésa es la materia prima. No es un oficio de hombres felices. He creído ver alguna vez un periodista bonachón y al final siempre se dio alguna de estas tres circunstancias: o era tonto, o era corrupto, o en realidad se dedicaba a otra cosa. Corro el riesgo de aparecer como un pobre hombre terrible: mascando el cigarro, la cabeza ladeada y la dispepsia aflorando. Corrámoslo, el riesgo de ese cromo. No conozco ningún periodista enamorado de lo que cuenta. ¿Cómo vincularse a la materia prima, a los eventos consuetudinarios que acontecen en la rúa, a lo que pasa en la calle, dicho sea en lenguaje poético, cuando lo que pasa en la calle, según el periodismo imperante, es que un hombre ha mordido a un perro, vaya por dios? ¿Cómo establecer con ello relaciones satisfactorias, respetuosas, confortables, de amor y de síntesis, cual el leñador con su surco? Todo el decir mítico del periodista: he aquí un hombre mezclado con su tiempo, con el propio tiempo, hecho él mismo tiempo... Que

alguien viaje con urgencia al corazón presuntamente extasiado del periodista y vaya con cuidado que no le aplaste un alud de tedio. Que no le aplaste, en especial en estos días políticamente correctos repletos de consumidores que denuncian mercurio en los rodaballos, de señoras que se reúnen para decir que son señoras y exigen su buen titular, no jodas morenito y atente a la discriminación positiva, en estos periódicos de los lunes envueltos en el confit antropológico, en su propia grasa, butifarras, paellas gigantes, caracoladas, grandes cebollas goteando romesco o toros muertos, en estos días en que lo periódicamente correcto es reproducir una mentira porque alguien con cargo la dijo: el que la escribe al anochecer sabe que es una mentira y antes de ejecutarla, sin embargo, si es joven y no ha sufrido mucho, se acerca medio reptando al redactor jefe, le pregunta: ¿es necesario, si es falso? y el que manda le contesta: por supuesto hay que dar su versión: y hace años cuando eran más cultos, aun los redactores jefes eran capaces de clavarte como una mariposa en el tablero, ahuecando mucho la voz: «¿Acaso no sabes tú, muchacho, que la verdad es un asunto poliédrico?».

No siempre, claro. En ocasiones hay que escribir sobre algo bueno, una historia sobre la que uno podría ir en caída libre, aterrizando sobre un par de páginas vacías y abiertas. Pero hay que escribirla: hay que escribirla con una lengua dura como la piedra, berroqueña: no hay quien la mueva: una lengua cicatrizada por mil eufemismos, piel muerta: o con una lengua que huele como la ropa muy usada: veinte millones de hombres en un trance similar han pasado antes por allí, por esas metáforas, por ese plan, por ese escorzo, por ese guiño: la escritura en este lado es el burdel de *Au Suivant* y al final es muy probable que uno se haya tirado a una muerta, y sin saberlo. A veces, ganas. A veces, muchas noches, yo mismo, enciendo el motor del coche, hago las maniobras justas, todo va como una seda, y retomo las amplias avenidas imaginando que hay luz de lluvia en el asfalto. Y voy repitiendo, hecho poema, la mejor frase que cayó en suerte, está en la segunda columna, en el medio, aguanta todo, lo que vino antes, lo que viene después, un depurado arquitrabe. Una frase que venció a la lengua con que fue escrita, que cupo entre las cuatro muy insatisfactorias columnas que los distribuidores del papel diario decidieron. Al día siguiente, la frase está impresa: está donde la recuerdo. La leo y jadea. Es buena, por supuesto, es precisa, es económica, tiene la belleza de lo que se ajusta a su función: servía para eso y sólo servía ésa. Pero ahí está el jadeo, ese llegar apuradísimo, ese por los pelos. Lo noto: la frase jadea y con ella el párrafo y con el párrafo la crónica entera. No vale la pena ser un escritor jadeante, que los hay a cientos. Esas mañanas desalentadoras, me veo yo como un currillo, un pinturero de la lengua y de la idea, bien ceñido: acabarás la fiesta con un lamparón de aceite en la solapa, torero.^[5] La imposibilidad de ser madera o de ser poema, de elegir lo que cuentas hasta ser lo que cuentas, la insatisfacción de trabajar con un hacha mellada, con una lengua borde... Hay otra veta en la incomodidad, materia prima. El trabajo con gente innoble. Nadie es innoble. Sólo es que a veces los hombres pasan por momentos innobles. «El

periodismo se ocupa de la gente en un momento muy pequeño de sus vidas», dice una frase inolvidable de una película de Stephen Frears. Se ocupa de ellos en lo innoble. Cuando aparece la mentira, la vileza, la cobardía, o los sentimientos, ese material que con los años me parece cada vez más infecto, en seguida va a llegar a un periodista. Lo esperan para que anote. Tratar con rufianes, entiéndase con bellísimas personas que pasan por un momento malo, es muy incómodo. Si los rufianes supieran preceptiva literaria, o psicológica, distinguirían entre el yo real y el yo rufianesco. Ellos no son así: sólo es que se comportan ahora así. Y deberían distinguir, también, entre el yo real y el yo periodístico: no hay nada que distinga un periódico de un relato, ni el sujeto —siempre un yo narrativo— que los organiza. El problema mayor, sin embargo, no es la incomodidad de que algún rufián pueda estropear la vida, y los rufianes no suelen estropear la vida a golpes, sino con mayor refinamiento... El problema es tratar con rufianes para que suelten la verdad que llevan sobre algo. Y haya que escucharles, y haya que vomitar, regurgitando. Estos días en que escribo, leo los periódicos deprisa, porque estoy en esto y me quema. Pero aún atrapo la necedad y ahora voy a transportarla. Alguien, docto, dice que toda declaración judicial basada en la venganza puede anularse, más allá de que la declaración contenga hechos verdaderos. No me importa que eso supusiera la invalidación de toda la jurisprudencia desde Roma a nuestros días. El mundo de los jueces me provoca una indiferencia absoluta y desearía que fuera recíproco. Lo que me preocupa saber es qué hacemos después de esto con los periódicos: van saturados de venganza. Cuando un hombre atiende a un periódico con algo importante entre las manos, el que atiende va a vengarse: momentáneamente inmerso en su yo de rufián, va a vengarse. Sin la venganza no hay periódicos, ni hay verdad, ni hay historia: ésa es la jurisprudencia. Comprendo que alguien pueda musicar en tono mayor esta letra que escribo. La venganza suele asociarse a la Gran Venganza, a la Vendetta. Nada de eso: lo importante en los periódicos es la pequeña venganza cotidiana: la del esteta, la del notario, la del catedrático de universidad, la del farmacéutico. El periódico lleva cada día una venganza sin fulgor. Ni siquiera la literatura puede ocuparse fácilmente de ella. Tal vez la microbiología. El periodismo: se trata de un trabajo incómodo. La incomodidad, la insatisfacción es su materia prima, su función, su puesto en el mundo. Yo elegí eso y me niego a que me vengan con cuentos. No pasa nada, es un trabajo como otro. Tiene sus características, un trabajo como otro. Hay quien engaña a los niños. O peor todavía: hay corruptos que eligen como disfraz la bonhomía. Sea siempre el restablecimiento de la verdad y el desenmascaramiento de los torvos mi guía. Yo elegí esto. Quería ser alguien. Sabía lo que hacía. Hace un rato que en la calle estaban gritando «Això és una dona!». Hace un rato más largo que el jefe de los socialistas firmó su sentencia sonriendo. No creo que todos ellos hayan cambiado de capítulo.

Fue una noche tremenda porque estaban gritando, a cientos, en la calle, «Això és una dona!» y eso no se le debe gritar a nadie aunque se hayan ganado unas elecciones por mayoría absoluta. Yo no se lo había oído gritar a nadie nunca. No lo había oído siquiera en el No-Do, aunque bien es verdad que por edad no cogí los nodos de Evita y el trigo. Es un grito que puede ser peligroso: todo el mundo sabe lo que quiere decir y lo que supone y el límite que rebasa. Durante todos estos años, el grito ha continuado. Aun en sordina. Nadie se inmutó. O sólo el cómico Boadella se inmutó. Lo provinciano es, sobre todo, un territorio espiritual donde las actitudes tienen una importancia muy relativa: nada trascendente provocan. En una nación ése sí sería un grito lleno de peligro. En la provincia, ese tipo de gestos sólo ayudan a instaurar el caciquismo. El caciquismo puede ser ético —«Los catalanes han de tener un mínimo de tres hijos», aconsejaba la señora— o directamente económico: con el paso del tiempo las tiernas semillas de Aquisgrán germinaron, las cuentas de la floristería sumaron y no restaron y la señora pudo levantar Hidroplant S. A., empresa protegida, dedicada a las plantas acuáticas, que embelleció consejerías y hasta tuvo en sus manos el césped del campo del Barça con resultados que no fueron buenos. Hace poco, cuando el sistema daba los primeros síntomas de resquebrajamiento la señora llegó a desmentir en un programa de radio que su marido tuviese una amante, como se decía, y que llevara noches sin dormir en casa: todo era una campaña orquestada de gente a la que no señaló, pero con cuya identidad antipujolista no cabía confusión. [6] Los veteranos, incombustibles, debieron de pensar això és una dona. Por lo demás, entre el desmentido y el grito fundacional de su leyenda apenas había sucedido nada: sólo el paso del tiempo, el crac crac de los maquillajes resecos.

La izquierda antifranquista pudo denunciar que aquel grito —«Això és una dona, le decía el pueblo a Marta» fue el título entonces de mi crónica— era propio de unos alucinados; pudo rebelarse contra el hecho de que Cataluña, gran país, se comportara con semejante vulgaridad política, casi premoderna; pudo reflexionar en voz alta sobre el hecho ya inexorable de que el autogobierno fuera a caer en esas manos caudillistas. Optó por el silencio, porque ese grito pasara casi inadvertido, por no hacer de él un mojón de su fracaso y, en consecuencia, el punto de arranque de su recuperación. Ciertamente, su desconcierto podía explicarse: no lo había previsto, ¡la izquierda antifranquista no había previsto, ni en sus peores y sus más lúcidos sueños, el pujolismo! Habría bastado con que la izquierda no reprodujese la ficción dominante del pujolismo —esto es que Cataluña era una nación— para que su influencia aumentara. Pero en vez de discutir cada paso dado en la construcción —no propuesta pero real— de esa nación, en vez de discutirlo todo sin temor a quedar fuera de lo nacionalmente correcto, en vez de subrayar los perfiles cada vez más grotescos y amenazantes de la situación, la izquierda se dispuso a participar en una ficción cuyo guión ya había elaborado otro. Aceptó ese guión por incapacidad

política: una incapacidad que ya venía del franquismo, de su dubitativo análisis del impacto del franquismo en Cataluña, y de su imprevisión acerca de la capacidad hegemónica del pujolismo. Pero también, no hay que engañarse, la izquierda perdió porque compartía la ilusión fundacional de todo nacionalismo: la diferencia. En sentido profundo, nada separa el *España es diferente* del «hecho diferencial catalán». Nada: se trata de la misma estocada retórica, del mismo orgullo patético. También en el corazón de la izquierda macera todo eso. En el guión pujolista estaba la mujer modelo y estaba escrito que ese hombre podía sacar a la calle a cien mil valientes en defensa de un asunto privado. También yo debo de estar en el guión: me ilusionaría. Me ha tocado vivir la fase pueril de la construcción nacional —y los dos días que son su emblema— y tal vez pueda aportar algo valioso.

El lector sabe que Obiols había agachado la cabeza. Poco después de que se metiera en el coche para ya no reaparecer jamás, fue Pujol quien apareció bajo el cielo. Inició entre los vítores y entre los jaleos una marcha muy lenta desde la Ciutadella hasta el lugar del gobierno, en la plaza de Sant Jaume. Las gentes se apostaban a su paso. Pero el camino era largo, demasiado largo. Yo iba detrás, de vaina. Me veo todavía, saliendo del parque o al principio de la Vía Layetana, mirando a Pujol, y él en unos metros yermos de adhesiones, sin nadie a quien saludar, con la mano tendida esperando, una fracción brevísima, pero suficiente, para el recuerdo. Es una impresión cruda para un joven, descubrir en lo épico lo patético. Habrá marcado mi vida. Quizá escriba esto por eso. En torno al portal del Ángel el camino se fue estrechando. Él debió de animarse ante la gente apiñada. Supongo que llegó ebrio a la plaza de Sant Jaume. Yo llegué martirizado por el simulacro, con la mirada fija en su mano colgando, ridiculizado por cuenta ajena. Él subió al balcón y desde allí gritó, con un punto de afonía, que el gobierno había cometido una jugada indigna y que a partir de ahora de ética hablaríamos nosotros. Dijo de ética, y que de ética hablarían ellos, y que sería a partir de ahora, lo recuerdo, yo mascaba todo eso. Luego les dijo que se fueran a dormir, y que a la mañana siguiente abrieran las tiendas. Eso fue interpretado como un gesto de contención política. Lo era, sin duda. Como una confesión fue interpretado por los más críticos, que lo imitaban: ara ja està, ja està, ja ho hem fet i ja està, habría tenido el presidente su desahogo, su p'tit mort. No me gustan estas analogías, pero son verosímiles. Deberían haberlo interpretado como lo que fue por encima de todo: una reminiscencia. Dos siglos antes, Casanova estaba herido y Barcelona había sido vencida. Se cuenta que los ciudadanos, después de la derrota y sin un solo día de tregua, abrieron sus comercios. El nacionalismo es degradante, degradante en su sentido etimológico, quiero decir ahora.

Nadie hablaría a fondo de lo que había ocurrido frente a la puerta del Parlament. Ningún periódico. El mío tampoco. Hablarían de la jugada indigna y hablarían de ellos, los que iban a hablar de ética a partir de ahora. Fue el día de la Impunidad, todo se puso en marcha. Lo que pasó después tal vez habría pasado igual, pero como los nacionalismos tienen necesidad de efemérides no se entendería que yo no pudiera

permitirme el disfrute. Detrás del Jefe, desfiló una larga marcha. El juego del rey consiste en que uno camina por delante y va haciendo cosas cada vez más inverosímiles. Para empezar ha levantado una mano, está bien, todos le siguen, pero ahora está levantando el hábito de una monja y sólo los lugartenientes más feroces pueden emularlo. Es cierto: ese día el rey lo puso difícil —sacar cien mil por un balance mal cuadrado— y nadie ha llegado todavía a eso, pero no hay por qué llamar al desespero. La empresa es fuerte, tiene un nombre pegadizo, además: se llama Nosaltres y es una S. A.

Ha dado algunos tipos de mérito: el señor Jordi Planasdemunt —qué buen hombre, qué mal paso—, que fue consejero de Economía de la Generalitat de Catalunya, y que falsificó pagarés y que ahora está en la cárcel. El señor Josep Maria Cullell, que sólo quiso ayudar a su cuñado: llamó a un alcalde, le sugirió la recalificación de unos terrenos y así se hizo: espera su rehabilitación, la exige, ningún tribunal lo ha condenado. El señor Macià Alavedra, que le concedió un crédito al señor Javier de la Rosa para que levantara Tibigardens y el señor De la Rosa hizo caso omiso del destino, que no del dinero: Alavedra —los años han pasado, qué habrá sido de Xavier Valls— es un cadáver todavía recio: y hay cadáveres que desprenden un humo venenoso, fuegos fatuos. El señor Lluís Prenafeta i Garrusta —traducía a Pirandello: me lo dijo una noche, fuera de España, me hice ilusiones pero se lo decía a todas, en realidad era lo primero que decía— al que descubrieron haciendo negocios en un reservado de su reservado despacho de secretario. Y Jaume Roma, ¿alguien recuerda quién fue Jaume Roma? Fue muy efímero: llegó al Departamento de Obras Públicas precedido de un gran rumor de voces. Era un joven de treinta y pocos años que concitaba muchas esperanzas. Era la renovación, el delfinato acaso. Todo acabó cuando vieron que se había hecho un chalet con dinero público. Se lo había hecho, por cierto, mientras era subordinado de Xavier Trias, que hoy luce entre los primogénitos. Pocas semanas después de que lo nombraran, el joven Roma concedió una entrevista muy reposada al suplemento dominical del diario *La Vanguardia*. Allí decía que Jordi Pujol no había sido para él un modelo político, sino un modelo de vida. Aspiro a escribir contra el olvido. Pero no tengo estética de notario.^[7] La relación podría ser mucho más larga. Los accionistas de Nosaltres S. A. están muy repartidos. Quiero ir acabando este cuadro. ¿Cuál fue el abogado del señor Jordi Pujol, su abogado en el asunto de Banca Catalana? El señor Joan Piqué Vidal. ¿Y su juez, el juez con el que despachara la crisis más importante del Estado español desde el 23-F, la posible incriminación de Felipe González en el sumario de los GAL, el juez que llegó al Consejo General con los votos de Convergencia —también con los del PSOE—? El señor Lluís Pascual Estevill. ¿Y cuál fue su financiero ejemplar? El señor Javier de la Rosa. Gaziél, en *Meditacions al desert*, dejó dicho sobre el señor Francesc Cambó, sobre el mundo del señor Cambó y de la Lliga Regionalista, esto:

«Políticamente no dejaron nada; económicamente todos se han enriquecido».

Un hombre, para robar, para corromperse ha de tener un motivo superior. A veces el motivo es dramático, pero simple, fácil de entender: cuando un hombre manda matar a otro hombre le resulta muy fácil mandar luego, de inmediato, que le llenen la cartera. Cuando empezó a saberse que algunos de los que habían organizado los GAL se habían llevado también el dinero de las cuentas del Estado, la gente se exclamó en demasía: matar asesinos muy bien, pero llevarse nuestro dinero, en absoluto. Yo estoy seguro que primero mandaron matar y sólo luego, ya instalados de golpe en la baja, empezaron a llevarse el dinero. Bastantes de los que se lo llevaron se contarían a sí mismos este motivo superior: sufro, mato, me estoy jugando la vida por esto, no me dan ni de lejos lo que merezco, alguna compensación he de tener yo también, estoy nervioso, todavía hay humo en la pistola, he de darme un homenaje. Y se lo daban, temblando se lo daban. ¿Mal pagados? Por supuesto. A nadie le pagan lo suficiente por torturar y matar a un hombre. La patria es otro motivo grave, fuerte, útil para robar. El patriota siempre piensa que la patria está en deuda con él. El patriota llega a creerse sin dificultad que ha sacrificado algo sustancial por servir a su país: la libertad del anonimato, un sueldo superior, las horas de ocio... Tiene que aguantar, además, los insultos de los adversarios, el acoso a su vida privada. El patriota suele verse como un hombre lleno de servidumbres. Su trabajo, además, le pone en contacto frecuente con las élites: hombres que han ganado dinero, mucho dinero; que están en condiciones de dejar garantizada la vida de varias generaciones de descendientes. Después de una cena cualquiera, el patriota se echa un vistazo a sí mismo: tiene un alto sentido de sí, de su misión en el mundo, de su trabajo, pero comprueba que el rédito económico de todo eso es más bien escaso. Y se pone a robar. ¿Roba? Más bien se cobra lo que le deben. La redención, como la caridad, suele comenzar por uno mismo.

Durante los días de Banca Catalana, que fueron muy largos, una voz de silicona iba sellando todos los disensos: si algo hizo mal, al fin y al cabo lo estaba haciendo por Cataluña. Ni siquiera su competencia como gestor de los recursos ajenos fue juzgada. Nadie lo trató como a un pésimo banquero: el gran agujero fue el del franquismo, se aducía. Muchos años después, este verano en que escribo, las cuentas públicas de la Generalitat presentan un déficit notabilísimo. El mensaje subliminal, o explícito —el tiempo ha ido pasando a su favor y ya no hay por qué disimular—, es que si las cuentas se hicieron mal, al fin y cabo fue en beneficio de Cataluña, del bienestar diferencial de Cataluña. Nadie lo ha tratado como un político frívolo, como un político incapaz de cuadrar un presupuesto. Él dice que el gran agujero es el de Madrid, que no paga. Y así soslaya la cuestión. Los otros asienten: en verdad se trata de un gran estadista. Los accionistas de Banca Catalana sólo se empobrecieron en apariencia: un calorcillo de patriotas les enriqueció espiritualmente. No es extraño llevar el corazón en el mismo lugar que la cartera. Una noche de esa época tuve que hablar por teléfono con Antoni Comas. No era entonces consejero, sino un hombre

con problemas. Alguien le reclamaba algo en los juzgados, ya no recuerdo el qué. Yo debía conocer su versión y me la dio. Luego le pregunté qué pasaba.

—Pujol con la Banca, Molins y Trias de Bes con Renta Catalana, ahora usted con este asunto... ¿Qué explicación tiene todo esto?

—Una: que nosotros somos gente que hace cosas. Y sólo los que hacen cosas pueden hacerlas mal.

Fer, emprendre, he aquí los verbos del horno Catalanoiae. Defensas corales para los desperfectos individuales: esto es también el nacionalismo. Y la disolución de la responsabilidad particular, el principal objetivo social de Nosaltes S. A.

Cuando llegué al periódico después del paseo triunfal, había en la sección un silencio de hierro. Todos los que la integraban eran gente de izquierdas, jóvenes de izquierdas, y un cansado y escéptico aristócrata del periodismo, venido a menos. Nada había que discutir tampoco con la dirección: ni el punto de vista general de la información, ni los titulares, ni lo que debía decirse ni lo que no. En los periódicos se da en ocasiones ese momento dramático: el redactor llega de cubrir un suceso importante, saluda con levedad a los colegas, se sienta ante el teclado, comienza y acaba. Todo ha ido como una seda. No ha habido el menor intercambio de opinión con nadie, con ningún jefe. Un murmullo, un gruñido, tal vez, pero nada importante y para adentro. No son noches para discutir con nadie: todo lo que hay que escribir está entendido sin cita previa. Al fin y al cabo el periodismo no había podido impedir aquel acto de fuerza, aquel día impune. Ni siquiera lo había tratado de impedir. También para el periodismo catalán aquélla fue una noche iniciática. Estaba muy claro quién mandaba y de lo que era capaz. Aquella manifestación, el impacto de la mayoría absoluta y el corte generacional e ideológico de buena parte de los profesionales que estaban al mando de las redacciones —cuando vieron que no podían con Pujol empezaron a sentirlo (ésa es la expresión exacta, *sentirlo*) como algo propio— son factores muy importantes para explicar qué pasó con aquel periodismo barcelonés tan crítico y tan poco servil de la primera hora de la transición política. El acto de fuerza tuvo también consecuencias en *El País*, el único periódico que en aquel momento se situaba fuera de la lógica del sistema pujolista y que había sido el que había informado, primero, de las dificultades de Banca Catalana y luego de la inminencia de una querrela criminal contra el presidente de la Generalitat. Aquel sentimiento de exclusión, de acoso que vivieron algunos de sus redactores —y me figuro que algunos lo vivieron con dramatismo— todavía era perceptible muchos años después. Pero es mejor que de eso escriba luego, al hilo del tiempo, cuando *El País* ya no sólo fue mi periódico —lo era desde 1976, yo tenía diecinueve años, y lo era con pasión: nada de leer esperé yo de un modo tan enfermizo como esperaba *El País*, los primeros días de mayo, en las Ramblas de Barcelona: llegaban tan pocos ejemplares que durante semanas no hubo manera de encontrarlo en mi barrio—, sino que se convirtió además en mi principal

medio de vida.

Escribí mi crónica sobre la tarde de Banca Catalana con cuidado, como caminando por un campo de minas. Todavía estoy orgulloso de esa crónica, aunque mi orgullo no es novedad. La escribí para llegar al último párrafo y revelar cómo el gran atleta sacaba su brazo —un brazo descomunal— desde el balcón de la Generalitat, tocaba todas y cada una de las cabecitas que lo aclamaban y las enviaba a casa, a dormir y luego a trabajar. Ocupó un espacio secundario en la información que daba el periódico —yo iba de vaina, a dar el color, a hacer el ambiente— y fue una insignificancia marginal en el conjunto de la prensa de la ciudad. También yo era un tipo marginal. Incluso atendía los sueños regeneracionistas de los gobernadores civiles, véase.

CINCO

—Ahora mismo nos íbamos.

—Vaya noche para salir.

—Es que ya teníamos las entradas.

—Claro, claro.

—Y vamos a ver a Lluís Llach, y claro.

La mujer del nuevo gobernador civil atendía el teléfono. Él estaba a punto de llegar a casa. Cuando llegara, inmediatamente, se irían a escuchar *L'Estaca*. El nuevo gobernador. Yo tal vez fuera un joven impresionable, pero el jefe de las porras se iba a escuchar *L'Estaca* la primera noche de su nueva vida. Yo era un joven impresionable dado que estábamos empezando el año 1983 y hacía pocos meses que los socialistas habían ganado sus primeras elecciones en España: luego el tiempo se convertiría en un estercolero y Ferran Cardenal llegaría a ser director de la Guardia Civil —en sustitución de Luis Roldán: hay destinos que sólo se explican por el chantaje, la ambición, o la ingenuidad— y a ser citado por un juez para que explicara el uso de los fondos reservados. Pero aquella noche Cardenal era un treintañero que estaba cumpliendo dos obligaciones generacionales: escuchar a Llach —«Si em dius adéu, / vull que el dia sigui net i clar, / que cap ocell / trenqui l'harmonia del seu cant. / Que tinguis sort / i que trobis el que t'ha mancat en mi» esto ha llegado a cantar este hombre con su voz raptada— y ponerse al mando. El tiempo ha demostrado que no eran obligaciones compatibles. O que no lo eran, al menos, para muchos miembros de esa generación. Tal vez fuera, como dijo Eduardo Mendoza en una frase profética que el tiempo ha ido llenando de sentido —a mí al principio me pareció vacía, pero luego fui reaccionando—, que «entre los planes de nuestra generación no estaba ejercer el poder». Cardenal era joven, todos eran muy jóvenes.

Cardenal era lo que se llama, bien llamado, «un hombre de» y era un hombre de Serra. Narcís Serra es el gran fracaso del progresismo catalán en Madrid. Serra es el gran fracaso del socialismo español. Serra es más todavía: es el gran fracaso de una cierta —e inexistente, mera evacuación retórica— burguesía liberal catalana. Durante el franquismo, esos vástagos misioneros se propusieron salvar a la clase obrera, y les fue mal. Visto el fracaso volvieron los ojos a sí mismos, hacia el redil caldeado de su clase, se propusieron salvarla, y les fue mal. Esa burguesía tan liberal había apostado decididamente, decisivamente por el pujolismo intervencionista, por el pujolismo absolutista, aunque se permitiera el coqueteo progresista en momentos delicados: es decir cuando fue preciso afrontar la multa por el asunto de las primas únicas —Caixa, cobri— o cuando los patricios tuvieron que ejercer de anfitriones, ellos, sus salones, sus empresas, sus terrenos, sus propiedades en la cita olímpica de Barcelona. Serra concita la derrota: no niego que eso suponga una cierta grandeza. Desde Banca

Catalana a Mario Conde, pasando por la crisis del PSOE —le encargaron que se ocupara del partido y al instante el partido estuvo abierto en canal entre guerristas y renovadores— y acabando con Luis Roldán —sólo un milagro, es decir, una información que no tengo, evitó que el patrocinado de Serra, Luis Roldán, sí, el patrocinado de Serra, fuera nombrado ministro de Interior—, al que iba a ser nuestro Gran Maquiavelo le estallaron todas las bombas en la cara. En nuestra cara.

Es decir que Cardenal era un hombre de Serra. Un hombre destinado a llevar huevos de Santa Clara a la Policía. La doctrina de Santa Clara era la doctrina de Serra para las fuerzas y cuerpos de Seguridad del Estado. Todo empezó con el desfile de las Fuerzas Armadas de 1981 en Barcelona. Se ha explicado miles de veces. Ahí va una más. Serra era el alcalde y Lluís Reverter su jefe de protocolo. Reverter antes de ser un hombre de Serra fue un hombre de Sarrià, del barrio de Sarrià, donde su familia tenía un viejo negocio de droguería. Reverter conocía la costumbre de llevar huevos —es decir, unos billetes— a las clarisas del monasterio de Pedralbes si es que uno quería que algo saliera bien al día siguiente. Las clarisas, ignoro la circunstancia, se han especializado en la meteorología y si uno ha de casarse, ir a los toros u organizar un desfile militar conviene tenerlas presentes. Así al menos sucede en Barcelona, y las cosas van bien. Reverter llevó los huevos, las clarisas cumplieron con su obligación, y de inmediato fue el propio Reverter el que hizo correr el sucedido. Los militares españoles, y en especial sus esposas, son muy sensibles a este tipo de conductas. Gustó. Serra fue nombrado ministro de Defensa por un motivo protocolario y en eso continuó: una de sus primeras decisiones fue la de llevarse a Lluís Reverter al ministerio. Cuenta ser la llamada «pacificación del Ejército español» el gran mérito político de Narcís Serra. En efecto: pacificó un ejército avergonzado por el 23 de febrero y en trance de desaparecer: un ejército deglutido por la OTAN y por la inexorable profesionalización. Yo no digo, en modo alguno, que la política no consista en llevar huevos a Santa Clara: Serra es el gran pacificador del Ejército español.

La Policía y el Cesid —el Cesid siempre dependió de Serra— necesitaban algo más que los huevos de Santa Clara. El terrorismo nacionalista era y es la muerte en España: el severísimo espectáculo de la muerte. En ese espectáculo trabajan los servicios secretos y trabaja la Policía. Cardenal había llegado a casa, estaba a punto de irse a un concierto de Lluís Llach y yo sólo podía hacerle preguntas muy rápidas.

—Tendrá proyectos.

—Hombre, no, es muy pronto. Yo qué sé.

—Sueños, al menos.

—¿Sueños?

—Se tienen sueños.

—Ya... Quitar la comisaría de Vía Layetana.

Lo escribo, pero no estoy seguro si esto último llegó a decirlo aquella noche, hablando por teléfono, o si fue algunos meses después, en el vestíbulo de la

Delegación del Gobierno, poco después de alguna reunión tempestuosa de la Junta de Seguridad de Cataluña. Pero, en cualquier caso, Ferran Cardenal quiso llevarse por delante el edificio y acabar con el siniestro estremecimiento que su visión provocaba en tanta gente de la ciudad. Creo que lo máximo que consiguió fue poner un par de macetas con naranjos en cada flanco de los guardias armados y alguna reforma de tabiques me figuro que también consiguió. La Policía a la que mandaba necesitaba dinero, mucho más dinero del que siempre tuvo. Es decir, necesitaba el ejercicio de la política y no el de las relaciones públicas. Dinero claro, dinero consignado. Las mujeres de los guardias quizá necesitasen collares de perlas. Pero era preciso anotarlos. Hicieron todo lo contrario: eran jóvenes, demasiado jóvenes para ser gobernadores, secretarios de la seguridad, ministros de la porra. Y por jóvenes estaban cargados de complejos. El primer complejo: habían corrido delante de los guardias a los que ahora mandaban y su máxima aspiración —tan angelicales eran, tan rousseaunianos eran— fue demostrar que ningún sentimiento de venganza afloraba, que los guardias, decían, al fin y al cabo habían sido, como ellos mismos, rehenes de un sistema ignominioso. Sostener que el sistema es el único canalla es la receta infalible para perpetuar actitudes y sistemas canallescios. Así, aceptaron el lenguaje de los policías a los que mandaban, sus modos, sus usos: yo te arreglo esto, chaval, y barato. Un viejo, secular lenguaje de sobrentendidos, verdades a medias, palmadas en la espalda machote, la verba hampona de unos aparatos de seguridad mal pagados, despreciados, de gente acostumbrada a buscársela extramuros del Estado al que servían y que tan mal les recompensaba su tremenda participación en el tremendo espectáculo de la muerte. Huevos de Santa Clara: una cierta plusvalía, una paga extra, un rito pagano a la razón. Aceptar ese método diabólico, pero elemental, embrutecido; aceptarlo porque a pesar de que eran socialistas debían demostrar que eran más cuarteros que nadie —igual que ahora, este verano, el pijo de Valladolid se esfuerza en demostrar su normalidad: acabé soñando la otra noche que iba en pullover a una rueda de prensa del Consejo de Ministros y aún soñé que soñaba: mira esto lo hace porque quiere dar una imagen de cercanía y naturalidad, yo creo que me estoy volviendo loco y siempre se empieza por los sueños—; aceptar que venían de escuchar *L'Estaca*, pero que al día siguiente tenían que disimular: ellos en seguida empezaron a disimular; vivir, en suma, en ese alarde de falsificación, de mala conciencia, en ese turbio miserabilismo del policía barato, todo eso fue lo que les impidió decir —y al jefe máximo se lo impidió decir de manera máxima—, decir como Margaret Thatcher: sí, yo he sido quien ha mandado disparar: no podía decirlo nadie porque nadie en realidad había dado la orden de disparar. Lo patético de los GAL para los socialistas es que nadie de ellos dio una sola orden. Se trató de una mera anuencia tácita —y en cadena— de jóvenes muy ingenuos en manos de gente muy maleada: algunos, maleados y bribones; otros más, maleados, canallas y patriotas: «El patriotismo es el último refugio de un canalla», escribió el doctor Johnson. Margaret Thatcher es una mujer a la que desprecio: se trata de una de las

más nefastas generalas que ha tenido un país civilizado en el siglo. Pero no cabe duda de que ella trabajaba con el original de la Razón de Estado —la terrible razón de Estado, la indiscriminada razón de Estado, ese eufemismo del atropello y de la tiranía, esa legitimación de la barbarie mediante la cual el cinismo proclama: es preciso que alguien muera para que todos se salven—. [8] Thatcher era el original de todo eso y las copias —las copias teñidas además de mala conciencia— siempre pierden calidad.

Cardenal quería derruir el edificio de Vía Layetana —el edificio símbolo de la represión franquista en Barcelona— y a mí me enterneció muy pronto. Mucho más cuando empezó a tener problemas con los nacionalistas. La reforma del Estado es uno de los grandes problemas españoles. El pacto de la Transición entre lo viejo y lo nuevo —esto es: entre las instituciones de un Estado centralista y las de otro autonómico— ha provocado un caos terrible de administraciones superpuestas. El Estado cedía soberanía, pero al mismo tiempo reforzaba su presencia en las comunidades autónomas creando la figura del delegado del Gobierno y manteniendo a los gobiernos civiles en sus provincias. Esa presencia era meramente retórica: las delegaciones del gobierno —y yo trabajé en una de ellas— no han servido para nada más que para incrementar el déficit público: sólo la desaparición de los gobiernos civiles podía dotarlas de sentido. Pero los legisladores de la Transición tuvieron miedo de desprender de la provincia su herencia política para transformarla en un ente escuetamente administrativo. Y los socialistas no se atrevieron a llevarles la contraria: pronto descubrieron que, aunque caótica, el Estado podía ser también una buena agencia de colocación. Una de las vertientes del caso Juan Guerra, la utilización que éste hizo de un despacho en la Delegación del Gobierno andaluza, resume con exactitud para qué han servido las delegaciones del gobierno: mero tráfico de influencias, a veces legal.

Sin embargo, a los nacionalistas catalanes, en el fondo, todo eso les traía sin cuidado. Su contribución al incremento del déficit público español fue desde el principio muy eficaz. Espectacularmente eficaz. Podían llenarse la boca invocando el solapamiento manicomial de administraciones, pero al día siguiente estaban destinando partidas presupuestarias para la creación de una Policía autonómica tan innecesaria como el propio Gobierno Civil; pugnaban por que Televisión Española se financiara sin subvenciones públicas —y mostraban a la ciudadanía el agujero financiero del Ente—, pero de inmediato levantaban una televisión propia que ha sido el más eficaz instrumento de su hegemonía política y cultural. Toda la estrategia del nacionalismo ha consistido en organizar un Estado dentro de otro Estado. Al precio que fuese y el precio ha sido muy alto. El precio es que España presenta la combinación de paro y déficit público más inquietante de Europa. Eso supone, a final del milenio, un nuevo fracaso español. Y ese fracaso podrá visualizarse en todo su esplendor si España queda apartada de la primera línea de Maastricht, o si llega, pero llega muerta. Si eso sucediera, en Cataluña volverían a oírse las risitas. Unas risitas

estupefacientes, insólitas, ridículas.

Varios años después de que Ferran Cardenal asistiera al concierto de Lluís Llach tuve que ir a la presentación de un libro que él mismo había encargado escribir sobre la historia del Gobierno Civil de Barcelona en el siglo XIX. El relato es instructivo. Cardenal, el mismo que quería acabar con la jefatura de Vía Layetana, había tenido otro gesto regeneracionista: encargar a un experto una historia de la institución. Le abrió los archivos y le dejó trabajar con entera libertad. Al final de su trabajo, Manel Risques, el historiador, había descrito un fracaso político: la construcción del Estado español, metaforizada en la historia del Gobierno Civil de Barcelona, historia extrapolable, en su fracaso básico, a la de cualquier otro Gobierno Civil de España. La galería fantasmal que atravesó el riguroso trabajo de Risques puede imaginarse: corrupción, matonismo, ineficiencia, caciquismo... Todo el siglo XIX español. El gobernador leyó el libro, se asustó, lo pagó y lo encerró en su cajón. Al cabo del tiempo, Risques amplió su trabajo y lo publicó, muy transformado, para otro amo: la Secretaría General de la Presidencia de la Generalitat de Catalunya, que fue la que pagó su edición. Nunca explicó Cardenal, el regeneracionista, uno entre tantos, a qué se debió su actitud. Pero no cuesta imaginar que en ese libro el gobernador no estaba viendo sólo su pasado institucional, sino también parte de su presente dinamitado, de ese presente que nunca pudo organizar según su proyecto.

El día que presentaron ese libro, en la sede del Departament de Governació de la Generalitat, yo estaba allí y puedo informar de los hechos: todos sonreían. Sonreían historiadores y políticos: todos ellos nacionalistas. Iban repasando los períodos, las anécdotas de decenas de gobernadores, esa caspa: y sonreían. Una sonrisa de conmiseración ante la cantinela del fracaso repetido de España, ante su patético quiero y no puedo: un pueblo de cabreros tratando de ponerse a la altura jacobina, ilustrada de Francia. En ocasiones así, se me pone el corazón en la boca imaginando que avanzo desde el fondo de la sala por el pasillo central del acto, que llego hasta la mesa nuclear del acontecimiento, hago callar con la mirada al don nadie que está en el abuso de la palabra —lleva las gafas de concha sobre la nariz y parpadea asustado—, impongo la atención general con un primer grito retórico, ¿de qué se sonríen ustedes todos?, por ejemplo, y a partir de ahí, y dada la gran curiosidad que despierto, sigo preguntando si acaso el fracaso de los españoles no es también el fracaso de los catalanes; si es que haber vivido durante cinco siglos entre cabreros y no haber podido, desde nuestra ínclita superioridad, transformar su naturaleza no nos otorga credencial de fracasados y buena credencial, puro vip entre los fracasados; y acabo, porque la efectividad del mensaje brevedad demanda, volviendo al principio, elemental estrategia circular, ahondando en las risitas, inquiriendo en voz más alta, de culminación, si es que acaso la risita no es la forma catalana de la humillación, la humillación de saberse gobernados por cabreros y no haber podido todavía, al cabo de cinco siglos, desembarazarnos de sujetos semejantes. Hay algo de mosquetero dadá en todo lo que imagino, pero muy poca posibilidad de que esos planes acaben

cuajando: a la hora de estoquear mastico mi corazón y así no se puede ser un valiente.
Tal vez me conviniera saber lo que soy.

SEIS

Y me interesa saber incluso de qué modo, en el principal periódico centroeuropeo antiserbio, el *Frankfurter Allgemeine Zeitung*, su portavoz del odio allí, verdadera plataforma del odio don Reißwolf y Geifermüller, un autor de artículos de opinión que casi todos los días arremete contra lo yugoslavo y lo serbio con el estilo (?) de un verdugo («hay que extirparlo», «hay que cortarlo de raíz», «hay que eliminarlo»), de qué modo este periodista, desde su atalaya alemana, ha podido sostener tal bombardeo verbal. Jamás fui capaz de comprender a ese hombre ni su verborrea, pero ahora me siento impulsado a comprenderlo: ¿puede ser que él, que su familia, procedan de Yugoslavia? ¿No le echarían tal vez, a él o a su familia —como por ejemplo a los Gottscheers germanoparlantes—, después de la Segunda Guerra Mundial, del Estado totalitario comunista de Tito, siendo inocente, en medio de sufrimientos, como víctima, como desposeído, sólo porque él o su familia, eran alemanes? ¿Contará tal vez algún día al mundo el que escribe estas cosas —en vez de hurgar en la herida y seguir dando hachazos con sus artículos— de dónde proviene su incansable rabia destructora contra Yugoslavia y Serbia?

PETER HANDKE

Nunca se sabe desde qué lugar interior escribe el cronista. El libro de estilo del diario donde ahora trabajo establece que los periodistas deben datar sus textos en la ciudad donde los están escribiendo. Es una disposición muy interesante y de un rigor sin tacha: acaba con los anocheceres cosmopolitas que disfrutaban los antiguos periodistas de los diarios pobres, de siete a nueve en Manila, de diez a doce en Casablanca, de doce a dos en Moscú, despedida y cierre, todas sus crónicas datadas en lugares remotos, todas escritas desde el mismo sótano de la misma ciudad. Pero nada dice ese libro de estilo, ni ningún otro, sobre la obligación o sobre la conveniencia de descubrir la ciudad interior del que escribe, ese almacén donde su biografía va acumulándose: ese punto de vista. Cada día el cronista explica el mundo al mundo. Es un trabajo delicado. No se sabe bien por qué, pero el mundo quiere saber de sí mismo, más allá de lo que la vista humana abarca. Y esa voluntad se ha ido haciendo cada vez más exigente. Es un trabajo delicado y su funcionamiento es poco conocido. Los que explican el mundo cada día no son únicamente los que escriben: detrás de una firma, en un texto de periódico, hay mucha gente. Casi siempre es demasiada gente. Unos deciden de qué se ha de hablar; otros cuánto va a hablarse sobre lo elegido, a qué tamaño y durante cuántos días; otros aún qué onda expansiva tendrá eso: los comentarios espontáneos o no que generará. Finalmente, hay quien escribe la noticia a partir, supongámoslo, de una experiencia directa de la noticia. ¿Qué se sabe de todos ellos? ¿Quién es toda esta gente?

Una pregunta. Una de las preguntas cruciales que se hace Peter Handke en el libro que relata su viaje de invierno por Serbia. ¿Quiénes son los que cuentan lo que les pasa a las gentes? El periodismo nunca ha acudido explícitamente a la polémica que

Proust mantuvo con Sainte-Beuve a propósito de la autonomía del texto literario respecto de la biografía de su autor. El periodismo es proustiano: considera que no es preciso saber nada de su autor para comprender un texto. En parte se entiende: la mayoría de los periódicos que se publican por aquí están escritos con la misma aparente neutralidad, con la misma objetividad helada. Si todas las escrituras son iguales, todos los autores son iguales respecto a lo que interesa: el que tengan biografías distintas, puntos de vista distintos es irrelevante. Nada de todo eso se trasluce: ¿a qué pues la necesidad de saber quiénes son esos autores? La objetividad periodística, esa falsa bóveda del sistema, se ha decorado con cautivadoras leyendas relativas a la modestia del oficio, que incluyen el elogio del trabajo anónimo, todo teñido de una mística franciscana que siempre me ha nublado la vista de emoción. ¡Cuánto franco desinterés, cuánto desprendimiento! Bien: un «anónimo periodístico» es esto: un anónimo. Tiene la validez, el crédito y el interés de un anónimo. Y su falta de compromiso explícito.

El *nosotros* periodístico, esa retórica y esa estrategia que en el léxico profesional se manifestaban con el uso informativo del plural mayestático y que ahora lo hacen con fórmulas del tipo «Este diario ha podido saber», es la alegoría estricta de un problema muy vasto: la responsabilidad individual del que cuenta. Una responsabilidad que se diluye en el anonimato colectivo del *nosotros* y en la opacidad con que los periodistas, esos sujetos que cuentan el mundo, se mueven por el mundo. El *nosotros* y la retórica que conlleva sirve, también, no cabe engañarse, para que las autoridades —empresariales o periodísticas— puedan controlar todas las aristas de la información con una cierta elegancia poética. Hay que recelar de esos cantos espirituales que colocan por encima de la actividad individual del periodista la opinión colectiva de la redacción o de la empresa. Esa opinión es muy a menudo la opinión de una cierta élite establecida, de la misma manera que el texto de los editoriales —ejemplo cimero del periodismo anónimo, en España y en otros países— está lejos de representar, muchas veces, la opinión mayoritaria de los redactores.

Causa problemas decir que el periodismo es un oficio muy importante, de cuya extrema fragilidad —una fragilidad de la que no se conoce nada hasta que no se está dentro y bien dentro— dependen asuntos clave para la convivencia. Causa problemas proponer que el periodista sea un sujeto consciente de eso; causa muchos problemas autoproponearse como un sujeto con responsabilidad, dar la cara, hablar de uno mismo, no ocultar algunas pruebas fundamentales para la comprensión del crimen de escribir cada día sobre los otros. ¿Desde dónde escribo?, debo pensar ahora, ¿desde qué ciudad interior? Cuarenta años, casi. Veinte de ellos a brazo partido con la escritura. Con la escritura del día, o de la semana, o del mes como máximo. Un sujeto sin imaginación ninguna. No es una prueba de modestia, nadie lo tema. Cuando leí que Pla decía lo mismo de sí pensé que vaya coincidencia. La imaginación es un género menor. Una posibilidad menor del tiempo: como jugar. Tengo un disco muy valioso: un disco con los poemas de Raúl González Tuñón que el Cuarteto Cedrón

musicó. En los intersticios de la música el poeta habla, interrogado por el jefe Cedrón. Él le pregunta qué consejo daría a un joven escritor y él le contesta con el consejo que dio Francis Bacon hace cuatrocientos años: «Contempla el mundo». Tal vez estallen los ojos, y vayan rodando hacia el vertedero las órbitas esperando la patada del próximo. Pero no se puede dejar de mirar el mundo.

Aquí, desde donde escribo, al lugar de fuera ahora me refiero, la contemplación del mundo es un ejercicio desusado. En Cataluña, todos le deben algo a alguien. Se trata de una sociedad de dimensiones muy reducidas, donde la circulación del dinero, de la información o de los sentimientos es peculiar: siempre se trata de dinero, información o sentimientos muy usados. Una lente del propio tamaño del territorio filtra la acción o el pensamiento de sus habitantes. Haga lo que uno haga, se dedique a la especulación financiera, a la conservación de los últimos secuoyas, o a escribir vanamente en los periódicos, tarde o temprano habrá de habérselas con la necesidad de respetar y de aplaudir la construcción nacional de Cataluña, y de limitar su acción, cualquier acción, a ese propósito. Se trata —como en la táctica de algunos entrenadores de fútbol— de un achique de espacios. De un achique moral. El nacionalismo es un achique de espacios morales. Es imposible jugar ahí libremente, con agilidad y con nobleza. Es imposible contemplar el mundo, si con ello se entiende un ejercicio inseparable del ejercicio de la verdad. Hace años, cuando aún le interesaba la verdad áspera y singular y no su estético escamoteo polimorfo, el primer articulista español —Félix de Azúa, of course— escribió que en Cataluña nadie decía la verdad. Como resulta natural aquí no hubo persona alguna que se tomara la molestia de responderle. Debieron de pensar que mentía. Hace menos tiempo el alcalde Pasqual Maragall mantuvo uno de sus encuentros cíclicos con empresarios barceloneses: fue poco después de que empezara a filtrarse el sórdido goteo de la trastienda catalana, los casos Planasdemunt, De la Rosa, Pascual Estevill. La conversación fue derivando por la pendiente comparativa y alguien dijo que en Madrid cualquiera de esos tres casos habría supuesto una seria crisis política. Alguien siguió entonces y se preguntó por las razones de que en Cataluña las cosas sucedieran como suceden. Otro más, ya centrado el asunto, aludió al oasis catalán. Y el último remató en esta forma aproximada: «Aquí, entre el poder y la calidad de vida, hemos optado por la calidad de vida». Ese empresario estaba contemplando el mundo. Cínicamente, verdaderamente. No se equivocaba: el poder es incómodo y desagradable. El ejercicio del poder conlleva una muy diferente circulación del dinero, de la información o de los sentimientos. Supone un cierto trato con la verdad, nacida como una forma de venganza: la venganza, la obstinación por el poder son las parteras más solicitadas de la verdad. La verdad puede ser higiénica, pero sólo al final de un largo camino de infección.

No sólo los empresarios han optado por la calidad de vida. Todo el mundo ha decidido eso aquí. Y la sociedad cultural de una manera vistosa. Como en todas partes se trata de una sociedad que vive del Estado. Pero aquí tiene grandes

singularidades. La construcción nacional, que localiza en la lengua su elemento de diferencia, es una construcción cultural. Desde el principio lo demostraron con escasos miramientos: toda la actividad cultural que utiliza en Cataluña la palabra está obligada a utilizar la *palabra catalana* si quiere disponer de ayudas oficiales. No me interesa opinar sobre la justicia del procedimiento. Me interesa su intimidación, el grado de intimidación que ese procedimiento comporta. Quienes dan ese dinero son gentes que piensan como Humboldt. El propio presidente piensa como Humboldt y lo ha dicho más de una vez: una lengua supone una Weltanschauung, una cosmovisión, una manera de contemplar la vida y decidir sobre la vida. El pensamiento ya no es sólo lenguaje: es lengua, pura lengua, lengua que no puede ser más que lengua propia. Una lengua ya no es un instrumento de la libertad, sino una predeterminación, un cautiverio. Uno tiende a menospreciar el valor y la importancia de Humboldt y de seres como Humboldt, de Herder y de todo el romanticismo alemán. Y en realidad, hay que andar con mucho cuidado con ellos. Han pasado a limpio, han elevado a construcción teórica, han legitimado el borrador del hombre, su primer y peor instinto, su caverna. Siempre disfrutarán de éxito. Aquí, desde donde escribo, desde el lugar de fuera, ellos rigen la moral y la práctica ideológica dominante. Si la utilización de una lengua implica una cosmovisión —la transparencia de esa identificación entre los románticos alemanes y la contemporaneidad catalana está demostrada en mil ejemplos: baste saber que una revista del Departamento de Cultura de la Generalitat lleva por título inequívoco: *Viure en català*— por fuerza ha de resultar imposible producir materiales en esa lengua que atenten contra sí misma. La lengua es un animal lleno de vida y los animalitos no se suicidan. Los que dan el dinero están convencidos de la cientificidad de Humboldt, pero disponen de argumentos excepcionales cuando se da la excepción. La perplejidad que para Pujol supuso la aparición de un segundo diario barcelonés en lengua catalana, el *Diari de Barcelona*, fue un sentimiento meramente instantáneo. De la perplejidad de que en catalán se pudiera practicar el anticatalanismo —nunca fue así, pero ellos así lo creían— se pasó a la acción: el diario no recibió las ayudas institucionales que su lengua y la legalidad garantizaban. En idéntica situación se encuentra desde hace muchos años *El Triangle*, un semanario deshilachado y precario, poco fiable muchas veces, pero que habrá de consultar cualquiera que quiera saber bajo qué régimen de cosas encaró Cataluña el final del milenio.

Sin embargo, éstos han sido siempre procedimientos inusuales, reservados a la subversión pertinaz. En Cataluña, casi nunca hace falta llegar a los extremos. Ni la literatura, ni el periodismo, ni el cine, ni el teatro, ni cualquier otra forma de creación que haya tenido la palabra catalana como vehículo de expresión se ha ocupado críticamente en los últimos veinte años de este asunto fundamental del tiempo: la construcción nacional de Cataluña. En realidad, esa pagada palabra catalana no se ha ocupado de nada que tenga que ver con su tiempo. Los más melosos se han dedicado a fabricar la historia conveniente, a apuntalar las cuatro esquinas del mito y a

distribuir la propaganda. Los sobrios, que han sido los más —toda dignidad no está perdida—, se han encerrado en sus argots y desde allí han producido incluso algunas obras de calidad, de técnica impecable, pero lejanas de ese carácter insurgente, no reiterativo, que caracteriza las obras de arte. Debo aclarar lo de los argots. Un ejemplo cualquiera. Afecta al Lliure, al gran Lliure, mi teatro, al lugar donde he pasado algunos de los buenos ratos de mi vida: ¿cuántas obras del Lliure han tenido la homosexualidad como tema —se encariñaron con ese argot— y cuántas han encarado el nacionalismo? ¿Cuántas de ellas se han interrogado sobre la tradición catalana, bien sea mediante el montaje de autores fuera del canon, la producción de obra propia, o el guiño contundente que representa acudir a una obra y un autor extranjeros para que la metáfora se desprenda como una costra ensangrentada, como se desprendía del *Ubú* de Jarry, montado en el Lliure, pero con Albert Boadella dando la cara?

Cataluña no es una nación. También lo prueba, enésima prueba, el estado de lo que llaman la lengua propia. Nunca la habló mayor número de personas, nunca tuvo un apoyo institucional y privado como el presente, nunca su futuro pareció más despejado, nunca su emocionante tradición literaria estuvo más al alcance de quien quiso experimentar con ella. No, no se trata de eso. Se trata de que una lengua ha de servir para la negación. Se trata de que en una lengua determinada también debe poder expresarse la traición. De otra manera no se trata de una lengua, sino de un volapúk: de una lengua artificial, de la lengua propia de un país artificial. Los catalanes —no sé si Cataluña, pero me trae sin cuidado— tienen otra lengua propia: el castellano. Utilizar esa lengua para la creación tiene grandes ventajas y grandes inconvenientes. Se puede vivir del mercado, sin la agobiante ayuda institucional. Pero ese mercado, que no es ficticio, impone sus reglas: es más difícil hacerse un hombre y no digamos un nombre. No cabe duda de que la independencia de quien trabaja en Cataluña con la palabra castellana es aparentemente mucho mayor. Sin embargo, debe de tener razón Humboldt: sólo con exasperante lentitud los creadores catalanes que trabajan en lengua castellana afrontan críticamente el espíritu de su tiempo. Lo suyo, a menudo, es la cosmovisión que tendría el teniente coronel Custer en Little Bighorn: actúan con la resignación de un sitiado. Incluso, han llegado a hacer una poética de eso, una resignada poética: *Praga*, el poema de Manuel Vázquez Montalbán, nuestro primer judío alemán, lo prueba con honda belleza.

¿Por qué yo no me adherí, vuelvo a la ciudad interior, con inteligencia pero con convicción al espíritu de mi tiempo? «Qui n'a pas l'esprit de son âge, de son âge a tout le malheur», advirtió Voltaire sin que yo lo escuchara. Al principio, las cosas no iban pas malament. Desde luego soy el hijo de un emigrante andaluz, de un emigrante pobre, hijo de minero, y de una mujer, hija de un guardia de asalto simpatiquísimo y muy tarambana, fácil versificador, gran jugador sin suerte, nacida barcelonesa pero criada castellana. Mi padre, en su vida, no ha reunido más orgullo que sus dos hijos. Para eso trabajó todo lo que pudo. Debo decir que en determinados y muy episódicos

momentos se exasperaba ante las disputas interétnicas, cuando le llamaban mort de gana, xarnego y cosas así, y una vez llegó a decir en mi presencia algo muy feo, que fue que él había entrado en Cataluña con botas de militar, es decir, habló invocando el derecho de conquista, el purísimo *Amor a Cataluña* de Giménez Caballero. Una invocación insólita teniendo en cuenta, primero, que él había hecho la guerra a favor de Franco —en realidad era un joven anarquista pero lo pusieron en un paredón para que examinara con calma las opciones de futuro que tenía—, y teniendo en cuenta, segundo, que él no había entrado en Cataluña con botas de militar sino con una mano delante y otra detrás, mort de gana, exactamente. O sea que no entendí nunca semejante invocación de soberanía, y aquel día ya no pude aclararlo porque me levanté indignado de la mesa donde invocaba y luego me pareció desagradable e intrascendente volver al asunto. Intrascendente porque mi padre hablaba aquel día por boca de otros, yo no sé qué otros, pero sí sé que los venenos patrióticos tienen un espectro muy amplio y pervierten hasta los corazones más nobles. En cualquier caso, ésa fue la manifestación sentimental más nítida que yo le oí nunca sobre las patrias y ve a saber si aquello fue una manifestación sentimental o el exabrupto del que quieren —figuradamente— desahuciar.

La frialdad de mi padre al hablar de Andalucía, donde pasó los primeros veinticinco años de su vida, siempre me interesó: nunca detecté el más leve asomo de nostalgia. Todo lo contrario. Sus opiniones sobre el lugar donde no le había sido posible alzar una vida distaban de ser complacientes. Mi padre, además, ha hablado siempre un castellano licuado, con alguna insignificante pulpa dialectal. Una lengua bien nutrida, léxicamente bien nutrida, porque mi padre toda la vida ha querido expresarse, pero muy limpia y caballerosa: por supuesto, ya sé que lo correcto, lo política y nacionalmente correcto, es defender hasta el último recoveco varietal de una lengua, pero mi oído no está para castañuelas. Así que por perder perdió hasta su acento, hecho que en su momento llenó de consternación a más de un amigo andalucista que examinaba a mi padre verificando los capilares del genocidio.

Las cosas no iban mal: a los quince años saludé con asombro y regocijo la posibilidad de disponer de otra cultura. Los versos de Estellés («No hi havia a València...») y de Ferrater («Tens la pell mig del sol mig de la lluna») fueron la anunciación. A los veinte ya decía *schamó* en las conversaciones y a los veintitrés escribía —me enseñó el joven Enric Montaner, que murió y a quien no he olvidado— y hablaba la lengua con los mismos errores que ahora. Entre esos años asistí a todas las manifestaciones del canon y dije lo que había que decir en todo momento. Obviamente, porque no se trataba de un canon, sino de una posibilidad de las cosas que me pareció razonable. La noche del 24 de febrero de 1981 yo tenía veintitrés años, llovía y hacía mucho frío en Barcelona, y era uno de los dos mil que habíamos considerado necesario participar en la movilización ciudadana contra el intento de golpe de Estado. Esa noche se me cayó la cara de vergüenza y es probable que la cara siga en el suelo desde entonces. Había soportado muy escocido el hecho de pasar las

primeras horas del golpe de Estado en la habitación de que disponía en casa de mis padres, escuchando la radio como un bobo y tomando notas de alta semiótica: bajé a las Ramblas y sólo vi al cantante Raimon que iba preguntando con la mirada, como yo, sólo que él debía de tener las respuestas, por adulto y por poeta. Éramos una generación sin épica, una generación de héroes prestados, ropavejeros, de segunda mano (tiene ventajas: hay muy poco arrepentido entre los que trato: el arrepentimiento se funda en la acción), que ni de desencanto podíamos presumir: más que una generación éramos un pasillo: unos iban y otros venían, y siendo lo que éramos habíamos dejado pasar la oportunidad de vivir un instante de sensación verdadera: sólo fue al cabo del tiempo que comprendimos nuestra indisposición ontológica a todo eso. Pero la noche del 24 de febrero el escozor se transmutó en desaliento: el golpe de Estado fue para Cataluña lo mismo que para el Departamento de Estado norteamericano: un asunto interno. Lo pensé entonces, lo pienso ahora: yo viví el frío y la lluvia, aquel nocturno vendaval de indiferencia. Y yo escribo también desde esa noche. Desde la sonrisita —la misma siempre— que produjo ver a los españoles en manos de un tricornio con bigotes: se mueren por la zarzuela, qué se va a hacer. Escribo desde una noche ensimismada. ¿España...? Yo tampoco tengo acento. Ningún acento. España no es más que la posibilidad de disponer de un cuarto más grande, ventilado, un cuarto que vino como el azar de una herencia. España es la bendita promiscuidad, el *Abc*, los golfos. Leer a Cervantes en su lengua. La necesidad —hubiera preferido escribirlo cuando aún me gustaba el fútbol— de que el Barça no acabe jugándose la Liga con el Gimnástico de Tarragona: España.

Escribo, según parece, desde lo que llaman aquí el autoodio. Debe de ser un término con un pedigrí interesante. Su formulación —dos señoras me supusieron embriagado de él y así me lo dijeron, por separado, en épocas diferentes, con mucha corrección, con mucha compasión— es una nueva prueba de la bondad, de la capacidad de cuidado nacionalista. Cuando lo han probado todo ensayan con ese lazareto moral. Bien está: hay soluciones peores. Ahí van quedando asilados los que no supieron reconocerse, los impedidos, tal vez los deslumbrados: no ser nacionalista ya no es sólo odiar a tu patria. Es odiar a tu patria como a ti mismo, el segundo mandamiento conclusivo de la ley de Dios.

¿Un propósito de justicia? No confío tanto en mis fuerzas, ni en los días más claros y más orgullosos. ¿Un lugar en el mundo? Es imprescindible encontrarlo. Aunque esté a la intemperie. Cada uno debe encontrar su lugar. Léautaud, ese escritor del que debo guardarme —alguien pensó lo que tú piensas y lo dijo como tú querrías decirlo, con las mismas palabras y el mismo aliento y para qué proseguir entonces—, lo encontró entre ciento cincuenta perros y otras tantas mujeres que lo dejaban solo a horas convenidas. Yo escribo desde su intemperie, pero sin su valor. A veces, la gente me para y dice: «Eres valiente». No quieren comprometerse y dicen eso, algunos, porque les cuesta una enormidad alabar la escritura; porque el valor les hace menos daño que un adjetivo puesto en su lugar preciso. En Cataluña es fácil ser valiente.

Jamás habría escrito algo parecido desde el País Vasco: *mourons pour les idées, d'accord, mais de mort lente, d'accord, mais de mort lente*. Aquí el nacionalismo todavía se escribe con c. Pero es fácil, además, porque se obtienen réditos inmediatos y uno, si tiene suerte, puede hacerse incluso con una carrera. Pocos me disputan mi intemperie: no hay interés. Esta falta de competencia puede dañar mi escritura, hacerla demasiado sencilla. Sencilla hasta la falsedad. Pero ése es mi problema. Sólo mi problema. Tal vez haya encontrado mi esquina. De algo hay que vivir. Hace meses escuché cómo Raimon Obiols traducía unos versos hindúes: «Tan bello es un elefante corriendo salvaje por la selva como un elefante montado por un príncipe». Luego aclaró que hablaba de los intelectuales. Yo no soy un intelectual. Me discutirán menos si aspiro a ser un elefante. Hay demasiados elefantes en la corte y la selva está vacía. Hay una belleza sin dueño. Es legítimo.

Pero insuficiente. Ni el afán de justicia. Ni siquiera, por completo, el mero hecho de encontrar un cuarto de alquiler en el mundo. Escribo así porque así lo he visto. De pequeño jugaba en la bonita terraza de la portería que tenían mis padres. Solo, aparentemente. Organizaba partidos de fútbol y de tenis. Jugaba con la pared. Mientras jugaba iba recitando a grandes voces, en voz muy microfónica, lo que estaba pasando, en retransmisión en directo para los queridos oyentes. ¿Qué era lo que estaba pasando? Era incierto. El jugador sabía si el ace de Emerson —Roy: mi tenista preferido: cómo no iba serlo, cómo no iba a serlo por encima del propio Santana, con ese nombre de héroe de Editorial Novaro que llevaba— había entrado entre las líneas, o si le habían hecho penalti al gran Uwe Seeler, delantero alemán. Pero lo que sabía el jugador podía no ser lo que el radiofonista estaba recitando. De hecho, así pasaba muchas veces. Al final, concluido el episodio épico, le preguntaba al radiofonista, es decir me preguntaba, cómo podía ser tan cabrón. Y muy despectivamente el radiofonista me contestaba que él estaba para atender otros intereses, que se debía a la afición. Hablaba en una longitud de onda distinta y no se privaba de hacérmelo saber. No he olvidado al radiofonista y toda mi vida ha sido un duro trámite para no ser como él.

SEGUNDA PARTE

SIETE

El pellizco de hierro de las excavadoras levantaba mucho polvo, agravando la certidumbre del calor. En el verano de 1989 trabajaba para *El Brusi* renacido y ese mediodía del que empiezo a hablar yo estaba en la calle San Ramón, en el viejo barrio chino, contemplando cómo abrían un agujero enorme entre las islas de casas. Tomaba notas para una crónica más. Por de pronto iban interesándome dos sucesos: las paredes maestras que mostraban restos de pintura o de papel pintado y la mujer que continuaba apoyada en su esquina de piedra sin comprender aún que ya habían derribado la esquina. Lo uno y lo otro me interesaban por lo mismo: a pesar de la ciencia, el tiempo no pasa de una manera regular y constante. El tiempo pasa a grandes bocados, a oleadas; el tiempo viaja como un alud, con una preparación muy lenta, imperceptible. En medio de ese alud estaba yo. La intimidad deslumbrada de los muros que salvan su suerte en los derribos es un aval de potencia poética: entre otras muchas posibilidades basta con pensar que al otro lado hay una pared similar, forrada de color, que todavía protege a sus habitantes. En cuanto a la mujer apoyada en su esquina inexistente, poco hay que añadir también: los hechos suceden cuando hay alguien dispuesto a transigir con ellos. Como cada mañana, la mujer había bajado a su esquina, preparada para negociar allí con sus clientes: la esquina estaba hecha polvo para mí, para los escrutadores, pero la esquina es para quien se la trabaja y no hay duda de que la mujer tenía sobre ella derechos más consolidados que cualquiera. Por el momento, ella había decidido que las cosas siguieran igual. Así trabaja la muerte: levanta una gran polvareda, con su impacto de hecho inexorable, visible de inmediato para los curiosos. Pero quien en realidad la llora se toma unos días para otorgarle crédito. Unos días, el duelo. Yo anoté tres cosas sobre la mujer, en medio de la gran polvareda: sus ojos maquillados de un verde intensísimo, la suela de uno de sus zapatos apoyada contra el muro y el gran bolso negro que colgaba de su brazo. Un lugar, el bolso, donde podía caber con comodidad una vida entera. Es decir, más bien un ataúd que un bolso.

En las dos horas largas que pasé allí, anoté todo con mucha aplicación. Para escribir después párrafos como los precedentes. De una pretensión tan elevada... Tan cargados de angostura y de impostura como una escalera de caracol. Pla decía: poned detrás de cada palabra una cosa. Yo ponía mucho vol-au-vent. Es que yo era un cronista olímpico y era preciso disfrazar como fuera el enorme vacío esencial. Un océano de palabras sin cosas: ésa fue la crónica de los días... ¿De los días de ruido y de furia? ¿De los días de la aurora? ¿O escribiré de los días prodigiosos, para no reventarme más la cabeza y acabar a tiempo? Durante muchos meses, y llegaron a ser años, muchos años, muchos más de los que podría indicar la medida convencional del tiempo, en Barcelona no hubo otro paisaje poético: pongamos mujer vacía sobre un

fondo de muro destruido donde todavía aparecen restos de interiores. La combinación de ambos factores en todas las variantes posibles produjo una notable cantidad de elegías. Un fluido espeso y sentimental. Yo tendría que haber ido con cuidado: aquel mediodía y todos los mediodías: la devastación programada de una memoria, aunque se tratara de la devastación higiénica de una memoria infecta, era lo que llaman un tema literario y ya podía suponer yo cuál era mi faible.

¿Qué es un tema literario? Pregunta muy oportuna. En la gran reforma de Barcelona —en la reforma más importante que haya sufrido una ciudad europea después de la Segunda Guerra Mundial— los papeles estaban bien repartidos. Los urbanistas programaban, los arquitectos construían —o destruían: *less is more*—, los ingenieros canalizaban y los poetas... ah bien, los poetas lloraban. «El poeta lloró», vocalizaba un crooner ibérico en algún Festival de la Canción del Mediterráneo. La literatura tiene carta blanca para mentir: cualquier falsedad le está permitida en el dulce nombre de la emoción estética. Caían los burdeles en el barrio viejo de Barcelona; caían las pensiones excavadas como un váter turco entre los muros; llegaba la luz a los balcones después de dos siglos, y los vates —no necesariamente turcos— y muchos cronistas se apresuraban a escribir su comedia de género: entonaban elegías a Pieyre de Mandiargues, a Jean Genet, al Güisa, que en la posguerra bailaba su flamenco en la calle, con los piececillos adiestrados para no salirse de la baldosa, y hasta evocaban la memoria reciente de la Ocaña, a la que el atrevimiento mayúsculo de los vates le adjudicó un bien morir, un oportuno morir incendiada en su trajecito de papel, así se ahorró ver esto, decían. A la perdonable inocencia de caer de cabeza en el *tema* literario muchos de ellos añadían cinismo. Un sinvergüenza disimula mucho entre los estetas. Se podían perdonar las ambiguas excursiones que Manuel Vázquez Montalbán mandaba hacer a Pepe Carvalho por el paisaje de su memoria infantil: allí había nacido MVM y podía tratarse incluso de una elegía verdadera. Además, MVM no ocultaba el lugar desde donde evocaba ese paraje de su memoria: la colina de Vallvidrera, silenciosa, aireada y abierta, un lugar que ofrece amplias y poco comprometedoras perspectivas sobre los barrios del sur. Otros, en cambio, se agazapaban: construían en el intersticio del discurso sobre la reforma de Barcelona su putrefacto lamento por la pérdida de la putrefacción. Para todos ellos, años después, y al hilo de unas palabras pronunciadas por François Chaslin, un tipo muy prescindible que vino a Barcelona a participar en el Congreso de Arquitectos del 96, que dijo apreciar el orín y la roña —suprema originalidad poética—, la Barcelona, dijo, sucia y maloliente de los sesenta, para todos ellos, a modo de definitivo homenaje, escribió Lluís Permanyer un artículo titulado *Otra tournée des grands ducs*, donde describía una de las peores estafas que pueden hacerse en el nombre de la imaginación poética.^[9] Entre los vates había quienes acudían a la lírica pertrechados de corrección política y que practicaban un activismo notable. Avanzaban las excavadoras por la montaña de hierros oxidados, de negrura, salitre y fétido despojo del Pueblo Nuevo abandonado y en el horizonte, destacando

su tabardo canónicamente salpicado de caspa, propietario de una mirada donde se advertía una firme determinación heroica, aparecía el poeta dispuesto a inmolarsse en su fuego elegíaco. Los ingenieros llevaban muchas horas trabajando sobre los planos de la ciudad ferroviaria, evaluando, calibrando grosores y resistencias, especulando con tendidos y raíles, previendo el movimiento de las grandes masas de piedra, ordenando, al fin, que la acción comenzase. Entonces llegaba hasta ellos el poeta y levantaba los brazos, y levantaba la altura léxica de sus sentimientos hasta hacerlos incomprensibles y anodinos, como cada vez que uno usa palabras demasiado grandes para cumplir objetivos demasiados pequeños:^[10] ¡Deteneos! ¡Estáis destruyendo la memoria industrial del Pueblo Nuevo! ¡No os conmueve el sudor, el esfuerzo de tantos obreros, no os conmueve tanto humo de fábrica en el aire, tanta sirena todavía atronando! Las excavadoras tienen su particular lenguaje poético: con una agilidad impropia hacían un quiebro, continuaban su camino y lo dejaban declamando. Pasó cuando abrieron la Villa Olímpica: algunos arqueólogos de la sentimentalidad concluyeron que en aquel suburbio estéril se estaba cometiendo un memoricidio —y así lo pregonaron sin escrúpulo en los papeles—, una palabra que ha descrito, entre otros crímenes que sin duda pueden compararse, la destrucción de la biblioteca de Sarajevo. Pasó también con la destrucción de los chiriguitos de la Barceloneta: durante meses los periódicos se llenaron de lamentos desgarradores. Por lo visto aquel emporio de fritanga, de paellas la mar de saladas —allí se iba a darse un chute de paella—, del que uno salía con la lengua de corcho y el estómago aprendiendo otra vez a vivir, resumía la educación sentimental y sensorial de muchos barceloneses. No dudo que así fuera: por eso debían destruirse como se destruyeron al cabo de un inexorable aunque largo proceso.

Yo estaba allí, en aquel cruce de casas que estaban demoliendo, y era más joven que ahora, pero ya intuía algunas de estas desmesuras. Sin embargo no me atreví a fondo. Estaba agotándose la mañana y la verdad es que seguía con dos notas sobre una puta absorta y un resto de papel pintado en los muros. Más que el ánimo o la voluntad, era la tradición lo que me faltaba. Estaba acostumbrado, por ejemplo, a leer en los ojos de los hombres la fatalidad, real o imaginada, de centenares de historias particulares y en cambio me mostraba insensible, perfectamente ignorante ante el trazado enigmático de las alcantarillas, de las líneas de fuerza de los edificios, de tantos otros fenómenos sustanciales. El error más garrafal de los vates, periodísticos o no, ni fue la inocencia ni el cinismo ni sus ínfulas. Fue la oportunidad perdida: pudieron haber aprovechado el levantamiento de los raíles, las nubes de polvo, el fragor de la destrucción, la tarea de reconstrucción general decretada, para limpiar el verdín de sus metáforas, para desatascar el círculo vicioso de sus asuntos, para ensayar un nuevo compromiso con la realidad, acaso una nueva poética. La crónica de aquellos días habría necesitado un Marinetti, un nítido Marinetti capaz de vomitar encima de «la tristeza de burdel y claro de luna de Venecia», como decía, o así lo dice mi memoria, uno de los párrafos de su propuesta para acabar de una vez por todas

con la ciudad de la laguna muerta.^[11]

La impotencia de la palabra poética, la emulsión de todo ese discurso lacrimal, impertinente, de claro de luna veneciano contribuyó a que los técnicos —arquitectos, ingenieros, urbanistas— se apoderasen del presente e implantaran su hegemonía en el discurso cultural de la ciudad. Hubo más motivos, por supuesto. En primer lugar, y generalizando, sus acciones fueron razonables: estaban cargadas de necesidad y de verdad. En segundo lugar, la naturaleza de sus acciones, aliada con el cobijo acrítico pero muy generoso que provocan los desplazamientos de grandes masas en las televisiones y en la infografía de los periódicos, propició el desarrollo del espectáculo de la ciudad: una propuesta de ocio que durante tres o cuatro años, al menos, tuvo seducidos a gran número de barceloneses y de forasteros. Pero, sin menospreciar todas esas circunstancias, no hay duda de que fue decisivo el lugar extraviado que ocupó la palabra. Su lugar, insisto, no estaba en la elegía sino en la oda metálica: una oda del presente que entendiera de calibres y pruebas de carga.

De este modo los arquitectos, los graves —es su tono de voz— monopolizadores del discurso cultural barcelonés durante los últimos años, empezaron a gobernar, sin pudor y sin oposición, mientras la lírica se entretenía con sus metáforas de plastilina. Y no sólo a gobernar con la excavadora y el tiralíneas, sino con la propia palabra. Animados, comenzaron a empedrar la sintaxis pública hasta unos extremos muy preocupantes, que llegaron a superar por su ambición la contaminación verbal de los economistas. Dueños no sólo de la acción, sino también de su crónica, ejercieron hasta que la crisis llevó un poder tiránico sobre la cultura ciudadana. La tiranía ha tenido efectos muy positivos. Se trata de un régimen que afecta a la dignidad, pero ya sabemos que se puede vivir muy bien sin dignidad. Sólo se trata de que la tiranía sea eficaz, culta y tenga entre sus planes la felicidad. Su problema principal es que se trata de un régimen con fecha de caducidad pronta. Y el tirano suele sobrepasar los plazos. Los arquitectos no recibieron, por su trabajo, más feedback que la veneración y el crédito ilimitado. Eso les perjudicó. Lo último bueno que produjo esa tiranía en donde florecieron las piedras, fue el rascacielos acostado —un proyecto no se acaba hasta que no se encuentra su proyección lingüística adecuada y esto deberían saberlos los clientes: pagan por todas y cada una de las metáforas— de Moneo y Solà-Morales: con los edificios Trade y el pabellón Mies van der Rohe, la única arquitectura moderna qui *vaut le voyage* a Barcelona. Si la palabra hubiera apelado al presente, si hubiera establecido su necesario control cultural sobre los grandes movimientos de tierras tal vez se habría evitado el espanto del Maremagnum —un lugar de arquitectura siniestra, que sólo sirve para destacar la bella nobleza del cine Imax, de Sòria y Garcés: por esas cualidades adjetivas, Miquel Roca quería derribarlo —, el uso contraindicado del museo de Meier, la vulgaridad infinita de la reforma de El Corte Inglés —inserta en su entorno—, el desconcierto decadente del llamado, con enternecedora voluta, Palau Nou de la Rambla o la delictiva edificación del Archivo de la Corona de Aragón. Aunque lo más probable —la maldad siempre goza de una

insondable ventaja— es que nada de todo ello se hubiera evitado.

Al fracaso de vates y cronistas cabe añadir otro: el del patufetismo-leninismo, según inmortal expresión sixty —entonces había cronistas y metáforas— de Joan de Sagarra. Se trató de un fracaso que yo saludé con gran emoción y reconocimiento, pero que se produjo no sin reñida, áspera e incierta batalla. Meses antes de acodarme sin éxito en aquella esquina en ruinas de la calle San Ramón, yo había visto cómo el terror —un terror magnífico, muy visible— chapoteaba en los ojos de mi director de entonces.

OCHO

—Fora, deixeu-me, sortiu, fora d'aquí! Vull estar sol!

Soy sensible a los gritos. Un tipo grita cuando busca ayuda en los demás, saca fuerzas de flaqueza o cuando llama inútilmente a la razón, creyendo que la razón se ha vuelto sorda. Un grito es una debilidad —como un puñetazo— y la debilidad y la cobardía causan grandes molestias y grandes desgracias. En la redacción de un periódico no debería gritar nunca nadie: se trabaja con el grito de fuera y conviene evitar las redundancias. Mi director de entonces, Josep Pernaú, maestro de periodistas, no solía gritar demasiado. Al menos yo no lo había visto en este trance. Lo había visto, eso sí, nervioso y desamparado, pero del desamparo solía extraer un brote de sonrisa más tierna que cínica con el que de inmediato se ganaba un trozo de afecto. Esa noche, sin embargo, estaba aterrorizado. Mal asunto. Un director no debe llevar el miedo como quien lleva una corbata. Lo siento, pero no deben ser hombres como los demás. Su nómina no es la de los demás. La cobardía provoca grandes desgracias, ya lo he dicho. La cobardía es el principio de la degeneración: «Un rosegó de pa, un got de vi, el vi, el vi dels pobres. ¡Plantar cara a la vida!». Esos versos de Estellés —no deben de ir así, pero así yo los recuerdo ahora— me animaron siempre mucho. He tratado de seguirlos, con fortuna muy diversa. ¡Plantar cara a la vida! Poder plantar cara a la vida. Ese tipo de postal romántica es muy de mi gusto. Me sucede lo mismo con *El Pi de Formentor*, de mosén Costa i Llobera, que Maria del Mar Bonet cantaba como si el viento de invierno, una navaja, soplara entre el esmalte de sus dientes. Maria del Mar: ha acabado rebozada en sus melismas, enfarinada, aburrída de sí misma; ha acabado maquillándose como una condesa y pidiendo —¡dónde su adusto orgullo legendario! — que le pongan los discos por la radio, que todo lo cantan en inglés. No desespero, sin embargo: aún acabaremos organizando una excelente vejez. *El Pi de Formentor*, o *Canción del pirata*, de Espronceda: la recitaba de arriba abajo puesto en pie sobre una silla. En todo eso hay un hombre resistiendo. Me gusta esa premisa. Discutirlo todo a partir de esa premisa. No ha sido posible. Empezamos a leer: cuando vimos que nunca seríamos héroes, ni tan sólo el mortecino héroe de Estellés —de acuerdo: una habitación amarilla y desconchada, un casco de cebolla donde se come, se ama y se duerme, pero un lugar también donde un hombre se alza veteado de vino rojo— entonces empezamos a discutir sobre los héroes, sobre su necesidad y su valor. Y una vez discutido nos vertimos en el antihéroe, que es la base de nuestra irónica civilización: un hombre ruin y tranquilo.

Josep Pernaú temblaba.

—Haig d'estar sol!

Y se oyó un portazo.

Josep Pernau estaba sentado delante del televisor. A las ocho de la noche de un día del año 1987. Noche de elecciones municipales. TV3 estaba anunciando que Pasqual Maragall iba a perder la alcaldía de Barcelona. Entonces todavía se creía en los sondeos. Hasta tal punto se creía que los diarios acabaron perdiendo la sensata tradición de titular con alguna prudencia condicional las encuestas preelectorales que publicaban. Donde antes podía leerse, por ejemplo, *Un sondeo de Demoscopia prevé la victoria de Maragall* ahora se leía sin más problema *Maragall ganará las elecciones municipales*. Así se fue creando una convicción invencible en la fiabilidad de las proyecciones demoscópicas que ha tenido repercusiones muy diversas en los resultados electorales. Y también en la forma de gobernar. Y, por supuesto, en la forma de hacer los periódicos. Últimamente, la realidad se ha tomado alguna venganza escandalosa y ha devuelto a los sondeos a su condición natural: una más de las indecisas formas de saber lo que pasa: ni única ni principal ni incuestionable.

En 1987, sin embargo, la catástrofe demoscópica aún no se había producido y Josep Pernau temblaba ante la posibilidad de que Pasqual Maragall perdiera las elecciones y con ello se acabaran las esperanzas de consolidar el renacimiento del *Diari de Barcelona*, que desde marzo estaba en la calle gracias al apoyo espiritual del Ayuntamiento de la ciudad y al dinero de Antonio Asensio, del Grupo Zeta, y de la Organización Nacional de Ciegos Españoles. El apoyo del Ayuntamiento a ese proyecto —que pretendía para la ciudad algo que todavía no tiene: un diario de izquierdas— no fue mucho más que retórico. Asensio se largó a la primera oportunidad que tuvo y después se largaría la ONCE, sin que fuera posible que *El Brusi* alcanzara los doscientos años de existencia.^[12] Pero era verdad, entonces, cuando Pernau estaba echando de su despacho a un puñado de redactores tan asustados o más que él, que sólo el triunfo de Maragall podía garantizar aunque fuera por el momento la viabilidad del periódico. Al fin y al cabo, la reaparición había sido un proyecto suyo en el que se mezclaban un obvio interés político y una recurrencia sentimental muy propia de la cosmovisión maragalliana: *El Brusi* había sido el diario de su abuelo, el diario de *La ciutat del perdó*, el diario de la ciudad de Barcelona. Todo ello sumado a la bonanza financiera del tiempo —aquel tiempo en que España era el mejor país del mundo para enriquecerse rápido, es decir, un casino más que una república, y Barcelona la áurea sede de los Juegos Olímpicos del 92— facilitó la reaparición del diario.

El Brusi, de inmediato emparejado con el diario *Avui*, añadía otra imagen a las presuntas dicotomías de la sociedad cultural y política catalana. Había —y han seguido formándose— otras parejas de ese tipo: revistas (*El Món/ El Temps*); teatros (el *Lliure/Flotats*); emisoras de radio (Catalunya Ràdio/Com Ràdio); canales de televisión (Circuit Català de TVE/TV3). Y aún podrían buscarse más ejemplos, aunque con matices, en el sistema editorial, en el universitario, en el de las infraestructuras culturales y hasta en el del patriotismo, con la oposición

Cataluña/Barcelona. En la gran mayoría de los casos, sin embargo, se trataba de dicotomías claramente desproporcionadas en cuanto a los recursos disponibles y la capacidad real de influencia de unos y de otros. Ahí ha estado una de las claves —una clave clásica— que permite explicar la hegemonía nacionalista: la representatividad de los sectores refractarios al pujolismo siempre fue muy superior a su capacidad de expresarse en la escena mediática catalana o de influir en el discurso, digamos estructural, de Cataluña. Pernaú pensaba en el diario que dirigía, y pensando se quedó solo y encerrado en el despacho. Yo me di una vuelta por Rialto y por mi vida —cuándo trabajaría en un lugar donde dependiera de mí mismo, de mi acierto, y no del blanqueo económico o político— mientras fingía hablar por los pasillos con los que salían al paso. El temblor aritmético de ese sondeo hacía temblar nuestras biografías y hacía temblar también una de las dicotomías catalanas más excitantes y donde la dureza del combate político e ideológico presentaba un mayor —aunque relativo— equilibrio. Se trataba de la dualidad institucional entre la Generalitat y el Ayuntamiento de Barcelona. En juego estaba la preservación de una zona de sombra bajo el sol pujolista.

La campaña había sido muy bronca, estomacal. Maragall luchaba contra un tipo muy duro, un tipo que se dejó la piel en aquellos días y que no se recuperó jamás de semejante brega: por la dureza y por la decepción. Yo lo seguí por las calles en algún momento y me impresionó su esfuerzo. Aparentaba ir solo por la ciudad, nada más que con su chófer y un mínimo equipo visible. Todas las informaciones insistían en ello. En esa soledad. Josep Maria Cullell estaba haciendo —decíamos: yo también lo decía— una campaña al margen de un partido y un líder que no acababan de confiar en él. Tal vez fuera cierto. Pero nunca pude comprobarlo. En la actividad periodística se instalan con facilidad ese tipo de idées reçues. Nadie sabe de dónde surgen, nunca hay datos o razonamientos que las prueben. Hay que tener mucho cuidado con ellas, porque, además, suelen presentarse bajo un ropaje contradictorio con su verdadera intención. Que Cullell estuviera solo perjudicaba en apariencia a su candidatura: si un hombre no recoge la fiabilidad de sus compañeros, cómo va a recoger la fiabilidad de los electores: era un razonamiento aceptable. Y quizá verdadero, no lo sé. Sólo sé lo que vi: que la derrota de Cullell no quedó en el imaginario colectivo como una derrota de Convergencia y mucho menos como una derrota de su líder máximo, empeñado, y fracasado, en su intento de conquista de Barcelona —de ahí que su apoyo, tal vez muy sólido, tal vez muy real, hubiera de tener alguna veladura pública — y sé también que el candidato se benefició de su imagen solitaria. Inspiraba solidaridad y hasta compasión —yo así lo vi por las plazas— y de todo eso estuvo a punto de inspirar en demasía. Hay gentes que decían que el rubio Cullell era un paquete. Nunca me lo pareció: ni en 1983 y 1984 cuando negoció el sistema de financiación autonómica con Josep Borrell —de los problemas de ese sistema ninguno de los dos era responsable—, ni en el discurso muy intenso y muy potente de su campaña municipal de 1987. Aquel discurso no tenía nada de bonito. Era un

discurso patizambo, sudoroso y sin escrúpulos; era el nítido discurso del *malvado*. Los socialistas estaban asombrados y a mí me divertía mucho ese asombro. «¡Le ha llamado borracho!», repetían. «¡Le ha llamado cocainómano!», acto seguido seguían. Nada de lo que le decían a Maragall era inocente. Fuera diseñado deliberadamente o fuera la mera exudación de un punto de vista, se trataba de un discurso al hígado. Su estilización poemática fue aproximadamente ésta:

Hemos de advertir
que cuatro señoritos burgueses y de izquierdas,
la peor forma del señoritismo, lo sabéis,
van a repartirse la ciudad.
No os engañen las apariencias:
en sus casas hablan castellano
como siempre lo hablaron.
Son en realidad las familias de siempre,
vestidas con la ropa de conveniencia.
Son modernos, lo sabéis,
y sabéis de qué modernidad se trata:
plazas duras, inhumanas, sacrificadas a su

e
s
t
é
t
i
c
a

Por las noches, en sus fiestas,
nos da en la nariz que siguen siendo modernos.
Su patria es la Gran Barcelona, ¿recordáis?
la misma de Porcioles, la misma del franquismo,
aquella que se intentó oponer a Cataluña,
para menospreciar a Cataluña,
para desterrar a Cataluña.
En realidad,
guardan las apariencias
las guardan,
lo entenderéis
...
son los de fuera.

Los libros de estilo periodísticos recomiendan no utilizar nunca títulos de películas, obras de teatro, libros o canciones para titular una información cualquiera. Recomiendan que ni siquiera se parafraseen. Está muy bien recomendado: hubo una época en que ya no se sabía, en los periódicos, cuál era el lugar exacto de la cartelera. Aquella noche en la cartelera real de Barcelona se anunciaba un espectáculo de La Trinca. Josep Pernaut había reaparecido, alborozado, y lo llevaba en la boca:

—Pels pèls, pels pèls, ¡ya lo tenemos!

Aun observándolo con mucho detenimiento era difícil saber si aquel hombre otrora aterrado exponía la alegría del triunfo o la alegría del título que acabarían inscribiendo al día siguiente en todas las columnas posibles del periódico. Yo estaba

contento por mi sueldo y por mi futuro y por el sometimiento de la reacción. Sobre los años y sobre el desarrollo, siempre modesto, de mi inteligencia, pude comprobar después que la reacción era mucho más vasta y su sometimiento mucho más meritorio. No se trataba sólo del pundonoroso Cullerell, ni de Convergencia siquiera. Todo eso no era más que el resultado de una mera inspección ocular de las cosas: en realidad era algo mucho más rancio y profundo lo que había sido parcialmente, temporalmente sometido.

En realidad se había conseguido someter al suc.

La fonética no debería confundir a nadie. El suc^[13] estuvo en el Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) durante mucho tiempo: no fue enteramente el PSUC, pero proliferó en él y no desapareció con él. Desde los años sesenta, que es lo que mi vista no demasiado buena alcanza, el suc ha sido la expresión de la corrección política catalana. ¿De qué trata? Es un gregarismo, para empezar: hablo, por ejemplo, del *Entre tots ho farem tot*, ese lema donde la solidaridad no se concibe sin la adhesión. Es una conspiración: en los lóbregos sótanos de Castilla o del Departamento de Estado alguien trabaja día y noche contra nosotros. Se trata de una unidad: del socialismo unificado de Cataluña, de la Convergencia democrática de Cataluña, de la asamblea de Cataluña, de Cataluña, en fin. Se trata de un movimiento más que de un partido, de una plusvalía, de algo más, siempre, que de lo que se trata. Es una autoridad a la que se debe culto. Es una razón, la de la Historia o la de la Patria. Es un antifranquismo siempre vigente. Es una colocación segura: en la Administración, en la Universidad, pero sobre todo es una colocación en el lado correcto de la vida, que es un lado dinámico y que siempre estará allí donde estemos nosotros. Es una tolerancia, porque el que tolera es siempre un superior. Una integración, es decir una demolición. Un intelectual orgánico, es decir, la estupefacción ante la disidencia, la negación de la disidencia. De un olor a col hervida se trata. De un lenguaje: de una *valoración positiva*, de un continuo pleonismo. De una militancia, es decir, de un lobbismo: de cada cual según su capacidad, pero a cada cual según mi confianza. De una anunciación: el paraíso vendrá. Se trata de un odio profundo, antológico, a Josep Pla.

Estuve en el PSUC. Entre 1976 y 1979, creo recordar. Me temo que también estuve en el suc, creo recordar. Tenía diecinueve años y estaba a punto de iniciar un largo —y grotesco— viaje periodístico por España. Había decidido militar en el partido y estaba ilusionado por que me dieran un carnet que llevara esas siglas: pensaba que durante el viaje ese carnet me iba a abrir muchas puertas —el suc, nítido, el suc— y por eso daba prisas a Manuel Vázquez Montalbán y a Albert Viladot, que fueron mis padrinos, para que acabaran de formalizar los trámites, que me iba. Ni Viladot ni MVM entendían esa angustia de carnet y aún recuerdo a Viladot asegurándome —lógico, venía de la clandestinidad— que él nunca había tenido carnet y que nunca lo había necesitado. Al principio quedé adscrito a la sección de periodistas del partido. Pero aquello era inoperante y me fui al barrio —Gràcia

entonces: of course, yo era ya un progre emancipado—, donde pasé un par de años rodeado de buena gente, con propósitos razonables, haciendo política y trabajando para el barrio hasta que un cambio en la organización interna de la agrupación del partido, contra el que yo había luchado estérilmente, me descolocó y me dejó sin nada que hacer allí. Devolví el carnet con una explicación irrevocable, y seguí votando y compartiendo el PSUC hasta que se pudo.

Poco a poco, aunando fragmentos de la experiencia, descubrí el suc. El suc gobierna Cataluña desde la transición política y gobernaba la élite antifranquista desde los sesenta. Por supuesto que hay pruebas muy vistosas de todo ello. Hay la posibilidad de observar cuántos cargos de la administración de la Generalitat, de las universidades catalanas, de los colegios profesionales, de las editoriales, de los medios de comunicación han seguido en el suc, aunque ello les haya supuesto la obligación de cambiar de partido y mutar el viejo e hibernado PSUC en Convergencia. En este partido es donde el suc ha encontrado su medio de desarrollo más favorable, pero hay suc en el Partido Socialista o en Esquerra Republicana o en la propia heredera del PSUC, Iniciativa per Catalunya. El suc es el líquido amniótico de Catalunya: mece lo políticamente correcto y lo desborda hasta lo nacionalmente correcto. El suc es la savia del frondoso árbol de Convergencia y será la savia del olivo, tal como escucho que ese árbol quiere nacer, con qué ambición y con qué gente, con qué justificación y con qué propaganda. Hasta ahora ese jugo ha perdido sólo una batalla electoral relevante: la que consiguió que Pasqual Maragall continuara en la alcaldía de Barcelona, la que estuvo a punto de acabar con la salud de mi director de entonces. Fue de un tris, de un agónico tris. Podía parecer incomprensible que esto pasara con el hombre que había izado la ciudad desde el Titanic descrito por Azúa —una confrontación de imágenes, pero una confrontación real—; que un hombre que había tenido —noche feliz de octubre 1986: treinta años exactos después de la de Gil de Biedma— el acierto de saltar de alegría, envuelto en un gabán iluminado por los rayos del skyline de Montjuïc, mientras toda la ciudad y toda Cataluña lo miraban seducidas y el único tipo infeliz —era un tipo de hombre— parecía ser aquel que aplaudía resoplando a su lado, con el hosco ceño fruncido —sólo por aquel ceño perseverante e inenarrable ya valía la pena asilar por quince días tanto músculo y tanto dígito—; que el primer hombre, desde los tiempos... ¿desde qué tiempos?, que había osado en Cataluña exponer al aire su alegría —una alegría que nada tenía que ver con las alegrías públicas habituales que se dan en el país: en toda alegría colectiva siempre hay aquí una carcajada que va contra alguien—; que ese hombre ganara por los pelos las elecciones municipales de meses después, abierto como estaba el futuro y muy vigorosa la esperanza, ese tris, en fin, era incomprensible. Pero es que entonces no habíamos aislado todas las características propias del suc. No entendíamos por qué jóvenes profesionales —jóvenes periodistas, pongamos—, en la flor de la vida, en posesión de todos los recursos de su inteligencia miraban el presagio olímpico con un aire mustio, de muy acabado poeta romántico,

entre la tuberculosis y l'ennui y la primera palabra era una advertencia, un cuerpo a tierra: «Vas a ver tú qué especulación». No entendíamos la risa —una risa moralmente barriobajera— que les daba al comprobar el efecto que el muro de Richard Serra^[14] había causado entre la población de un barrio periférico: «Ve con vanguardias a los obreros», decían, ellos justamente que se habían llenado la boca en lo antiguo con la posibilidad de llevar el arte al pueblo, aunque quizá se estuvieran refiriendo, y eso lo supimos años después, a la posibilidad de que el señor Benet i Jornet, el señor Sergi Belbel y otras vanguardias de la escena catalana escribieran culebrones para la televisión. Ni entendíamos, mucho menos, cómo habían sido capaces de exigir que se mataran cañonazos a moscas, es decir, de culpar al alcalde de una ciudad provinciana e impotente de que un puñado de sus vecinos no pudiera salir de la mala vida, ni escupir el seis doble que les ahorcaba: hablo de aquella campaña, del *Aquí hi ha gana*, gracias a la cual pudo asistirse al fascinante espectáculo de ver al candidato de la derecha —la derecha que gobernaba Cataluña— cómo reprochaba al candidato de la izquierda que el hambre avanzara en Barcelona como la marabunta en la selva tropical. Ni entendíamos el suc donde mojaban el verso los poetas de la gleba: de ellos ya hablé antes. Ni supimos el escozor que puede llegar a causar el optimismo en el otro, la excesiva evidencia de la felicidad del otro: el suc también es líquido de ortigas. Por no entender no entendimos su tenacidad en mostrarse zafios ante el mundo, en insistir en su estética desaliñada, esos años en que fuera por lo que fuese, yo no lo puedo saber todo, mucha gente en Barcelona empezaba a vestirse con sentido común y demostrando una festiva voluntad de ganarse al que mira y pasa.

Por fortuna, levísima, la mueca del malhumor no prosperó.

Fue en el año 1987, en aquellas elecciones, cuando Barcelona se jugó los Juegos. Los Juegos que fueron, que acabaron siendo. En los proyectos del suc nunca habían entrado los Juegos Olímpicos. No podían entrar de ninguna forma. Desde su origen ya estaban viciados. Los Juegos habían venido a Barcelona de manos de un franquista, de un hombre al que hacía menos de diez años se le cantaba en la plaza del autogobierno: Samaranch, fot el camp! —les hizo caso: se largó, desde luego, bien que se largó, para dejar años más tarde y en forma de muy suave venganza, la lotería más benéfica de la historia de Barcelona y para presidir de paso la Caixa de Pensions, que es la presidencia efectiva de la generalidad de los catalanes—. El suc está incapacitado para comprender las carreras individuales. En realidad, está incapacitado para comprender al individuo, para acceder con seriedad a la vida de un hombre. El suc nunca podrá comprender —se lo tragarán, muy al final, pero nunca podrán comprenderlo— la paradoja de que Samaranch, el mismo hombre que había edificado Ciutat Meridiana —ese horrible polígono en la entrada norte de Barcelona: alto emblema de la bajeza—, permitiera a Barcelona emprender la renovación urbanística más importante del siglo. Habría preferido, el juego, que el mundo reconociera la vocación deportiva de Barcelona, su longeva tradición, la Olimpiada

Popular y demás, todas esas efemérides tan limpias y tan bonitas, tan decentes. Pero por lo que el mundo —es decir los miembros del COI— se sintió realmente conmovido fue por el lugar de nacimiento y por las insinuaciones suavísimas de su presidente, un hombre como ellos.^[15] El suc, por definición, es ahistórico. La historia, por él contada, va de gloria a gloria, de derrota en derrota, y en medio hay siempre un largo túnel. La historia de Cataluña, en sus labios, es una perpetua noche oscura del medievo. El suc se frotaba los ojos alucinado ante la posibilidad de que alguien hubiera podido hacer su vida y su esplendor, a tientas, en la larga noche franquista. Y le repugnaba que buena parte de los catalanes —amnésicos— se entregaran ahora a disfrutar de esa gloria bastarda, impura. Era incapaz de comprender algo muy preciso: que la vida de los hombres y de los pueblos está teñida de azares y deliberaciones muy impuras y que en el estiércol florece una imprevista belleza. El suc nunca estuvo dotado para la complejidad, para entender la complejidad de una vida particular. El nacionalismo, que es uno de los componentes principalísimos del suc, es también y sobre todo eso: un sumario tiralíneas: la necesidad de decir, por ejemplo, Cataluña para no tener que afrontar los detalles y verse obligado a hablar de los catalanes, esa pluralidad sospechosa y tan poco manejable.

Perdieron. Aquella noche perdieron. Yo pude irme a casa de madrugada sabiendo que el aterrorizado Pernau descansaba en la paz de la victoria. Pude dar un rodeo de madrugada, como me gustaba darlo en mi precaria moto de entonces, un rodeo por la ciudad siguiendo la sentencia de aquellas noches en que estaba muy cansado y muy contento y la moto en marcha y el viento me decían al oído, no temas, eres inmortal.

NUEVE

Así había empezado a aprender lo que era una ciudad: en moto y de noche. Entonces, la moto era una Lambretta plateada y yo iba a la grupa. Dejábamos a las chicas en casa, poco después de la medianoche, y en un minuto decidíamos adónde ir. Barrios y bares extraños, siempre fuera de circuito: Horta, el Carmelo, Sants, Guinardó. Bares que consumían la última punta de la noche muy solos. Nadie había escrito nada sobre ellos. Era esa absoluta falta de carácter y de precedentes lo que creo que buscábamos. Sólo eran bares para hacer un alto y seguir luego en lo que de veras nos interesaba: atravesar la ciudad, doblegarla, fuera de las grandes avenidas, de los monumentos y de los lugares comunes. Era joven y era más fácil: entonces cada una de las fachadas no indicaban nada que recordar, que celebrar o que maldecir. Con los años la ciudad va convirtiéndose en un mapa de la memoria: en un Waterloo de la memoria, a veces: todo cuelga de los muros. Pero entonces en pocas fachadas había algo propio. Un seco ir y venir de piedra, sin mayor implicación. Había otro motivo para ir por fuera, por el margen. Hace veinte años Barcelona era una ciudad cuesta abajo. Una ciudad oscura, con millones de hombres dispuestos a levantarse, echarse el agua por encima, vestirse, salir al trabajo y volver a todo eso. Una ciudad extenuada. En un par de años, yo ya había consumido la pobrísima mitología disponible: Genet, Mandiargues, la señora Carme y su Pastís, el London, el Tabú, el Villa Rosa, el Cangrejo, el Velódromo de la calle Muntaner, con los billares zurcidos y el pobre Mirasol con su camarero loco y su déspota sanguíneo en la sala de máquinas. En el puerto, al atardecer, esperaba que algún barco trajera ya redactado su cargamento de prosa para reducir al mínimo mis inútiles esfuerzos literarios y en el parque del Tibidabo, una vez identificado el kitsch y sometida la infancia, me instalé durante dos tardes muy calurosas en el esperpento de los espejos deformes y recorrí entre displicentes sonrisas el burdo castillo del terror. Los viajes al sur y a toda esa reiterada extremaunción poética se acabaron cuando mataron a un hombre a mi lado en el antiguo drugstore de Atarazanas. Amanecía y casi cayó sobre mi brazo y con eso di por concluida la función. Al parecer en esos años, los primeros de la transición política, ocurrieron grandes cosas en Barcelona. El periodista Pepe Ribas sitúa en ese cruce la intersección del placer y la traición, que es un cruce muy tradicional, pero de gran eficacia narrativa. Del placer retiene unas voraces jornadas anarquistas que pusieron todo patas arriba, en un sentido muy amplio. De la traición, el desguace del movimiento anarquista a manos de un buen número de confidentes y de una liaison entretejida por Martín Villa y Tarradellas. Según sus descripciones, que siempre tienen un color muy vivo, Barcelona fue el escenario principalísimo de la conjura de la Transición. Un día lo explicará, el gran secreto. Yo lo espero. Tal vez pueda quitarme así ese pellejo muerto que es mi memoria ciudadana de entonces, esa

convicción de que en los años setenta no hubo ciudad más hosca, abandonada, deprimente, deprimida, vagabunda y descuartizada que Barcelona.

O tal vez fuera todo eso mi adolescencia.

Asqueados, buceábamos en un cierto infinito de ciudad. Nos guiaba, tal vez, el pretexto de que en un lugar donde tanta gente vivía, algo de interés había de darse. Nunca encontramos nada y fueron muchos días con sus noches. El centro de la ciudad era una nuez podrida. Todas sus poéticas estaban excavadas hasta el agotamiento: ya he dicho que no había nada que hacer allí. Rodeando la nuez, se extendía un vasto plano de suburbios morales. Ni siquiera la decadencia estaba vertebrada: Barcelona no se caía a trozos: era un trozo: un desprendimiento. Sólo la Lambretta plateada, y sus viajes incesantes, le daban sentido: de la ciudad quedaban las calles. Es decir, la primera y la última prueba de lo urbano.

Escribo en el centro del verano. Estas noches son para atravesarlas de arriba abajo en una moto en marcha. Para desprenderse del calor como de una costra. Para determinar el lugar donde uno vive. Para beber y acabar, yo así lo aconsejo, en el delta de uno de los dos ríos miserables que limitan mi ciudad, con los primeros aviones y los primeros pájaros del alba, con humo de fábricas y viento en los cañizares, junto a sombras que riegan los campos y otras sombras de las que nada se conoce: ni a qué han venido ni si saldrán de allí. En ese delta está todo lo que uno espera saber de una ciudad: su prehistoria, parte de su vientre, su camino de huida, su límite, las fuerzas opuestas que se encuentran y chocan y la mueven, la destrucción que la funda, su vestigio y su destino. Es un escenario valioso y yo lo he recorrido al alba, cuando mejor se entiende. Antes de que lleguen los señores del golf y los modestísimos bañistas; antes de que el olor de aeropuerto compita con el de los rastrojos quemados y el sol convierta el mar en una noria abrasadora. Cuando todavía los ruidos pueden distinguirse uno por uno y los diversos materiales arrastrados se identifican con nitidez. Nada como el delta explica la ciudad que hemos conocido, nada como esa foto en movimiento, nada como ese punto de vista excéntrico, panorámico, inusual, virgen de prosa.^[16]

La ciudad es el tema intelectual de muchos barceloneses. Me cuento entre ellos. Y esta ciudad ha sido y será durante mucho tiempo la prueba del nueve de todo lo que nos interesa: de la cultura y de la política. Somos gente marcada por una revolución: la transformación de Barcelona. Una revolución sin sangre, fruto de un azar histórico, de un azar muy bien gestionado luego: es la revolución impura, concreta, limitada y visible que supongo que nos corresponde. La ciudad es el único relato de un tiempo sin relatos. En Cataluña, además, la ciudad ha adoptado un insospechado papel político: la ciudad como tema y la ciudad de Barcelona como expresión del poder — de un cierto poder— han sido la única vía de escape ante la presión totalizante del pujolismo. Paradójicamente, esa vía de escape también le ha permitido al propio pujolismo sobrevivir durante tantos años: sin Barcelona, sin su feudo, sin su asilo político y ético, sin su asilo, incluso económico —cuánta gente y cuánto proyecto

refractarios a lo nacionalmente correcto ha podido desarrollarse por la capacidad subvencionadora, directa o indirecta, del Ayuntamiento—, la presión sin contrapeso del pujolismo habría facilitado una sublevación ética y acaso electoralmente eficaz. Pero la ciudad ha encarnado también el mejor y más radical discurso contra el pujolismo: el discurso de la ciudadanía frente al del patriotismo. Es decir, el discurso de la razón frente al de la sentimentalidad;^[17] el de la pluralidad frente al de la unidad; el de la libre opción de ser frente a la inexorabilidad de ser; el discurso de la convivencia frente al de la tolerancia; el discurso del individuo frente al discurso de la geología. Lástima que ese programa ilustrado sólo tuviera concreción en las sucesivas reválidas socialistas al frente del Ayuntamiento de Barcelona y no fuera más allá. De hecho, no fue más allá porque la inmensa mayoría de los socialistas bajaron políticamente la cabeza y su corte de cara les incapacitó para hacer de la ciudadanía un programa político frente al patriotismo. Sólo Pasqual Maragall, en la permanente divagación a la que ha sometido su futuro, su ansia de crecer y su miedo a crecer, vislumbró más de una vez esa posibilidad. Todavía la vislumbra. Pero su absoluta incapacidad de hacer la política al uso —una virtud y un inconveniente— ha dejado todas sus aspiraciones en lastimosos tanteos fantasmales, incluso demasiado visibles.

Hubo quien, durante el estadio de felicidad olímpico, imaginó una patria barcelonesa, ciudadana, alternativa. Y durante los días de los Juegos es verdad que Barcelona se activó en muchos imaginarios —entre los imaginarios, el de ese film interminable que formarían todas las imágenes reales que Barcelona ofreció de sí misma, al mundo y a sus propios vecinos— con las características de una patria. Esos días mayúsculos —el paso del tiempo podría hacer una maravilla con ellos, pero me temo que sólo cabe esperar una repetida y espesa conmemoración cada tanto: son los inconvenientes de haber dejado los recuerdos en manos de los políticos y no de los poetas— Barcelona funcionó como un afinadísimo parque temático de la convivencia: los Reyes se mezclaban con los súbditos, gritaban y lloraban con ellos; en los balcones cabían todas las banderas; en los estadios se coreaba el nombre de todas las patrias y la ley y el orden se ocultaban en el subsuelo, eficaces pero invisibles, como deberían ser siempre la ley y el orden. Hasta tal extremo de verosimilitud se llegó —ésa es la obligación de un parque temático: que la felicidad se experimente de una manera real, aunque los motivos sean irreales— que en aquellos días, el alcalde sacó el pie fuera del recinto y dijo que los Juegos de Barcelona suponían la refundación de España. Luego todo acabó y la ciudad regresó a su lugar. Aunque recuerdo que fue a regañadientes y muy despacio. Un año después, el Ayuntamiento organizaba una campaña publicitaria con el lema *Barcelona i tu*. La imagen que ceñían esas palabras era inequívoca y sorprendente: se trataba de un feto. En su afán por ofrecerse cual una patria Barcelona se postulaba hasta el grado máximo. Hasta el grado de madre, que define siempre la voluntad mítica, alumbradora de la persona, de cualquier patria.

Sin embargo una ciudad es la antítesis de una patria. Y un patriota es un ciudadano mudo. Siempre hay Uno que habla en nombre de la patria: qué necesidad... La ciudad es inmune al consenso. Le pasa lo mismo que a la vida, tal vez porque es en la ciudad donde la vida se aprehende y se establece. En el año 96 de este siglo un fotógrafo inglés con mucha visión (de la jugada) y convenientemente adiestrado —el suc no descansa y Barcelona continúa siendo su objetivo prioritario—, un inglés llamado Craigie Horsfield instaló en la Fundación Tàpies de Barcelona una exposición a la que llamó *La ciutat de la gent*, arduo pleonasma. Se trataba de una mediocre exposición de retratos: el escaso sentido de la propuesta y la calidad discutible de muchas de las fotografías se enmascaraban en el gran formato. Pero lo restallante era la ideología que amparaba el experimento. Al parecer, Mr. Horsfield y los responsables de la Fundación Tàpies —éstos actuaban en la retaguardia—, querían acabar con «la ingeniería del consenso» que a su juicio operaba en Barcelona desde los prolegómenos olímpicos. El método era francamente meditable: Craigie Horsfield había viajado a los suburbios para obtener unas cuantas imágenes donde era evidente la desorganización del paisaje y su carácter sórdido. Al mismo tiempo había elegido algunas barcelonesas de carnes desdichadas y, despojadas de su lencería, las mostraba en la íntima verdad de su subordinación. Entre los dirigentes vecinales —ingenieros del disenso— hubo de dar, olfato agudo, con aquel de frente más noble y surcada: una de esas caras donde aparece muy remarcada la fiereza de la bondad. El resto eran billares, discotecas, terrados, casi todo ello destinado a demostrar el ignominioso escamoteo: contra lo que decía la propaganda —«la ingeniería del consenso»— en aquella ciudad había hombres y paisajes infelices.

El costoso y vertebral descubrimiento fue celebrado por la mayor parte de la prensa en los titulares de costumbre: la otra cara de la Barcelona olímpica y demás. Nadie destacó^[18] que se trataba de las fotos de un aficionado dotado de una cierta técnica, pero, sobre todo, nadie se planteó en público la contradicción in terminis del discurso que sustentaba todo aquello: una ciudad no puede ser jamás el territorio del consenso ni en ella puede actuar nunca semejante ingeniería volátil. Basta con salir a la calle, andar unos metros. La ciudad es la representación más audaz, y más dolorosa, de todo lo que separa a las gentes: sólo hay que ver los vestidos de los paseantes y la planta de los edificios. Y es también la más cruda visión de los intereses particulares, del pequeño malestar indeclinable. Pueden haber levantado barrios enteros, liberado playas, construido rondas para eludir los atascos; pero si mi acera está sucia no hay la menor duda de que esta ciudad no funciona. Semejantes comprobaciones están a la vista de cualquiera: incluso a la vista de Mr. Horsfield que se avino a hacer con ellas una exposición que iba a cambiar el mundo. La primera lección de la ciudad como lugar de plasmación de lo político, su intrínseca adhesión a la democracia, es que todo está a la vista de todos: también los cercados, los altos muros y las cancelas. Todo puede descubrirse o detectarse: basta un metro —como demostró MVM— para viajar a los mares del sur. Y la dificultad de cambiar

radicalmente una infinidad de injusticias, la extrema lentitud de los cambios, es otra de las lecciones que la ciudad ofrece a la consideración de una inteligencia humilde y seria. Las ingenierías del consenso no cabe buscarlas en el único lugar contemporáneo donde se produce, de continuo, la visualización de la injusticia.

Hace años, un colega, a punto de ser trasladado desde la sección de Política del diario donde entonces trabajaba a la sección de Local, mostraba su animación con estas palabras: «Ya no voy a ocuparme de lo que los políticos digan, sino de lo que hagan». Entonces la ciudad no era todavía el tema periodístico en que ha acabado convirtiéndose. Las secciones de Local de los diarios estaban impregnadas del mismo aire municipal y espeso que tenía lo que trataban. La ciudad no era todavía un espectáculo, ni el lugar de la política, pero las palabras del colega eran proféticas. Sólo espíritus muy inerciales o melancólicos o puramente clientelares continúan hoy pendientes de lo que uno u otro político diga para encabezar las informaciones de sus diarios: en pocas zonas del territorio periodístico se ha producido una degradación tan flagrante. Gran parte de las informaciones políticas, basadas la gran mayoría de ellas en el llamado *periodismo de declaraciones*, sólo son comparables a los análisis que los deportistas —siempre sagazmente interrogados— realizan tras la consumación de la victoria o la derrota. Ambos, deportistas y políticos, aliados con la generosa donación de los economistas son los responsables, además, del destructor lenguaje eufemístico^[19] —una condición de la falsedad— con que están escritas muchas páginas de los diarios que conozco.

La ciudad es hoy el lugar donde se produce la política y es su territorio de verificación y control. Desde los discursos sobre los derechos humanos hasta los cambios en los tipos de interés, desde los recortes presupuestarios en sanidad hasta la restricción de las capturas pesqueras todo se prueba aquí. La ciudad es un metatema. Y es tanta su potencia que hasta lo que en principio figura fuera de sus límites, sólo puede comprenderse teniendo en cuenta sus cláusulas. No estoy muy seguro que los periodistas hayamos comprendido este fenómeno en toda su complejidad, que nos hayamos habituado, por ejemplo, a esta práctica que supondría viajar del discurso a la ciudad y viceversa para descifrar la coherencia del discurso, su eficacia, su porcentaje de retórica, su satisfacción o su fracaso.

Por encima de cualquier otra contingencia, la ciudad es un acto de comunicación. La primera característica de lo urbano, lo que distingue con precisión deslumbrante el tránsito del mundo rural al mundo de la ciudad es el fin del aislamiento y el imperio de la intercomunicación. Ésa, su comunicación recíproca, es lo que permite a los hombres saber que tienen problemas comunes, descubrirlos y ponerlos en el camino de la solución. Y es seguramente por eso que la ciudad —primera prueba de la democracia— es inseparable del derrocamiento de la mítica e indiscutible autoridad feudal, basada en buena parte en el aislamiento de los súbditos, en la imposibilidad, dictada por el medio, de que se establezcan entre ellos redes comunes de conocimiento y de intercambio de la experiencia. La ciudad, en fin, es comunicación

y desde ese punto de vista es indiferente el lugar —Barcelona o Internet— o los mecanismos —un paseo por las Ramblas o un paseo por una web— que esa comunicación elija.

La ciudad prueba también el arte, el estado del arte. El lugar —siempre de privilegio aunque no llegue a los extremos monopolizadores de Barcelona— que los arquitectos ocupan en el discurso cultural de Occidente no podría explicarse sin el prestigio que ha adquirido la ciudad como tema cultural. El triunfo de la arquitectura es el triunfo de la ciudad. Sus elaboraciones teóricas, sus problemas técnicos interesan cada vez más al margen de los cenáculos de especialistas. Son cada vez más comunes. La arquitectura tiene la particularidad, a diferencia del resto de las artes, que sus consecuencias afectan velis polis a un gran número de ciudadanos. Uno puede abstenerse de leer a todas las novelistas españolas y catalanas de su tiempo, abstenerse de Jean Baudrillard o de la pintura de Ferran García Sevilla: pero cada maldito día de su vida deberá pasar por El Corte Inglés, esa afrenta, ahora renovada, en Barcelona. Evitar las afrentas, combatirlas, prevenirlas es un asunto de interés general. Pero hay algo más en ese último interés general por la arquitectura: yo sospecho que habla a los hombres de los problemas de su tiempo.

Durante dos días del último verano —tan apreciable: tuvimos en la ciudad pocos de esos días barceloneses temibles, espesos, cuando el aire tiene el olor y las capas de la cebolla— pasé por una experiencia sorprendente. Una noche fui al teatro, a ver *L'avar* de Molière en una nueva versión banal del clásico, firmada por Sergi Belbel, este joven capaz de convencer a Shakespeare para que se sume a la fiesta Freixenet. Salí zumbando, más vacío que una burbuja, precisamente. Al otro día, por la mañana, me acerqué al Museu d'Art Contemporani para ver una exposición de arquitectura, *Arquitectura Light*, sobre algunos de los mejores proyectos —realizados o no— de la arquitectura mundial en los últimos años. Ese tipo de exposiciones suelen resultarme muy pesadas y voy por trabajo o por compromiso mundano. Bien: a los diez minutos era una mosca pegada al cristal, atrapada por un interés vicioso. Me tragué gimnasios de Simancas, garitas de autobuses de París, estaciones de ferrocarril de Londres, bancos japoneses y chalecitos de la Costa Oeste. Y lo que es más insólito: los tragué con su prosa descriptiva. Luego, a pleno sol, y el sol del MACBA es terrible, pero tenía que hacerlo y tenía que hacerlo allí, me puse a considerar, muy flamenco. Descartada la posibilidad de un instante panglosiano —me cogen muy raramente y nunca antes de comer:^[20] yo he venido a combatir gallardo bajo el límpido cielo del oasis catalán y debo limitar mis instantes de debilidad—, sólo podía haber pasado esto: que en la descripción del avatar ciudadano, ejemplificado en la construcción o proyecto de una treintena larga de grandes edificios, yo hubiese encontrado más verdad contemporánea, más interés y mayor diversión —esto es lo más sorprendente— que en la peripecia exprimida, muy exprimida, del viejo Harpagón. Me duele

hacer esta pregunta que sigue, porque llevo viendo teatro desde la adolescencia; porque he sido muy feliz en el teatro y, sobre todo, he fraguado un magnífico culo de hierro que me permite aguantar sentado casi todo tipo de experimentos a través de un número prácticamente ilimitado de horas: ni siento hambre ni siento sueño ni siento sed. Pero bien, ¿a quién habla Harpagón, el Harpagón de Belbel al menos, a quién y con qué intención? Pues bien: habla a un cierto exhibicionismo gremial —de actores, de directores, de críticos—, a una cierta tradición cultural —a una cierta inercia— que sigue considerando la asistencia al teatro como una prueba de prestigio, habla a una indiscriminada reverencia ante el clásico que obliga a mascar con un énfasis patético sentencias, apotegmas, refranes con firma, a imitación de esas gentes que sólo visten lo que visten teniendo en cuenta quién ha rubricado la tetilla. Bien: se trata de una anécdota personal, de la confrontación casual de 24 horas. No hay que buscar mayor plan, ni mayores consecuencias. Nunca pensé que Molière pudiera decirme en un instante determinado de la vida bastante menos que Jean Nouvel. Al fin y al cabo yo soy de letras. Puede tratarse de un trastorno pasajero. Por el momento, sólo sé que la ciudad, que la ciudad como tema, ha caído en las manos casi exclusivas de los arquitectos, dada la desidia general.

La literatura participa en una medida importante de esa desidia. La ciudad, la red de combinaciones, de escenarios de la acción, de franjas sociológicas que permite, ha dejado de ser un tema para la literatura española y no digamos ya para la catalana. Lo último que sabemos, literariamente hablando, de la ciudad no va más allá del Madrid de Galdós, del Oviedo de Clarín, o de la Barcelona de Carmen Laforet. En Cataluña, después de Oller y de Josep Maria de Sagarra, todo se reduce a una animada plaza del barrio de Gràcia, la plaza del Diamant, que dio título consabido a una célebre novela de Mercè Rodoreda. Hay luego pequeñas barcelonas, siempre premodernas, como el Carmelo de Juan Marsé, el Ensanche de Montserrat Roig, o la Barcelona suburbial de Antonio Rabinad, autor de *Los contactos furtivos*, una de las mejores novelas de posguerra que se han escrito. Y es verdad que Manuel Vázquez Montalbán ha sido, de entre los escritores de su generación, el más ambicioso y el más afortunado a la hora de dotar a Barcelona —en su serie sobre Carvalho, fundamentalmente— de la densidad de un protagonista literario. Este objetivo no estaba en el plan de Eduardo Mendoza al escribir *La ciudad de los prodigios*: a pesar del equívoco —afortunadísimo desde otros puntos de vista— de ese título, la importancia real que Barcelona tiene en esa novela es parecida a la que tiene Toledo en el *Lazarillo*. No hay ciudad, no hay metrópoli en las novelas españolas. Pérez-Reverte, éxito de crítica y público, decía hace poco, combatiendo la funesta manía del extranjerismo, que era preciso reivindicar «a Puerto Hurraco, esa manera española de matar». Conozco gentes a las que soliviantó esa supuesta propuesta ética: a mí sólo me soliviantó lo que tiene de insistencia en un mundo archivado, saturado, tumefacto. Pero esas palabras no dejan de reflejar la obsesión literaria con el agro que mueve, de un lado a otro de la península, a buena parte de narradores. La ciudad, como totalidad, y no

como un mero decorado de nones tras el que se refugian cíclicamente una fracción de jóvenes novelistas para demostrar que hacen novela de su tiempo, parece haberse vuelto un tema literario demasiado abrumador. El problema es que nada importante puede saberse del hombre contemporáneo sin atender a ella.

No sé muy bien dónde estoy. Volvía a casa de madrugada, hace algunos años, contento de que Pasqual Maragall hubiera ganado sus segundas elecciones, volvía en mi moto muy precaria cuando sucedió lo escrito. Tengo el prurito de que todo lo que suceda en este libro suceda en algún lugar. Debe de ser un prurito periodístico, nostalgia imposible de una crónica sin límites que recorriera lugares y tiempos al compás de una voz cuyo tono se mantuviera impasible, ajeno a los paisajes y a cualquier moralidad. No sé muy bien si he estado bebiendo hasta el amanecer y si me he llegado, finalmente, hasta el delta. Ni siquiera sé si voy en mi moto o en la Lambretta plateada que me enseñó la ciudad. No me importa mucho. La escritura es un viaje. Este libro es un viaje. Voy parando cuando y cómo puedo. Yo no pienso en las tres unidades del drama, ni siquiera pienso con la cordura del más ínfimo personaje de la más ínfima de las novelas disponibles. A veces necesito una moto atravesando la noche. Otras, un coche que va parando en otoño sin encontrar aliento ni posada.

DIEZ

Hace años, tampoco tantos, hice un viaje en coche, largo en días aunque corto en kilómetros. A la vuelta, escribí su título en *El Brusi*, en uno de los últimos reportajes que hice para el periódico. Tenía vocación de lema: *Catalunya, sol i mosques*. Hubo quien se enfadó mucho. Entre los que se enfadaron había algunos jóvenes redactores y colaboradores del periódico. Su enfado, sin embargo, se dejaba sentir en sordina: al fin y al cabo yo era ya redactor jefe y tenía sus vidas a mi cargo. La actitud de la mayoría de los jóvenes en la etapa terminal de aquel periódico siempre me sorprendió. Era muy instructivo comprobar cómo había que arrastrarlos casi de las orejas para que se atrevieran a escribir con mano suelta, para que plantearan soluciones que requerían una cierta audacia conceptual o, mucho peor todavía, para que se arriesgaran en una relativa —siempre muy relativa— impugnación del *modus vivendi* dominante. La exaltación de la juventud es uno de los peajes obligatorios del tiempo: la verdad es que yo siempre consideré, en especial cuando se trataba de mi juventud, que era una edad siniestra. *El Brusi* de la última época razonable, el que dirigió mi amigo Jaume Boix, y que tuvo a mi otro amigo, Xavier Pericay, como responsable del mejor suplemento literario que se haya publicado modernamente en Cataluña, fracasó, en parte, por la actitud muy displicente de un grupito de chavales que debieron dejarse la piel y apenas se dejaron la pereza, y que disimulaban la angustia que les producía su cortedad expresiva y su incierta vocación —ya ven: yo creo en la vocación— con un defensivo e hilarante apego a la ortodoxia, a cualquier ortodoxia. De todos modos, *El Brusi* de buena parte del 89 y del 90, hasta la exacta aparición del solsticio de verano, fue también la historia de un fracaso personal. A Boix, Pericay y a mí mismo se nos dio la oportunidad que toda generación reclama para sacar la cabeza: perdimos. Teníamos la cabeza llena de ideas y casi todas eran buenas: pero nunca supimos establecer la mínima complicidad necesaria con el resto de la redacción, ni tuvimos la astucia, la dureza y la influencia necesarias para convencer al poder económico —la ONCE— ni al poder político —la izquierda barcelonesa— de que aquel diario podía ser rentable. Sería injusto no mencionar que en este fracaso la ayuda del señor Albert Broggi, de los Broggi, y de los Obiols por tálamo, consejero delegado durante buena parte de nuestra época en la dirección del periódico, fue decisiva.

Catalunya, sol i mosques abrió un domingo el suplemento semanal y ya digo que provocó un malhumor generalizado. Daba cuenta de un viaje que no ha acabado todavía, que continuó haciendo de forma esporádica, bien porque me lleve el camino hacia otra parte, o me lleven el gusto o la obligación. Un viaje por un país feo, descosido, extenuado por la especulación, el mal gusto y el desorden. Con frecuencia oigo hablar del arrière-pays catalán por aquellos ilusos, o políticamente mal

intencionados ciudadanos, que pretenden que Cataluña sea otra cosa que Barcelona. ¿Dónde está ese *arrière*? ¿Cómo utilizar sin enrojecer esa expresión que Francia reserva para describir lugares como el Périgord, la Provenza o la Borgoña? El *arrière-pays* catalán es sólo un desván, y frecuentemente mugriento. Y siempre, de un modo exactísimo, casi cruel, el *arrière* es el fruto de una insolidaridad manifiesta que no concibe, en ninguna de sus maneras posibles, incluso las más atenuadas, el don que hermana, la necesaria característica colectiva, democrática, del paisaje.^[21] Cuentan del poeta Juan Ramón Jiménez, sin duda un espíritu elevado, que antes de proceder a la pintura de su casa nueva pasó por la del vecino de enfrente para preguntarle con absoluta formalidad: «Perdone que le moleste, ¿pero de qué color le gustaría que yo pintara mi fachada?». En este cuento precioso se refleja una de las premisas del paisaje: pertenece a todos, con independencia de quién sea el propietario de los fragmentos sucesivos. Esa solidaridad exterior es la imagen de una solidaridad interna. Y su ausencia es la imagen de una ausencia. Pero no quiero avanzar ahora por ahí. A través de una road movie catalana se ve esto: márgenes que nunca conocieron la siega, cobertizos inmundos hijos de la necesidad más brutal y compulsiva, campos sin labrar, abandonados, y siempre un edificio grotesco cubriendo la presunta belleza de una parcela de olivares, o de viñas, o de chopos. Eso es todo. Recorrí Cataluña durante algunas semanas, pero ese tiempo fue tan sólo una ilusión cronológica. El viaje ha durado en realidad muchos años, ya lo dije. He acumulado una cierta sabiduría experimental. Suficiente, por ejemplo, para saber que a unas decenas de kilómetros de Barcelona, por el norte, está El Maresme. Y que a las mismas decenas de kilómetros de Génova, por el norte también, está Santa Margherita Ligure. Y que pegado a Milán está el lago de Como. Para saber, en fin, que a las afueras de París están los meandros del Sena. ¿Qué se puede hacer en El Maresme? Construir una casa en alguna de las laderas y encararla al mar, de modo que no se vea nada más que el mar y a todo lo otro se le dé la espalda despreocupadamente, con suma picardía estratégica. Colocar allí una piscina y una extensión considerable de césped. Y no moverse si no es al atardecer, cuando todo se ennoblece, para bajar a cualquiera de los pueblos a comprar cervezas y la goma de borrar que pide el niño, y volver deprisa. ¿Qué han hecho de Llavaneras, de Caldetas, de Arenys, de Calella, esos nombres seculares, de una sonoridad muy bella, llamados a construir entre sí una suave continuidad de tierras bajas, un fluido agricultor, marítimo y ocioso, donde se costearan despacio las hipotecas de la democratización del viaje, de la segunda residencia —una apoteosis española y catalana que no tiene parangón en ningún otro lugar de Europa—, de la industrialización enriquecedora, necesaria? Han hecho un laberinto infame de carreteras, puentes, tendidos del ferrocarril y puertos fachendas, un paisaje rendido al anacoluto podría decirse, si el anacoluto no fuera, en el fondo, un acto creativo. Pero a cien kilómetros del litoral de Barcelona, sucede lo mismo. Y a doscientos. Yo animo a que cualquiera compruebe, a cuatro años del fin de siglo, en el litoral de Cataluña, cuál ha sido la política del

territorio practicada. Practicada por franquistas, por demócratas o por nacionalistas. Por catalanes, en cualquier caso, amantes de su patria. La destrucción, nada más que la destrucción pura y simple. De Las Casas de Alcanar a Portbou, en ese litoral, quedan en pie muy pocos lugares donde el paisaje —es decir, no la mera naturaleza desgañitándose— no sea una afrenta, un recuerdo demolido, una ininteligibilidad absoluta. Son éstos, contados con una cierta generosidad de la memoria: Altafulla, Sitges, Begur, Calella de Palafrugell, Sant Martí d'Empúries, Port de la Selva y Cadaqués. Estrictamente siete pequeños lugares en más de trescientos kilómetros de costa. Mar y montaña mezclados —esa especialidad catalanísima— no llegan a la veintena.

Para escribir *Catalunya, sol i mosques* viajé en primer lugar hasta el Pirineo. Era septiembre, no había nieve en los llanos, ni en las cumbres. Era un buen septiembre. Es innecesario describir cómo, en los centros urbanos pirenaicos, el barraquismo horizontal ha sustituido la erección marítima: la putrefacción se extiende monótona durante decenas y decenas de kilómetros. Es innecesario describir también qué ha hecho la temible masificación del esquí, aún más angustiosa e inexorable que la playera, en las cimas. Había estado alguna que otra vez en la Cerdanya, pero hacía muchos años y de paso. Esta vez quería alargar la etapa. Se trataba de buscar un hotel confortable y explorar desde allí la comarca. Lo primero, pues, era encontrar el hotel. Lo hallé, tras un día de búsqueda muy irritante y fatigosa. Lo hallé en Francia. En la Cerdanya francesa. Se alzaba sobre el rastro de lo que había sido un molino, al borde de un pequeño río. Por la noche, después del *boeuf* y del vino del Rosellón, y ya con el armagnac, la señora de la casa sacó el álbum de fotografías como debía de ser natural. Las primeras fotografías eran de poco después de la guerra, de la segunda gran guerra. En muchas de ellas aparecía un hombre joven y fuerte, de aspecto sano y decidido. Era su marido. Había muerto poco tiempo antes y la mujer, si no las lágrimas, sí tenía muy vivo en los ojos el recuerdo de las lágrimas. Casi todas las fotografías estaban hechas en lo que era entonces la ruina del molino. En algunas, el hombre acarreaba piedras. En otras, aparecía ella, con un pañuelo en la cabeza, y una sonrisa de cansancio feliz, de ilusión por la vida que no he olvidado. Su comentario sobre la última foto del álbum fue éste: «En cuarenta años no hemos dejado de trabajar para que esta casa fuera lo que es. Pero mi marido y yo nos sentíamos orgullosos y yo me siento orgullosa ahora».

Soy propenso a la meditación trascendental, desengañada y enfática. Pruebo metiéndome, aunque sea en vena, un rasgo de humor y de distanciamiento, de nonchalance, y me gusta rodearme de gentes que sepan reír para ver si aprendo. En los viajes, en especial en los viajes por el extranjero, esa propensión se me acentúa. Contemplo el harapo de mi país extendido sobre los verdes campos del edén, del edén que en ese instante atraviere, y se me pone la sangre a hervir poco antes de desglosar todo tipo de medidas regeneracionistas, algunas de ellas dotadas de un rigor que no puede transcribirse. Soy un patriota, lo sé, y sé también que éste es un libro patriótico,

como voy comprobando con horror creciente. Sin embargo, jamás como en el Vieux Moulin, de camino a la alcoba francesa, floreada y cálida, me hirvió la sangre y me hirvió la boca ya hasta el alba. Para encontrar un hotel había tenido que llegar a Francia. Era un viaje por Catalunya, ése era el propósito, pero dormir en unas mínimas condiciones de gracia y de sosiego había exigido pasar la frontera. ¿Qué había encontrado en la Cerdanya española? Casonas decadentes, a punto de cerrar porque ya se acababa la temporada. ¿Qué temporada? Ah, bien la Temporada, el verano, esos dos meses baratos. En septiembre aún tenían abiertas las casonas. Para ir recogiendo, supongo. Como se trataba de la Temporada, ninguna de esas casonas tenía calefacción: dormir allí era un reuma, una infección, un escándalo. Había otra posibilidad. La posibilidad urbana puede llamarse. Uno podía alquilar una habitación en algún núcleo de población de cierta importancia, habitaciones previstas para los viajeros del comercio, y disponer allí de todo lo necesario para el suicidio, marcos idóneos como son para un morir sórdido, a juego con la colcha viscosa y la fórmica y el ruido innoble de las cañerías y bajantes que dan la voz de alerta —¡agua va!— toda la noche. Los comerciantes allí no mueren porque no miran: han hecho muchos kilómetros, han vencido, o vencerán mañana, y caen con un dormir de piedra, milagroso. En el viaje había encontrado algo más: el Boix de Martinet, por supuesto. De hecho estuve junto a la puerta: no me decidí. Siempre se ha comido de una manera estupenda en ese lugar. Pero la verdad es que no quería dormir en un hotel de carretera. Sí, ya sé, tal vez me habrían instalado en una de las habitaciones que dan al río, allí donde Néstor Luján escribía sus novelas de forma gratuita. Pero el Boix nunca ha dejado de ser un hotel, un honrado y hasta exquisito hotel, de la carretera que lleva de Barcelona a Puigcerdà. Conscientes de que lo era, los dueños levantaron hace unos años un suntuoso establecimiento en Puigcerdà. Tuvieron muchas dificultades. Es injusto y lamentable que las tuvieran: creo que son gente que ha trabajado duro. Pero los hoteles donde pasar una semana cueste medio millón de pesetas me inspiran la misma indiferencia que una pensión para el comercio. No tengo nada en contra de ellos, ni siquiera la envidia. Pero los países pobres necesitan lugares más razonables: la desolación es compacta. Lugares donde comer y dormir sea un placer tranquilo y sobrio, y cuya frecuentación sea natural. En Francia está lleno de esos lugares, e incluso en el resto de España empiezan a ser corrientes. La clave de muchos de ellos está en el álbum de la vieja señora francesa. Está en los años, en el esfuerzo. Está en el orgullo y la modestia. Está en la tradición y en la creatividad. Nada que conozca la clase hotelera catalana,^[22] responsable con los inmobiliarios y la Administración pública del envilecimiento del ocio y del paisaje en Cataluña.

Durante mi viaje concreto de aquel septiembre observé otros fenómenos tristísimos y del más alto interés. La burda incapacidad de una Administración que destina miles de millones a la edificación de un parque temático y que es incapaz de destinar un pellizco para que Montblanc pueda parecerse a uno de esos hermosos y

vivísimos pueblos de la Toscana o de la Umbría medievales. O que, dieciséis años después de su llegada al poder, no ha sabido todavía encontrar un camino de protección para el medio ambiente que no sea el de dejar la naturaleza a su antojo inservible o el de la destrucción pura y simple: que no ha sabido, por ejemplo, organizar en el Delta del Ebro un ecosistema que aproveche de manera civilizada las últimas tierras vírgenes de Cataluña y que, en consecuencia, acabará permitiendo su expolio. Unos patriotas incapaces de trazar sobre el territorio una política de protección y de emulsión de las distintas culturas que lo integran, a fin de que el viajero pueda descubrirlas y experimentar con ellas, se trate de la cultura del románico, de la cultura del vino, del Ampurdán planiano, o de la arqueología industrial del curso del Llobregat. Que tampoco ha sido capaz siquiera —descendamos vertiginosamente a lo concreto: el pensamiento es una montaña rusa— de sustituir la peligrosa pista forestal que lleva de Roses hasta el restaurante El Bulli, [23] uno de los orgullos gastronómicos de Europa.

Se dirá que todo esto tampoco lo han hecho los municipios afectados. Desde luego. Pero yo no creo en los municipios. Y mucho menos en el municipalismo. El municipalismo sólo tiene sentido y fuerza y razón, pues, de pronunciarse cuando está asociado a una ciudad, es decir a un ente visible y poderoso, internamente plural y capaz de poner sus condiciones frente a los intereses de otros estratos gubernamentales o de los diversos grupos sociales que lo integran. Por eso, del descalabro general de la política territorial catalana sólo se salvan las ciudades: las capitales de provincia y algún otro ejemplo más aislado y menos relevante. Se salvan aunque, sea dicho de paso, ni siquiera Girona, que es la más activa, ha sido capaz de generar una oferta propia, que provoque el interés de los barceloneses y de otros ciudadanos catalanes en visitarla con cierta asiduidad. La autonomía municipal, que es uno de los lugares comunes más generosos y más inoperantes de todo discurso político alternativo, sirve para que, con frecuencia, los poderosos impongan sus criterios —muchas veces destructivos— sobre el conjunto indefenso de la población. La relativa distancia —distancia en cuanto a la implicación en todo aquello que establece— del poder respecto al lugar donde se ejerce no siempre es un problema: a veces es una solución muy eficaz. [24]

Mi viaje entre el sol y las moscas —el título compendiaba, y todavía sigue haciéndolo, la verdadera oferta turística de Cataluña— provocó otro tipo de reacción airada, aparte de la basada en el dolor patriótico. Les pareció que se trataba de las conclusiones de un urbanita barcelonés, de un pobre lázaro fascinado por el bullicio propagandístico de la metrópoli barcelonesa. Respondí con un absoluto asentimiento. En primer lugar, porque pensaba y sigo pensando que la transformación de Barcelona es la única novedad históricamente reseñable que se ha producido en Cataluña desde el restablecimiento de la democracia y de la autonomía, como durante el franquismo la única novedad —y tan desgraciada desde tantos puntos de vista— fue el turismo. Y en segundo lugar, porque no hay mirada posible sobre el campo desprendida del

aprendizaje de la mirada que ha impuesto la ciudad. En efecto, yo miro el campo con los ojos de un ciudadano, de un ciudadano con unas determinadas características sociales, culturales si se quiere. Pero de un ciudadano al fin, marcado por el orden interno que desprende una ciudad. Un orden de casas y de calles, de luz de semáforo y de rayas pintadas en los suelos, de límites, de señales que indican dónde comprar el pan, y los periódicos y la mortadela de Bolonia, y cuál es aproximadamente el nivel de renta de las gentes que se cruzan. El campo ya no tiene un orden propio. Supongo que lo tuvo, hegemónico, cuando las gentes vivían de él. Pero yo no lo conocí. Tampoco sé si ese orden sería de mi gusto. Tal vez sería un orden bárbaro, sin demasiadas contemplaciones. Siempre pienso de mis antepasados en unos términos poco amables: los imagino cercanos a la animalidad, muy rudimentarios. Me imagino que con su hábitat sucedería lo mismo. Hoy el campo que me conmueve es el que me devuelve, aunque sea en una ráfaga, un orden de ciudad. El orden de la llanura ampurdanesa, cultivada, con sus chopos y cipreses tallados cerrando las parcelas al viento, esa llanura que yo sospecho cultivada por mandato de los señores de Barcelona, no para que produzca nada, sino por el efecto; o el orden de los campos de La Segarra, secos, brutales, partidos por la luz; o el de Platja d’Aro, por supuesto, donde emociona comprobar cómo la ciudad lo arrasó todo e hizo aquí su ley de arriba abajo. Y sin embargo, lo que abunda, lo que al menos abunda en mi país, fuera de la ciudad, es una suerte de circunstancia monstruosa: un niño cuyos pies fueran los de un palmípedo. Algo así como una discusión genética que no ha acabado resolviéndose.

Pocos catalanes son conscientes de que el paisaje de su país —y el paisaje es una condición moral— está en franca decadencia. De que los estropicios ocasionados durante estos últimos veinte años son comparables a los que acostumbran a denominar deudores de la larga noche franquista. La propaganda lo domina todo. Todo está abotargado. Mis compatriotas siguen prendidos a la delicia consoladora del hecho diferencial sin que este hecho se traduzca en algo más que en retórica. Debe de ser muy triste, casi demoledor para el nacionalismo, pero el único hecho diferencial catalán es Barcelona. A pesar de sus limitaciones, de su conducta tantas veces por encima de sus posibilidades, del vacío triunfalismo que muchos de sus dirigentes exhalan, de la política cultural delirante que ha caracterizado la mayoría de los sucesivos gobiernos que ha tenido desde la democracia, Barcelona es hoy una ciudad muy por encima de la media española y la ciudad donde, en términos generales, mejor se vive del sur de Europa. Que a la consolidación del único hecho diferencial realmente existente, el pujolismo haya contribuido de una manera tan cicatera, tan llena de resentimiento, deformada por tanta miopía política; que Barcelona sea en el imaginario nacionalista un obstáculo, un imponderable, un trágala antes que un orgullo a exhibir, antes que la mejor y más contundente certeza de la identidad catalana es un fenómeno cuya meditación llena de estupor. La *Catalunya ciutat* del noucentisme fue acaso un programa civil y una metáfora de los planes

regeneracionistas de una generación de intelectuales y políticos. Hoy es una evidencia. El arrière-pays, vendido pieza a pieza por sus propietarios —algunos de ellos, después de haber destruido concienzudamente su propia casa se permiten bromitas muy patéticas sobre los barceloneses, los de Can Fanga, y muchos nombres más los llaman: debieran tener un mayor respeto por los clientes—, sin mayor escrúpulo, al mejor postor es poco más que una ilusión: el turismo y la transformación de la agricultura han acabado con el orden que alguna vez tuvo el territorio. Más allá de cualquier demagogia, de cualquier exudación de lirismo ruralista, más allá del ridículo empeño de enfrentar Cataluña y Barcelona —una disociación imposible que sólo revela la ignorancia o la mala fe de quien la practica— es urgente encontrar —no debería serles difícil: son expertos en el asunto— una identidad para el territorio. Una identidad que restablezca el paisaje. Vuelvo a decirlo: que restablezca la moral.

Un buen viaje supone siempre una ascesis, una técnica y un camino de virtud. Aquél de aquel septiembre fue un buen viaje. Volví mejor, más compacto y más patriota. Había tomado las medidas del país *cordial i amable* y las mías propias. Tenía poco más de treinta años. Una buena edad para iniciarse en la ascesis. Debía de haber, además, algo en el aire: pocos meses antes había experimentado el goce y el dolor de un camino de perfección semejante subiendo hasta el ángel escatológico de un museo inaudito.

TERCERA PARTE

ONCE

En el vestíbulo, Janin me dio la mano y me invitó a seguirla. Yo aún no sabía que era el ángel tutelar llamado a guiarme por el infierno. Era primavera, el año 1989, quería escribir sobre el Museu d'Art de Catalunya y por eso estaba allí. Había leído bastante sobre la curiosa, interesantísima y desdichada historia del museo. Entre lo que había leído estaba el papel de Pla sobre Josep Pijoan, que fue quien descubrió las pinturas de las iglesias pirenaicas.^[25] Sin que sepa muy bien la razón, llevaba en la cabeza también una imagen casi surreal, pero verdadera, y que nunca supe de dónde había salido: dos equipos disputaban la final de un campeonato de hockey sobre patines en la sala oval del museo, en los años cincuenta. El museo estaba en obras. La arquitecta italiana Gae Aulenti había diseñado para él, por encargo expreso del alcalde Pasqual Maragall, un proyecto de reforma ambicioso y espectacular. Su última obra de entonces, el Museo de Orsay, se había inaugurado pocos meses antes: la obra había resultado larga, fatigosa, cara y fallida y con el museo de arte catalán se esperaba que sucediese lo mismo. Cuando yo llegué donde Janin, el establishment local ya le había corregido a la arquitecta un aspecto fundamental de su proyecto: el lago que pretendía instalar en el salón oval, y en cuyas claras aguas iban a reflejarse parte de las pinturas románicas, había sido descartado. Se adujo, entonces, que la señora Aulenti no había calculado el efecto devastador que la humedad podría tener sobre las pinturas. A mí aquello me pareció una monserga y una muestra más del inefable provincianismo barcelonés. Porque, en efecto, podía discutirse si encargar una serie de grandes proyectos a primeras figuras de la arquitectura mundial era provinciano o no; podría discutirse también la proposición contraria: que lo fuese el encargar los trabajos a arquitectos locales, exclusivamente. Pero lo que era provinciano, sin discusión, era encargar a una vedette el espectáculo y luego pretender corregirle el guión. Ni los sucesivos acontecimientos que se produjeron después, los cuales podrían inducir a error a la hora de valorar la inteligencia y el sentido común de la señora Aulenti, me han apartado de mi camino: era imposible que no hubiera previsto el efecto de la humedad y cómo controlarlo, y que su laguito, en fin, no fuera técnicamente factible.^[26]

Si me detengo en este chapoteo, antes de seguir con Janin, camino del infierno, es porque creo que el sustancial fracaso de la arquitecta italiana en la reordenación del museo arranca de aquí. De ella no podía esperarse que pusiera las pinturas en orden con su medio, que distribuyera con nitidez y con radicalidad las propuestas museográficas, que hiciera un trabajo limpio, humilde y claro. Por supuesto que de ella se esperaba suciedad arquitectónica y una sopa neobarroca donde el arte de los demás flotara como tropezones. Pero lo que se esperaba, sobre todo, era espectáculo. Un espectáculo que rescatara del olvido las íntimas, conmocionantes pinturas

medievales, las románicas y las góticas. Se esperaba, en fin, su laguito y es por eso que habían ido a buscarla.

Pero entonces no se había empezado todavía a picar piedra. Aquella mañana, cuando yo empezaba a seguir a Janin —llevaba un enorme manojó de llaves, la cancerbera y se disponía a abrir el primer portón de nuestro camino— sólo había dibujos sobre el papel. Y palomas muertas.

—Esté atento al suelo. Es muy desagradable pisarlas.

Nunca había visto nada igual. Las palomas entraban sin mayor dificultad por los tejados y ventanas del edificio y revoloteaban con absoluto impudor sobre el vestíbulo. Creo recordar que entonces una parte del museo, tal vez la de los ábsides románicos, estaba abierta todavía al público: pocas imágenes de la degradación del patrimonio artístico catalán tan impactantes como la de una bandada de palomas posándose sobre los ábsides, reproduciéndose sobre los ábsides, defecando sobre los gloriosos ábsides de Taüll. Pero no sólo sobre ellos. De hecho las palomas habían invadido todo el edificio y cuando un edificio de las características del Palau Nacional sirve de hábitat a esos animales resulta difícil acabar con ellos. Todavía hoy, con el museo casi acabado, se oye de cuando en cuando algún inquietante zureo: es muy difícil extirpar su querencia, explican los zoólogos.

Janin encendía a veces la linterna que llevaba en la mano. Algunos de los depósitos o almacenes que mostraba no recibían la luz natural y hacía ya mucho tiempo que se habían fundido las bombillas. A medida que avanzábamos, fuera de los lugares comunes, la incredulidad y la angustia aumentaban. Nuestro propósito era llegar al aire libre, alcanzar el punto más alto de la cúpula: ella me había prometido desde aquel lugar emociones sin cuento. Pero antes, como en cualquier ascesis, era preciso afrontar el dolor. En los desvanes, casi infinitos, se amontonaban telas, dibujos, carteles, esculturas. De un pequeño valor en términos artísticos; pero de un considerable interés histórico. Había mucha pintura de corte, decimonónica y de principio de siglo y más de un chafarrinón de paloma oscurecía el ojo del rey pícaro. El polvo, las ratas, las palomas, la porquería que empastaba todo aquello era un relativo secreto para la sociedad catalana: lástima que yo acabase escribiendo sobre aquella visita una crónica confusa y petulante que daba cuenta de aquella ruina de una manera muy inadecuada. Ante determinados asuntos, me hartó de balón: parece tan fácil escribir grandes crónicas a la soberbia altura del móvil... Eran tantas las alegorías, las implicaciones estéticas, éticas, políticas, históricas... no supe digerir el bolo. Aun así, la crónica tuvo algunas consecuencias. Consecuencias modélicas, muy habituales por aquí, cuando la prensa levanta acta ignorada: Janin estuvo a punto de perder su trabajo por excederse en su papel de cicerone, y arbitraron medidas de urgencia, mero parcheo ineficiente, contra la suciedad y las palomas.

El primer culpable de haber llegado a tal extremo de abandono era el propio edificio. Uno de tantos edificios de voluntad más o menos efímera, construidos para la Exposición Universal de 1929. Sus cimientos y sus cubiertas eran muy precarios,

los bombardeos de la Guerra Civil lo habían dañado seriamente y coincidiendo con la diáspora de responsabilidad que significaron la postrimería del franquismo y el inicio de la Transición llevaba unos quince años sumido en la dejadez. Para el Ayuntamiento de Barcelona, la rehabilitación en solitario del edificio suponía un esfuerzo imposible.^[27] Para la Generalitat, que gobernaba Cataluña —primero provisionalmente— desde doce años atrás, nunca pareció ser ese museo ni ningún museo, un asunto prioritario. Baste decir que hasta el año 1990 la mayoría nacionalista gobernante no fue capaz de aprobar en el Parlamento la Ley de Museos, a pesar de haber gozado durante la práctica totalidad de estos años de mayoría absoluta y de que el consenso en ese asunto no fue difícil. Lo cierto es que esos patriotas, capaces de celebrar con pompa (de jabón) el milenario de Cataluña,^[28] se preocuparon muy poco de asegurar la supervivencia —¡la supervivencia!— del tesoro artístico que en el propio imaginario nacionalista simbolizaba con íntima belleza los orígenes.

El Palau Nacional era un edificio precario, pero tenía, y tiene, un cierto valor. Como escribió el historiador Bonaventura Bassegoda, la arquitectura neoclásica no ha sido nunca muy apreciada en Cataluña. La razón es seguramente el modernismo, el culto a ese estilo tan agotador como una sara de almendras. Pero la sala oval del palacio —la que desgraciaría Gae Aulenti con su increíble falta de madurez—, dotada de un órgano imponente y de una acústica imposible —noble paradoja, muy propia de aquí—, tiene características singulares y resultaba ser, antes de la reforma, un espacio interesante y eficaz. El resto del palacio, la avenida María Cristina, flanqueada por sus torres venecianas, y la propia plaza de España, la verdad es que conjugan, visto en seco, un pastiche provinciano, un sucedáneo de arquitecturas imperiales que al otro lado de la ciudad tiene su correlato en la urbanización del Paseo de San Juan, rematada por su pírrico Arco del Triunfo. Lo único que hace digerible todo el eje es la memoria de felicidad que han acumulado allí muchas generaciones de barceloneses, convocados desde hace décadas bajo la promesa del aire libre, la fiesta, los fuegos de artificio y el virtuosismo del agua iluminada. Se trata, pues, de un skyline de escaso valor artístico, pero de efusivo valor sentimental.

Otra cosa es que allí tuviera que seguir instalado un museo. Yo intentaba hacérselo ver a Janin, aquella mañana, camino del cielo, pero ella era entonces uno más de esos olímpicos gestores de la cultura barcelonesa atrapados por el optimismo y la ausencia de límites.

—Sólo para tapar las goteras harán falta años y un dineral en tela asfáltica.

—Tres años: para los Juegos lo verá inaugurado.

Janin cumplía con su obligación. Yo, además, me estaba divirtiendo de veras. Lo que aguardaba detrás de cada puerta era imprevisible. Luego de abrir una de ellas, muy difícil y muy pesada, y tras franquear un desfiladero de objetos indescifrables, enfocó su linterna hacia un ángulo muy seleccionado por el polvo y el olvido. Tres bustos de Franco, en piedra ceñuda, aparentaban una gran molestia. Janin no conocía

su procedencia ni por qué habían acabado allí. Pero los bustos, como las pinturas, como muchos documentos insólitos, relacionados o no con el arte, que podrían encontrarse en sus archivos, reforzaban el carácter de depósito del tiempo, de fascinante almacén en que se había convertido el palacio. Todo tenía un sentido incierto. En realidad, el museo siempre tuvo ese sentido: su historia estaba construida sobre cimientos muy extravagantes. Janin aseguraba que sólo serían tres años. No era la única. Pero abrir este museo —abrirlo parcialmente: sólo para que se pudieran contemplar los ábsides y las pinturas románicas, es decir, lo que todavía era accesible aquella mañana aunque fuera esquivando el roce palomar— supondría siete larguísimos años de trabajo —muchos estudiantes de Historia del Arte empezaron y acabaron sus carreras sin poder encararse con las divinidades románicas— y una cifra real difícilmente calculable, pero superior a los diez mil millones de pesetas. Éste acabaría siendo el precio de la tela asfáltica. El precio de instalar en un lugar de acceso difícil, en la montaña de agua, segregado de la ciudad y del tránsito habitual de los forasteros, en un edificio de una gran complejidad y amenazado por todos los flancos, el museo que se quería emblemático de Cataluña.

Cuando, con gran esfuerzo, y cercano el mediodía, llegamos a la base del gran ángel de piedra que tiene el encargo de proteger de la desdicha la cúpula principal del edificio y la ciudad misma, en Barcelona se abría un cielo inolvidable. Por indicación de Janin, exploré los grandes depósitos de luz enterrados. Desde allí se disparaban los misteriosos haces de luz de mi infancia, de tantas infancias barcelonesas: se trataba de una entraña curiosa y prosaica. El edificio almacenaba hasta la razón del sueño, hasta el propio polvo de luz del recuerdo. Mi amigable cancerbera, con los ojos batidos por el sol y el viento, al aire libre después de algunas horas de oscuridad decrepita, me instaba a describir el futuro con adjetivación eufórica. Yo nunca me he mostrado remiso a la adjetivación eufórica y creo que la hice feliz.

Sobre el ángel de piedra —nuestro finis Africae— planeaban obsesivamente las palomas y sus excrementos. Años después, en 1994, cuando empezaban a caer las primeras lluvias de agosto y el museo aún continuaba cerrado, un muchacho de veinticuatro años llegó hasta allí, hizo este mismo camino, de noche y a tientas, después de forzar una ventana. Era francés, venía de la ciudad de Metz y llevaba en Barcelona no más de un par de días. Nunca antes había estado en la ciudad. El camino que hubo de recorrer hasta el ángel de piedra era entonces, a causa de las obras, mucho más impracticable que en la época de Janin. Ni siquiera los más expertos y antiguos trabajadores del museo se habrían atrevido a recorrerlo en esas circunstancias. De madrugada, uno de los dos vigilantes que guardaban el inmenso y lóbrego palacio oyó un ruido muy extraño y fue a ver dándose mucho ánimo y recordándose en voz alta que era un hombre. No encontró nada y se dijo que esta vez el pájaro estrellado habría sido muy grande. Esperó al amanecer y volvió al lugar del

ruido. Sobre el suelo había unas gotas de sangre. Él no lo supo hasta minutos después pero era la sangre de Régis Dugenie, cuyo cuerpo desplomado desde el ángel de piedra había atravesado una claraboya hasta morir. La Policía hizo averiguaciones durante una semana y concluyó con una seguridad admirable que Régis Dugenie se había suicidado por penas de amor. Con una indiferencia igualmente admirable, los periódicos de la ciudad dieron la noticia. Yo viajaba aquellos días por Suiza y no me enteré del caso hasta la vuelta. Entonces, el museo se había convertido ya en uno de esos asuntos incesantes que no te abandonan jamás, tal vez porque su peripecia está lejos de ser tan sólo lo que aparenta. Investigué levemente y escribí una historia tensa con la intención estricta de explicar la suficiencia con que la Policía y los jueces establecen la verdad en las historias pequeñas, fuera de foco. Habría sido preciso mucho más: viajar hasta Metz, hablar con aquella familia absorta, reconstruir el mundo de Régis. Pero el periodismo moderno no se aviene a riesgos como ése. Al riesgo de que a pesar de los muchísimos misterios concentrados en la muerte de Régis Dugenie, en el espectáculo de su muerte, la investigación no deparara más que la reconstrucción de una vida breve y atormentada, fracasada por propia voluntad. En realidad, ni siquiera habría espacio físico para contar una historia como ésa: se necesita algo de papel, poca foto y una ausencia absoluta de despieces. Ante ese tipo de asuntos el periodismo se encomienda a la literatura y luego se lava las manos. Como tampoco la literatura suele pagar los viajes de un hombre a Metz, el escritor interesado en un suceso como ése elabora desde su íntimo gabinete un relato verosímil, inspirado en los hechos. Mientras tanto, la verdad espera en otra parte.

Durante algún tiempo pensé a menudo en Régis Dugenie. En su cruce definitivo y terrible con Barcelona. En cómo llegó hasta el ángel de piedra. En ese ángel, escatológico en todos los sentidos. En cómo el joven extranjero pudo sortear la noche y los sórdidos aledaños del museo. En la postal con el haz de rayos dibujados, en el skyline que le envió a su abuela un día antes de morir. A menudo pienso que yo hice el mismo camino, y es verdad que algo muy frágil separa siempre a un hombre de otro. Aquella muerte introdujo drama en mi relación con el museo. Una relación que había comenzado con Janin, en aquel viaje desde el subsuelo hasta las cúpulas, y que vivió sus episodios más intensos en torno a la experiencia de un hombre que recogía del suelo de un bar de Bruselas tickets pisoteados, y que luego los presentaba al cobro.

DOCE

Pues si la historia, la moral, la ciencia misma y las letras hubieran de ser verdaderamente alemanas, verdaderamente rusas, verdaderamente españolas o inglesas, ¿qué sería de ellas allende el Rin o las montañas, o el canal de la Mancha? ¿Qué pensar de esa justicia o de esa verdad geográfica? [...] En todos los pueblos bárbaros esta ciega y exclusiva parcialidad por el propio país es una furia que pide sangre; en los pueblos letrados es una vanidad dolorosa, infeliz, desapacible, desesperada a la más ligera herida que se le inflija.

STENDHAL

¿Por qué se agacha y escarba entre los pies ajenos, las mondas y el serrín acaso —se trata de una ciudad lluviosa y de un bar céntrico, de largo horario y de mucho movimiento—, por qué tan lejos de su patria escarba, si es un hombre tan alto y tan poco entrenado y tanto ha de costarle el esfuerzo de andar en cuclillas de una punta a otra del mostrador acumulando tickets de consumición de ignotos ciudadanos de Bruselas o de turistas de paso, gentes que en un caso u otro nunca pudieron imaginar que el monto de sus refrescos, de sus meriendas, de sus helados, de su última copa fuera a quedar consignado en los libros contables del Museo Nacional de Arte de Cataluña, que así se llamaba ya el antiguo Museo de Arte Cataluña cuando él se inclinaba ante la poderosa seducción del ticket?

Xavier Barral i Altet llegó a Barcelona en el verano de 1991, tomó asiento y dijo: «Haré del MNAC el mejor museo de Europa después del Louvre». Esa muestra de prudencia sorprendió y ha sido siempre un misterio: nunca ha podido saberse por qué demonios no se dejó de tonterías y pronosticó que iba a hacer el mejor museo de Europa, Louvre incluido. Acaso le habían faltado las fuerzas en el último momento. Yo escribía entonces en *La Vanguardia*: el señor Lluís Foix tuvo la amabilidad de hacer caso a mi suegro de entonces, el señor Llorenç Gomis, y rescatarme —parcialmente: colocaba un artículo por semana, en las buenas semanas— del estupor del paro donde me veía a los treinta y cuatro años, tras dejar lo mejor de mí mismo en el *Diari de Barcelona*. En *La Vanguardia* me permití escribir, pocos días después de la entrada triunfal del señor Barral en Barcelona, un artículo cargado de razón y de violencia irónica sobre los planes del nuevo director. Venía a decir que el museo, como el propio país donde se instalaba, necesitaba la modestia del trabajo y no el ilusionismo del fachenda; que la historia de dejadez y de malversación que arrastraba —el museo, pero eso podía extenderse a buena parte de la política cultural catalana y barcelonesa— no era la más adecuada para proyectar un frívolo futuro donde sobrarían la abundancia y la dicha. Yo no conocía entonces a Xavier Barral ni sabía nada de él. No sabía, por ejemplo, que la única razón que Xavier Barral tenía para creer y hacer creer que sólo le iba a faltar un pelo de Louvre era él mismo. El MNAC

no tendría ni la obra del Louvre, del Prado, del British, de los Uffizi, o del Rijksmuseum; no tendría sosteniéndole ni la tradición, ni la potencia, ni el Estado que había detrás de cada uno de esos ejemplos. Pero el MNAC tendría a Xavier Barral y con eso bastaba.

La vanidad es uno de los grandes motores del mundo. A mí mismo no deja de darme ánimos día y noche. Pero se trata también de una de las formas más exquisitas y depuradas de la alienación. Ni el dinero, ni el placer, ni siquiera el ejercicio del poder provocan ese estado enajenado de uno respecto de uno mismo. La vanidad precisa de una vigilancia afinada, de un mimo maternal, de una atención constante. Hay que dedicarle mucho tiempo para que el motor no acabe ahogado. Xavier Barral le dedica muy poco: es un hombre descuidado. El primer día que le vi de frente había pasado bastante tiempo desde la publicación de aquel artículo. Estábamos los dos en una pequeña habitación del museo. También estaba su jefa de prensa. Cuando acabamos la conversación que nos ocupaba se levantó con una trabajada voluntad de suficiencia, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta, sacó un papelín muchas veces doblado, lo desplegó y dijo:

—Usted escribió esto cuando yo llegué a Barcelona. Fue muy poco amable.

—Y muy justo.

—¿A usted se lo parece? Mire...

La discusión posterior duró un buen rato. La discusión no tuvo ninguna importancia. Yo salí de la habitación conmovido ante la fidelidad que Xavier Barral me había guardado. Uno quisiera siempre lectores así, capaces de no olvidar, capaces de almacenar tus palabras con semejante amor herido. Ese encuentro sería el primero de otros varios. No demasiados, pero todos desagradables sin excepción. Acabé especializándome en sus andanzas. Era una especialización ya descrita en los manuales: se trataba de un hombre que había perdido pie desde el primer día y desde ese día se sucedieron sin interrupción toda una suerte inacabable de incidentes grotescos.

Barral había llegado a Barcelona de la mano del empresario Pere Duran Farell, que entonces era ya el presidente del Patronato del museo.^[29] Duran es una leyenda viva de Cataluña. De ese tipo de gente hay aquí dos o tres, tal vez media docena. Nunca se sabe, exactamente, en qué ha consistido su mérito, pero de eso se trata: no hay mérito más eficaz que el mérito vago, cuchicheado, confidencial. Sólo hay que observar, en este caso, a qué se ha reducido el brillante, intenso e inexorable compromiso con su tiempo, que fue el tiempo del franquismo, de Duran Farell. Oh sí, se trata del primer empresario que exhibió la necesidad de negociar con Comisiones Obreras, dice el estribillo. Y mientras tanto, Duran sigue paseando por los salones del tiempo su

rostro de esfinge oriental, tallada por mil secretos y mil gestiones inconfesables, mientras unos pasos más atrás el efficacísimo August Ferrer, el mejor relaciones públicas de Cataluña, va dejando caer miguitas de pan —es decir, cuchicheos, evanescencias— para que incluso los incrédulos sigan el rastro que habrá de conducirles a la leyenda viva. El museo acudió a esa leyenda en razón del aparato simbólico que la rodeaba y le encargó lo siguiente: que merced a su supuesta relación de buena vecindad con los presidentes de España y Cataluña^[30] —más de una vez los reunió a los dos en su finca de Premià, saturada de bonsáis y de discreción— obtuviera de ellos un compromiso real en la financiación de la reforma del museo. No lo consiguió. Y la espesura de sus movimientos hace imposible saber si lo intentó siquiera. Luego le encargaron también, en razón del lugar sin duda umbilical que ocupaba en el cuerpo empresarial catalán, que atrajera hacia esa reforma al capital civil, es decir a ese improbable mecenazgo no comprometido en las operaciones de imagen de los bancos o cajas de ahorro o de las grandes empresas. Al final de su presidencia en el Patronato, en 1993, y cuando anunció con grandísima pompa que dejaba todos sus cargos «culturales» para concentrarse en los avatares del gas —una simple maniobra de distracción encaminada a ocultar, tiñendo su marcha de misteriosas razones casi existenciales, su absoluto fracaso en la gestión del MNAC—, Pere Duran Farell no había conseguido un solo duro civil. Ni siquiera había conseguido un solo duro de Pere Duran Farell.

Sin embargo, sí había conseguido encontrar una perla rara, en la universidad francesa de Rennes, que respondía al nombre de Xavier Barral. Muy rápidamente decidió que este nombre era su hombre. Por supuesto, no lo conocía de nada. Y no hay duda que en su decisión influyó seriamente el que viniera de Francia. En el imaginario de muchas generaciones catalanas, pertenecientes a lo que Agustín García Calvo llama «el vulgo semiculto», venir de Francia todavía supone ser alguien. Venir de Francia, en cualquier caso, era algo preferible a residir desde veinte o treinta años antes en la ciudad de Barcelona, ser gallego y no hablar catalán. Éste era el caso del catedrático Joaquín Yarza, el mejor especialista aquí disponible en arte medieval y al que sólo las circunstancias del llamado *consenso nacional* —no habla catalán— impidieron ser director del museo. Dentro de unos años se meditará sobre esas circunstancias, sobre lo que ha supuesto la aplicación indiscriminada de esas circunstancias en el conjunto de la actividad cultural catalana. Aunque hoy, cuando escribo —vamos avanzando entre los primeros días del otoño—, hay síntomas que anuncian el resquebrajamiento de esa carcasa falseadora. Pero todavía hay demasiado ruido, demasiado clarín y demasiada trompeta. Mala música para la meditación.

No estuvo solo, por supuesto, Duran Farell en la responsabilidad del hallazgo. El señor Ferran Mascarell, entonces responsable municipal de cultura y bien conocido por su dinamismo, opinaba que el director anterior, el catedrático Joan Sureda, no se distinguía por su capacidad de movimiento; que era un hombre ideal para un pequeño proyecto, pero que el futuro —y eso que Sureda tiene un corpachón apreciable— no

le cabía: en el dinamismo del señor Barral, Mascarell vio el signo inexorable de los tiempos que se avecinaban. Al señor Eduard Carbonell, que estaba al frente del Patrimonio autonómico, también le pareció una idea excelente: Barral, al que por supuesto conocía, le parecía un hombre ajeno a los intereses de los grupúsculos universitarios o políticos o comerciales vinculados con el arte, es decir un hombre al que podría imponer sus intereses.^[31] Incluso al señor Manuel Trallero le pareció bien. El señor Trallero era entonces anticuario y columnista de *La Vanguardia*, funciones que sigue desempeñando a la perfecta satisfacción de sus clientes. Antes de estrellar sobre la despejada frente de Barral algunos de sus certeros y abruptos trallazos, el columnista hubo de evocar su antigua amistad con él y especuló sobre los innumerables beneficios que podría traer el futuro, personal y colectivamente hablando. Una vez nombrado, Trallero comprobó en las escasas ocasiones en que pudo hablar con el director desde qué elevadísima atalaya éste empezaba a dirigírsele, y así las últimas veces que llamara por teléfono al MNAC no ideó con su característico gracejo, macerado por el ingenio, el ocio y el trato mundano, otra fórmula que ésta, para interrogar a la secretaria: «Està disponible el fill de Déu a la terra?». La ironía de Trallero era exacta. Y la actitud de Xavier Barral, naturalísima: toda Barcelona mecía su cuna de niño grande.

Durante casi dos años estuve informado —e informé cuanto pude— de la peripecia de Xavier Barral al frente de lo que iba a ser su gloria. Sobre las fuentes de esa información que yo iba publicando el propio director y la docena escasa de gentes interesadas en la política cultural de la ciudad elaboraron versiones de colores muy vivos. Desde el punto de vista informativo, el caso tuvo una importancia relativa y no tuvo misterio ninguno. En cuanto a lo primero, se trataba del director de un museo. Simplemente. Ni siquiera mi absoluta convicción de que lo que yo escribo en el periódico es lo más importante del periódico —hace falta algo de esa extrema e ingenua convicción para trabajar en el periodismo— me llevó a confundir a Barral, sus patéticos despeñamientos en la vanidad y sus pequeñas corruptelas con lo que no era. A pesar de eso, de la pequeñez del asunto, en los meses muy largos y a veces obsesivos que duró esta historia pensé muy a menudo en lo de Stephen Frears: «La prensa sólo se ocupa de la gente en un instante muy pequeño de sus vidas». Es decir, me esforzaba por considerar que el Barral vivales, excéntrico, prepotente y de preparación intelectual muy discutible que yo veía dibujarse a través de las más diversas tranches de vie que muchas gentes aportaban no era, ni muchísimo menos, todo Barral. Yo me estaba ocupando de sus quince minutos estúpidos, a los que todo hombre tiene derecho. Una medianoche, una de las varias medianoches en que mantuvimos diálogos duros y desagradables, él preguntó por qué le perseguía con saña y a quién servía, es decir, las dos preguntas habituales que ha de acabar respondiendo un periodista cuando investiga las circunstancias de alguien. Era muy tarde, estaba muy cansado y ni siquiera me enfadé.

—Yo me ocupo de usted en un instante muy pequeño de su vida, ya lo sé.

—¿Qué quiere decir?

Al cabo de unos días escribí una columna a partir de esa frase. Se la envié con una nota. Que fuera un asunto relativamente pequeño, daba igual respecto a lo que me interesaba: las relaciones del periodista con el mundo y las personas que describe. Entre el caso Barral y el caso Roldán, pongámoslo así, hay inmensas diferencias de todo orden. Menos de naturaleza.

En cuanto a las fuentes, no hubo más que las propias del museo, sus trabajadores. Ellos fueron vertiendo poco a poco los datos esenciales: que el director había contratado a su mujer de forma irregular; que había simultaneado durante meses su cargo en el museo con la dirección de una embajada cultural francesa y que había infringido lisa y llanamente la ley; que hacía un uso abusivo y grotesco de los servicios auxiliares del museo, fueran el chófer y el coche oficial de que disponía o diversas empresas de transporte; que trabajaba y obligaba a trabajar en horarios nocturnos, absolutamente inapropiados, tal vez porque esos horarios lo aproximaban al estatus del genio y lo alejaban del estatus del gestor; que había dado por auténtico —y con mucho esplendor mediático— un dibujo de Picasso que los responsables de los museos Picasso de Barcelona y París y Pierre Daix, máximo especialista en la obra picassiana, consideraban malo y barato, pero sobre todo falso; que había sido incapaz después de más de dos años al frente del museo de establecer un plan museográfico sobre la primera instalación prevista, el románico; que estaba enfermo, decían, enfermo de avaricia, y que el museo pagaba la gasolina que su mujer gastaba y los cucuruchos de helado —tenían preferencia por una marca cuyo nombre he olvidado y me duele, porque era divertido verlo reproducido una y otra vez en los balances—; que había gastado decenas de millones por encima del presupuesto y que era en el gasto, únicamente, donde se materializaba su voluntad de hacer del MNAC el Louvre; en el gasto y en ese contrato insólitamente blindado que le procuró unos veinte millones de pesetas al ser despedido. Todas estas informaciones no salieron de otro lugar que de unos trabajadores del museo sorprendidos, luego desmoralizados y finalmente humillados. Ellos acabaron con Barral, después de que éste acabara consigo mismo, y volvieron a demostrar que ninguna institución puede gobernarse contra el criterio de los que la hacen funcionar. A ellos cabe añadir la tenaz, paciente y exitosa tarea de Eduard Carbonell, que desde su lugar al frente del Patrimonio autonómico y su cargo en la Junta de Museos no cejó en su conspiración contra Barral, una vez comprobó hasta qué deriva podían llegar algunas de sus iniciativas y se convenció de que su anhelo de acceder a la dirección del museo tenía muchas posibilidades de hacerse venturosa realidad.

Lo más grave y lo más significativo del MNAC no es lo que se fue con Barral, merodeando insidiosamente entre sus piernas, vulgarizando su paso de mariscal. Ni tampoco lo es la actitud del que fuera el responsable penúltimo de su gestión —el otrora conseller Joan Guitart, el Indiferente,^[32] según lo pintó Watteau—, que apenas pudo balbucear en pleno Parlament de Catalunya sonrojantes explicaciones cuando

los diputados Vidal-Quadras y Riera lo sometieron a preguntas de respuesta imposible sobre el que ya era entonces el caso Barral. Ni mucho menos —qué va— es lo más grave que el señor Ramon Guardans, sucesor de Pere Duran Farell al frente del Patronato del museo —yerno de Cambó, debe de poner en las tarjetas—, dijera que el Parlamento catalán era ca la Petra,^[33] cuando el Parlamento insistía en conocer los términos del contrato firmado entre Xavier Barral y Cataluña. Lo más grave no es lo que se fue con Barral, sino lo que quedó. Lo más grave era y es el proyecto. Un proyecto que no había ideado Barral, pero al que puso sentida pluma. La inequívoca y sentida pluma, por ejemplo, de estos párrafos: «La missió del Museu Nacional d'Art de Catalunya és construir una història pròpia de l'art català i atorgar-li un pes específic dins l'art occidental. Les obres no catalanes estan situades en funció de l'evolució de l'art català, de manera que aquest darrer gaudeixi d'una personalitat distintiva i alhora estretament engranada amb algunes fites cronològiques universals [...] L'eix vertebrador de tot el discurs museogràfic és l'obra catalana. Una de les finalitats del programa proposat és oferir una presentació material al públic i als especialistes que permeti evidenciar les diferències existents entre l'art català i l'hispanic o l'estranger. L'originalitat del projecte museogràfic consisteix a provocar un canvi radical en la manera de veure la història de l'art català i a aconseguir que les obres catalanes no siguin considerades com un mer reflex de les produccions de fora de Catalunya ni com un apèndix de l'art occidental [...] El criteri museogràfic del Museu Nacional d'Art de Catalunya confereix al museu una personalitat característica dins el marc dels museus d'art europeus i al mateix temps el diferencia d'altres propostes més tradicionals i universalistes (Louvre, Prado). En oferir una gran harmonia entre el contingut i el nom de la institució la línia museogràfica del museu atorga un gran protagonisme a l'art català i alhora evita qualsevol subordinació d'aquesta a l'art forà».^[34]

Pocas veces, y de forma tan naif, alguien habrá descrito las primeras necesidades de la ética y la estética nacionalistas. Examínense las tres primeras líneas de su propuesta. Con ellas bastarán. En esas líneas el plan queda establecido, aunque se evita la agradable comicidad del seguir leyendo.

«La misión del museo es construir una historia propia del arte catalán y otorgarle un peso específico en el arte occidental.» Es decir, construir una historia que no existe (el verbo es muy preciso: ni escribir ni mostrar ni describir ni formalizar, siquiera, sino construir con alma y voluntad de albañil patriótico una historia) y antes que esperar que sea el arte occidental el que otorgue un peso específico al arte catalán, que sea el arte catalán el que se lo autoadjudique.^[35] No hay duda de que el procedimiento evita pólizas.

En el año 1929, el señor Joaquim Folch i Torres, asistido muy de cerca por el señor Pere Bohigas, redactó las líneas maestras de un proyecto cultural y político,

ligado a la obra de la Mancomunitat, el Noucentisme, a la propia Reinaxença, ya superada en apariencia su versión romántica y de lleno en su etapa institucionalizadora. Ese proyecto consistía también en construir la historia del arte catalán. Para eso se destruyeron parcialmente algunas iglesias pirenaicas, imprescindibles a la hora de otorgar garantía de origen al proyecto. Para eso mismo, al otro extremo del arco, se consideró que los fondos del Museo de Arte Moderno, primero de Bellas Artes, debían dejar de tener una personalidad diferenciada y cerrar con su presencia contemporánea la supuesta historia del arte catalán. Ese proyecto ya era carnavalesco en 1929. Aun admitiendo el método historicista como el idóneo para la construcción de un museo semejante, la autonomía estética de lo catalán desde Taüll hasta Picasso era una pura y simple invención. De una magnitud semejante a considerar que un museo que fuera de Cimabue a De Chirico, podía reflejar, construir, lo italiano. O que de Altamira a Lucio Muñoz, una línea candente alumbrase lo español. Una majadería. La primera obligación de un historiador cualquiera es vencer la que parece ser la condición axiomática de su trabajo. Esta es, que la historia se escribe desde delante hacia atrás, desde el presente al pasado. El historiador que no sabe vencer esa formalidad es un paquete. O sus conclusiones trabajan a sueldo de alguien. Bien: en el 1929 se quiso levantar la mano: «¡Eh, que estamos aquí, que somos!». El impacto romántico había llegado a Cataluña con casi un siglo de retraso. Pero el eco de palabras tales como *nación*, *tradición*, *pasado*, *identidad*, *historia* era todavía un eco audible: las comunicaciones, en la época, eran lentas y lentos, pues, los ecos. Setenta años después, levantar la mano así roza lo patético. Construir un museo —es decir, una nación— con la fraseología y la metodología románticas es, cuando menos, un anacronismo esterilizante.

Mucha menos gente de la prevista sube a Montjuïc, a contemplar hoy lo que guarda el llamado MNAC. Hay técnicos que invocan una razón curiosa: esa sigla —MNAC— no se sabe lo que guarda. El turista, desconcertado, prescinde de averiguarlo y va en busca de referentes más inmediatos, sólidos, de museos sin siglas, el Picasso o la Miró, o el de Arte Moderno —la sigla MAM es una broma que no ha acabado de imponerse—, el Museo Dalí, o el del Barça, incluso. El problema de las siglas es metáfora de una razón más vasta. ¿Qué busca un viajero interesado por la cultura? Hombres, las creaciones de los hombres, el protagonismo de los hombres, los hombres, en fin, mucho antes que los territorios. Los hombres, o los movimientos artísticos concretos o las colecciones concretas. ¿Existe un museo de arte francés, o italiano, o de arte británico —el British no es eso—, o existe un museo de arte español? Por supuesto que no. A las dificultades conceptuales ya observadas desde Stendhal —vaguedad, inutilidad de definir desde el arte qué sea lo español, lo inglés, lo francés— se añade la certeza de que ninguna de esas categorías resulta culturalmente valiosa. El MNAC es un buen museo de pintura y escultura medievales. Uno de los buenos museos de Europa en su género. Su máxima singularidad reside en el acto bárbaro, extravagante, fruto del subdesarrollo, en el

fondo, que supuso el traslado de los ábsides pirenaicos. A partir de esa brutalidad se podría haber organizado, tal vez, una propuesta cultural espectacular —ése, lo he dicho, ha sido el fracaso principal de la señora Aulenti— y con toda seguridad una propuesta atractiva. Añadiendo la pintura y escultura góticas —magníficas, por supuesto, pero menos singulares: decenas de museos italianos presentan series comparables o superiores—, la posibilidad de organizar una cosmogonía medieval, en lo alto de Montjuïc o en otro lugar de la ciudad, parecía factible, interesante y rigurosa.

Sin embargo, el plan de museos, diseñado por Lluís Domènech en los primeros años de la Transición política y tutelado por Oriol Bohigas, al menos en lo que hace referencia al MNAC —noble pasión filial la de dar continuidad a lo que el padre apenas presenció—, zanjó sin discusión esta posibilidad. El MNAC —entonces todavía MAC: la N tautológica hay que adjudicársela al gobierno de la Generalitat, especialista mundial en tautologías— sería, como antes de la guerra, el Gran Museo de Cataluña. Si no era grande por sus colecciones, al menos lo sería por su ambición cronológica. Abarcaría desde el románico hasta Dau al Set, es decir hasta la primera vanguardia, y por supuesto englobaría las colecciones modernistas del Museu d'Art Modern. El mensaje político-cultural del procedimiento era inequívoco: restablecer la unidad (también) artística de Cataluña, quebrada (también) por el franquismo. Para ir obteniendo apoyos, siquiera implícitos, a la propuesta y para evitar que alguien pudiera insinuar la necesidad de abrir un debate sobre el particular se puso simultáneamente en circulación la soflama, la inexorabilidad patriótica. Afectó, la soflama, al Museu d'Art Modern, un fragmento imprescindible en el discurso historicista por dos razones: porque se trataba —después del gótico, y salvados como si tal cosa varios y abismales siglos de *discontinuidad*— del otro gran instante del arte catalán y porque permitía llegar a la contemporaneidad a través de un cierto puente tendido, con un poco de resuello.

Para el nacionalismo dominante, para el suc de la vida catalana, el Museu d'Art Modern es un museo maldito. Sobre él se fabricaron en laboratorio dos especies definitivas: que había sido creado por los vencedores de la Guerra Civil y que lo habían instalado en el parque de la Ciutadella con el doble propósito de borrar la memoria física del Parlament republicano y la memoria conceptual de la unidad del arte catalán, desgajando las colecciones de los siglos XIX y XX del útero del Palau Nacional de Montjuïc. Tal vez no cabría añadir que el portavoz más conspicuo de ambas versiones ha sido siempre el melancólico Oriol Bohigas. Bohigas nunca ha ofrecido un solo dato que corroborase la existencia de ese plan en la mente perversa de los ocupantes.^[36] Por el contrario sí ha ocultado con su vocerío dos datos fundamentales de esa historia: que el Museu d'Art Modern existía —y existía en la Ciutadella— antes de la Guerra Civil y antes de la Generalitat republicana y que el Palau Nacional de Montjuïc sufrió graves desperfectos por los bombardeos de la Guerra Civil, que hacían imposible la coexistencia de las dos grandes colecciones del

Museu d'Art: la medieval y la moderna. Esas dos son las únicas evidencias de la historia, sobre las que luego se ha organizado el habitual dispositivo retórico del nacionalismo.

Pero aunque fuera posible encontrar una evidencia de los siniestros y sofisticados planes de los vencedores,^[37] en modo alguno eso obligaría, cuatro o cinco generaciones después, a un retorno reparador. Sin embargo, la idea del Retorno forma parte, en todas sus versiones, del imaginario nacionalista más convencional y primario. En algún lugar del tiempo está lo que nos arrebataron, la felicidad incluida. En algún lugar figura intacto el orden natural de las cosas. El nacionalismo es siempre un regreso. Ahistórico. En ningún otro lugar de España como en Cataluña ha sido más radical y eficaz la retirada de cualquier simbología asociada al franquismo. No soy partidario de esa retirada sistemática. Me parece muchísimo más inteligente, pedagógico, respetuoso con la verdad y con la historia el ejemplo de algunas ciudades italianas donde los símbolos del fascismo se han mantenido o han sido sólo pacientemente depurados por la acción del tiempo. El fascismo en Italia, como el franquismo en España, Cataluña incluida, forma parte de lo que ha sido la vida de los italianos, los catalanes y los españoles. Contrariamente a lo que piensan los nacionalistas, el franquismo es un episodio particular y detallable de la nación catalana. Pero el nacionalismo, en su perfecta y temible ingenuidad, aspira a componer pasados sin mácula, brillantes; presentes modélicos y unánimes; futuros indiscutibles. Las huellas de la Cataluña franquista, un túnel, una negra noche y demás metáforas que delatan la ilusión de sus autores acerca de la posibilidad de que ese pasado no existiera, han quedado prácticamente borradas del mapa de las ciudades y pueblos de aquí: de vez en cuando la prensa nacionalista recuerda ufana que eso ha sido posible en una medida mayor que en el resto de España, donde todavía quedaría mucho carca, es decir, apócope, mucho carcamal. Es posible que en el resto de España queden muchos carcamales. Deben de ser los que se abstienen en toda consulta electoral, porque la proporción de los que votan no indica una presencia superior. España, en cualquier caso, es un país mucho más complejo que Cataluña — y por lo tanto de un interés mucho mayor— y puede que esa complejidad incluya trasegar con un número superior de carcamales aliviados cada mañanita cuando, camino del trabajo, pasan por debajo de algún aguilucho fascista, aleteando en piedra. Pero la complejidad también incluye la presencia —mucho más numerosa que en Cataluña— de gentes interesadas en asumir la totalidad de su pasado y en reconocerse incluso en los espejos rotos. La historia de Cataluña es con frecuencia la historia de una indecisión. Se ha perdido mucho tiempo y mucha energía en ello. España sería tal vez otro país si los catalanes se hubieran aplicado en algo más útil que ser la piedra del zapato español. Y tal vez Cataluña sería también otro país. Pero toda esa especulación no tiene la más mínima importancia. La indecisión, la incomodidad, el malestar catalán pueden ser contemplados también desde un lado positivo. Aunque sea muy pesado convivir con ellos, no cabe duda de que los

neuróticos tienen aspectos de interés.

Cualquier propuesta cultural debería tratar de reflejar esa verdad neurótica y no embalsamarla en la ficción historicista. La verdad de Cataluña está en su discontinuidad y en su cruce. Ése es su hecho diferencial, paradójicamente. Y si yo creyera en las glorias nacionales, la mayor de sus glorias. Joaquim Folch i Torres, en su proyecto del Museu d'Art, quiso construir un discurso inverosímil. El mismo discurso inverosímil —otro ejemplo— de la enorme mayoría de manuales e historias de la literatura catalana que pretenden explicarla con plena independencia estilística y temática respecto de la literatura con la que ha convivido durante siglos, humanamente, filológicamente y territorialmente.^[38]

Pero de la lengua y de la literatura quiero escribir luego. Ahora quiero despedir a Barral. Lo tengo ahí, en un bar de Bruselas. Probablemente sea de noche ya: uno de los tickets que luego presentará al cobro lleva la hora de la medianoche. Es el ticket más tardío de una estela cronológica que empieza a primera hora de la mañana. Ahí sigue, recogiénolos con afán. Cuando los presente al cobro, alguno llevará la suela de algún zapato, de algún botón de lluvia marcado. Es una imagen conmovedora. Aguantará el tiempo. Tiene un gran vuelo de metáfora. Todavía es el director del MNAC. O sea el responsable visible de la chapuza de Gae Aulenti. De la terquedad historicista. Alguna gente le ha dicho que el discurso museográfico catalán se podía haber construido de otra manera. Que se podía haber respetado esa capilaridad temática —els «museuets» sobre los que ironizaba Bohigas: otro mariscal, siempre refractario al diminutivo— de la ciudad de Barcelona, esa dimensión humana del museo que hace su visita tan perdurable: que tal vez habría sido mejor recoger la vieja idea de Cristina Mendoza —la señora puede morir cualquier día en un ataque de prudencia y el problema es que eso le impedirá tener más ideas— y hacer con el museo de arte moderno que dirige, con el patrimonio de Gaudí y con la obra civil desperdigada en tantas calles de Barcelona y Cataluña el museo del Modernismo, del Liberty, del Art Nouveau, el único nuevo museo que necesitaba Barcelona y el único, prácticamente, que no se ha hecho, un museo que ciñera y diera explicaciones sobre el mejor instante cultural de la vida de la ciudad en el siglo. Alguna gente le ha dicho a Barral todo esto, pero él se ha encogido de hombros y ha tenido razón al hacerlo: él no es el responsable de la política cultural que se ha diseñado para la ciudad. De esa política, en efecto, hay muchos responsables, pero él ha venido sólo a ponerse los galones.

Otros deberán responder. Otros deberían responder si alguien les pidiera cuentas. No es el caso. Nadie va a poner en apuros a Jordi Pujol y a Pasqual Maragall —de los reyes abajo ninguno— por la confusión, la dilapidación y la absoluta falta de sentido con que han incluido la cultura en sus programas de gobierno. En franca síntesis, cada uno de los dos monarcas decidió por ejemplo tener su cómico. Uno lo buscó en París de Francia y al otro le hizo más gracia un cómico colectivo: un presagio de desastre se extiende por los ambientes culturales barceloneses imaginando el día que

esas dos ballenas se empiecen a mover exigiendo sus dos toneladas de plancton diarias. En el plancton no hay sólo dinero. La composición del vegetal exige también ideas, autores, talento, y público dispuesto. Las ballenas comen de todo.

Se les quemó el Liceu y tomaron dos medidas: confirmar en su puesto al encargado de velar por el funcionamiento del teatro, un hombre que debería estar avergonzado^[39] y ahí sigue dando instrucciones con una extraordinaria confianza en sí mismo. Y otra medida tomaron, el mismo día del incendio, aún humeando. Lo explicó el periodista Llàtzer Moix, en *La Vanguardia*. Subieron a un piso próximo los responsables municipales y autonómicos, es decir los culpables, y firmaron un pacto de no agresión. Todos ceñidos al grito, a la consigna que aquella misma mañana había lanzado Jordi Pujol: «El reconstruirem!».

Esa mañana andaba yo entre los escombros hurgando para tratar de explicar algo convincente en la crónica de mi periódico y escuché cómo Pujol decía eso, impertérrito, mostrando los intestinos de la manipulación que se aprestaba a ejercer con el asentimiento sumiso de toda la ciudad, como si la quema del Liceu hubiera sido un azar de los elementos, una nueva prueba de fuego con que la inclemencia — siempre ciega— azotaba Cataluña, pero ante cuyo azote la legendaria tenacidad de los catalanes, representada por su único señor, respondía con digna altivez, con apelación incontestable: «El reconstruirem!». «El reconstruirem!»: odioso plural que enmascaraba la única evidencia: esto es que el Liceu —un paisaje de la memoria como nunca hubo otro en la ciudad— se había quemado gracias, en primer lugar, a la dejadez cultural del Reconstructor y, en un grado u otro, al escaso sentido del gobierno^[40] de todos los que estaban firmando en ese piso de la Rambla el pacto de no exigirse responsabilidad ninguna — «el pacto del capó», como lo llamó Moix con agudeza—. Pocas veces me habré sentido tan aparte como la tarde que llegué a la redacción del periódico, después de haberme pasado la mañana en las Ramblas. Yo iba sacando fuego por la boca —para seguir con la prosa ígnea— y lo que vi allí, en el lugar de los periodistas, fue una meliflua y general aflicción. Dije algo sobre la exigencia de responsabilidades y me acusaron una vez más de no tener sentimientos. La simpatía y los sentimientos: siempre encarezco a mis alumnos de la Pompeu Fabra que para llegar lejos en la vida vayan armados con esa gloria.

La política cultural barcelonesa presenta muchos otros rasgos de interés. Tendría un gran placer en hablar a fondo de la áurea pareja de nuestros archivos, del señor Lluís Domènech y de la señora Roser Amadó, arquitectos, pero basta que el interesado acuda a ver sus trabajos en el Arxiu de la Corona d'Aragó y en el Arxiu Històric de la Ciutat —¡con lo bien que resolvieron la Fundació Tàpies!—, y que una vez allí pregunte a usuarios y trabajadores. Tendría sumo placer igualmente en desmenuzar la

metáfora del MACBA, el museo que se inauguró vacío y que sólo por un error incomprensible se ha ido llenando. Del parquet de la Biblioteca de Cataluña querría hablar. De por qué la única gran reforma cultural de la ciudad que presenta, por el momento, un signo positivo es el Centre de Cultura Contemporània, y de la importancia que tiene en ese éxito el hecho de haberse construido a partir de una idea, de una buena idea. De la importancia de las ideas cabría hablar en estos tiempos de tiralíneas con ínfulas. Pero con la imagen de Xavier Barral, doblando su largo espinazo para recoger tickets del suelo de un bar de Bélgica, quiero dar por acabado este lamento. Es una de las mejores imágenes que haya encontrado nunca. No por el hombre: toda la humillación posible ya la experimentó tuteando los restos de serrín y yo no debo añadir nada, interpretación ninguna. Lo que me fascina es la genuflexión de la cultura catalana —una cultura sometida al irracionalismo nacionalista y vendida a su denario— que esa imagen, instalada con obstinación en mi conciencia desde que me la narraron y luego vi los tickets, pisoteados, sellados y efectivamente cobrados, describe.

La genuflexión de la cultura catalana tiene, sin embargo, raíces antiguas. Y más complejas. Algunas de ellas están recogidas en una carta fundamental que Maurici Serrahima escribió en los años sesenta a Josep Pla. Pla... Aún siguen empeñados en que se arrodille.

TRECE

Ara és el millor temps, estimat amic, d'anar pel món. Els enciams tenen un fil llunyà de frescor de neu; la carn a la brasa és sanguinolenta i blava; la dent, aguda, i el paladar esmolat i abundant. El cel, alt i gloriós, fuig a tota hora, l'aire es suau. El sol és tebi i el vent petit porta una ramiola de fonoll, de romaní, d'esparraguera. En els recs, hi ha una cueta d'aigua, surten els creixens de les vores, s'afinen els espàrrecs. En els horts, les faveres treuen l'ull i l'orella de llebre esverada. Els ametllers són de color de rosa. Les pomeres tenen un borriçol de carmí, tornassolat. Els detalls de les herbes es dibuixen amb una tendresa perfilada i dona gust d'abandonar-se amb la virolla del bastó, al somni de resseguir la cal·ligrafia de les plantes. El mar, llunyà, verd i blau, poblat de formes vagues, va passant. Tot és infinitament més consolador que assistir a les representacions d'aquest món, a la vana demència ornitològica, gòtica i geperuda, del material humà.

JOSEP PLA

La primera tarde que fui a ver al abogado él mismo lo dijo sin que yo le preguntara. Previamente le había explicado por teléfono las razones de mi interés: estaba haciendo un reportaje sobre la vida de Josep Pla y sabía que él la conocía bien. Quizá nadie le había dicho esto antes. Nuestra conversación duró cerca de hora y media, pero él no tardó más de quince minutos en decirlo. Fue cuando yo empezaba a hablar, vagamente, convencionalmente de Adi Enberg.

—La relación de Adi y Pla fue muy importante...

—¡Y tanto que lo fue! Si hasta tuvieron descendencia...

Han pasado casi tres años desde aquella conversación fundacional. El 15 de julio de 1994 publiqué en *El País* una información con las declaraciones del abogado y casi todo lo que sabía sobre la hija de Pla. Aparte he escrito folios y folios de uso interno sobre los detalles —hasta los más ínfimos— de la investigación. Ya suman centenares. Los encabeza una frase de Bill Budford, el director de *Granta*: «Hay periodistas que cuando no pueden entrevistar a Mick Jagger nos cuentan por qué no pudieron entrevistar a Mick Jagger». De vez en cuando les echo un vistazo. No he escrito nunca nada con ese ritmo. Nada tan extenuante. Quisiera acabarlos cuando la hija de Pla apareciera. O apareciera una evidencia incontestable de su paso por el mundo. O la evidencia de que todo ha sido una suma de errores, confusión y mitomanía.

Todavía voy a ver al abogado. Hablamos. Nuestros diálogos han sido siempre difíciles, pero cordiales. Cada uno está en su sitio, me parece. Yo quiero los documentos que seguramente él guarda y que describen el carácter de las gestiones que en los años sesenta hizo a favor de una mujer todavía joven por encargo de Josep Pla. Él cree que, por el momento, esos documentos deben seguir siendo secretos. Algunos días lo observo, cruzada su frente por las obligaciones del oficio y por la inexorable tentación de la historia, y detecto un pequeño pero tenaz sufrimiento.

Yo quisiera meter la vida entera en esto. Yo quisiera un libro de fauces mitológicas. No es un problema de adolescencia narrativa. Es que es mi carácter, según le dijo el escorpión a la rana, atravesando el río, camino del suicidio. Pero aquí no caben los centenares de folios que guardo sobre la hija de Pla. En otro lugar cabrán. Apenas cabe aquí tampoco un rastro convincente de lo que ha sido esta investigación, aún inacabada. La investigación es un veneno adictivo. En el periodismo o en cualquier oficio —el de policía incluido— se corre el riesgo de que sea la investigación, y no el conocimiento, el objetivo. No es el caso. Desde las primeras lecturas, tuve la convicción borrosa de que Pla había creado con gran laboriosidad, con una aplicación total, un personaje mayúsculo que respondía al del escritor Josep Pla, es decir a la voz narrativa que iba desgranando, casi siempre en primera persona, páginas infinitas de la vida y de los hombres del país en el siglo. La construcción del personaje es el primer mandato de un escritor. Los que atinan a cumplirlo tienen gran parte de la faena hecha. No es sólo, por supuesto, una obligación de tipo social: la obligación de que ese personaje aparezca en vez de uno por la televisión, en los periódicos, que dé la cara en los restaurantes y en las fiestas y afronte los dramáticos primeros minutos de una conferencia con una plausible entonación de firmeza. No: el escritor precisa, sobre todo, que alguien vaya dictándole lo que debe escribirse, que lo reduzca a su etimológica y auténtica condición de amanuense. Alguien que se sobreponga a la angustia terrible de las afirmaciones, que se atreva a ir por donde el individuo que teclea nunca pensó que fuese posible. Alguien, luego, que sea capaz de encajar en la intimidad cercada la reacción favorable o no del mundo, sin convertirse por ello en una corteza de vanidad insolvente o en un hombre suicidado. Alguien, finalmente, que pueda decir la verdad, o en el caso de los estafadores —tan abundantes en el oficio—, que pueda mentir sin mayores dolores para el otro corazón. Los novelistas o cualquier ente de ficción parecido resuelven mediante los personajes de sus tramas buena parte de esa necesidad primera. Los memorialistas, en cambio, no disponen de ellos. Pero la necesidad del personaje, de esa voz sólo para ellos audible, de ese sujeto que se va responsabilizando a cada paso de todas las palabras y que llega a traslucirse en ellas con perfiles de una rara exactitud, es igualmente imprescindible.

Lo primero que leí de Pla fue *Notes del capvesprol*, uno de sus dietarios, el penúltimo: uno de sus grandes libros. Aquella voz narrativa presentaba rasgos nítidos: ahí estaba el viejo solitario, casi misántropo; el mas; la tramontana energética, el garbí depresivo, viento de migrañas; ahí estaban la boina, la libertad, la extravagante independencia de sus juicios, el paso de las horas, la indómita desconfianza ante los sentimientos, el pudor. A continuación leí *El quadern gris*. Era la misma voz quien había anotado los sucesos de ese cuaderno. Una circunstancia realmente extraña: entonces —hasta que Lluís Bonada^[41] demostró lo contrario— ese dietario pasaba por ser fruto de la juventud de Pla. Por esta razón pensé que había

hecho mal el camino; que no debí empezar por el final de su obra. Me dije que la imagen que me había formado de esa voz narrativa era tan potente que amenazaba con hacer invisible la de cualquier otro fragmento planiano. Entonces no sabía que toda la obra completa de Josep Pla, presentada por Josep Vergés y Destino, estaba dictada, más allá de los tiempos reales en que fueron concebidos algunos textos, por esa voz vieja, solitaria, indómita y pudorosa.

El conocimiento progresivo de la obra de Pla y de capítulos de su propia vida añadieron claridad y complejidad a los propósitos de esa voz narrativa. La escasez de sus testimonios sobre la posguerra inducía a pensar que toda la actividad literaria de Pla, tras la Guerra Civil y su posterior confinamiento —a los cuarenta y dos años: joven todavía— en el mas de Llofriu, tenía una cierta raíz proustiana. Proust no fue para Pla un modelo narrativo, ni estilístico, ni las cosmogonías de uno y otro tenían nada que ver. Ése —y la momentánea inexistencia de la República Federal de Figueras— es el problema mayor de Ramon Alcoberro en su bienintencionado *Contra Josep Pla*, cuando adhiriéndose a las exigencias de la planificación centralizada del nacionalismo sobre el arte y las letras le pide cuentas al escritor por no haber hecho una gran novela y lo responsabiliza en consecuencia del descangayado paisaje ulterior de la prosa catalana. El problema para Alcoberro, para Cristina Badosa, para el nacionalismo y para el molisme —de Joaquim Molas: otro ejemplo, ahora marxista, de planificación centralizada del espíritu— es que Pla tenía proyectos diferentes a los proustianos. Antes de saber si fracasó respecto a la gran novela me parece necesario señalar un pequeño detalle: la novela nunca fue su proyecto. No había cumplido los veinticinco años y ya explicaba que su propósito literario no era otro que escribir desde un inequívoco punto de vista memorialístico, sobre las gentes y los lugares que encontrara en su camino. Un camino que, por supuesto —y ahí acierta Joan Fuster cuando aclara que para Pla el periodismo pudo ser una cruz, pero también una necesidad—,^[42] era y fue siempre el del periodismo. Sin embargo, las necesidades nacionales^[43] exigían de él una novela. Se trataba del mejor prosista catalán de su tiempo y su tiempo fue el fundacional de la Cataluña moderna: la construcción del país exigía prosa tras el estetizante hervor poético noucentista. Los patronos institucionalizadores no tenían dudas: la prosa moderna es la novela. Escríbala, vamos, le conminaron. Creo que hasta hubo momentos en que el fondo estético y patriótico del escritor se conmovió. E hizo algunos tanteos. Luego hizo lo que le pareció personalmente oportuno, sin atender a los deseos de la planificación centralizada. Es decir, cultivar todos los aspectos del memorialismo, con independencia de cuáles fuesen las necesidades nacionales. Yo creo que así empezó su vasto camino de traidor.^[44]

Así pues, el símil proustiano es de validez limitada, aunque no hay duda de que Pla, después de 1939, sólo tiene un objetivo literario y moral: la reconstrucción de un mundo perdido. Pero también, a diferencia de Proust, Pla evitará cualquier introspección psicológica y se abstendrá de proponerse como personaje de ese

mundo. Las noticias detalladas de sí mismo que figuran en la obra completa acaban en realidad donde lo hace *El quadern gris*: en las vísperas de su viaje a París —«El viatge a París es produirà demà passat»—, a principios de la década de los veinte. Pla, personaje narrativo, cumple así el mandato más añejo y canónico del periodismo: hablar de los otros y muy escasamente de sí mismo. Por eso su obra memorialística no es una autobiografía, sino una crónica. Una crónica, para buscar el antecedente medieval verdadero —Joan Fuster yerra, a mi modo de ver, atribuyéndole a Pla un *luliano parentesco*—, a la manera de Ramon Muntaner, ampurdanés también, y tocado como él de la insensata y pagana pretensión de atrapar el tiempo. Algún *cursi* insiste de manera cíclica —hay más de un *cursi* y cada tanto se van renovando: ante la inminencia del centenario los *cursis* quieren estar también ahí y proliferan— en el carácter desigual del *corpus planiano*, en los vacíos de interés que tienen algunos de sus libros o algunas de sus frases, en el carácter plagiado de muchos de sus párrafos. Acto seguido suelen culpar de semejante despropósito al editor Josep Vergés, que habría actuado como una sanguijuela insaciable sobre el genio confiado, y le habría obligado a escribir sin resuello, editando hasta sus borrones. ¡Más que le hubiera editado! Y otro tanto que se hubiera hecho con la prosa perdida en los diarios de Soldevila, de Carner, de Foix, de Gaziel.^[45] Tal vez a todos ellos les faltó un editor sanguijuela como Vergés. Los mejor intencionados de los *cursis* presentan la patología del fragmento: incapaces de afrontar al completo la densidad moral y estilística de la obra planiana descubren y se ensañan con un pleonasma: puro plenosamo son. O bien se excitan como muchachos al punto de descubrir que ese párrafo desmañado sobre una isla griega corresponde palabra por palabra a un viejo folleto turístico: «¡La obra de Pla está llena de folletos turísticos traducidos!», se exclaman: como si la literatura catalana estuviera sobrada de aportaciones semejantes. Cuando (Pla) *gia* es un estafador: cuando ellos divagan en torno al inédito sujeto que bajó a por tabaco es que prosiguen la línea que va de los griegos a Shakespeare, línea que experimentaba últimamente un intolerable parón. Más allá de sus intenciones, los *cursis* comparten una característica: no han entendido, ni aproximadamente, el carácter de crónica —de crónica general— de la obra planiana. Cristina Badosa entendió, antes de la enfermedad, ese carácter. O lo entendió su maestro, Joaquim Molas, cuando le encargó la elaboración de unos índices sobre el *corpus planiano*. Estos índices, al margen de errores, no es sólo lo mejor que se ha hecho sobre Josep Pla. No, no: es también la aportación más singular y positiva a la cultura catalana desde el restablecimiento de la autonomía. Puede pensarse que pocas, entonces, han sido las aportaciones modernas a esa cultura. Puede pensarse lo que se quiera. Los índices supusieron un trabajo fuera de la medida de un hombre, e incluso fuera de la medida de una mujer. Es lógico y comprensible que Cristina Badosa acabara aborreciendo a Pla por encima de cualquier otro sentimiento. Ya no es tan comprensible, sin embargo, que siguiera escribiendo sobre él.

Quiero brindar ahora un pequeño detalle inédito a la cursilería para que primero

frise y luego ponga el grito en el cielo. He tenido varias conversaciones con Josep Vergés. Todas muy interesantes. Una tarde, en su casa de la carretera de les Aigües, se levantó y alcanzó el volumen 39 de la obra completa, *El viatge s'acaba*. Una vez en el libro me llevó con un cierto énfasis hasta las páginas que narran el viaje a Alemania que Pla hizo en 1968.

—Yo le acompañé —me dijo.

Hecha esta aclaración, buscó la parte del relato correspondiente a la entonces llamada República Democrática Alemana. Me invitó a que la leyera. Pero no esperó mucho para interrumpirme.

—Eso lo he escrito yo.

Ante las noticias sensacionales, procuro no inmutarme: siempre temo que mis interlocutores las consideren de pronto demasiado sensacionales. Era más o menos conocido que Vergés había escrito algunos prólogos de la obra completa —firmados J. P.—, pero yo no sabía nada de una incursión semejante.

—Habíamos atravesado la Alemania occidental. Pla estaba muy cansado. No quería seguir viaje. Pero teníamos algunos compromisos al otro lado. Se lo hice ver. Además, debíamos incluir la Alemania comunista en el reportaje que preparaba. Pero se negó en redondo. Entonces me dijo: «Ve tú y lo escribes». Y fui y lo escribí.

Yo comprendo la actitud de Pla. Si en la escritura de su crónica había colaborado algún anónimo redactor de guías turísticas, cómo no iba a hacerlo el editor, que además estaría tan ilusionado ante la posibilidad de ser, al fin, Josep Pla. El cronista es siempre una sociedad anónima. De la de Pla forman parte Vergés, los escritores turísticos y Francesco De Sanctis, Jacob Burckhardt, James Boswell, tantos otros. Es una sociedad que presenta un cierto tono muscular. Hay que agradecer que forme parte de nuestra cultura.

En la voz que dictó esa crónica destaca un rasgo: la soledad planiana. Atendiendo a su voz narrativa, la obra de Pla es una estepa inmensa de palabras. Un hombre que cena silencioso en el comedor de una pensión, en país extraño. O que escribe de madrugada en una masía batida por el viento. O que navega por alta mar en compañía de un pescador analfabeto y un perro al que le falta un ojo. En su versión más inocua, incluso en apariencia placentera esta soledad es así: «No em falta res: tinc un bon foc, un plat de llegums cada tarda, quatre llibres antics i el *Manchester Guardian*». Así la describía al menos en el prólogo de su libro *Relacions*. Las necesidades estéticas del personaje escamoteaban, sin embargo, una presencia al menos tan consistente como el potaje de legumbres: el cuerpo de Adi Enberg, que lo acompañaba en esos días de Meanwood, Leeds, Inglaterra. Como otras tantas veces durante más de quince años lo acompañó en los diversos paisajes luego reflejados en sus libros. La voz narrativa, sin embargo, necesitaba expresarse en soledad. Es una de las condiciones de la seducción tan particular que provoca su escritura, incluso en los momentos triviales: un hombre que atraviesa solo las ciudades, los cambios de estación, las horas y las multitudes. Pero del cronista, su soledad aparte, no mucho más se sabe: sólo en contadas

ocasiones la crónica deviene autobiografía. Pocos ejercicios literarios tan fascinadores como reconstruir en la densidad de la crónica planiana la figura del cronista que la trazó; como verificar, por lo que respecta a las pocas huellas íntimas ofrecidas por el personaje narrativo, qué tiene ese personaje de real y qué de legítima impostura estratégica,^[46] y cómo era y de qué estaba hecha la única pieza que falta en esa gran crónica, bajo cuyo alud de palabras pretendió sepultarse.

Sólo por la materialización de ese ejercicio escuché al abogado hablar de la hija de Josep Pla y seguiré escuchándole. Por la misma razón llevo investigando ese asunto cerca de tres años, sin otro mandato ni patrocinio que mi afición privada. Por la afirmación tan incómoda, tan escasamente canónica, que supondría hablar de Pla como padre. Tal vez por estas dos frases: «Estimar vol dir el dolor fins a l'infinit. No es poden tenir fills». Pertenecen a una carta de Josep Pla. Al pésame que le envió a Joan Teixidor —coeditor de Destino—, después de que éste perdiera a su hijo mayor. Sólo por saber qué tipo de verdad contiene ese párrafo sigo yendo al abogado, le hago repetir hasta su irritación los contados detalles que conoce de la historia, en busca de un cabo suelto que pasara tal vez inadvertido, de una pista nueva, de un recuerdo que iluminara de pronto, la pared. Quizá por estas dos líneas. Y porque el paso del tiempo, y el ejemplo preciso de estas líneas, me acerca a Sainte-Beuve y me aleja de Proust. La conocida polémica, todavía tensa: ¿es preciso conocer al Autor para comprender su Texto? Voy creyendo que sí. Pero esa pregunta no aborda lo que para mí es esencial. Esto: ¿hay algún proceso literariamente más interesante que observar cómo una vida cualquiera se va convirtiendo en palabras, con independencia de que a veces las palabras desmientan la propia vida?

Pla no se incluyó con decisión, a tumba abierta, en su crónica. Ni siquiera informó demasiado sobre su personaje narrativo. Ya he dicho que de ese personaje sólo despunta la soledad.^[47] Quizá sea esa falta de coraje lo que lo separe de los más grandes. De Montaigne, por supuesto. Pero también de Chamfort o de Léautaud. Es quizá lo que él mismo lamenta en una de esas notables entrevistas radiofónicas que le hizo Joaquín Soler Serrano en los años sesenta y que luego permite a Maurici Serrahima escribirle una carta, con párrafos de tanta claridad, en los que retrata a muchas generaciones —incluso futuras— de escritores catalanes.^[48] Hay algo, de todos modos, que no es fácil perdonarle a Vergés, incluso yo que apenas tengo reproches para él. Es la censura que practicó con los diarios planianos escritos entre 1965 y 1968. Pla roza, entonces, los setenta años. Por razones que no explica —aunque relacionadas tal vez con la necesidad de disponer de un tiempo recobrado— se embarca en un viejo petrolero rumbo a Argentina. Una vez en Buenos Aires se instala con Aurora, la A. obsesiva de esos diarios tristísimos, en lo que a veces parece ser una casa de lenocinio y otras un hotel. En cualquier caso, se trata siempre de un lugar sórdido. ¿Aurora?: «Aurora no era res —que jo penso. Era un fantasma de la

vida [...] Un cos tan bell, tan esvelt, una jove —divuit anys— tan prodigiosa com Aurora era». Aurora pasa por ser uno de los amores de Pla. Pero todo es incierto. Lo real es que el escritor hace esos viajes argentinos —dos— a la busca, él lo dice, de un fantasma. Lo que anota en los diarios tiene interés tan sólo para los adictos. Pero no es que abunde en la correcta y familiar literatura catalana del siglo la noticia desvelada y concreta de viajes hacia el desespero, fulminantemente eróticos. Pla en un burdel de Buenos Aires, explicando que acaba de tener con A. «una conversa picant»... Su biógrafa, Cristina Badosa, debió de considerar que el cuadro era sólo pintoresco. Xaró, diría, poniendo los morritos de haba. Tal vez por ello le dedique a ese viaje y a los dos libros resultantes un par de páginas escasas y de aliño.^[49] muchas menos, desde luego, y mucho menos conmovidas, de las que dedica a las baldosas que Adi debía fregar en su piso de Madrid, porque Pla era un gandul y un sucio, que lo manchaba todo.

Sin embargo es Josep Vergés el protagonista desgraciado de esos diarios. Otra tarde en su casa, después de que se reafirmara en la censura, y en las razones que le llevaron a practicarla, me interesé por los manuscritos.

—Sería interesante saber algún día —le dije— qué publicó y qué no publicó usted de esos diarios.

—No creo que eso tuviera el más mínimo interés. Yo censuré esos diarios porque rebajaban la categoría de Pla, porque lo convertían en un escritor meramente pornográfico...

—Pero ya sabe que el tiempo cambia esas cosas. Puede que algún día convenga recuperar la integridad de lo que Pla escribió.

—Pues no podrá ser porque esos manuscritos no aparecerán jamás.

Quizá no quepa torturarse —ilusionadamente— por el exceso de Vergés, que esta vez se creyó Pla con consecuencias intolerables. Es improbable que en esos diarios Pla descendiera hasta algún infierno personal de interés. O que la indiscutible influencia que Léautaud ejerció en su narrativa —sólo Josep Martinell parece haberla descubierto— se manifestara en ellos con una radicalidad inédita. Pero esas páginas secuestradas —y por lo que insinuó Vergés, destruidas— podrían contener revelaciones. Lingüísticas, por supuesto: cabría ver cómo Pla introdujo el catalán en los abismos pornográficos que tanto estremecieron a su editor. Pero sobre todo morales: quizá por vez primera quiso Pla estar presente en su crónica con todas las consecuencias.

El abogado y yo estamos en una dura lucha. Ya no entre nosotros, cada uno armado de sus éticas más o menos innombrables. Se trata de que los dos quisiéramos saber quién fue Josep Pla, apegados a la aparente anécdota de una hija perdida en el mundo. Él querría saber qué historia, qué cruces de la vida llevaron al escritor a encargarle que viajara varias veces a Suiza, a principios de los años sesenta, para entregar

determinadas cantidades de dinero a una mujer. Querría saber, tal vez, la razón exacta de las lágrimas súbitas de Pla una tarde mientras el escritor, desde mil recámaras, se explicaba. Los datos que guarda el abogado sólo prueban que la peripecia existió, pero nada añaden sobre sus razones. Por mi parte, sólo quisiera ayudar a completar el fragmento que falta en esa gran crónica. El abogado me advirtió un día de desespero, un día más en que todas las pistas se habían revelado inútiles o falsas, me advirtió dándome coba, ya que otra cosa no podía darme:

—Usted es un buen periodista. Sigue bien las huellas. Pero enfrente tiene a un gran periodista que va tapándolas, que lo dispuso todo para que esas huellas no condujeran nunca a ninguna parte, que se preocupó a conciencia de que esa historia no pudiera saberse.

El abogado es un hombre algo desconcertante. Toca de oído pero acierta casi siempre. Lo que dijo no afecta sólo a la hija sino a la propia vida entera de Pla. Bracear en esa vida es muy dificultoso: está lleno de sobrentendidos, de verdades a medias, de episodios incompletos; es una combinación inquietante de alta cultura y animalidad; de movimiento y de acre habitación cerrada; de humillación, de placer, de infelicidad y de coraje. Se trata de una vida que concentra muchas de las circunstancias catalanas más o menos contemporáneas y que interpretada con sagacidad, y con la ayuda de algunos datos que aún hoy se desconocen, revelaría algo profundo de lo que ha sido este país en el siglo. La vida de Pla es un laberinto trazado con aplicada deliberación. Parece ser también la vida de un hombre especializado en huir. Su obra completa revela los mismos rasgos: intensamente reescrita, sujeta a muchas versiones, traducida, retraducida, pasada por muchas manos, imprecisa de fechas, de fuentes, magmática, caótica. Y sin embargo no hay en la literatura catalana ni vida ni obra comparables. Es difícil entender a los que se preguntan con extrañeza por las razones de la popularidad de Pla; por qué sigue siendo objeto de comentario y de polémica en la vida cultural catalana. Pla es nuestro siglo: no hay otra razón. Un siglo pasado, desde luego, por dos calidades mayores: su independencia y su escritura. La primera, no hay que insistir demasiado en ello, le concitó siempre el rechazo de las militancias, patrióticas e ideológicas. Este rechazo suele resumirse tópicamente en la negativa de los promotores del Premi d'Honor de les Lletres Catalanes a premiarle. Pero es muy lógico que no obtuviera ese premio y tal circunstancia le honra. Nunca fue un premio literario, sino político y sus bases, redactadas por Josep Benet, bien que lo demuestran. Lo dramático de ese premio no es que Pla no lo tenga. Lo dramático es que el premio más importante de las letras catalanas sea un premio político. En realidad siempre sucede así con los premios, pero en los países normales se disimula con bastante eficacia. La independencia del criterio de Pla va sin embargo más allá de las circunstancias que acabaron perfilando, en la posguerra, su imagen de traidor. Habré leído tres cuartas partes de su obra: me cuesta mucho encontrar una página pagada.^[50] Sobre sus textos planearon a veces determinadas sombras poderosas, desde Cambó hasta Porcioles por poner dos

extremos cronológicos. Sin embargo hay algo en su escritura que la aleja radicalmente de cualquier negocio de compraventa: una cordialidad fría, un sottovoce dubitativo, una segregación irónica, la absoluta ausencia de énfasis. El estilo de Pla siempre es impagable. En cuanto a la lengua, a su trabajo con el catalán, es difícil negar una evidencia: Pla pone en circulación el catalán moderno. La absoluta resolución y eficacia con que fija su modelo estilístico, en un paraje estético no demasiado propicio, son todavía para mí un misterio, a pesar del interés y la dedicación que el análisis de su prosa ha suscitado.^[51]

Muchas noches de mi vida me he rendido al sueño escuchando la voz planiana. Él debía de ser consciente del carácter hipnótico de algunos fragmentos de su escritura. Una hipnosis —y el asunto es meditable— obtenida a partir de unas estructuras sintácticas sencillas y moderadas, pero en donde interpreta una función decisiva el ritmo misterioso, horario, que imprimía a sus frases. Decía en uno de sus prólogos que escribiendo le había entrado un sueño delicioso. Y que esperaba que al lector le sucediera lo mismo. No había ironía ninguna: tan sólo el deseo de la paz improbable del insomne.

He tratado de seguir el camino de los libros que leyó. El *Zibaldone*, de Leopardi, *Le Vite*, de Vasari, la otra *Vita*, de Cellini, los *Ensayos* de Montaigne, el *Journal*, de Léautaud, Chamfort, Joubert, Voltaire, el Bompiani. Pla son sus treinta mil páginas y muchos miles de páginas más. Por estas páginas me hice, más o menos, un hombre.

«Els enciams tenen un fil llunyà de frescor de neu»: es verdad que sólo vemos a través de palabras.

CATORCE

Las cámaras de televisión grabaron un magnífico material, repleto de acción. Negros contra blancos, polis contra negros, las latas de gas lacrimógeno... todo sobre un fondo de fuego incontrolado. No decía mucho de la verdad, simplemente era buena televisión.

BEN BRADLEE

La última vez que aparecí por TV3 era lunes, muy de mañana. Un señor llamado Joan Oliver llevaba una tertulia donde Jaume Boix tenía plaza regular. Aquel día Jaume estaba allí, junto a otros dos colegas. Yo iba de invitado: acababa de publicarse el libro del año de Edicions 62, que redacté durante algunas temporadas. El señor Joan Oliver presentó el libro, me hizo un par de preguntas amables sobre su contenido y acto seguido me invitó a sumarme a la tertulia. Era lunes y en España y la tertulia se encaminó prestamente hacia el fútbol. El Barça había perdido y parecía claro que la Liga se le iba.^[52] La circunstancia me llenó de satisfacción. Siempre deseo lo peor para el Barça. Todos sus avatares los sigo —o los seguía, cuando el fútbol no se había convertido aún en el único tema de conversación entre hombres cultos— con la indómita pasión de un hincha. Del más culé no me separaban ni la perseverancia, ni la atención, ni los desarreglos emocionales. Lo único es que mi forma de ser del Barça era diferente a la de la mayoría: yo deseaba con una fuerza indeclinable, con una resolución sin disputa que perdiese allí donde fuese. Cuando Jaume, un acérrimo culé del sector mayoritario, estaba lamentando ante las cámaras el presagio de catástrofe que la derrota del domingo sugería, yo le interrumpí y me manifesté con viveza.

—Ha sido fantástico. Qué alegría.

Con movimientos muy lentos el señor Joan Oliver se enderezó y acercó su oreja incrédula al eco de mis palabras. Aún sonreía.

—¿Qué has dicho?

Sin duda, buscaba una aclaración inmediata y tranquilizadora. Sin duda, esperaba una voluta de virtuosismo que dejara lo dicho en una ironía inofensiva. Sin duda, evaluaba las amargas consecuencias que la desesperación procura en el cerebro del culé: tal vez su invitado había enloquecido —especulaba.

—He dicho que me alegro de que el Barça haya perdido.

Luego vino una explicación obvia y seria sobre la inevitabilidad de que en Cataluña hubiera gente que no fuera del Barça al modo convencional. La sorpresa del señor Joan Oliver se transformó en una mueca y tras un breve y pesado silencio todos se fueron hacia otro tema. Yo quedé mudo y sombrío, meditando, y nunca más he vuelto a TV3. Por supuesto, esto no tiene la más mínima importancia. Ni siquiera es significativo o singular. Ni siquiera se trata de una punición especial. Es verdad: ¿qué

hacemos yo y lo que piense, poco o mucho, en TV3? Hacen bien en buscar otras guarniciones. Un par de años después de este incidente, en el invierno del 94, Guillermina Mota, ser adorable, me invitó a uno de sus programas radiofónicos en Catalunya Ràdio. Se trataba de una larga entrevista con canciones: creo que yo acabé eligiendo *Les Vieux Amants* y un tango de Discépolo. La grabación fue estupenda y cuando acabó, allí mismo, alguien de la casa me paró y me dijo:

—¿Has grabado para la Guillermina?

—Sí, ahora mismo.

—Bien que le ha costado a la pobrecilla.

—¿Que le ha costado...?

—Han tenido que cambiarle el productor. Llevaba no sé cuánto tiempo queriéndote traer al programa, pero el tío se negaba sistemáticamente: «Es un anticatalán, ése».

Con independencia de que yo sea anticatalán, posibilidad adjetiva que me resbala por completo, la actitud del productor, como la actitud del señor Joan Oliver, son comprensibles. Para ser socio de un club hay que tener determinadas características. Entre ellas, pagar la cuota. Pero mis problemas con TV3 rebasan en mucho el conmovedor soliloquio de la víctima castigada por la intemperancia nacionalista.^[53] TV3 ha sido una buena televisión. Una buena televisión porque la televisión tiene poco que ver con el periodismo. O tiene tanto que ver, por ejemplo, como Internet con la pornografía. El periodismo es sólo uno de los barrios televisivos, y cada vez más extremo y degradado. Lo estrictamente periodístico ha padecido en TV3 los mismos problemas derivados de la falta de libertad informativa. El periodismo es inseparable de la libertad. Uno no puede ser periodista en una dictadura: pero puede ser perfectamente carpintero. Me parece que es muy fácil de entender. Dejando a un lado su actividad periodística, TV3 es una buena televisión gracias a José María Calviño y Alfons Quintà. El primero, que era entonces el responsable de Televisión Española, dijo que los canales autonómicos tenían que ser canales antropológicos. El segundo entendió, entonces, que TV3 tenía que ser todo lo contrario y así le hizo decir a JR la frase fundacional: «Ets una meuca». Yo creo que Quintà entendió, incluso, que una televisión moderna no necesita para nada a los periodistas: por eso contrató tanto biólogo. Más de diez años después de su creación, TV3 vertebrada, alienta y da acogida a buena parte de las necesidades de ocio de los catalanes, ha sido capaz de crear un cierto star system propio —sólo hay que ver qué jolgorio estalla en la platea de los teatros cuando pisa la escena un actor de culebrón— y ha sido capaz también, de fabricarse un look muy eficaz.^[54] TV3 ha sido un éxito porque ha sabido ser una televisión de su tiempo, en absoluto antropológica, al menos en el sentido que Calviño quería dar a esa expresión. Una televisión basada en el fútbol y en los culebrones. Que yo considere las televisiones de mi tiempo una pura y simple desgracia es un problema personal que habré de resolver en meditación privada.

Sin embargo, TV3, como las otras televisiones autonómicas que han seguido en

general su modelo, ha llegado al éxito a través también de la jibarización. En su caso de una jibarización implacable de Cataluña. TV3, hoy, es demasiado grande, demasiado potente, tiene demasiada influencia sobre el país donde se proyecta. En realidad, TV3 podía haber agrandado las fronteras de Cataluña. Ha hecho todo lo contrario. En Cataluña suceden pocas cosas de interés. Es lógico. Se trata de un país demográfica y territorialmente muy pequeño. Cierto: hay concursos de buscadores de bolets, hay castellers, de cuando en cuando alguien se vuelve loco en las afueras de Vic y descuartiza a su mujer, olvidándolo de inmediato. Cierto: en Cataluña hay veinte tipos de interés —que no dependen del Banco de España— para ponerles el micrófono delante.^[55] TV3 habla demasiado de Cataluña. Está obligada a ello, naturalmente. Pero se trata de una obligación agónica, que se cumple siempre al borde de la mismísima extinción de los programadores. Yo era un niño y veía el cierre de los telediarios españoles: siempre había una terrible galerna en el Cantábrico, la retirada de un matador legendario en la Maestranza, o la breve biografía del hospiciano de San Ildefonso. Aquello dilatava horizontes. ¡Qué galernas! Mejor que todo lo explica la información meteorológica. Don Mariano Medina colocaba las temperaturas en el mapa: qué frenesí. Soles, nubes, relámpagos, nieves, desiertos, grandes cumbres, temporales en el Estrecho. El mapa era un tejido muy diverso. Al que uno, por supuesto, se sentía vinculado. Uno siempre tenía un primo en Soria, más frío que la mantequilla fría, o un hermano que viajaba por Andalucía y estaría a punto de cocerse en la sartén de Écija. De nada nos habría servido una ampliación artificial del mapa, sin vínculos: fuera del ciclón Evita, que ya era tradición anual, la noticia de una temperatura insólita en las playas del Índico nos habría dejado indiferentes. En TV3 ya no hay manera de evocar al primo de Soria.^[56] Los esfuerzos del pobre Picó para encontrar variación en su mapa son tan admirables como patéticos. La mayoría de las noches podría ese hombre poner un número y un signo en el centro del triángulo catalán y pasar a otra cosa. El sol de Manresa luce en La Segarra. El viento del Pirineo llega hasta Montmeló. Qué esperaban. Esto es lo que hay. Durante muchos años, muchos, en TV3 no fue posible saber con antelación el tiempo que haría en Madrid. Miles de catalanes adictos a su televisión viajaban cada día a Madrid. No les era posible saberlo. En ocasiones como ésta, justo en esta línea, debo pararme y morder el puro: ¿lo creará alguien, cuando hayan pasado muchos años? ¿Alguien se explicará que esto pudo pasar en un fragmento de la historia de Cataluña? ¿Fue posible un incidente tan grotesco? Hace poco mejoraron. Incorporaron la península ibérica al mismo rango de la península italiana. Madrid y Moscú, dos capitales. Sevilla y Bergen, dos maravillas. Me alegro por quien tenga primos en Bergen. El mapa del tiempo es una metáfora que da buen resultado para saber qué imagen de Cataluña devuelve el espejo. Es suficiente. Demasiada televisión, demasiado alarde para tan poco país. Un dinosaurio: cuerpo enorme y cabeza chica. Por lo demás, hablar de TV3 me fatiga. Ni siquiera evidenciar su sectarismo político, ideológico, cultural me excita de un modo fértil.^[57] Los grandes

asuntos, los hipotéticos debates sobre la construcción de Cataluña no han estado nunca presentes en TV3. Pero, ¿en qué otro lugar del paisaje mediático catalán han estado presentes? Hay quien opina que el alejamiento sentimental entre Cataluña y el resto de España tiene dos responsables: TV3 y la enseñanza. Tal vez sea cierto. España sólo existe en TV3, a partir de dos realidades: la Liga de fútbol y la Corona. España es necesaria para que la Liga no se quede como el mapa del tiempo autonómico, para que el Barça pueda seguir fichando jugadores maravillosos, para crear el ambiente adecuado a los heroísmos dominicales. A diferencia de la literatura, el fútbol catalán tiene mercado porque habla la misma lengua —la habla con los pies— del fútbol español. En cuanto a la Corona, nada hay que añadir. En España, sobre la Corona, incluso sobre la Corona anterior a 1714, nada hay que añadir nunca. Sí, seguramente todo eso es verdad. Pero sería más verdadero, más convincente para mí si yo creyera que la televisión de mi tiempo puede tener alguna propuesta ética. Yo nací con la televisión y el seiscientos. Una medianía. Vi cómo el hombre llegaba a la Luna por televisión y vi también la cabeza blanca y destrozada de Robert Kennedy por televisión. Luego vi todas las películas de algún interés que se hicieron en América entre los años treinta y cincuenta. Siempre oí decir que la televisión era un medio portentoso y que tenía unas posibilidades tremendas, infinitas. Hace más de un año que no veo la televisión. Quiero decir eso exactamente: que no la veo. Está en casa —creo que hay que tenerla para una urgencia—, pero siempre apagada. No pasó nada: dejé de verla. Quizá sea raro, pero a mí ya no me lo parece. Durante un tiempo llevé esto en secreto para no parecer un esnob, uno de esos tipos que dicen no ver la tele, con un deje que insinúa refinamiento y cultura. Pronto me di cuenta que ese temor era del pasado. Hoy, cuando comento que no veo nunca la televisión, las gentes me miran con la extraña indiferencia que despierta la pura y simple majadería. Y algunos otros, los menos, pero crecientes en número, me dicen con otro tipo de indiferencia que ellos hacen lo mismo. TV3 ha tenido su culpa en ello. Con TV3 comprendí que la televisión es un instrumento de gran potencia que resulta temible cuando se proyecta sobre un territorio muy pequeño. Imaginad una luz de muchos vatios sobre un punto cuyos límites sólo pueden trazarse con el microscopio. La luz no alumbra, sólo hiera. Aniquila. Hubo algún domingo, ya remoto, que no pude más: habían dedicado tres cuartas parte de un telenoticias a paellas gigantes, cargolades, aplecs de sardanistas, castellers y deportes. Y habían abierto el programa con un crimen vulgar y repugnante. No pude más y llamé y pedí por el redactor jefe y me expliqué con una cierta calma.

Ahora, cuando ya la televisión, y la televisión autonómica en particular, no es nada más que un recuerdo de mi vida, mi preocupación sólo es otra: con espanto creciente observo cómo los diarios se parecen cada día más a la televisión, cómo en realidad la televisión se ve a través de ellos. Es una preocupación muy compartida en nuestro mundo. Desde las bases hasta las altas cimas. Hace meses Umberto Eco entregó al Senado italiano un informe contundente donde se pedían explícitas

medidas para alejar a los diarios de la estética y de la ética televisiva y donde se vinculaba esa necesidad con la supervivencia de la opinión pública y de la propia democracia. La influencia de la televisión sobre los diarios se detecta en innumerables casos. Por ejemplo, en el aflojamiento progresivo de la jerarquización de las noticias en los periódicos: la frontera que separa un triunfo deportivo de la guerra civil en Sarajevo es cada vez más delgada, imitando la lógica indiscriminada de gran contenedor —una expresión italiana— que caracteriza a los noticiarios convencionales de la televisión. También se aprecia en la importancia que la disponibilidad o no de una imagen determinada puede tener en la valoración de una noticia. Es bien sabido que muchas presuntas noticias desaparecen de la programación de los informativos televisivos por la escueta razón de que no se dispone de imágenes del hecho. Por una razón simétrica otros hechos, objetivamente mucho menos importantes,^[58] aparecen en esa programación. Últimamente, los periódicos han aportado a la confección de sus páginas —en especial a sus portadas— la necesidad de incluir una fotografía. Una fotografía que, casi siempre, ha de ser una fotografía de calidad o una fotografía espectacular. Es evidente que la fotografía de Javier de la Rosa comiendo un bocadillo en la celda de la cárcel Modelo de Barcelona pone en cuestión la impasible ortodoxia de ese periodismo —ya sólo lo practica *Le Monde*— que niega la entrada a la imagen en sus páginas de información convencional. Pero qué duda cabe también de que la obligación absurda de colocar, llevar o trueno, una fotografía de buen tamaño en las portadas y en casi todas las páginas interiores altera la valoración objetiva de un gran número de noticias. No se trata de un asunto menor. La lucha tal vez más feroz que se libra en un periódico es por el espacio: el poder es pura superficie. Sin duda alguna, en un periódico, en la serialización de la vida que construye un periódico, intervienen muchísimos factores de arbitrariedad. El principal afecta al espacio: no hay una relación proporcional entre el número de noticias y de páginas de que se dispone. La evidencia de que un día se dispone de 70 páginas para contar 100 noticias y otro día de 100 páginas para 70 noticias^[59] dificulta y pone en cuarentena algunas opiniones vulgares o científicas sobre el tratamiento que reciben las informaciones y los análisis más o menos pertinentes que intentan describir la sismografía de una línea informativa concreta. Sin embargo, que esos factores de arbitrariedad existan, y que haya que tenerlos en cuenta a la hora de analizar cualquier contenido informativo, no implica que los periodistas no estén obligados a reducirlos en lo posible ni a velar para que disminuya su influencia: y la fotografía de inserción obligatoria es una arbitrariedad ex novo, en absoluto inofensiva.

La televisión ha reforzado la virulencia, por otra parte, de una de las enfermedades del periodismo contemporáneo: el llamado periodismo de declaraciones. La modalidad más visible afecta a las declaraciones de LOS GRANDES PROTAGONISTAS DE LA ACTUALIDAD, los cuales se vacían ante el micrófono y ante las cámaras con una entrega digna por un igual de compasión y de elogio. En demasiadas

ocasiones, la información política o económica o deportiva se reduce a una lógica de frontón, donde el lector o el espectador desempeñan el mudo y desgraciado papel de la pared. La labor del periodista se limita, en estos casos, a sujetar el micrófono. Hay algún cínico opinante, perteneciente en general al oficio de la política, que considera que todo lo que de más haga el periodista es extralimitación y osadía. Su razonamiento tiene larga tradición: matar al mensajero no es más que el castigo no siempre metafórico que aguarda a aquel que se extralimita en sus funciones. Y casi siempre se extralimita, por supuesto: antes que cualquier otra cosa el periodista es un testigo y los buenos periodistas son testigos molestos. La televisión, con su color y su sabor disfraza la vacuidad de esa lógica de frontón a la que aludía: pero en el diario el periodismo de declaraciones revela toda su mortífera carga de inanidad, torpeza y aburrimiento. Se trata, además, de una enfermedad que no se expresa tan sólo a través de los grandes protagonistas de la actualidad. El micrófono convierte a cualquier tipo en un analista tipo. La demagogia televisiva, que se manifiesta con gran facilidad en la propia confección de las imágenes, en los planos que el cámara ofrece, en las luces, en el montaje, en un gran número, en fin, de perversiones posibles adopta su pleno sentido en esas interrogaciones súbitas que convierten a un hombre en un plano. La noche de la impecable actuación policial que puso fin a la okupación del cine Princesa en Barcelona a una mujer le pusieron el micrófono y le encendieron las luces para que dijera esto: «¡Los están matando, pobrecillos!». Por suerte, y por técnica, aquella noche la Policía no mató a nadie. Pero aquella chiflada, como tantas otras personas que son interrogadas por las cámaras o por los reporteros de cuadernillo y bolígrafo en nombre de la estadística de apoyo, el trabajo de campo o los mandatos de la objetividad —hasta tal punto perverso se ha llegado que los jefes prefieren que opine un chiflado antes que un periodista cuerdo— ya había dado su opinión sobre el trabajo de los policías y había explicado, además, el desarrollo de los hechos. Yo no tengo nada en contra de que la televisión refleje con pormenor la opinión del pueblo, si es que puede hablarse de opinión y de pueblo en determinados casos. Pero estoy seguro de que ése no es un procedimiento periodístico. La televisión y la radio —lo demuestran las tertulias— pueden funcionar amparadas en la lógica del rumor de barbería o de la vociferación del mercado de abastos. Es divertido y pintoresco, como lo son siempre las visitas —convenientemente espaciadas— a los bajos fondos y a los bajos instintos. Pero el periodismo es una Ilustración: una técnica y una ética que media y que medita aunque deba hacer todo eso en décimas de segundo.

La influencia de la televisión también se ha hecho visible en el lenguaje de la prensa escrita. Y a mi modo de ver siempre para mal. Ya he hablado de las fotografías, pero la televisión y la radio no se han limitado a eso. A esa peculiar utilización del infinitivo que consiste en escribir, por ejemplo: «Y nada más, sólo señalar que el acto se ha desarrollado con toda normalidad», se le llama infinitivo radiofónico con toda exactitud y forma parte de los hábitos de conducta que un

caballero no recomendaría jamás por escrito. Como resulta comprensible, la traslación de los usos gramaticales de la televisión a la prensa escrita entorpece la comunicación: sin el aliento de las imágenes, sin su misericordia, esa manera de narrar se desenvuelve con la misma fluidez y eficacia con que lo haría una barracuda en el jardín.

A la televisión (conceptualmente) y a los ordenadores (técnicamente) debe también la llamada infografía su éxito. La infografía es una disciplina curiosa. Su objetivo es proporcionar de manera rápida, concisa y exacta una serie de informaciones cuya narración en prosa sería de digestión difícil. Para ello se vale de esquemas, planos y dibujos. No hay duda de que, utilizada con sentido común, esa técnica ayuda incluso a la propia prosa periodística, que puede evitar el marasmo en que a veces la sume la abundancia de datos o la necesidad de dar cuenta de una serie de características técnicas del suceso que se describe. Pero no hay duda, igualmente, de que algunos periódicos, o algunas zonas informativas de algunos periódicos, han echado mano de la infografía con el implícito y radiante convencimiento de que la hora de la liberación ha llegado y que por fin es posible hacer diarios sin tener que escribirlos. Tal vez. Pero se escriban o no, los diarios hay que leerlos de alguna forma. Y es mucho más difícil leer esos relatos infográficos, cargados de soberbia y de ingenuidad tecnológica, que un texto desbordante de subordinadas. Es probable que en el último caso, el sujeto de la acción se acabe evaporando. Bien, siempre quedará su aura. Pero el relato infográfico es al sentido lo que un madelman articulado al cuerpo humano, o la voz del Macintosh a Richard Burton recitando a Dylan Thomas: aquella inmensa película, *Bajo el bosque lácteo*, words, words, words.

Todas esas características del medio se han reflejado con perfección, y con brutalidad, en la influencia que TV3, en concreto, ha desarrollado sobre los periódicos catalanes.^[60] La imagen de los redactores jefes de los periódicos pendientes de los informativos, al mediodía y a la noche, para saber no lo que ha pasado —que ya suelen saberlo— sino la valoración que la televisión ha hecho de las noticias del día es habitual en casi todas las redacciones. Y la valoración televisiva acaba corrigiendo muchos días la inicial valoración periodística. Casi siempre la corrige erróneamente. La segmentación del mundo propuesta por un diario y la que propone una televisión no deberían tener nada en común. Las dos son legítimas, por supuesto. Pero entre una y otra —y el tiempo camina en la dirección de ir confirmando esta hipótesis— hay profundas diferencias de naturaleza: es como observar el mundo desde la cartelera infantil o hacerlo desde la de adultos.

TV3 ha traído los castellers, las ferias de abril y las caracoladas a los periódicos catalanes hasta hacer de los lunes un día intransitable.^[61] Ha multiplicado la influencia del Barça, hasta hacerla agobiante. Ha ruralizado la información diaria.^[62] Ha obligado a ampliar la superficie dedicada al crimen. Es decir, ha desnaturalizado los periódicos. El problema no es que TV3 haya reforzado la importancia de lo local.

Lo local es siempre un asunto muy discutible. De algún modo, quiero escribir sin exagerar, lo que pasa en el Zaire sucede también aquí. Sólo hay que verlo. Desde un cierto ámbito de lo local se puede aspirar a comprender el mundo. En realidad ésa ha sido siempre la gran causa de lo literario. Lo que nos hace entender los paisajes de Derek Walcott o la portería del hotel de Proust. El problema con TV3 y con cualquier otra televisión de sus características —un altavoz potentísimo en una habitación de medidas irrisorias— es que ha reforzado la intensidad de lo local sólo en aquellos aspectos que han servido a su actividad espectacular, decidida por naturaleza y contra la que me temo poco queda por hacer. La combinación entre la cercanía geográfica y la naturaleza del show televisivo es temible. Sin la presencia de la televisión local, los periódicos locales —y todos los periódicos son de un modo u otro locales— observarían los crímenes con mayor tranquilidad. Y no se verían forzados cada semana a dar la noticia de la nueva proeza castellera. Y no decidirían dar al Barça una página más en el lanzado. Si los periódicos locales no tuvieran televisión y sus jefes vieran —o no vieran— todas esas noticias desde una cadena estatal o europea, la presión sobre sus decisiones sería menor. Por supuesto que todas las televisiones son perversas. Por supuesto que entre TVE y TV3 no hay diferencias de naturaleza. Pero en la primera, la amplitud territorial obliga a repartir más. Cada día no le puede tocar a Cataluña el crimen. La televisión es el astro rey de nuestra época: conviene mirarla poco, de lejos y con un filtro protector. Yo preveo, además, que volverán a llevarse las pieles blancas.

Sin embargo, TV3 ha hecho sobre todo algo más: ha acobardado a las gentes. Me lo hizo ver el señor Joan Oliver que está aquí desde el principio del capítulo y que no se ha movido, discretísimo. Me lo hizo ver aquella mañana, ya fuera de antena, con mucha seriedad y en absoluto bromeando.

—Oye, yo te quería salvar de alguna manera. Pero no te has dejado. Me preocupaba que no fueras a vender ningún libro. Decir lo que has dicho sobre el Barça es un suicidio. Un suicidio comercial. En la tele no se pueden decir estas cosas.

En TV3 nunca se han dicho estas cosas. En TV3, en realidad, nunca se ha dicho nada sobre ninguna cosa. Después de más de diez años de emisiones, TV3 es una de las representaciones simbólicas más perfectas de Cataluña. La alta imagen que transmite es ésta: nada. Todo lo que de algún interés haya sucedido en Cataluña, en el terreno de la confrontación de las ideas, políticas o culturales, ha sucedido fuera de TV3. Detrás de una imagen trepidante, con pujos de modernidad, de un diseño aventurado y de una nitidez juvenil no ha habido nada. O sólo un país al baño maría. En TV3, la ficción de una nación construida, indiscutida e indiscutible, se ha hecho más presente que en cualquier otro lugar mediático o por mediar. También eso ha afectado a los periódicos. También les ha constreñido. También les ha hecho vacilar en el momento de abrir líneas informativas o de debate, en el momento de valorar a qué asuntos debían dedicar su tiempo. La glacial indiferencia de TV3, su calmado mundo sin fisuras ha sido casi siempre suficiente. TV3, como todas las televisiones

obedientes al poder político, no ha tenido nunca necesidad de ser incendiaria. Fría como el metro patrón de iridio del ser nacional de Cataluña: de lo que contiene ese ser y de lo que puede llegar a contener en cada momento de la historia. El oasis catalán es, básicamente, un oasis mediático. Las razones de su existencia son de una cierta complejidad. Tienen mucho que ver con la propia inexistencia de Cataluña como nación —en una nación se discute—; con la limitación de su poder económico, político, cultural; tiene que ver con las características de una generación de periodistas que agotaron su resuello rebelde en el antifranquismo y que de alguna manera, disueltas todas las expectativas de revolución que se habían forjado, observan la soberanía nacional de Cataluña como el único punto del programa que ha resistido a todos sus naufragios: y a esa soberanía se agarran —eh, algo hemos hecho— sin importarles quién sea el soberano y cuál sea su plan de vida. Pero el oasis no habría prosperado de no retransmitirse cada día en directo. De no caer cada día sobre los tejados de la patria esa tibia lluvia de conformidad.

Algo, sin embargo, hay que agradecerle a TV3. Su casi absoluto menosprecio por la cultura, su convicción de que la pedagogía cultural es irrelevante, su renuencia a fortalecer culturalmente la nación. Una vez, un descuido sin duda, lo hicieron con un programa de investigación histórica. Demostraron lo muy sabido: que el nacionalismo sólo entiende la historia como un juicio. Aunque le añadieron dos condiciones: fue bufo y sumarísimo.

QUINCE

Durante aquellos días lo escuché a menudo: «¿Ahora defiendes fascistas?». Lo llegué a escuchar en la propia redacción del diario: «¿Estás seguro de que hemos de ponernos a defender fascistas?». No fueron unos días felices. Hasta en las cenas más amigables, confiadas y librepensadoras se instalaba al cabo una cierta violencia. Alguien preguntaba por el *Sumaríssim*^[63] y yo terminaba por bajar la cabeza, fatigado, concediendo: «Una historia compleja, en efecto». Y pasaba a otra cosa. Creo, pero no estoy seguro, que vi el programa la misma noche que lo emitieron. En cualquier caso, había cenado y estaba solo y atento. De la primera media hora me llamó la atención el trato que recibía el periodista Manuel Cruells. Yo apenas sabía quién era Manuel Cruells. Asociaba vagamente su nombre a la prensa anarquista, al mundo de la República, al catalanismo y todo aquello era verdad pero no era nada. Observé que le adjudicaban una responsabilidad mortífera en la suerte de Carrasco: en el programa se decía que un artículo suyo, publicado sin firma en el *Diario de Barcelona*, fue la causa principal de la marcha de Carrasco hacia el exilio. Por lo tanto, estaba claro que indirectamente —Carrasco nunca llegaría al exilio: fue detenido durante una travesía marítima y trasladado al penal de Burgos— aquel artículo había contribuido a provocar su muerte. No dudé de la veracidad de lo que allí se contaba. No tenía por qué dudar: yo desconocía el asunto. Sin embargo sí pensé entonces en algo que me ha preocupado siempre: la extrema libertad con que las historias periodísticas suelen tratar a los personajes secundarios. En este caso, además, el personaje era sólo relativamente secundario: ya he dicho que la relación que se establecía entre el artículo y la suerte posterior de Carrasco era inequívoca. Pensé en cuál habría sido el destino de Manuel Cruells, si habría dejado hijos, si sus hijos estarían viendo el programa. Pensé, repito, en la capacidad del periodismo —en su envalentonamiento— para aplastar secundarios y en dónde estaba, en suma, la voz de Manuel Cruells aclarando lo que tuviera que aclarar de aquello. Pero pronto olvidé a Cruells. Como se dice, otros acontecimientos estaban reclamando mi atención. Por la pantalla empezaban a desfilar un gran número de viejos conocidos. Ahí estaban José Ribas Seva y Carlos Trías Bertrán, José Bru Jardí, el carlista, hasta el inolvidable Antonio Martínez Tomás^[64] estaba. A todos ellos los había conocido mientras trabajábamos en la biografía de Samaranch: la investigación —limitada— del mundo del primer franquismo catalán fue uno de los fragmentos más fascinantes en la elaboración de aquel libro; la sensación de trabajar sobre una superficie intocada donde nadie había puesto los ojos todavía fue constante.

Si la responsabilidad de Manuel Cruells en la muerte de Carrasco era indirecta, la de los ocho fascistas a los que el documental iba acorralando fotograma a fotograma

no ofrecía dudas. El testimonio de esos ocho —exclusivamente— había bastado para llevar a la muerte al político democristiano: eso es lo que el programa aseguraba entre un gran sonar de trompetería, es decir mediante una dramatización burda pero implacable de los diversos escenarios hasta llegar al estrépito del juicio final a Carrasco. Para mi asombro, el programa acabó sin que la voz de algunos de los testigos^[65] —o de sus descendientes— pudiera escucharse. Yo conocía a algunos de esos descendientes. Al filósofo Eugenio Trías, por ejemplo. O al periodista Pepe Ribas, director de *Ajoblanco*. Y, desde luego, la autora del reportaje también conocía a este último: hacía poco más de un año que Ribas le había entregado en persona uno de los premios *Ajoblanco* por su anterior trabajo: *Operació Nikolai*, un documental sobre la muerte de Andreu Nin.^[66] Ribas y los hermanos Trías eran hombres públicos, muy conocidos en el ambiente cultural de Cataluña. Lograr su testimonio —o al menos intentarlo— no ofrecía ningún tipo de complicación. Y desde luego, más allá de las incuestionables razones éticas, su participación ofrecía un interés nada suplementario: encarar a un hijo ante una evidencia paterna de semejante naturaleza podría haber supuesto un ejercicio brillante y verdadero de periodismo.^[67]

Apuré hasta el último título de crédito y pensé que lo que había visto era un grave error periodístico. Pero que difícilmente iba a provocar reacción ninguna: se trataba sólo de unos fascistas. De unos remotos fascistas. Y así fue durante muchos días. Algo pasó, sin embargo: Manuel Cruells tenía una hija. Una hija que había visto el programa. Una hija indignada. Activa. Al menos hasta el punto de enviar una carta a los periódicos quejándose del trato dado a su padre.^[68] El historiador Josep Benet también protestó ante lo que consideraba una clara manipulación de la figura del periodista. Benet, además, insinuaba que en el futuro podría ocuparse de otros aspectos también erróneos del reportaje, pero no detallaba cuáles. Me alegré, por supuesto, de estos movimientos, pero me extrañó que nadie hablara, en concreto, del trato que habían recibido los testigos.

La actitud de la hija de Cruells contrastaba con la de los otros hijos. Ni los Trías ni los Ribas ni ningún otro habían abierto la boca. Era sintomático. La queja de la hija de Cruells, en efecto, estaba dentro de lo que podría llamarse la «legitimidad nacionalista». Cruells, responsable o no del exilio, estaba al fin y al cabo en el mismo lugar que Carrasco. Sólo que a la izquierda. En realidad, la hija de Cruells no tenía nada de que avergonzarse. Ni siquiera en el caso —que no— de que su padre hubiera tenido una responsabilidad directa en la muerte de Carrasco i Formiguera: desde el imaginario nacionalista siempre se habría podido argumentar como eximente: «Bien, estábamos en guerra». Es el tipo de eximente que con conciencia o sin ella todavía se activa en el cerebro de muchos historiadores e investigadores cuando describen y analizan los crímenes en que víctimas y verdugos compartieron bandera. En esos casos —por ejemplo, en buena parte de la historiografía sobre los llamados (¡con qué suave eufemismo!) *els fets de maig*—, las ambiguas circunstancias políticas siempre flotan por encima de los cadáveres.

Sin embargo, los hijos de los testigos no gozaban de semejante legitimidad. Estaban en el otro lado, continúan en el otro lado: la eximente del estado de guerra no se activaba para ellos. El reportaje subrayaba con insistencia la condición de catalanes de sus padres. En primera instancia eso pudo parecer un avance respecto a la perversión historiográfica aquí dominante hasta hace muy poco, según la cual en Cataluña no se había producido una Guerra Civil sino una guerra de conquista: la guerra había sido un puro fenómeno de importación. Pero observándolo más en detalle era evidente que la perversión continuaba, aunque fuera en un grado más sutil: el subrayado no era en el fondo más que una forma de la extrañeza:^[69] la extrañeza de que siendo catalanes hubieran denunciado a otro catalán demostraba que la evaluación de su conducta no podía apartarse por completo del síndrome nacionalista, incapaz de entender que puedan producirse conflictos radicales entre patriotas sin que uno de los contendientes pierda con rapidez esa condición. Es decir, los testigos no eran, simplemente, militantes obcecados hasta la sangre en la defensa de sus intereses sino traidores a un cierto imaginario patriótico. Más que fascistas, traidores a la patria. En el fondo, el subrayado *catalanes* no traslucía otra convicción que la perplejidad de que se pudiera ser catalán denunciando a otro catalán, como si no fuera, justo esa circunstancia, el cimiento de toda Guerra Civil.^[70]

Así, los hijos de los testigos no hablaron hasta que el diario *El País* fue hacia ellos y les preguntó. Preguntarles fue idea de Lluís Bassets, responsable de la edición catalana del periódico. Bassets no había visto aún el programa, pero le habían llegado los ecos. Creo que esos ecos insistían, sobre todo, en el estado comatoso en que habrían quedado los Ribas y los Trías al saber que sus padres denunciaron a Carrasco. Y en lo guardado que se tenían ese hecho vergonzante. Tal vez quedé yo encargado de preguntarles, por haber hecho más de un comentario en voz alta sobre los graves errores del reportaje. Creo que una función de los periódicos es desvelar los enredos de la televisión, analizar sin piedad sus trampas, en vez de ser sólo su propagandista y su altavoz.^[71] Pero eso sucede muy raramente. No hay costumbre, al menos en España, de tratar el magma televisivo como una parte trascendental de la realidad, sujeta por tanto a la investigación y a la crítica. No hay costumbre, ni siquiera hay formato, fuera de las pequeñas piezas de críticas de que disponen todos los periódicos. Así que el llegarse a ver qué decían los hijos fue también una relativa novedad estilística.

Los hijos seleccionados —Dolors Cruells, José Ribas y Eugenio Trías— dijeron que el reportaje era una escandalosa vergüenza. Sus palabras abrieron el *Quadern*^[72] de un jueves. También Dolors Genovès habló para defender la calidad y la honradez de su trabajo. Y habló también —y fue importante— el historiador Joan M. Thomàs^[73] que, en un tono de apreciable sobriedad, deshizo algunos de los argumentos centrales del reportaje y adelantó, a la vista del sumario que había podido consultar, una conclusión de mucha importancia: Carrasco i Formiguera no fue fusilado por causa exclusiva del testimonio de los ocho franquistas, contra lo que

decía el guión de *Sumaríssim*. A partir de ese momento la polémica estalló: todos los periódicos de la ciudad empezaron a recoger artículos. La mayoría favorables a la necesidad de proteger la libertad de expresión, a la necesidad de que TV3 siguiera examinando sin trabas aquellos aspectos críticos del pasado inmediato, a la necesidad de reconocerles a los hijos su gallardo derecho a la defensa de sus padres, a la necesidad también de que los hijos reconocieran qué tipo de padres eran sus padres. Eran artículos sugeridos por un cierto estado de necesidad, como puede verse. Ciegamente, el comité profesional de TV3 también salió en defensa gremial de su colega.

El sentido de la polémica empezó a preocuparme. Por el momento me había limitado a publicar en el diario el resultado de cuatro conversaciones y un breve artículo firmado donde señalaba las dificultades de reconstruir el paisaje de la guerra y la posguerra civiles en Cataluña sin atender a la enorme complejidad interna de un mundo nacido de la sangre y el miedo. Pero algún suelto anónimo, los comentarios de tertulias radiofónicas y el resumen de varias conversaciones me señalaban como el inductor principal —e interesado— del caso. Eso me importaba menos, sin embargo, que el aislamiento que empezaba a rodearme. En el periódico y fuera de él. Por supuesto, daba por descontada la opinión de los muy honrados y muy irreductibles, esas gentes características que a la hora de elegir entre la izquierda y la verdad han elegido siempre la izquierda, con las consecuencias de todos conocidas. Por supuesto, también, daba por explicable que hubiera quien aprovechara la coyuntura para brindar al sol y así de paso conceder un cierto aire a sus sofocantes deseos de venganza.^[74] En cambio, me sorprendió la actitud de muchos otros, buenos amigos míos, incluso, que reconociendo el fondo de verdad de mis argumentos parecían estar frotándolos con un cepillo de ortigas: «Sí, joder, está bien, pero es que eran fascistas esa gentuza».

Por supuesto que eran o se comportaban como fascistas. Y tal vez alguno fuera gentuza. Pero eso dejaba las cosas en el mismo lugar donde estaban. La verdad y la razón no se alteran por el carácter de sus portadores. Creo que decidí lo mejor: investigar, reunir más datos. Lo bueno de las polémicas aceradas, como empezaba a ser ésta, es que en el fragor de los adjetivos se escapa de vez en cuando algún sustantivo. Todo el mundo quiere tener razón y eso provoca que las compuertas de la prudencia o de la memoria se abran. Se trata, entonces, de seguir la pista. Por de pronto, el señor Joan Granados, que era entonces el máximo responsable de TV3, no hay duda de que parecía asustado por las consecuencias políticas, incluso electorales, del asunto. Ese susto se traslucía en la carta que envió a Eugenio Trías, pocos días después de que se publicaran en *El País* las declaraciones de éste. Una pasmosa carta en la que descalificaba radicalmente el trabajo de Dolors Genovès y ponía a su subordinada a los pies de los caballos, acusándola de haber puesto en práctica «una filosofía de la denuncia» que nunca había tenido lugar en TV3. Lo mejor, sin embargo, de la carta de Joan Granados y ejemplar desde tantos y tantos puntos de

vista era su patética concepción del periodismo. «Esa obsesión», así la llamaba, que tienen los periodistas de «llegar al fondo de las cosas» era la causante de todas las incomodidades. Así hablaba el hombre que durante muchos años había gestionado, desde la máxima responsabilidad, la televisión autonómica catalana. «Esa obsesión», escribía ese hombre con ingenua e inequívoca franqueza.

Era desalentador, pero el periodismo estaba a punto de convertirse en la víctima principal de *Sumaríssim 477*. En la base de la actuación de la señora Genovès había un notable éxito periodístico: acceder al sumario, secreto hasta entonces para el público. Pero luego había cometido graves errores, también periodísticos: el primero, elemental, canónico: no contrastar los diferentes puntos de vista posibles, no poner en conflicto sus intereses. Además, muchos artículos firmados principalmente por historiadores —J. B. Culla, entre otros—, afirmaban con un amable tono perdonavidas que del periodismo sólo podían esperarse errores. Se trata de un tipo de análisis frecuente en las sociedades donde el periodismo es muchas veces una forma de la blandenguería y la trivialidad: no hay duda de que extrañarían en los Estados Unidos, en Alemania, en Francia. Son análisis que no reconocen la autonomía del punto de vista periodístico: será tal vez que no lo han visto nunca con el pleonismo de sus propios ojos. Y son los análisis, en suma, de quienes sitúan al periodismo en un estadio proto respecto a lo que en realidad tiene valor, sea la historia o la literatura, y que menosprecian con una superficialidad rimbombante y sospechosa la naturaleza del oficio, esto es, yo estuve allí, vi esto, hablé con éste y con el otro y así lo cuento con sus nombres. Para acabar de sentenciar al periodismo ahí estaba explícito el punto de vista del señor Granados, que simboliza el de tantos otros ejecutivos de la empresa mediática. «Esa obsesión» auguraba malos días para la investigación periodística en TV3.

Así, no hay duda de que la perspectiva era muy poco alentadora. Pero todo cambió el día en que algunos de los familiares afectados por el documental viajaron a Burgos, hablaron con quien tuviesen que hacerlo y regresaron con una parte sustancial del voluminoso sumario 477, por el que se condenó y se fusiló a Manuel Carrasco i Formiguera en 1938.

Después del primer momento de estupor o de desentendimiento la actitud de las familias comprometidas en el reportaje había cambiado. Bien es verdad que de las ocho familias citadas sólo dos —los Ribas y los Trías— daban señales de una clara actividad. Pero esa actividad iba a ser decisiva en el desarrollo de los hechos y tenía además un valor ejemplar: las dos familias querían llegar al fondo del asunto, aun a costa de tener que soportar más de una humillación pública, y no hay duda de que esa conducta facilitó la búsqueda de la verdad posible, que es la humilde y radical aspiración del periodismo. Podían haber disimulado, involucrarse en mil pudores, incluso estéticos. No lo hicieron.

La parte sustancial de lo que se trajeron de Burgos incluía las declaraciones sumariales del propio Carrasco, las de los testigos de cargo y la sentencia. No hubo

necesidad de realizar sofisticados análisis. De la lectura de esos textos se desprendía, primero, que los testimonios de los ocho franquistas eran una prueba más de las muchas con que el Consejo de Guerra justificaba la sentencia y, segundo, que las declaraciones de cada uno de los testigos no pasaban de describir lo que era ya muy conocido: la actuación política de Carrasco antes de la Guerra Civil. Hasta tal punto no se trataba de testimonios decisivos que, aunque el fiscal los incluyó en su alegato, la sentencia ni los mencionaba. Y sí mencionaba, por ejemplo, los planos que le encontraron a Carrasco cuando fue detenido, planos de las fortificaciones republicanas de Bilbao, realizados por Alejandro de Goicoechea, el inventor del Talgo, primero republicano y más tarde pasado con planos, raíles y bagajes a la causa de Franco. Esa mención pretendía convertir a Carrasco en un espía al servicio de la República y justificar, en consecuencia, la gravedad de la pena impuesta. Sea como fuere, la lectura del sumario no añadía nada nuevo a una convicción previa, de estricto sentido común: para matar a Carrasco sobran los motivos. Porque el estado de Guerra Civil era el único, trágico e inexorable motivo. Dolors Genovès no lo entendió así. De ahí que hiciera decir a la voz en off de su reportaje, entre la gran trompetería, este párrafo desdichado: «El tribunal condenó a Carrasco basándose exclusivamente en el testimonio de ocho catalanes. No tuvieron piedad». Era falso. Sigue siéndolo. Actuar de testigos en ese juicio no es lo mejor, seguramente, que aquellos ocho hicieron en la vida. Pero su testimonio no jugó un papel ni exclusivo ni principal en la suerte de Carrasco.^[75] Tan cierto es eso como que la señora Genovès hizo muy bien en incluir sus nombres, resistiendo todas las presiones en sentido contrario.^[76]

En realidad, los nombres de los testigos eran una de las dos novedades más significativas que aportaba el sumario a lo que ya se sabía sobre el proceso de Carrasco. Era la pieza que faltaba en el libro de Hilari Ragner, publicado hace varios años, y en el que Josep Benet prepara. Sin embargo, había otra pequeña novedad que el enfoque que dio Dolors Genovès a su trabajo acabó por hacer noticia grande. La escenificación dramática del juicio sumarísimo del 28 de agosto de 1937 —un ejercicio estilísticamente algo barato— incluyó la acostumbrada y retórica última pregunta al condenado que un militar pronunciaba en un castellano tronante e imperial. Acto seguido, el tribunal daba la palabra al condenado y éste, según el documental, decía lo siguiente: «La ley concede a los tribunales militares, para hacer justicia rápida y ejemplar, grandes, severas y rígidas facultades. Pero aquí más bien parece que se trata de un acto de represalia. Cuantas personas de más o menos talla, del otro lado, podamos cazar, ¡a fusilarlas! No, eso no, eso no sería justicia».

No se trataba de una palabra cualquiera. Era la última palabra de Carrasco. Se trataba de un testimonio equilibrado, pero muy firme, en el que se ponía en duda la legitimidad del tribunal y se insinuaba que su función era facilitar la venganza antes que impartir la justicia. Un testimonio al que llamarían valiente, de un heroísmo tranquilo.

Esas palabras, sin embargo, no figuraban en el sumario.

Es decir, no figuraban en el documento que daba título al programa, que era la gran novedad aportada al examen de la tragedia y en el que Dolors Genovès había basado todo su trabajo.

Según el sumario las palabras eran otras. Éstas: «Preguntado por el señor Presidente al procesado si tenía algo que exponer al Consejo, manifestó que sí, y concedida que le fue la palabra pretendió relatar su vida política, oponiéndose la presidencia, para que concretara con relación a lo que tuviera por conveniente alegar con respecto al hecho concreto, solicitaba piedad en gracias a ser un ferviente católico, casado, padre de 8 hijos, y hoy adherido al Movimiento Salvador de España, deseando el triunfo del mismo».

Llegué al diario con los papeles del sumario, excitado por el hallazgo. Y perplejo: por supuesto que un bel morir tutta la vita honora. Pero la falsificación me parecía demasiado burda. A la excitación y la incredulidad se añadía la preocupación por lo que llevaba entre manos. La acusación de echar fango sobre la memoria de un patriota catalán era inminente. Tan ridícula como inminente. La adhesión de Carrasco al Movimiento no podía probarse. No ya que fuese o no sincera, sino ni siquiera que se hubiese producido en los términos que figuraban en el Acta del Consejo de Guerra. Era posible que aquello no fuese más que una humillante —o incluso bienintencionada— coletilla de uso habitual, introducida en los Consejos de Guerra. Era posible también que Carrasco hubiera dicho realmente aquello con la vana aspiración de contribuir a salvar la piel. Dos conclusiones fueron más tarde evidentes: que no todos los condenados por el franquismo se adhirieron, aunque fuera de esa forma verbal, al Movimiento y que Ragner y Benet, entre otros, dijeron no haber encontrado en su exploración de los últimos días del condenado ningún rastro de la adhesión. A mí me pareció, y aún me lo parece, que lo más probable es que Carrasco accediera a mostrar esa buena voluntad ante el tribunal porque no daba su suerte por perdida y porque confiaba en que fructificaran las negociaciones para un canje.^[77]

Sin embargo ése no era mi asunto. Ni el asunto. El asunto era saber por qué Dolors Genovès había hecho caso omiso a la textualidad del sumario en ese instante candente. Por qué había sido tan escrupulosa a la hora de copiar de él —y de emitir con la gran trompetería— las declaraciones de los testigos de la acusación y por qué esa fe ciega en la fidelidad del sumario se transmutaba ahora en nítida desconfianza. ¿Acaso no era el sumarísimo 477 la fuente de donde manaba todo su trabajo? ¿Cómo se podía probar que José Ribas Seva y Carlos Trías Bertrán hubiesen dicho realmente lo que recogía el sumario? ¿Por qué a ellos no se les aplicaba el beneficio de la duda y sí en cambio al último testimonio de Carrasco? Quise preguntarle todo esto un día antes de que *El País* publicara la historia, pero no fue posible. Airada, se negó a hacer ninguna declaración pública. Aunque sí se avino a explicar el origen de las palabras que le había hecho decir a su Carrasco televisivo. Las palabras figuraban en unas notas que el abogado defensor redactó —muy probablemente con la ayuda del propio

condenado— y que no constan en ningún lugar del sumario. Tal vez se tratara de las palabras que Carrasco quiso decir en el momento en que «pretendió relatar su vida política» y que no pudo decir. Lo que dijo o lo que le hicieron decir fue en cambio muy diferente: mucho más prosaico, mucho menos heroico. El Carrasco de *Sumaríssim* es un hombre que desafía la muerte con heroísmo. Tal vez es así porque cuando ese hombre habla lleva ya más de cincuenta años muerto. El Carrasco del sumario es un hombre que quiere salvar la vida, que recuerda a sus ocho hijos, que evoca a Dios; al que no le importa adherirse al Movimiento —añadir farsa a la farsa— o que el Movimiento triunfe. Tal vez es así porque el hombre que habla en el sumario está vivo y quiere continuar vivo.

Fue lo último que publiqué sobre el caso. Dos entregas en las que demostraba que el programa de televisión había omitido datos fundamentales, que sí figuraban en el sumario. Ni el último testimonio de Carrasco era como la señora Genovès había querido que fuese ni el tribunal había juzgado basándose exclusivamente en los testimonios de los ocho franquistas catalanes. A partir de esas dos entregas, tuve la sensación de que mi soledad era ya absoluta. Fue entonces cuando arreció el saludo: «¿Hemos de ponernos ahora a defender fascistas?». Cuando algunas semanas después Josep Benet publicó en *La Vanguardia* un pormenorizado recuento de los errores del programa —artículo recibido como una bendición por los familiares de los testigos: alguien «libre de sospecha» se avenía a entrar en el lazareto— ni siquiera me alegré especialmente. El debate era ya imposible: se había escrito mucho, con mucha desvergüenza y con mucha cobardía sobre el asunto. La desvergüenza y la cobardía siempre son razones de mucho peso.

Así pues, pasé a otra cosa. Gastado: con la sensación de haberme fajado en una lucha desigual, inútil y solitaria. Ahora bien, no podía quejarme: había visto muy de cerca cómo se inventa la tradición, la fabricación del malvado, la exégesis, depurada de cualquier impureza, del héroe patriótico. Podía imaginar cómo dentro de algunos años los escolares visionarían el *Sumaríssim 477* y cómo irían haciéndose a partir de él, y de otros productos similares, una cierta idea del pasado. Había atisbado, en suma, las consecuencias de que TV3 decidiera por un día dedicarse a la divulgación de la cultura: las consecuencias del cruce entre el mandato telegénico y la formulación patriótica aplicado a algo que no era un concurso ni el mapa del tiempo. Todos esos asuntos son muy caros para mí y no había lugar para la desazón.

A pesar de todo debía de hacer mala cara aquellos días. Buena gente como son hubo quien pensó que unos días en la Feria de Abril me sentarían bien. Para contrastar. Para entendernos. Como a quien le envían a tomar las aguas: para acelerar la depuración y el olvido biliar. No era Karlovy Vary, pero era Can Zam.

DIECISÉIS

Idiotismos (idios, idia, idion = lo propio, lo privado).

GUSTAVO BUENO

La primera sería una noche de hace veinte años. Alguien me llevaría después del cante, en un coche donde iba otra gente, mucha gente, con seguridad. El coche atravesaría las periferias de un modo práctico y casi fantasmal, por caminos sólo sugeridos, y el chófer quizá parase un par de veces para meditar y seguir luego con sensatez y conocimiento del terreno. El coche sólo llevaba hombres. A ratos alguien mandaba abrir un dedo la ventana para echar la colilla y respirar un aire casi cálido, prematuro para la estación. De pronto empezó a llover sin que otro signo aparte del viento lo hubiera anunciado, a llover fuerte y mucho más fuerte luego, en seguida, y casi recuerdo del conductor un suspiro mezclado con barro, varias palabras también con barro y la evidencia de que habíamos llegado a nuestro destino, al principio de lo que parecía ser una larga avenida bordeada por hileras de luces y una sucesión desordenada de casetas de feria. No sé por qué, siempre era inútil en esas noches hacer preguntas, el coche quedó algo lejos del lugar adonde finalmente íbamos y hubo que andar más de cien metros a través de la lluvia, siguiendo los pasos y el ejemplo del guía accidental. Nos había prestado su paraguas y en el umbral iluminado de la caseta, ya a cubierto, creo ver su calva lustrosa, refregada, y escucho su invitación a que pasáramos, bebiéramos y comiéramos incluso algo caliente, que podía hacerse. El lugar no tenía más que una barra de un par de metros, una pequeña plataforma donde ya trasteaba un guitarrista y una docena de mesas con sus sillas. La lluvia se oía muy fuerte en el techo, de un material que facilitaba el eco, y la luz, suficiente, de cuando en cuando flojeaba. Muy pronto se llenaron las mesas de fritos y embutidos y de vino fino y tinto.

Noches como éstas nunca fueron fáciles. Sucedió que alguien llamaba entre semana y decía que el sábado en Cornellá o en Hospitalet o en Badalona había algo que debía verse. El viaje ocasionaba grandes molestias si uno optaba por el transporte público o grandes sumas si se iba en taxi. Nadie tenía coche entonces. Un maldito mandato progre había impedido a toda una generación hacerse con el coche en la edad del celo y luego nunca era el momento. Ese mandato lo empezaron a romper las mujeres, con su notable sentido común, pero las mujeres no participaban de esas noches. Era un mundo de hombres y los hombres de la ciudad central llegábamos, pues, a las periferias como podíamos, ya digo que con grandes trabajos. Una vez allí todo iba muy lento y costaba tanto como el viaje. Lo que debía verse estaba anunciado para

las diez, pero en la peña, a esa hora, aún barrían. El cante o el baile de verdad no empezaban casi nunca antes de la medianoche. Hasta ese momento podía asistirse a espectáculos variados. Las madres llevaban a sus hijas hasta el escenario, perfectamente vestidas de faralaes, y las animaban a que mostraran sus gracias ante el público que ya iba aumentando. Alguna era graciosa. En esos preliminares sólo se bailaban sevillanas, que la megafonía del lugar siempre brindaba con un volumen atronador. Otras veces el espectáculo era más confidencial: un experto acodaba en la barra su peso junto al tuyo y en noventa minutos sostenidos, sólo interrumpidos un par o tres de veces para respirar y beber cerveza, desplegaba una teoría privada sobre los orígenes, evolución y estado actual del cante flamenco ante cualquiera de cuyos derroteros era muy peligroso rechistar. El preliminar podía consistir también en una conferencia. Yo mismo fui en alguna ocasión el protagonista: sólo recuerdo el sudor. La lentitud y la laboriosidad de aquellas noches devenía muy fácilmente pura pesadez. Pesadez para mí: al fin y al cabo un extraño en aquel mundo. Para las gentes de las peñas, los prolegómenos formaban parte esencial de la fiesta. Yo los veía como un peaje para alcanzar lo que me interesaba: el momento en que un desconocido subía hasta las tablas y dejaba tres voces admirables entre el bullicio y la luz de neón barato, intentando que la pandilla de niños sentada alrededor del diminuto escenario no le alterase los nervios para siempre. A pesar de todo, las peñas eran, durante aquellos años, el único lugar donde podía escucharse flamenco. En Barcelona apenas quedaban en el fondo de las Ramblas un par de tablaos dedicados al spanish y algún remedo de colmao donde conseguir que un cantaor abriera la boca valía tanto como que la abriera una puta cara. Digo puta, porque el método para la adquisición de los (en)cantos no variaba mucho en un caso y otro: el cantaor y el tocaor se acercaban a la mesa, uno hacía arrumacos con sus falsetas y el otro cantaba a palo seco al oído, muy bajito, para que imaginaras lo que podía llegar a ser aquello. Pero había que invitarles a whisky, que bebían —o escupían— como el agua. La mayoría, además, eran meros fandangueros, expertos practicantes de lo que yo llamaba el mandibuleo atroz, esa variante del flamenco, pegajosa como carne de membrillo, que consiste en cantar con la mandíbula, ay, ay, ay, pasándose los tercios de un lado a otro de la boca como quien hace enjuagues mientras la garganta se toma su día libre. Por lo tanto, durante algún tiempo seguí yendo por las peñas, porque el flamenco me gustaba, y porque había buena gente —Paco Hidalgo, Diego Anguita, el padre de Mayte Martín— que insistía. Una mañana, incluso, acompañado de Antonio España —es un experto en flamenco: ahora vive en Granada, pero pasó muchos años aquí antes de que le echara para atrás el ambiente— me aventuré en una matinal. Era un día de mucho sol, lo recuerdo muy bien. Antonio y yo entramos en la peña y rápidamente nos condujeron al lugar donde esperaban los hechos: en un salón muy oscuro decenas de niñas iban tomando el escenario iluminado al son de la inacabable sevillana. Nos sentamos con toda discreción y uno de los dos echó la primera ojeada al techo: un cielo muy azul, tachonado de estrellas (naturalmente), lo cubría todo y se prolongaba

hasta la pared frontal del escenario. Allí, sobre el azul, había pintada una luna grande y blanca, una calle y una verja.

El viraje hacia la noche había sido espectacular y durante algún tiempo le di muchas vueltas a ese cielo de papel. Entonces, en Cataluña se producía un debate — más o menos un debate: nunca cabe exagerar— en torno a la cultura de la emigración. Partía de una pregunta pública de Maria Aurèlia Capmany sobre la posibilidad de que los emigrantes pudieran reproducir fuera de su medio natural los rasgos culturales que se traían puestos como el color de los ojos o la maleta de cuerdas. En realidad, su pregunta era simple retórica porque estaba hecha conociendo su respuesta. No, no y no. Pregunta y respuesta eran una estupidez global. En primer lugar, porque más allá de cualquier autorización, promulgada por la señora Capmany o por cualquiera, los emigrantes reproducían en su vida cotidiana esas formas de cultura: al hablar, al cantar, al cocinar o al relacionarse. No se sabe si podían, pero lo hacían. En segundo lugar, la aplicación de ese planteamiento suponía al menos una consecuencia fuerte: la imposibilidad conceptual de que las culturas evolucionen y la existencia subsiguiente de un fondo hermético de identidad cultural asociado a un territorio. Sin embargo, ahí pendía la noche de papel, inquietante, superpuesta tal vez para darle la razón a la señora Capmany y demostrar que fuera de su caldo originario la reproducción de las formas culturales sólo deviene melancolía grotesca. Tardé en descubrir que ese cielo de papel podía ser perfectamente el de una peña sevillana. Tardé mi tiempo en comprobar que la mayoría de los jóvenes flamencos, andaluces y catalanes, aprendían el cante de manera muy parecida: escuchando discos de los maestros en un saloncito con vistas al vacío, tirados sobre un sofá de escay y con el mueble del tocadiscos adosado a la pared, bajo una imponente escena de caza rediviva con cromatismo cegador; que a unos y a otros les interrumpía el hermano pequeño —y les sacudía los nervios— hasta que llegaba una edad en que eso dejaba de pasar y una tarde cualquiera el hermanito se ponía él solo a dar el compás. Tardé en entender que el cielo de papel era una melancolía más vasta y profunda y remota: nostalgia del patio —imposible también en Sevilla— donde el flamenco nació; nostalgia de una tradición oral y de la sangre que ya no se manifiesta en lugar alguno. Metido de lleno en esa averiguación, a punto de salir de ella, Paco Hidalgo me invitó a dar una charla en algún bar recóndito, con trastienda. Siempre me decía: «Sobre lo que tú quieras». Aquella vez los alarmé. Vine a decirles —con suavidad— que el flamenco era mucho más importante que su melancolía, que estaba por encima de su peripecia personal, que el flamenco en Cataluña tenía que salir como fuera de su domesticidad, del aire cerrado de las peñas, que tenía que conquistar —la música militar siempre me supo levantar— Barcelona misma, el centro. Les dije que el flamenco debía ser también una música de Barcelona y no sólo la música de los emigrantes andaluces en Barcelona. Era un planteamiento muy respetuoso: con su música, con su legado cultural e incluso con su derecho a la melancolía. Pero casi nadie lo entendió así: recuerdo que Paco trabajaba a destajo para moderar el coloquio

y para que yo no me sintiera del todo agredido. Sólo faltó que se levantara Antonio España desde el fondo de la sala para decir algo terrible: «¿Ahora queréis robarnos también nuestra música?». Antonio era y es un hombre inteligente, pero ya era entonces un hombre ofendido. Pocos meses después aprovechó que a su hija la obligaron a estudiar en catalán para marcharse a Andalucía. Dudo que alguna vez se haya sentido en Granada más en su ciudad de lo que se sintió en Barcelona. Nada como la lengua como para provocar exilios inútiles. Pero bien, era cierto: yo quería llevar el flamenco a la ciudad, meterlo en «el cansado corazón del viento»;^[78] quería verlo en la programación de los festivales públicos, en las salas de moda; era una música antes que un consuelo. Yo no hice nada, pero otros sí lo hicieron. Lo acabaron haciendo Mayte Martín, Cañizares, Ginesa Ortega, Duquende, Poveda... Esos flamencos catalanes, criados en periferias idénticas a las andaluzas, niños aburridos, niños luego estrellas, adolescentes luego que mandaban tender el silencio en las peñas: que ahora voy a cantar; seducidos por todo, y por todas las músicas, como sólo puede estarlo el hombre en la ciudad. Ahí están ya, en la ciudad. No hay hoy otra música en Cataluña más propia y más viva que el flamenco.

Veinte años atrás, y algunas páginas atrás también, la lluvia sobre el techo de la caseta guardaba el compás y podía decirse, si esto fue así, que nos habíamos bebido todo lo disponible. Un hombre salía a cada rato al exterior, a echar un vistazo, un vistazo que duraría a veces más y a veces menos, e iba anunciándonos los incidentes. Algún tiempo después, recordándolo, supe que las palabras secas y desalentadas que iba pronunciando a cada nueva entrada: «Ahora, la Rociera», «De los Cabales ya no queda ni el muñón», correspondían a un nuevo caído en el combate contra el viento y la lluvia. Pero la verdad es que aquella noche, tan corta, acabamos acostumbrándonos a su letanía con la mayor indiferencia. Y, por supuesto, nunca hubo preguntas para él: un gesto de asentimiento en la difusa desgracia o suficiente para acercarle los restos de la botella y que bebiera a gusto. No fue hasta que se cansó el guitarrista —el cantaor se había ido noche atrás— y entró un inesperado triángulo de sol allí dentro, no fue hasta que me levanté con el culo lacerado cuando entendí lo que había querido decir aquel hombre. Desde el umbral de la caseta —era la más sólida y la única que había resistido sin problemas mayores la tremenda tempestad de la noche— el paisaje era éste: una larga avenida de agua y barro ofreciéndose como lo único comprensible entre el caos: lonas y hierros y maderas abatidos, estandartes despedazados con retales de guirnalda y nudos de alegres serpentinas todavía, pizarras donde una tenaz escritura de tiza, indemne al agua, mostraba el precio de chocos y cañaíllas. Y una bombilla dentro de un sombrero, que navegaba avenida abajo como una sagrada hija del diluvio. Aunque me sacaron de allí con rapidez y me llevaron en volandas de vuelta a la ciudad, yo podía recordar que había estado en la Feria de Barberà del Vallès, un abril.

No volví en mucho tiempo a la Feria. Las noticias que se iban sucediendo de año en año sobre su convocatoria —noticias cuya progresiva amplitud y detalle me llamaban la atención— las introducía en el recuerdo de aquella mañana de desolación, de aquel precario campamento de la alegría hecho trizas, y en la admiración que aún me producía pensar cuánto le habría costado a aquella gente baldear el paisaje y dejarlo en condiciones. Hasta que un año el periódico me mandó ir a la Feria, a hacerme el ambiente. La Feria había dejado Barberà del Vallès y se había instalado en Can Zam, un yermo a la entrada de la ciudad de Santa Coloma, ceñido por el cauce vacío del Besós, el barrio de Singuerlín, que fue una leyenda sin ley, y por tres grandes silos cerveceros. Hasta ahora había trashumado de una ciudad a otra, pero los lugares siempre eran los mismos, siempre yermos, pedazos irresueltos de ciudad, calvas violentas.

Llegué a Can Zam la tarde del primer sábado de Feria, que era un día grande. En su avenida de polvo me recibieron con todo su esplendor las niñas adobadas de colorete, con la falda muy corta y los dedos repletos de sortijas, y un caminar recto y erguido, fijo; los hombres que fueron, ancianos con los ojos temerosos ante la multitud, que buscaban inquietos el rastro del hijo sólo porque éste se había adelantado unos metros, viejos con los nervios desbocados ante el gentío; los chulos, con las hebillas brillantes y estrelladas sobre el cuero, generalmente muy guapos y muy jóvenes, aunque alguno mostrase una hermosura engordada, una belleza deforme, anticipase ya lo que la vida iba a hacer con su cintura, con las bolsas de sus ojos, con la grasa que ceñía su cuello y cuya expresión líquida goteaba pecho abajo; pasaban también las mujeres hechas, alguna vestida de andaluza, hablándose y escrutándose, todo al tiempo, penetrantes, duras, lomas; pasaba la gitana con el recién nacido en el capazo: dejaba sobre el polvo una caja de madera, se sentaba encima y sacaba una teta madura con que darle al cagoncillo; trotaban dos caballos y echaban una gran cantidad de baba; un hombre arrastraba un saco de camarones y sal que iba a vender luego en cucuruchos de papel de estraza. En torno de todos ellos circulaba un olor a aceite frito y un estrépito formado por dos sonidos dominantes: la sevillana sin fin que se bailaba en todas las casetas y el furor común de la tómbola, el Pasaje del Terror y la noria desbocada. Además, estaban los lavabos ambulantes y su hedor.

Volví —tuve que volver— muchos otros días. A horas distintas. Iba escribiendo y sacando algunas conclusiones parciales. No eran conclusiones fáciles. Ni siquiera era fácil someter la escritura a una descripción austera. En primer lugar, no era fácil técnicamente: el cine, la televisión, la propagación de la imagen han dado un tipo de periodista —mi tipo— inhabilitado para la descripción impresionista. De igual modo que muchas veces uno escribe las noticias contando con que el lector ya conoce lo sustancial de ellas, uno describe pensando que el lector ya ha visto las imágenes y que por tanto sobran en la prosa las descripciones más superficiales. Así uno se acaba especializando en los retratos de interior, esa zona aún no sobrecargada por las

cámaras donde quizá pueda hallarse con más facilidad la verdad inédita o simbólica. Pero la crónica honrada de Can Zam debía describirlo todo como si nadie hubiera llegado nunca hasta allí. Bastaba un rato, un paseo muy breve para descubrir la carga de falsedad icónica que había acumulado la Feria de Abril. Durante la mayor parte del día, aquél era un lugar sucio, maloliente y de una vulgaridad desdichada. Sólo algunas horas pequeñas y vacías, generalmente matinales, descubrían de pronto un apartado de belleza y sosiego. La sucesión televisiva y fotográfica que se había elaborado durante muchos años —sin ninguna inocencia, sin ninguna verdad— presentaba, por ejemplo, una abundancia notabilísima de primeros planos —por lo general, primeros planos de niñas flamencas—, escogidos por su valor simbólico, con especial preferencia hacia aquellas imágenes que denotaban un arreglo y una colaboración entre culturas. Fabricar un enxaneta con sombrero cordobés era el objetivo.^[79] Hasta tal punto llegaba esa abundancia de primeros planos que ninguna imagen fija o en movimiento permitía conocer el lugar físico donde se celebraba la Feria: un hoyo de polvo característico del trastero metropolitano. Ni conocer, tampoco, algunos detalles de sus alrededores: esas pobrísimas hileras de chabolas que se alzaban en el camino de una de las entradas principales del recinto y cuya presencia era obviada por los operadores.^[80]

Pero las descripciones interiores eran, si cabe, mucho más comprometidas. En realidad sólo dos rasgos —aparte del tamaño— diferenciaban a la Feria de Abril catalana de sus referencias andaluzas. La primera era el interclasismo. En Sevilla, pobres y ricos, juntos pero no revueltos, acudían al Real. En Can Zam sólo acudían los pobres. Puede ser indecoroso decir esto, pero la verdad no es lo mismo que el decoro. A fin de disfrazar este hecho indiscutible, naturalísimo, aquel año, como todos los años, se destacaba que la Feria de Abril catalana era un ejemplo de democracia, que las casetas estaban abiertas para todos. O se trataba de hacer de la necesidad virtud o se trataba de puro cinismo. La discriminación exige condiciones y cuando uno está en el sótano no puede imponerlas con facilidad. Las ferias andaluzas tienen sus casetas privadas porque en ellas participa de manera generalizada todo el pueblo. Y por el momento, cuando el pueblo soberano se reúne, es verdad que lo primero que hace es guardar distancias según la renta, la herencia, el interés o el gusto: es tan doloroso como cierto. El mundo sabe que la Feria de Abril sevillana, y todo su remoquete, durarían nada si los ricos tuvieran que compartir escudilla. Me inspiraba verdadera admiración descubrir cómo los organizadores de la versión catalana y su presto corifeo se sacaban, a falta de ricos, virtuosas explicaciones democráticas de la manga.

Había otra diferencia: menos aparatosa, pero mucho más importante. En Andalucía, en sus ferias, las gentes van a divertirse con toda simplicidad. Las gentes buscan la risa y el cuento, si uno es joven busca el muslo y si uno es viejo busca el consuelo. Y no hay más obligación ninguna. En Cataluña, lugar de las plusvalías, una feria no podía ser solamente esto. La Feria, según sus voceros, es aquí algo más que

una feria: se trata de la representación culminante de la identidad cultural andaluza. Eso daba a las gentes de Can Zam un punto de seriedad y de orgullo silencioso: sacaban pecho e iban como diciendo por la avenida mayor del Real que la cultura andaluza existía. La primera de las tardes que pasé allí quise comprobar de inmediato y por mí mismo en qué consistía esa manifestación eminentemente cultural. Vi, en efecto, algunas muestras de la noble y milenaria capacidad sureña para convertir el frito en una ligereza; comí buen jamón a buen precio y podía haber comprado meloja y carne de membrillo si eso me placiera. Pero esto fue todo. Cualquiera otra curiosidad habría sido desatendida: la de saber, por ejemplo, por qué los andaluces hacen a base de acelga y bacalao el mejor potaje del mundo; o la de adentrarse en las explotaciones, tan diversas, tan memorables, de la uva palomino; la curiosidad de saber por qué es tan difícil comer auténtico jabugo o por qué el aceite andaluz trata en realidad de mil aceites diferentes. Se trataba de cuestiones —culturales— muy elementales. De todas ellas quedaba en Can Zam una nube de refrito —vale para el churro, vale para el pescadito—, una insolencia casi continua de paellas matagigantes, servidas en platos de plástico, unas ristras humillantes de botifarra amb seques —secas— y un salón comercial donde elefantiásicos tresillos de piel de plástico alternaban con un cartel y cuatro botellas de los raros e interesantes tintos del Condado, que sin embargo —mero bibelot en el living—, no se podían comprar. En cuanto a la música nunca logré escuchar algo que no fuera una sevillana. Jamás. Fueron mañanas, tardes y noches. Jamás. Una sobada sevillana: a eso se reducía la explotación de la mayor veta cultural de Andalucía. Me interesé también por la posibilidad de que hubieran organizado alguna exposición, aunque fuera sobre García Lorca. Y siguiendo un cartelillo muy artesanal llegué hasta la Feria profunda. El cartel incluía una palabra de sonoridad fascinante:^[81] *Crótalos. Exposición de crótalos y reptiles terribles* era el mensaje completo. Di vueltas, demasiadas, hasta llegar a la zona más canalla y estrepitosa del lugar, junto a los silos de la cerveza, ocupada por una barahúnda inmisericorde de tiovivos, norias y otras máquinas de feria. Por allí debían de estar los crótalos, pero yo no supe encontrarlos nunca. Sí supe a cambio que era la única exposición de todo el ferial.

Todo esto no tendría importancia en otro lugar que no fuera Cataluña. Ni en otra Feria. Para empezar yo no habría estado nunca ni escrito nunca nada sobre ella. Pero la Feria es aquí la coartada anual que permite a tantos decir que la inmigración en Cataluña es un hecho vivo y fascinante, que sus manifestaciones culturales (sic) son multitudinarias y reciben, además, el apoyo sincero y matérico del gobierno de la nación catalana. La obscenidad de este planteamiento es repulsiva. Pero es que ésta es una feria obscena. Obscena por el comportamiento de los políticos, de toda franja y condición, que acuden año tras año a ponerse el sombrerito cordobés, sin importarles en absoluto —ya no les importa en absoluto— que su comportamiento sea

interpretado en términos de puro oportunismo: la suya es una desnudez zoológica. Obscenidad de la vulgaridad postindustrial: éste es el ocio que millones de personas encuentran de su gusto.

Obscenidad de los sonidos, de los olores, de la alegría. Y la obscenidad suprema: ésta es la política cultural que la Generalitat de Catalunya prevé para sus inmigrantes. Aquí yace, en esta hondonada de polvo. No hay dinero público para que los inmigrantes hagan teatro, o música, o cine o libros en su lengua materna,^[82] ese asunto bucal que el nacionalismo catalán tanto aprecia; no hay apoyo público para que sus tradiciones culturales verdaderas puedan ser elaboradas: culturalmente hablando el inmigrante está, como nadie en Cataluña, al puro paio del mercado, a su violencia. La emisora hegemónica de Cataluña —de una cierta Cataluña establecida— se llama Catalunya Ràdio: está hecha con dinero público, por supuesto. La emisora hegemónica de las gentes de Can Zam es Radio Taxi. Eso baste para ejemplificar el desierto cultural de los pobres y algunas de las razones del porqué los pobres ya no enamoran, de por qué su abulia y su sometimiento parecen no llevar ya ningún germen de futuro, del porqué los hijos de los pobres llevan a tantos maestros de la periferia hasta la desesperación y el abandono. Por supuesto, esto sucede así en todo Occidente. Pero en Cataluña, como en cualquier otra sociedad con un alto porcentaje de emigración, los pobres tienen que franquear no sólo la barrera de la desigualdad de renta, sino también la del origen. No es que el nacionalismo haya ignorado por descuido esta condición de la sociedad catalana. Es que no puede hacer otra cosa que ignorarla para ser. Ignorarla es una férrea condición ontológica. Y ese ser se manifiesta, a veces, incluso a su pesar. Por más que los dirigentes nacionalistas —los de Convergencia y los de los otros partidos— se llenen la boca en Can Zam hablando de «manifestación cultural», por más que aplaudan entre la imaginería dispuesta la «diversidad cultural» catalana, todo el dinero público que recibe la Federación de Entidades Culturales (¡por supuesto!) Andaluzas en Cataluña (FECAC), organizadora de la Feria de Abril, lo recibe, no a través de los presupuestos correspondientes del Departamento de Cultura, sino de los de Bienestar Social. Y está bien que así sea. Se ve a las claras. Por eso escribí que es la obscenidad suprema. La Feria, el Rocío, cualquier otro pasodoble, no son para el dinero público «bienes culturales». En cuanto se llega al presupuesto, rapadas todas las barbas del discurso «cultural», la farsa se demuestra y se comenta sola. Todo esto, la Feria, el Rocío, es puro alcohol de quemar. Metadona. Pura metadona. Por eso figura en el mismo capítulo inversor de donde se extrae dinero para los yonquis, las putas, las madres solteras, los viejos solos o los enfermos del sida: emigrar por pobre es una enfermedad y no voy a ser yo el que alce el basto para decir lo contrario. Por lo demás, que el dinero lo reparta un departamento como el de Bienestar Social, con su tupida red de complicidades, con la opacidad de sus métodos y sus objetivos permite

negociar eficazmente con ese dinero y obtener a cambio apoyos políticos, tal vez fingidos pero muy sólidos. Es preciso que pase todavía un poco de tiempo y que se erosione —quizá por la misma acción del tiempo, quizá por un profundo e improbable cambio político— el pacto de silencio que cose la boca de unos y otros para que alguien al fin hable con claridad y libremente, y descubra las insólitas formas de caciquismo político que se han practicado y se practican en la Cataluña metropolitana. Caciquismo en su versión más nítida y plebeya: dinero a cambio de votos. Cualquiera que conozca, más allá de la superficie folklórica, el mundo de la inmigración catalana sabe, por ejemplo, cómo han sido recompensadas todas las subidas del voto nacionalista en esas áreas. En realidad, son muchos los que lo saben, pero están metidos hasta el cuello en esa sabiduría. Ha de pasar algo más de tiempo para que se anuden con datos los cabos de ese acuerdo entre algunos de los representantes de la inmigración y las autoridades políticas catalanas. Las dos partes se vieron a sí mismas fuertes cuando empezaron a negociar. Unos tenían, quizá, la llave de la convivencia y otros la de la caja fuerte. Unos podían amenazar con la insurrección lingüística y otros con el desvío de las subvenciones. Hasta ahora, el acuerdo ha funcionado. Que haya significado la emulsión y el florecimiento de individuos como el presidente de la FECAC, Francisco García Prieto, del radiofonista Justo Molinero —ayer taxista, hoy responsable de Radio Taxi— o del propio consejero de Bienestar Social, Antoni Comas, cuya fuerza política^[83] sólo proviene de los fraternales lazos de amistad que ha tejido con ese mundo, tiene una importancia menor. Las circunstancias siempre producen individuos dispuestos a todo. La cuestión es que ese acuerdo —renovable día a día como todos los acuerdos inconfesables—, que tiene como protagonistas a algunas entidades de la inmigración y al gobierno de la Generalitat, pero en cuyos redactados menores participan todos los partidos catalanes, ha embridado la cultura inmigrante en Cataluña y ha sido la excrecencia tácita, cotidiana, de la aplicación estricta de la doctrina Capmany, una doctrina, en realidad, muy anterior a la formulación de Maria Aurèlia y que tiene complejas raíces, entre ellas la incapacidad —la imposibilidad— del nacionalismo catalán de entender qué ha sucedido en Cataluña en los últimos cincuenta años y su consiguiente representación del franquismo como un túnel: por el contrario, sólo fue una larga avenida más en la vida de los catalanes. Más allá de la capacidad de negociación que supone el tener a Bienestar Social como repartidora, el método elegido permite anotar otra evidencia: saber qué es y no es, para el nacionalismo, la cultura catalana y establecer, al margen de ilusorias y cínicas declamaciones, la estricta realidad de las cosas. La realidad de saber de qué monedero cobra un casteller de Valls y de qué otro una bailaora de Santa Coloma de Gramenet. En realidad, nos equivocamos: más que una opacidad, Bienestar Social es una transparencia.

Subiendo por la carretera que desemboca en el barrio de Singuerlín se obtiene una

vista completa del hoyo de Can Zam. Por allí subí el último día, una mañana sucia y lluviosa que favorecía mis propósitos disgregadores, para buscar un párrafo panorámico sobre el estado del dream catalán. Hacía pocas semanas que Gabriel Pernau, un periodista con el que trabajé en *El Brusi*, un buen periodista, había publicado un libro de entrevistas al que llamó *El somni català*. Se anotaban allí varias historias edificantes, de gentes venidas a Cataluña en alguno de los arcos inmigratorios, que habían triunfado y que con conciencia o emoción desigual cantaban las virtudes de la tierra de acogida. El libro, forzando incluso algunos fragmentos de su texto, fue prohijado por el nacionalismo.^[84] El propio Pujol se lo regaló a José María Aznar en uno de sus primeros encuentros y éste sigue leyéndolo en la intimidad. Bien: se trataba de un libro de triunfadores. Nada que reprochar. Con triunfadores se suele hacer la mayoría de los libros de entrevistas. Pero en el hoyo de Can Zam, en ese paraje desconchado, estaba otra versión del sueño: con esa anonimidad desparramada se habría podido escribir una serie distinta de historias. Aceptando la ficción de que exista un sueño colectivo, el dream catalán no presenta novedades mayores: eran los más pobres de su pueblo y aquí siguen siéndolo. Casi nadie está arrepentido. Es muy difícil arrepentirse de la propia vida. El sueño de los que regalan libros sobre el sueño es que no se diesen las condiciones necesarias para escribirlo. En eso coinciden con la mayoría de los hombres y mujeres que a esta hora se refugian de la llovizna, bajo los tendales, en el yermo. El drama elemental y milenarista de la emigración es éste: nadie elige. Unos no querían convivir más que con sus propios hijos: pero los hijos son pocos. No hay brazos suficientes para levantar los días. Allá en el margen, mientras tanto, no hay tierra suficiente para alimentar tantos hijos. Deben marchar a donde la haya. Hay una evidencia despiadada: nadie querría adoptar hijos de otros, ni nadie elegiría ser un hijo adoptado. Elementalísimo. Con algo nacido de la parte más hosca de la vida conviene limitar la demagogia. Cualquier demagogia: en la vigilia y en el sueño.

El sueño, en cualquier caso, está siempre en el mismo lugar: arriba después de las horas de trabajo y permite soñar. Aquí o allí. En cualquier parte. Es un asunto privado: cada hombre lleva el suyo, lo gasta como quiere, lo nutre como quiere. Son los hombres los que sueñan, no los territorios. Así, también la lengua es de los hombres y no de las piedras.

DIECISIETE

De la lengua no se habla (es ella la que habla de otras cosas) si no es por pura equivocación y pedantería.

AGUSTÍN GARCÍA CALVO

Empecé a hablar catalán en el bar de la facultad de Periodismo de la Universidad Autónoma. Yo tenía diecinueve o veinte años y ella unos veintidós. Como era la lengua de la Osa Polaris, pensé que podría llegar a ser también la mía. Hablarla con naturalidad me costó un par de meses de dedicación y algún instante de precariedad y vergüenza. Pronto observé que la mayoría de mis interlocutores en esa lengua iban prescindiendo de la *o* fundacional de Arcadio con una sorprendente naturalidad. Y luego me vi a mí mismo prescindiendo y presentándome sin ella ante los nuevos conocimientos. Hasta que en poco tiempo —aquéllos fueron años de mucho movimiento en mi vida— empezó a haber un número mayor de gentes que me llamaban Arcadi,^[85] nombre que me parece de una sonoridad más fina y limpia que en su versión castellana, aunque no sé si para llegar a eso he debido seguir el extraño rumbo mediante el que un Ricardo cualquiera, digamos, se convierte en Ricky.

En casa hablamos desde siempre el castellano, aunque mi madre usa el catalán fuera. Mi padre, a excepción de algunas recaídas —ha guardado una divertida y trabajosa fidelidad a la forma andaluza de *sencillo*: en su boca siempre *cencillo*—, habla un castellano sin acento perceptible, como licuado, estupendo: ni suena ni debe saberle a castellano. Cuando yo llevaba ya tres o cuatro años hablando catalán —leyéndolo llevaba algunos más— me decidí a escribirlo. Había terminado la carrera, trabajaba de manera intermitente y era de puro sentido común aprender a escribir con corrección la otra lengua del país donde vivía. Tomé clases durante un par de meses y perfeccioné de manera aceptable la ortografía y la sintaxis. Escribía entonces en algunas revistas, en *El Món* especialmente, un catalán muy literario —debo llamarlo con alguna piedad—, que confundía con facilidad los registros. Sin un criterio claro iba incorporando aquellas palabras o aquellas formas, leídas u oídas, que me parecían atractivas y útiles. Mi relativa inseguridad en el uso de la lengua dificultaba esa incorporación. Es decir, leía a Valle-Inclán en castellano y con independencia de que admirase o no —antes mucho, ahora mucho menos— su léxico cantarín, reconocía cuáles de aquellas palabras o giros sintácticos podía incorporar sin problema a determinados niveles del discurso y cuáles eran, por contra, pura arqueología, utilizables sólo a partir de esa conciencia del anacronismo. Pero cuando leía a Gaziél ya no estaba tan seguro. Por supuesto, reconocía aquellas palabras que no formaban parte de mi léxico cotidiano, ni del léxico de las personas que me rodeaban. Pero eso no me daba una garantía absoluta. Por una razón muy sencilla: creía entonces que el tesoro de la lengua —catalana— se encontraba en un lugar distinto al del habla de las

gentes. Creía que los años de persecución habían devastado la lengua —entonces no sabía que efectivamente fue así, aunque más por el repliegue adoptado ante la persecución que por la persecución misma— y que era preciso una cierta tarea de rescate. Pero mi conciencia lingüística catalana no me permitía afinar hasta qué punto y en qué condiciones ese rescate habría de producirse. Entendía que en la vida corriente no acostumbrábamos a decir *tanmateix*, pero de la misma manera que en castellano no solíamos decir *sin embargo*. Y que por lo tanto, en el lenguaje escrito, *tanmateix* era una forma tan aceptable como su equivalente castellano. ¿Pero qué pasaba, por ejemplo, con *ensems*? ¿Y con *quelcom*? Cuando se empieza a practicar con una lengua, y en los niveles de analfabetismo en los que yo me encontraba respecto al catalán literario, el jugueteo con las palabras es fascinante. Algunas aparecen de repente, como un color nuevo, y desprenden una música fatal que se adecúa muchas veces de maravilla a los propósitos retóricos, al ritmo y a la sonoridad que uno quiere dar a una frase. Yo me planteaba que quizá mis lectores se vieran obligados a consultar el diccionario como había tenido que consultarlo yo. Pero no me preocupaba. Primero porque creía que mis lectores sabían mucho más: al fin y al cabo yo era nuevo en esta plaza. Y, segundo, creía que la recuperación del catalán pasaba inevitablemente por la consulta del diccionario, de la misma manera que la recuperación del estado de gracia pasa por ir a misa. Esa fascinación adolescente por las palabras recién descubiertas ocultaba algo elemental: que la lengua es un sistema interconectado a través de un número inimaginable de capilares y que es preciso respetar la lógica y el sentido de ese sistema. Del mismo modo que uno no puede dejar de estar en Francia cuando está en París uno no puede tampoco escribir *rúa* cuando quiere hacer uso, como el alumno de Mairena, del lenguaje poético. Por supuesto que una autoridad cualquiera, política o mediática, puede introducir por la fuerza algún cuerpo extraño en un sistema lingüístico. Por supuesto que el catalán moderno ya ha incorporado —y como símbolo de una manera de hacer la lengua y las cosas: por eso es bueno que dure y la revele— la palabra *vaixell*, tan maca. Así también podría incorporar el castellano moderno la palabra *bajel*, si puestos todos de acuerdo decidiésemos vivir bajo la rima de Espronceda y el cetro del rajá de Sarawak. La intimidad de las lenguas es por completo arbitraria y no le presenta mayor problema aceptar esas melancolías. Pero nunca van más allá de una anécdota que el sistema deglute con indiferencia y dejando además visible —por eso *vaixell* definirá una época— la estela de su porqué.

Fue Salvador Espriu el primero que me aclaró, para siempre, algunas cuestiones fundamentales sobre el lugar donde se ocultaba el tesoro de la lengua catalana y el propio tesoro —genérico— de la lengua. Había ido a verle —en 1980 o en el 81— en compañía de Ramón Santiago, un compañero de entonces. Braceábamos en el fangal del paro y se nos ocurrió hacer una serie de entrevistas a escritores diversos sobre el proceso de creación literaria. Desde lo más nimio —qué tenían encima de la mesa cuando escribían— hasta el puro acecho de lo inefable. No vendimos ni una de esas

entrevistas, pero pasamos cuatro ratos formidables. Dos con Jaime Gil de Biedma y otros dos con Espriu. El resto quedó por hacer, visto el éxito comercial de los primeros intentos. Espriu, en el despacho del Paseo de Gracia, en el centro de una mesa vacía, glacial, iba contestando con extrema pulcritud a nuestras preguntas. Cuando ya estaba revisando la primera versión de la entrevista preguntó:

—¿Saben ustedes cómo se dice *cerillas* en un catalán correcto?

Ante el poeta nacional de Cataluña, un par de analfabetos listos sólo podía responder esto:

—*Llumins*.

—Ni hablar. Eso sólo lo dicen cuatro maestros. En un catalán correcto diríamos *mistos*. ¿Y en un catalán ejemplar, qué diríamos?

—¿...?

—*Cerilles*. Sí, diríamos *cerilles*, qué le vamos a hacer. Las cerillas se hacían de cera, qué le vamos a hacer.

El poeta parecía animado. Y siguió.

—¿Y cómo dicen ustedes *algo*?

Había que decir algo, pero estaba claro que no podíamos decir *quelcom*. El poeta aprovechó esos instantes de duda.

—*Quelcom*, claro, ustedes dicen *quelcom*. Todo el mundo lo dice.

—*Alguna cosa*, tal vez —aventuramos.

—Demasiadas palabras, teniendo en cuenta que tenemos la raíz *aig* a nuestra legítima disposición. Digan *algo*. *Algo*. ¿No dice la gente *algo*? ¿No lo dicen porque les resulta más cómodo, más fácil, porque les importa poco que el catalán académico sea reacio a esos finales en *o*? ¿Por qué no van a escribir ustedes *algo*? El problema del catalán es su ortopedia. Y ahora, esa manía estúpida de no querer parecerse al español a costa de lo que sea.

Nunca olvidaré ese diálogo. En alguna parte ha de estar la cinta que lo recogía. A veces la he buscado, como tantas otras cosas, sin éxito. Pero da lo mismo: lo que reproduzco es prácticamente textual. Se trataba del poeta nacional de Cataluña y de un prosista admirable. De un hombre muy riguroso, que en esa época estaba acabando de corregir su obra completa para eliminar todos los pretéritos simples que contenía y sustituirlos por la forma perifrástica, la coloquial forma perifrástica. Espriu me ayudó, como luego lo harían el señor Enric Vives en *El Món*, una persona excelente, que estaba intentando librarse en aquel momento de la pesada herencia resistencial, dejando cada vez más de lado las formas heroicas de la sintaxis, y luego Enric Montaner, un hombre joven, de otra generación, que tuvo una paciencia infinita con mis errores —tal vez pocos, pero muy tenaces—, y que fue quien ante mis prejuicios zanjó una amable disputa con estas palabras: «Hay que leer a Pla», y fue tan terminante que a la semana siguiente ya estaba yo leyéndolo para siempre. Pero sobre todo fue Xavier Pericay^[86] y el equipo que dirigió en el *Diari de Barcelona* quien completó mi aprendizaje de la escritura. No sólo en catalán. Porque el principal

resultado —y virtud— de todo este proceso fue que mi conciencia lingüística se afinó en cualquiera de las dos lenguas. La obligación de reflexionar sobre algunos de los problemas —algunos ya citados— que se me planteaban con el catalán acabó influyendo también en mi escritura en castellano. Gracias a ese proceso, gracias al catalán, para resumirlo, mi escritura, en cualquiera de las dos lenguas, padece hoy mucha menos infección enfática y retórica de lo que sería natural dado mi temperamento y el aspecto preocupante de mis primeras letras. Aprender el catalán en compañía de antirretóricos confesos, observar en una lengua para mí menos usada — y cuyos excesos podía juzgar, así, de manera más objetiva, menos sentimental— las consecuencias de la ampulosidad, el anacronismo y la prosa de diccionario fue decisivo: las costras que me queden son ya irremediables. Pero el bilingüismo ha hecho, y muy bien, su trabajo.

Así, ésta es la historia de mi trato con la lengua catalana, después de los primeros veinte años de monolingüismo en castellano. Un trato sencillo y fértil. Creo que soy un bilingüe más o menos perfecto. No es propaganda de nada, y mucho menos de mí. Desde muy pequeño tengo la costumbre de hablar solo. En casa y por la calle. A veces alertaron de eso a mi padre, pero él se encogía de hombros y contestaba: «No hace mal a nadie». Sigo sin hacer daño a nadie. Cuando me descubro en medio de un largo soliloquio, me descubro tanto hablando en castellano como en catalán. Cualquiera de los dos idiomas me sirve para los momentos graves; con cualquiera puedo hacer burlas metalingüísticas sobre el otro. Por no tener ni tengo un empeño bilingüe. Las cosas se han presentado así. Estoy satisfecho: puedo leer en dos lenguas. Y el teatro y el cine y las canciones. Mi castellano y mi catalán, si fueran algo, habrían de ser el castellano y el catalán de Barcelona. Muy contaminados. También el uno del otro. Unas lenguas sin grandes modelos, sin grandes pulsos con la tradición, lavables y quizá por esto último tendiendo siempre a la limpieza y al buen olor. Dos lenguas que no le debieran nada a nadie: ni a la política, ni a la academia, ni a los santones. Hechas y deshechas, y vuelta. Creo que tengo una buena relación con la lengua. No es mi psiquiatra. No espero de ella ninguna solución radical a mis problemas, ningún acertijo fantasmal sobre mi pasado. Creo que he aprendido con exactitud que la lengua es un sistema y todas las implicaciones de ello. Por lo tanto no tengo relaciones fetichistas con las palabras. El fetiche es un aislamiento perverso de la realidad. Puede ser divertido. Pero a mí me importa más el lugar donde va colocada la palabra que la palabra, su relación con la palabra que viene y con la palabra que se va: por lo tanto es difícil que se me caiga la baba ante la palabra como les ocurre a algunos prosistas prostáticos. Me interesan las bragas, pero nunca dejo de pensar, ni siquiera cuando las veo en los escaparates, en lo bueno que podrían llevar debajo. La lengua supone para mí algo comparable a la respiración. A veces respiro hondo, porque estoy bien o porque todo ha pasado, y se me llenan los ojos de lágrimas. Pero nunca se me ocurriría pensar que es el aire la causa del llanto. Cada uno es como es: yo no hago que los objetos cobren vida propia, ni les pregunto a los

posos de café o a las palmas de la mano qué será de mi vida. Hay personas muy respetables que mantienen extrañas supersticiones con los adjetivos. Yo busco los adjetivos que necesito, pero sé que no me darán lo que yo no pueda darles. La lengua va donde voy. Es mi tacómetro, mi caja negra. Sólo registra lo que sucede y su única obligación es dar cuenta de lo que haya sucedido cuando el reloj se pare.

Por desgracia me ha tocado vivir entre gentes que no piensan así. Entre gentes que han definido, y hacen de esa definición su aliento político, ideológico y vital, la lengua como identidad. No, ni siquiera, cómo su identidad se exprese, sino como la propia identidad. En el año 1979, esas gentes, la mayoría, y yo con la mayoría, votaron una constitución regional, el Estatuto de Cataluña, uno de cuyos primeros artículos decía: «El catalán es la lengua propia de Cataluña». Nadie que yo recuerde^[87] dijo algo significativo en contra de esta irrealidad semántica, cultural, sociológica y política. En el año 1979, la mayoría de los catalanes tenía como lengua de uso habitual, prioritario el castellano. No sé qué pasaba con Cataluña, pero eso es lo que pasaba con los catalanes. Esta situación era el producto de una necesidad y de una ignominia.^[88] La necesidad —la doble y recíproca necesidad: de los emigrantes y de los catalanes— era la inmigración. La ignominia era el franquismo. Ninguno de los dos fenómenos pasó en balde. Sino que por el contrario marcaron de manera profunda e inexorable el presente. A pesar de eso, las élites que redactaron el Estatuto y que han modelado el discurso político de Cataluña en estos últimos veinte años se limitaron a proseguir en la irrealidad del antifranquismo, en su mundo de ficción. Un mundo que tanto podía asegurar, empezó a hacerlo en 1939, la inminente caída del régimen de Franco como que las clases populares catalanas no presentaban la menor fisura ni ideológica ni lingüística y que todos sus miembros, sin excepción, se habían incorporado a la defensa de lo que llamaban el proyecto nacional de Cataluña. Ése fue, al parecer, el gran mérito del Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC), que tanto se repetía en valles y condados: evitar la quiebra lingüística de la clase obrera catalana, cerrando el paso a cualquier propuesta lerrouxista y haciendo uña de la misma carne la defensa de las libertades democráticas y la defensa de las libertades nacionales. Naturalmente, ninguna de esas dos presunciones tenía punto alguno de contacto con lo real. Ni siquiera la mayoría de las clases populares estaba comprometida con la exigencia del retorno de las libertades democráticas, como lo prueba la extrema confortabilidad con que Franco vivió y murió, también en Cataluña. Y mucho menos lo estaba con las «libertades de Cataluña» y con las implicaciones de todo género que ese paradigma conllevaba. ¿La prueba? Enseguida. Basta con atender a dos certezas empíricas. La primera: los porcentajes de abstención que acompañaron la aprobación del Estatuto de Cataluña, las zonas en que se produjo esa abstención y los sucesivos porcentajes de lo mismo que han ido acompañando todas las elecciones autonómicas. La segunda, menos espectacular, pero de una fría importancia: el estado de división interna que ha acabado fraguándose —y que hoy ya se expresa sin el menor disimulo— entre *burgueses catalanistas* y *obreros*

españolistas en las dos fuerzas de la izquierda catalana. La enorme capacidad eufemística que ha adquirido la sociedad mediática local puede haber bautizado todo eso con las denominaciones más azarosas y absurdas,^[89] pero una línea crucial separa los orígenes de clase, territoriales y lingüísticos de los miembros de la izquierda catalana. Una línea, además, que deja a un lado, y cada vez con filtros más espesos de comunicación recíproca, los aparatos de los partidos y, al otro, los líderes gobernantes. En los aparatos se expresa hoy la fealdad de la política, su burocratización y su clientelismo. Esos aparatos, como ocurrió en la crisis de noviembre de 1996 que enfrentó a la federación de Barcelona del PSC y al alcalde Pasqual Maragall, aparecen, además, como los responsables de las decisiones más antipáticas: en aquel caso la propia renuncia de Maragall a seguir siendo alcalde. Por supuesto que son responsables de los fracasos, como también deberán tener alguna responsabilidad en las victorias. Pero lo que me interesa destacar ahora es que en los aparatos, y hablando de una manera general, se han hecho fuertes los hijos de la inmigración, mientras que en los salones institucionales manda la versión izquierdista —con más o menos matices— de la burguesía catalanista. La distinción física y espiritual entre centro y periferia se reproduce aquí con nitidez absoluta. Nadie quiere verlo, nadie habla de ello. Nadie habla de en qué ha quedado la ilusión integradora del antifranquismo, la vieja ilusión del PSUC, una vez que se ha visto abordada por la realidad. Lo más dramático, además, es que de la periferia, de los aparatos no llega nada. Nada interesante. Ninguna renovación, todo el encastillamiento. Tan sólo una cerrada línea de defensa para proteger la influencia y el pan. Y un creciente e inédito victimismo.^[90] Ni siquiera, pues, en las propias filas de la izquierda la famosa permeabilidad social catalana se ha manifestado según lo previsto por las ensoñaciones convencionales. No sucede nada que no suceda en otras partes. Pero es preciso reconocerlo sin ambages, igual que en otras partes: los pobres no mandan ni tan sólo en los partidos de los pobres.

En 1979 podía aceptarse el grado de ficción que simboliza el artículo 2 del Estatuto. Al fin y al cabo, la Transición se construyó sobre ficciones, y tal vez fueron necesarias para limitar la convulsión y garantizar las maneras generalmente pacíficas en que el cambio de régimen se produjo. La ficción principal, en que por cierto unos y otros coincidieron, fue que el franquismo no había existido. A unos, semejante ficción les permitió eludir las responsabilidades —a veces me pregunto qué responsabilidades y de qué orden, pero mejor dejemos eso aquí— y a otros les permitió volar retrospectivamente, sin mayor jet lag para la razón, al mundo previo al franquismo, es decir al mundo anterior a su derrota, entendiendo como derrota no la militar de 1939 sino la subsiguiente, la que permitió llegar a 1975 como si tal cosa. Escribir en una de las columnas vertebrales del Estatuto que «el catalán es la lengua propia de Cataluña» pudo tal vez tener algún sentido en la sociedad preindustrial, premigratoria de la República. Pero nada tenía que ver con el presente. A pesar de todo, ya digo, la ficción era necesaria. El funcionalismo enseña que es muy útil

levantarse de la cama, cuando llueve y está todo helado, como si afuera esperasen un cielo de palmeras y una luz caliente de verano.

Proseguir en la ficción, sin embargo, y que a ella se hayan adherido fuerzas políticas razonables, es decir, que no tienen al nacionalismo como la única brújula, ni como la única explicación de todas las cosas, ha sido ya mucho más inexplicable. La completa indiferencia, cuando no activa beligerancia, con que sectores cada vez más crecientes de la población catalana contemplan la ficción nacionalista, parece fuera de toda duda. ¿Cómo explicarle, en efecto, a un hombre que lleva treinta o cuarenta o cincuenta o sesenta años viviendo en Cataluña, que ha hablado siempre el castellano en su casa, en la calle, en los despachos, que ha hablado en castellano a sus hijos y éstos a su vez le han respondido en castellano, que se siente, además, respaldado por la ley en sus usos lingüísticos y en su reivindicación de que el trozo de tierra donde vive es también España y forma parte de España y por lo tanto de la tradición, la herencia y los usos de España, cómo decirle a ese hombre que esa lengua, que es además la lengua de miles como él, no es también la lengua propia de Cataluña? ¿Qué es Cataluña si no él y muchos otros como él? Hace poco tiempo, un par de años, me mandaron a pasar la tarde electoral a un casino andaluz de Santa Coloma, uno de esos lugares donde los vecinos se reúnen en domingo para echar unos bailecitos, ver la tele y tomar un poco de vino. Un lugar horrible, para qué nos vamos a engañar, donde no se prestaba la menor atención a lo que pudiera pasar — políticamente— aquella noche y donde el ruido de los ingenios musicales era ensordecedor. Con grandes dificultades logré hacerme con un hombre al fondo de la barra y luego con un párrafo crucial: «¿Con la lengua dice? No, con la lengua no tenemos ningún problema. Aquí todo lo hacemos en castellano». Ésa es la clave. No han tenido la fuerza social, ni política, ni cultural suficiente para oponerse a la ficción nacionalista en aquello que les afectara de cerca. No ha habido ninguna sublevación visible. Han observado con suma desconfianza —la desconfianza del pobre y el jodido que dado su caso no quiere insistir más en ello— los movimientos de aquellos de los suyos que querían hacer de la lengua un potro de tortura —para los otros, pero también para sí mismos— y no se han adherido a sus intenciones: pero han respondido con cerrada indiferencia al proyecto nacional catalán. No es el suyo, no puede serlo. Están dispuestos a pagar los peajes; sus hijos hablarán catalán cuando toque: con la profesora, cuando vayan a pedir trabajo o cuando quieran ligar, incluso. El aprendizaje de la lengua catalana es para ellos lo que el servicio militar: algo que hay que pasar y pronto, procurando salir indemne. Por supuesto hay quien planta cara: quien deserta o se hace insumiso. Siempre hay vanguardias revolucionarias. Pero al grueso de la tropa le basta con ir pasando. Ahora bien, que a nadie se le ocurra pedirles espíritu militar, porque la tropa se reirá francamente. ¿Cómo van, en fin, a incorporarse a ese espíritu, si una de sus primeras premisas, una de sus encarnaciones vertebrales, sostiene que ellos no existen, o que al menos no existen en Cataluña? En efecto: ¿no consideran los nacionalistas catalanes que la identidad está

en la lengua? ¿Y no es coherente pensar en consecuencia que lo que ha de servir para una lengua y para un hombre ha de servir también para otra lengua y para otro hombre? Hace unos meses, el escritor Emili Teixidor habló de «nuestros bastardos» en un artículo que publicó *El País*. Pocos días antes me lo comentaba por teléfono. Entonces se mostró más preciso: «No se puede construir una nación sin sus hijos de puta». Exactamente.

Algo de eso, de esa necesidad insoslayable, había vislumbrado Àngel Colom en su proceso de maduración personal e ideológica. Pocas semanas antes de abandonar Esquerra Republicana de Catalunya se conocieron unas declaraciones suyas al periodista Eduard Voltas, incluidas en *La guerra de la lengua*, un libro cuyo resultado acabó sorprendiendo a la propia empresa, es decir al propio autor.^[91] «Alguien habrá de tener el valor de reconocer que [el castellano] se está volviendo también una lengua territorial» [de Cataluña], decía Colom.^[92] Ni la timidez, ni la prudencia, ni la vacilación que deja traslucir la transcripción completa de sus palabras, ni siquiera el hecho —muy importante en el plano teórico, pero de escasa trascendencia práctica— de que Colom continuara anclado en la ortodoxia nacionalista hablando de «lenguas territoriales» y no, como debe hacerlo la razón y el sentido común, de «lenguas individuales»,^[93] nada de todo eso empaña lo sustancial: que por vez primera un dirigente nacionalista, al margen de cualquier sospecha disgregadora o lerrouxista, se atrevía a cuestionar el intocable consenso establecido en torno al Estatut.^[94] No es extraño que fuera Colom el que se atreviera a rasgar ese velo. Paradójicamente, tal vez se trata del político que más lejos ha llevado la ficción nacionalista. La ha llevado hasta límites cómicos, como lo demuestra aquel vídeo memorable de una reciente campaña electoral en que un embajador —¿de Quebec?, ¿del Reino de España?, me falla la memoria ante estos augurios— le presentaba cartas credenciales al presidente Àngel Colom. Sin embargo, y más allá de las convenciones políticas, de su necesidad ficcional, Colom es un hombre obligado a salirse del establishment, siquiera un momento; obligado a vivir, aun unas horas, insisto, fuera de su monótona espesura, de su estrategia calculada, de esa autarquía en que desarrollan la vida la mayor parte de los líderes políticos catalanes. Él mismo deja entrever las características de ese proceso de encaramiento con la realidad en el citado diálogo y a él le corresponderá ampliar, si así lo considera necesario, los detalles. En todo caso hay en su ejemplo una rara pedagogía y una estimable honradez.

Aunque por razones diferentes a las de Colom —otras aficiones y otro trabajo— yo también he tenido que salir a menudo fuera del establishment. El haber escrito unos cuantos artículos defendiendo, hace tres o cuatro años, las mismas ideas que ahora exponen el señor Colom o el señor Duran i Lleida ha hecho que las gentes vinculadas a los movimientos de defensa del castellano en Cataluña me tomaran cierto cariño. Estoy muy contento con ese cariño. Gozar del cariño de los débiles es siempre muy reconfortante. No siempre los perdedores llevan razón, o no la llevan en todo lo que defienden, pero estar con ellos te evita muchos quebraderos de cabeza.

Uno puede, incluso, dejar de plantearse si está en lo cierto, si sus análisis son justos, si se trata del camino correcto. Uno está con los que pierden y ahí no puede suceder nada malo. Si a uno le abandona la razón objetiva, siempre le quedará la razón moral. Es muy recomendable, por lo tanto, ese lugar y bien es verdad que hay bastantes — políticos, intelectuales, escritores, sobre todo escritoras— que viven allí cobijados, impertérritos, indemnes. He asistido a varios actos de la Asociación por la Tolerancia, que dirigía Antonio Robles. He conocido a algunas de sus gentes. La primera vez fue una mañana de hace cuatro años, en un barrio lejano. Querían presentar a la prensa su manifiesto fundacional: lo acompañaban catorce mil firmas registradas ante notario, pero que se mantenían en el anonimato para evitar presuntas represalias. Cuando empecé en el periodismo, hace más de veinte años, aún pude asistir a alguna rueda de prensa clandestina, convocada por grupos más o menos importantes de la oposición. El aire, cargado de sobrentendidos, de desconfianza, de violencia era idéntico en uno y otro caso. En uno y otro caso también los que hablaban iban vigilando con el rabillo del ojo, a derecha e izquierda, por si irrumpía a grandes zancadas lo imprevisto. Yo creo que era un deseo inconfesable y general de que lo imprevisto apareciera. Me parecieron ridículas sus admoniciones, exagerado su tono de altivez —se sabe que la persecución, real o fingida, da un tipo de altivez judeocristiana, muy característica— y visible su paranoia. Un único rasgo, sin embargo, los separaba de sus cofrades nacionalistas del otro lado: estaban perdiendo. Había allí, en efecto, una buena lista de perdedores: unos habían perdido las oposiciones, y frustrado así una posible carrera docente, por no haber aprendido a hablar y a escribir el catalán; otros habían perdido, ya remotamente, las raíces y estaban allí creyendo que iban a encontrarlas; a otros la vida les había ido mal y estaban allí para tratar de arreglarlo; todos habían perdido el escalafón. La mezcla política e ideológica era real: estaba presente el submundo fascistoide y rancio de la COPE; quien se creía heredero de una tradición radical, azañista, muy española; estaban el gajo libertario y el irreductible piñón comunista; y estaba, clandestina entre los clandestinos, la innominada federación catalana del PSOE. Nadie era feliz.

Lo que creían era lo mismo que creían los otros: que la lengua era la identidad. No habían acabado de asimilar por completo la enseñanza contraria, radical, concluyente del lingüista Jesús Royo, que se encontraba precisamente entre ellos: una lengua es un mercado.^[95] Es decir, un lugar por donde uno pasea en busca de la mejor pieza y que al mismo tiempo expresa con tremenda claridad el estado de las relaciones de fuerza entre las mercancías. Si hubiesen entendido a Royo jamás habrían tenido problemas con la lengua catalana. Habrían entendido que existen las mercancías subvencionadas y que en esta fase de la historia el catalán era una mercancía de ese tipo. Habrían visto claro que lo mejor y más sencillo era aprenderlo, que se aprendía en tres meses, y que abrigaba, como un buen plumón, ante las inclemencias del tiempo y de la vida. Superado ese trámite habrían podido dedicar lo mejor de sus fuerzas y de sí mismos a la defensa del castellano por meras razones

económicas, a la necesidad de organizar una cultura que evitara la falsificación y el provincianismo, a la defensa cultural y política de España, si es que en eso creían. No lo hicieron: y encima sacaron a los niños como bandera. Una infección sentimental atravesó de punta a cabo el movimiento desde sus primeros pasos. La misma infección sentimental. Ahondaron, además, en el mismo error técnico: las diferencias entre las dos lenguas. Nunca habrá conflicto lingüístico en Cataluña. No puede haberlo: las dos son lenguas extremadamente parecidas. Han vivido juntas durante siglos. Van a seguir haciéndolo. Una es dialecto de la otra. Cualquiera de cualquiera. El dialecto es un concepto político, no lingüístico. Si no hubiera sido así, si se hubiera tratado de lenguas diferentes, como el euskera y el castellano, por ejemplo, la normalización lingüística catalana no habría sido posible en los términos que conocemos. La lengua habría pasado de ser un símbolo, o una expresión del desencuentro a ser el verdadero desencuentro.

¿La lengua como identidad? ¿Qué tengo yo que ver con un campesino peruano o con un puertorriqueño que lave platos en Nueva York, o con un magnate caraqueño? ¿Qué tengo yo que ver con Macià Alavedra o con la señora Asunción García? Cuando una lengua es ya el único hecho diferencial de una comunidad cualquiera algo grave ha empezado a suceder. Una comunidad se puede diferenciar de otra por el estado de sus libertades y sus derechos, por su nivel de vida, por el vigor de su cultura, por el grado de razón o de mito que presentan sus costumbres, por el carácter plausible o no de sus condiciones naturales, climáticas, orográficas. Todo eso define sucesivos hechos diferenciales y nos permite decir, por ejemplo y a menos que uno se enfangue en el relativismo cultural, que la vida parece más dotada de sentido en las ciudades europeas que en las aldeas de Gambia. Cuando se quiere esquivar la brutalidad de localizar en la lengua la identidad, se acostumbra a decir que una lengua diseña una relación determinada del hombre con la realidad. Son palabras muy bonitas. Cuesta rebatirlas y casi nadie se pone a ello. La maldición de Babel ha dejado su lugar a la siempre agradecida reivindicación del pluralismo y la diferencia. Pero nadie ha demostrado todavía que colocar los verbos al final de las frases dé un tipo de hombre más capacitado para el pensamiento abstracto, que el Dios de los poetas redacte sus disposiciones en italiano, o que los idiomas que presentan una distinción verbal inmediata entre ser y estar le den a uno mayores o menores garantías de ser y estar en el mundo.^[96] La lengua da cuenta de la experiencia de un hombre, expresa el patrimonio de ese hombre o de ese conjunto de hombres, pero, en sí misma, es un patrimonio muy secundario. Entre otras razones porque creo que a cada palabra dicha en un lugar le corresponde otra palabra dicha en otro lugar, que no existe lo inefable —está la palabra sólo para que podamos percibir que el concepto no está— ni existe lo intraducible; porque constato que el latín murió —para adoptar la terminología sentimental e inexacta de los maestros de escuela—, pero el Derecho romano aún nos vigila: de igual modo que parece más fácil imaginar la sustitución del francés que la de la Carta de los derechos civiles redactada en esa lengua; porque

constato, finalmente, que es seguro que si el trabajo o el amor me llevaran a vivir a Gambia aprendería el idioma —el oficial es el inglés—, pero de ninguna manera entregaría mi hija al chamán ablativo, singular. Las lenguas son inocentes, a diferencia de lo que expresan.

Y, en contra de los espiritualistas que sienten en cada palabra el aliento divino, son también pura materia: no se destruyen, sólo se transforman. Es otra de las obviedades que cabe anotar aquí. La vida de un hombre no da para advertir las grandes mutaciones lingüísticas, pero sí para advertir muchos de sus eslabones. Un hombre —al menos el hombre moderno— no nace y muere en la misma lengua. Éste es un dato que los apocalípticos sentimentales, aquellos desesperados que vislumbran para los hijos de sus hijos un futuro donde ya no se hable catalán o español,^[97] tampoco quieren observar. La característica más sobresaliente de la última novela de Eduardo Mendoza es la reconstrucción lingüística de la posguerra barcelonesa en su fragmento burgués. Yo todavía he oído hablar como algunos de sus personajes a los porteros de hotel, a las tatas y a los pijos. Pero estoy seguro de que una parte de ese léxico, de esa formalización lingüística es ya irreconocible para mí. Ante determinados giros, o bien no distingo por completo las razones de su pertinencia o sólo puedo reconocer mi extrañeza. Acaso el diccionario me resuelva las dudas semánticas, pero no me traerá el eco de su sentido profundo, la compleja red de asociaciones tejidas, con deliberación o no, por el autor. Es verdad que mis dos abuelas hablaban, aparentemente, mi misma lengua materna, y que cuando oigo *aljofifa* o *pringuezorra* me acuerdo de ellas y me conmuevo. Pero mi lengua ya no es por entero su lengua y no deja de ser significativo que gracias a ese inexorable proceso de destrucción lingüística yo pueda recordarlas. En efecto: la activación del recuerdo se produce, justamente, gracias a la destrucción y al olvido. Gracias al hecho de que yo llame *bayeta* a la *aljofifa* puedo recordar a mi abuela. Si alguna vez mis hijos dan con *aljofifa* y acuden al diccionario no podrán recuperar con él más que el sentido inmediato de la palabra: no revivirán a sus bisabuelas. En cambio es probable que ante *bayeta* —imaginemos que ellos ya la llaman *vileda*— sí se les aparezca en un cabo remoto del tiempo la sombra entrañable de sus propias abuelas. Como siempre, la destrucción funda: por previo imperativo ontológico los recuerdos sólo se alimentan con materiales de derribo. La capacidad evocadora de una lengua depende de su capacidad para morir y nacer constantemente.

Al fin, una lengua no es más que quien la habla. ¿Desaparecerá el catalán, desaparecerá el español? Esas preguntas tienen la misma pertinencia y la misma inutilidad que preguntarse si los catalanes y los españoles van a desaparecer. En un caso u otro todo dependerá del mercado. Cuando salga a cuenta dejar de hablar y escribir en catalán o en español, así se hará. Y puede llegar un momento en que quizá ya no salga a cuenta llamarse catalán o español. Así se hará también. Las lenguas —o el nombre actual que les damos— pueden desaparecer. Más difícil parece, sin embargo, que desaparezca la cultura que han sido capaces de expresar. Hoy leemos a

Homero y a Tácito como si fueran nuestros contemporáneos. Y las previsible dificultades que tenemos para comprenderlos no radican en las lenguas en que escribieron, sino en nuestra personal ignorancia de la cosmovisión en que sus obras se generaron. En cualquier caso este tipo de preguntas —¿cuánto le falta al catalán para tumbarse, cuánto al castellano?— son recreativas si no se analizan con una perspectiva histórica suficiente. Si forman parte de nuestro presente, si están cada día en los periódicos, sólo es por razones meramente políticas. La verificación constante del estado de ánimo de las lenguas españolas no es nada más que una de las maneras principales con que se expresa el conflicto político de España, su ambición y su fracaso.^[98]

Vivo en una comunidad bilingüe y es probable que así viva siempre. Este bilingüismo tiene características singulares, ya que supone el uso de dos lenguas que se parecen mucho.^[99] Mi experiencia con el bilingüismo —que arranca del final de la adolescencia— ha sido muy positiva. No quiero generalizar. Pero sí diré que ha sido decisiva a la hora de formalizar mi modesta conciencia lingüística. El presente lingüístico en Cataluña para alguien que se dedica a la escritura, y a la escritura periodística en particular, permite la observación de ciertos fenómenos de interés. Uno de ellos es la disociación casi continua entre la lengua oral y la escrita. La mayor parte de mis actos lingüísticos orales se producen en catalán —que es la lengua de uso corriente en mi trabajo— pero su escritura es casi siempre en castellano. No creo que se trate de una ventaja, con franqueza. He trabajado en diarios escritos en catalán y como es lógico esa disociación la experimenté mucho menos: los que en Cataluña hablan en castellano, hablan poco. No creo que haya dudas a la hora de considerar que es mejor escribir en la misma lengua en que se habla. Pero la proximidad léxica y morfosintáctica del castellano y el catalán facilita el trabajo y permite mantener casi siempre la certeza de que se está utilizando una lengua viva. A veces, sin embargo, se dan hechos meditables y reveladores. El presidente Pujol, que practica el insulto político con una habilidad pasmosa —siempre consigue hacer creer que los que insultan son los otros—, dice por ejemplo: «Als socialistes els envieu a la merda de dos en dos». No hay problema: «A los socialistas los enviáis a la mierda de dos en dos».^[100] Pero al mes siguiente dice: «El PSOE y el PP són una colla de ximplers».

El pánico se instala en las redacciones. ¿Colla? ¿Grupo, hatajo, partida? ¿Ximplers, ximplers? ¿Bobos, tontos, simples? Los periodistas, sobre todo en los asuntos secundarios, mostramos un conmovedor puntillo: queremos afinar al máximo. Podríamos traducirlo, y acertaríamos, por *partida de tontos*. Pero en el oasis catalán nadie dice eso. Y es verdad: en el oasis se dice, como máximo, *colla de ximplers*. Hacerle decir a Pujol *partida de tontos* suena de un castizo insoportable. Aunque eso sea justamente lo que les ha dicho el castizo. En las redacciones catalanas, siempre autocontroladas, se vacila: «En Madrid pensarán que Pujol los insulta, cuando en

realidad sólo les ha dicho *colla de ximples*». Y vuelven al diccionario y en el diccionario están hasta que la hora del cierre soluciona tajantemente todos los problemas. La pregunta, más allá de las menudencias analíticas que siempre procura la observancia del chapoteo en el oasis,^[101] es ahora la siguiente: ¿por qué los diarios catalanes que se escriben en castellano no incluyen, cuando la ocasión y las angustias lo aconsejen, palabras y expresiones catalanas? ¿Por qué ese miramiento absurdo que no se tiene a la hora de incluir *software* o *décalage* o tantas otras? ¿Por qué ese empeño obstinado —los ejemplos podrían ser muy numerosos también a la inversa— en contrariar la naturalidad lingüística, aun en sus aspectos más anecdóticos, menos conflictivos?

El bilingüismo tiene también una activa y metafórica traslación moral. Nada importante de España puede explicarse sin Cataluña y nada importante de Cataluña puede explicarse sin España. En este momento, las cosas están así y van a seguir así durante mucho tiempo. Mejor acostumbrarse con rapidez y acabar rápidamente con estos años absurdos que han pretendido explicar la historia catalana al margen de la historia española o registrar la evolución de la literatura escrita en catalán —desde los puntos de vista conceptual y estilístico— sin contar con la literatura escrita en castellano. Mejor acabar de una vez y pronto con la zozobra terminológica: y hablar de la literatura de Marsé, Vázquez Montalbán, Azúa y Mendoza en los precisos términos que reclama: como literatura catalana.^[102] Han nacido aquí y viven aquí. No hay que darle una sola vuelta más. Cuando los problemas parecen poéticamente irresolubles hay que acudir siempre a lo administrativo: «¡Ministración, ministración, ministración!» es el grito. A veces, producto de esta estúpida confusión en la que hemos perdido tantas horas de nuestra juventud, se acude a los temas de esos escritores para justificar su pertenencia. Se preguntan los bienintencionados: ¿pero cómo no van a formar parte de la literatura catalana si nadie como ellos ha descrito literariamente los últimos años de la capital de Cataluña, si sus temas, si sus personajes, si su poética es completamente catalana? Muy bien: ¿y qué es Ana María Matute, entonces, cuya última y extraterritorial poética comparte tantos rasgos con la de Tolkien? ¿Y qué dice la biografía del músico Jordi Savall? ¿O la del arquitecto Sert? ¿O la del pintor Tàpies? La transparencia de lo administrativo es deslumbrante: además de catalanes son españoles y forman parte también de la literatura —y de la cultura— española, como Quim Monzó o Pere Gimferrer: no es descartable que algún día haya algún escritor catalán que comparta con Octavio Paz tres características: escribir en español, no haber nacido en España ni vivir en ella y no formar parte, en consecuencia, de la literatura española: pero ese momento administrativo no ha llegado.

En Cataluña se hablan y se escriben el catalán y el castellano. Eso es lo que sucede ahora y eso es lo único que me interesa. Tres millones tienen a una lengua como lengua primera y otros tres tienen a la otra. Nadie va a renunciar a sus herencias. Los tres millones de castellanohablantes no ejercen —para simplificar— el

poder económico ni el político ni el cultural. Pero su lengua es mucho más poderosa —en términos de mercado global— que la otra. Los catalanohablantes no ignoran esto, pero quieren hacer compatible la disposición del mercado con la disposición de los sentimientos. No es un asunto sencillo. En especial porque los catalanohablantes no van a poder hacer con la lengua lo que no han podido hacer con la economía o con la política. Es decir, no van a poder ejercer el poder con toda plenitud: habrán de compartirlo. Ésa es la cruz, y tal vez también la delicia, del pleito español. Durante estos últimos quince años de dominio nacionalista, Cataluña ha vivido en una situación culturalmente anómala. La cultura de expresión castellana no ha gozado del apoyo público: ni los libros, ni el teatro, ni el cine, ni las revistas, ni los medios de comunicación. Por supuesto, eso no ha provocado, ni remotamente, que la lengua castellana estuviera en peligro en Cataluña. Le basta para sobrevivir santamente con las disposiciones del mercado. Quien se ha resentido de todo eso ha sido el conjunto de la cultura catalana. La lengua castellana no peligra porque nunca un teatro público catalán haya producido —y muy pocas veces haya programado— un clásico castellano: no peligraría la lengua inglesa si no se programara a Shakespeare. Tampoco peligra la lengua castellana porque muchos estudiantes extranjeros eviten venir a las universidades catalanas en razón de las dificultades lingüísticas suplementarias, reales o imaginadas, pero de efectos concluyentes.^[103] Tampoco peligra la lengua castellana porque en los planes de estudio se practique la discriminación positiva con los escritores catalanes y así Narcís Oller devenga en el imaginario de un escolar catalán más importante que Baroja. No peligra la lengua castellana porque Barcelona haya dejado de ser alguien en el mapa de la producción audiovisual española. Quien peligra somos nosotros, catalanes. Y los que más peligran, según sentencia del tiempo, son los más débiles. Pocos días antes de la última Navidad asistí a un espectáculo inolvidable. Una representación de *La extraña pareja*, la comedia de Neil Simon que lleva casi tres años en cartel en Barcelona. Lo inolvidable no fue, desde luego, la exhibición zafia y vulgarísima que se daba en el escenario, sino lo que sucedía en la platea rebosante. Cuando los actores introducían en sus diálogos en castellano alguna expresión catalana, el público reía a mandíbula batiente. No se trata de una gran novedad. En la dictadura también sucedía. Entonces las gentes se reían del catalán porque les parecía paleta. Hoy se ríen del que manda. Crean tomarse su venganza privada sobre el que manda. Pero al que manda le resbala por su espalda de hielo esa risa de ingenua subversión. El que manda sabe que ese público sólo consume teatralmente en su lengua esto: *La extraña pareja*, esa degradación. Que vayan riendo.

Creo, sin embargo, que este paisaje está en trance de cambio. Los síntomas de fatiga son múltiples y son percibidos, incluso, por algunos dirigentes del nacionalismo. La lengua catalana no puede tener una fuerza mayor que la que el propio país es capaz de generar de una manera natural. El fracaso político de Cataluña —como lo entienden los nacionalistas— no puede escamotearse con una

pírrica victoria lingüística. Convendría que fuéramos viendo en qué lugar estamos y de qué fuerzas reales disponemos. Convendría empezar a pensar lo que decimos, después de tantos años pensando en qué lengua lo decimos. Convendría acabar con este consenso patriótico que ha esterilizado el pensamiento crítico —el pensamiento — en Cataluña y que ha hecho posible la hegemonía de una política desprovista del principio de realidad, reaccionaria y vulgar. Convendría rasgar de una vez el vel de Maia dispuesto por el brahmanismo catalanujo. Convendría que alguns mots desapareciesen: Contra Catalunya, por ejemplo.

PROPUESTA DE INCORPORACIÓN AL MUSEO

Los ensayos no aportan pruebas; al contrario, iluminan dudas. El ensayo es el género que más ha contribuido al escepticismo y a la descatalogación de la vida.

ERNESTO GIMÉNEZ CABALLERO

En la primavera de 1995, la Generalitat inauguró el Museu d'Història de Catalunya. Invirtió unos cinco mil millones en el trabajo de adecuar los Almacenes Generales del Comercio, un noble edificio construido por Mauricio Garrán junto a los tinglados portuarios. Prefirieron inaugurar ese museo antes que acabar las obras del Museu Nacional d'Art de Catalunya (MNAC), completar la reforma de la Biblioteca de Catalunya, o abrir al público el Teatre Nacional, para poner tres ejemplos reveladores entre muchos otros posibles. En la ciudad apenas hubo debate sobre esos planes antes de que se materializaran y una vez alzado el templo casi ninguno de entre los fieles osó pronunciarse críticamente. A lo más que se llegó fue a considerar, con inmóvil fatalismo, que la construcción de ese museo estaba cantada, viniendo de quien venía la idea y teniendo quien tenía la potestad de hacer y deshacer en el país. No escuché tampoco a nadie que propusiera investigar las últimas iniciativas de ese tipo que hubieran tenido lugar en nuestro mundo para saber si el museo respondía a una determinada sintonía común o era otra de nuestras encantadoras arbitrariedades. En realidad no escuché nada. Las autoridades cortaron las cintas el día que fue menester hacerlo y los periódicos subrayaron el gesto.

El museo es una inutilidad perfecta, un derroche, una medianía. Por todo ello resume a la perfección lo que han sido, respecto a la cultura, estos quince años de gobierno nacionalista, su fenomenal atraso. Sin embargo, dentro lleva algo más, que es valioso: lleva la mirada que un grupo de catalanes, los que hoy imponen su hegemonía transversal, se dirigen a sí mismos. Nada real, nada importante, nada trascendente enseña ese museo sobre la historia de Cataluña. Pero descompone y hace inteligible, a poco que uno se fije, una de las claves profundas de nuestro presente.

Yo viví sobre el último rescoldo de la dictadura de Franco. Nadie se quería entonces en España. Sobre el presente español sólo era posible echar una mirada triste y sucia. En ese tiempo de mi primer uso de razón España y con ella Cataluña sólo tenían motivos de vergüenza. Hacía mucho que los vencedores habían abandonado la declamación feliz de su orgullo. En realidad, ese orgullo apenas les duró: sobrevino en seguida la secreta humillación de haber vencido y la constatación de que era imposible construir el mundo nuevo al que aspiraban sobre el cimiento de miles y miles de cadáveres que continuarían calientes durante mucho tiempo. Las ciudades españolas, Barcelona y Madrid, principalmente, habían recibido a finales de los sesenta el embate definitivo del desarrollo: el progreso y la emigración campesina

las abrió en canal. Barcelona conservaba todos los rasgos de su condición provinciana: menos el encanto. Cualquier posibilidad de ser feliz entonces en España pasaba, para nosotros, por dejar de ser de aquí.

La avería final del franquismo produjo efectos revitalizadores, pero también alucinógenos. Durante algún tiempo, tuvo vigencia un cierto —y laico— orgullo español, basado en el carácter pacífico de la Transición a la democracia. Se exhibió, ese orgullo, en los departamentos de Ciencias Políticas de algunas universidades remotas; con él se intentó dar alguna lección, primero en Sudamérica y luego, mucho más tarde, en el este de Europa, y bien es verdad, en fin, que se extendió por España un moderado sentimiento de satisfacción a causa del hecho —indudable— de que el cainismo como método había sido apartado de los problemas de la gobernación. He de decir que el orgullo jamás degeneró en patriotismo y mucho menos en nacionalismo más o menos empalagoso, más o menos tronante. La satisfacción colectiva —un asunto de globalización dudosa: siempre hay votos particulares que oponerle— y el propio patriotismo sólo degeneran en nacionalismo cuando hay un enemigo en lontananza. El nacionalismo sin enemigos es una chinoiserie del espíritu. España no tenía entonces enemigos: ni fuera ni dentro. El mundo saludaba con esperanza el cambio político y las regiones españolas sabían perfectamente, amparadas en el pacto de la Transición, que su autonomía era garantía de la propia democracia. Desde la Transición hasta el día en que escribo, las oportunidades de que España se haya sentido satisfecha consigo misma —antropomorfizo en pura terminología nacionalista— han sido varias. También, es justo decirlo, las oportunidades para la depresión y la vergüenza. Sin embargo, ni la constatable mejora en muchos de los indicadores que nos aproximan de manera abstracta al tono vital de un país ha producido grandes emociones colectivas en torno a la circunstancia de ser español —cierto: está el rotativo que clama «¡España, España!», a la menor palpitación, pero el fenómeno es tan pintoresco como el léxico y la sintaxis de su director—, ni el pasmo de observar cómo los pícaros habían llegado a la cumbre de la Guardia Civil y del Banco de España degeneró en grandes desgarrs, manifiesta pesadumbre noventayochista o colas en los negociados para reclamar el estatuto de apátrida. El otrora temible nombre de España ya no produce más que una feliz indiferencia. Su capacidad de convocar asentimientos o desprecios generales es también muy limitada. Que los catalanes no se sientan profundamente implicados ni siquiera ante un intento de golpe de Estado como el del 23 de febrero o que hayan reaccionado con letal displicencia —aquests de Madrit...— ante la última formalización de la picaresca resulta comprensible. Pero es que ni el presidente de una Cantabria o de una Castilla cualquiera se siente en realidad implicado: él dice yo a lo mío que ya es mucho, y en realidad no deja de tener razón. Si ése fuera el único tono vital audible en España, España sería hoy un país bueno para vivir, para estudiar, para trabajar y para gozar. Un lugar abierto, sureño y caldeado, sin ruido de patria, donde los pocos patriotas que quedaran despertarían la misma inofensiva melancolía

que un salacot u otro bibelot cualquiera del remoto imperio.

España ya no genera ruido de patria, pero Cataluña, en estos últimos quince años, apenas otra cosa ha generado. No se trata de tambores, ni de clarines, ni siquiera de himnos trémulamente entonados. Se ha tratado, se trata, de una sonsònia: penetrante, continua y monótona. Va repitiendo, en cualquier circunstancia, con la menor excusa, que este país y aquellos de sus habitantes adheridos forman un nirvana provincial donde el error o el mal sólo se apoderan de los otros. No hay novedad: en torno al oasis no se extiende más que desierto.

La salas del Museu d'Història de Catalunya han sido organizadas desde esta concepción del presente y lo resumen con una concisión y una transparencia muy estimables. No hay en la iconografía dispuesta grandes asperezas retóricas. No es un museo que pueda ofender a nadie, ni aun investigando en sus zonas nacionalmente más erógenas. Su discurso es de una liviandad ingenua en muchas de sus fases: una muestra casi continua, al fin, de su propia irrelevancia. Sin embargo, en la puerta de salida, espera una pregunta objetiva, una pregunta que cualquiera puede hacerse a poco que se evite el deslumbramiento patriótico: ¿cómo es posible que un país poblado de gentes tan lúcidas, cabales, nobles y valerosas, que ha presentado una superioridad tan manifiesta respecto a sus vecinos cercanos, cómo es posible, siendo tan inocente y surcado como está por la razón y el buen gusto, que ese país de museo haya perdido todas las batallas decisivas de su historia? Esa pregunta, desde el nacionalismo, no tiene respuesta posible. En algún momento de cualquier ensayo de respuesta se habrían de admitir al menos dos hipótesis: que los catalanes implicados desde el albor del tiempo en la construcción de la razón nacionalista cometieron errores, errores propios, achacables a su ingenuidad, a su falta de preparación cultural, política, económica, a la debilidad intelectual o fáctica de muchos de sus proyectos; y se habría de admitir también una segunda hipótesis: que tal vez para muchos catalanes —presentes en la tierra fuese durante el reinado de Felipe V, fuese durante la dictadura de Franco— algunas derrotas históricas no fueran tales. Pero el nacionalismo catalán, al menos este nacionalismo cuya apoteósica construcción me ha tocado vivir, no puede admitir ninguna de estas dos hipótesis sin poner en peligro su propia supervivencia. En la historia que presenta el museo —es decir en la historia oficial de Cataluña— no hay siquiera aquello que cualquier nación debe ser capaz de enseñar a sus niños: reyes malos o hechizados o corruptos, negras leyendas de crueldad o de incompetencia, torvos traidores enquistados en el pespunte de la patria. El malvado oficial de Cataluña se llama Antonio López y López. Es el único de los múltiples negreros catalanes que se señala con el dedo: y es que nació en Comillas.

Pero ya digo que en el eme-hache-ce no está tanto la historia como el presente. Por eso, ocurra lo que ocurra en el futuro con las hegemonías sociopolíticas en Cataluña, yo lo mantendría inmutable, como las casas de ceniza de Pompeya: así se vivió y así se pensó.

Los últimos veinte años del siglo pasarán a la historia de Cataluña como los de la

hegemonía del pujolismo. Lo son, por supuesto. Pero esa hegemonía, que ha supuesto una desertización del espíritu crítico, un mortal aburrimiento polémico, una degeneración de las formas de pensar, de escribir, de autonarrarnos, en fin, no habrían sido posibles sin la colaboración de muchas gentes de la izquierda y de sus partidos. Ellos han legitimado el pujolismo y le han dado —por activa o por pasiva— su verdadero carácter nacional. Ya he insinuado algo sobre la actitud psicológica de muchas de esas gentes: veían en el horizonte el fin de su vida activa y sólo habían reunido derrotas en la acción y en el pensamiento. Alguna vez hay que ganar, aunque sea por persona interpuesta (Pujol por cualquiera de ellos) o por concepto interpuesto (la Nación por su fracasada Revolución). Sólo hace falta subrayar algo hiriente: en casi veinte años de pujolismo las únicas correcciones de un mínimo interés sobre el magma espeso y axiomático del nacionalismo las han protagonizado, en mayor o menor medida, estos tres hombres: Aleix Vidal-Quadras, Josep Antoni Duran i Lleida y Àngel Colom i Colom. Aun escrito, cuesta creer que así hayan pasado veinte años.

El epílogo a este libro coincide con los primeros augurios más o menos fiables sobre el epílogo del pujolismo. Sin otra razón de momento que el avistamiento del fatal hecho biológico, sin más estrategia que una fantasmagórica invocación de la fantasmagórica política italiana, sin que aparezca un ápice siquiera de renovación en su discurso intelectual, la izquierda catalana cree que ha llegado su hora. Tal vez sea así, simplemente porque las horas pasan. Pero el problema de la izquierda catalana ya no es sólo ganar unas elecciones, tan a fondo ha llegado en su desgracia, sino restablecer aquí un clima moral e intelectual que parece perdido. El escritor Jesús Pardo, en *Autorretrato sin retoques*, ese libro de memorias tan raro e incorrecto —un ejemplo cierto de la literatura que hoy no puede escribirse en Cataluña— describe con estas palabras el estupor franquista de Santander, la ciudad donde nació: «Una masa cuyo ideal era ir al cine los domingos, tener tres trajes en el armario y, sobre todo, no llamar la atención: algo decía a su conformismo instintivo que diferencia sonaba peligrosamente a disidencia, y tan insólita era la expresión de opiniones que una crítica de arte publicada en *Alerta*, el periódico local del Movimiento, causó estupor porque en ella se osaba juzgar con severidad al pintor; todos vieron tres pies a un gato que no los tenía, y la exposición estuvo recelosamente desierta durante dos o tres días». El problema contemporáneo de Cataluña es el mismo que el del Santander levítico. En realidad, el problema de Cataluña no es lingüístico, ni político, ni social. El problema mayúsculo es la extensión del canon, del canon de lo nacionalmente correcto, a todos los ámbitos de la crítica política y cultural. El problema, en fin, no es que los grandes asuntos del debate catalán se lacren con cuatro barras de sangre ya muy mineralizadas. No: el problema son, pongamos, las críticas de arte: este aire de fatal asentimiento indiferente. «Órgano que no se usa, órgano que se atrofia», sentencia la experiencia fisiológica. Pero la impasible inteligencia catalana sigue en su lugar. Hace algunos años Josep Maria Colomer, el politólogo —autor de *Contra los nacionalismos*, una de las más tempranas y lúcidas denuncias del nacionalismo

finisecular—, me explicaba por qué había rechazado una propuesta de colaboración periodística: «Quieren que escriba sobre temas catalanes. Les he dicho que no, porque no hay nada que escribir». Es la descripción más absoluta que he escuchado sobre el fracaso cultural —nacional— de Cataluña.

Necesita decir algo nítido: no va más. O sea, desplazar al nacionalismo del centro del debate político y cultural de Cataluña. O sea, anunciar en la golosa proximidad ritual del tercer milenio que los problemas importantes de los catalanes ya no dependen del pleito entre Cataluña y España, que el pleito está acabado. Al menos que está acabado para los próximos cincuenta años. Se trata de una precisión meramente personal: es que aspiro a vivirlos.

El catalán actualmente existente lleva, como el coche de algunos recién casados, una ristra de latas. Adonde quiera que va le acompaña esa murga. Cualquier movimiento que haga, esa murga lo juzga. Así, el catalán actualmente existente ha optado por quedarse quieto. Por no molestar, los espíritus gregarios. Por evitar el mareo, los espíritus sensibles. El catalán actualmente existente tiene su metáfora y su símbolo —el Museu d’Història de Catalunya debe trabajar para incorporarlos prontamente a una de sus salas— en esa colección de mimos que se apostan inmóviles, a todas horas, en las Ramblas de mi ciudad. La única de sus ambiciones es que ni su respiración se advierta. Es un trabajo duro. Entumece. Lo peor tal vez sea esa vejez prematura que presagia. O las burlas de los niños, libertinos incapaces de apreciar el esfuerzo y la sutileza de la pose. En recompensa a su virtuosismo, los paseantes les echan monedas. Menos mal que el negocio va francamente bien.

Barcelona, invierno de 1996



ARCADI ESPADA (Barcelona, España, 1957) es periodista y colabora con el diario *El Mundo*.

Anteriormente había colaborado con *Mundo Diario*, *El Noticiero Universal*, *La Vanguardia*, *Diario de Barcelona* y *El País*. En su faceta política, además de ser miembro de ¡Basta Ya!, fue uno de los promotores de la plataforma cívica Ciutadans de Catalunya, que promovió la creación del partido político Ciudadanos. Posteriormente se mostró muy crítico con Albert Rivera. Durante 2007, Espada apoyó activamente la creación del partido UPyD. En 2014 fue una de las caras visibles de Libres e Iguales.

Entre sus libros figuran *Contra Catalunya*, *Raval*, *Diarios*, *Notas para una biografía de Josep Pla*, *Ebro/Orbe*, *En nombre de Franco* y *Diarios de la peste*.

Notas

[1] Eduardo Tarragona (Balaguer 1917) se hizo famoso en Cataluña por las dos campañas electorales que le llevaron a ser procurador en Cortes por el tercio familiar. Su eslogan *Al pa pa i al vi vi* inauguró una retórica electoral basada en el refrán o la sentencia breve que luego ha tenido continuidad. *Clar i català* y *Fem i farem* son dos ejemplos inevitables. <<

[2] Anagrama ha publicado algunos de sus libros. Todos extraordinarios: *El Emperador*, *El Sha*, *La guerra del fútbol*, *El Imperio*. <<

[3] Por desgracia, nadie que yo conozca se ha dedicado todavía a formalizar un estudio convincente sobre el particular. La ignorancia de la literatura catalana en España es formidable, aunque aún inferior a la terca voluntad de los investigadores catalanes de subrayar la autonomía estilística y conceptual de la literatura catalana, y de reducir a la mínima expresión posible las contaminaciones españolas. Cabe esperar que Xavier Pericay y Ferran Toutain, autores de *El malentès del noucentisme*, se decidan a hacer algo similar, como insinúa la lectura —tal vez interesada— de las primeras páginas de ese libro agudo y renovador. <<

[4] De todos modos el «Avui no toca», como clave y símbolo de una subordinación, nunca ha parecido preocupar en demasía a los profesionales catalanes. Al menos a sus representantes corporativos. El Col·legi de Periodistes de Catalunya se ha distinguido siempre por su celo deontológico, y de su laboratorio han salido códigos y más códigos en defensa de la presuntamente maltratada ciudadanía, pero jamás una sola reflexión de alcance intelectual o práctico sobre la subordinación espiritual —dejémoslo así— de buena parte de la prensa catalana al establishment pujolista. El celo deontológico, además, no deja de causar asombro a un frío observador de las cosas. Su última formalización, ese Consell de la Informació de Catalunya, que ha de velar porque los periodistas patrios no incurran en un mal modo supone algo parecido a la recomendación del Sexo Seguro. Pero pregonado —y ahí está su novedad— a gentes que no lo practican, el sexo. <<

[5] «Hay que tener en cuenta que, a veces, *escribir bien* puede ser escribir como un hortera. A menudo me lo digo a mí mismo.» Paul Léautaud. <<

[6] Una mañana de otoño del año 1995, cuando ese rumor estaba en su punto álgido, en la plaza Adriano de Barcelona se dio una coincidencia inolvidable. Yo seguía aquella mañana los pasos de Marta Ferrusola para poder explicar luego en una crónica cómo hacía propaganda de su partido para las elecciones municipales. La señora Ferrusola entraba y salía de las tiendas a buen paso, y con amabilidad y carácter trataba de convencer a los ciudadanos. Yo procuraba mantenerme a su lado, como una lapa, porque los mejores párrafos están siempre a esa distancia. De pronto, una señora ya muy mayor la paró en medio de la calle.

—Marta, Marta, escolta, et votaré, i tant que et votaré. Ja tinc la papereta.

—Doncs moltes gràcies, senyora. Ens en calen moltes com vostè.

—Bé, cuida't molt i cuideu molt a la meva neboda, que treballa amb vosaltres.

—I qui és la seva neboda?

La mujer dijo entonces el nombre de la supuesta amante del presidente. Durante un segundo muy largo, como en las novelas, Marta Ferrusola y yo nos miramos. Aunque no pestañeó, su mirada tenía un tono de dura interrogancia. Luego, con serenidad, volvió a la mujer y le contestó:

—Així ho farem, senyora. I moltes gràcies. <<

[7] Pero no puedo evitar copiar estas palabras. Las pronunció Jordi Pujol el 24 de mayo de 1984, en el primer acto de adhesión que recibió tras la presentación de la querrela de Banca Catalana y pocas semanas después de su triunfo electoral: «Esta victoria nos la quieren confiscar, destruir, y quieren destruirnos a todos. Esto no afecta tan sólo a las personas contra las que se han querellado, sino que afecta a todo el pueblo de Cataluña. Nos quieren hacer perder la ilusión, la confianza, la esperanza, el equilibrio, la serenidad, la tranquila decisión de trabajar cada día ilusionadamente».

<<

[8] «Y Caifás, uno de ellos, sumo pontífice de aquel año, les dijo: “Vosotros no sabéis nada; ni pensáis que nos conviene que un hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación se pierda”.» Evangelio de San Juan, capítulo 11, versículos 49-50 (cortesía bíblica de Joan Ferraté). <<

[9] «La actitud de Chaslin responde a la altanería del colonialista, que sigue siéndolo y aún no se ha enterado. Reivindica algo más que la *espagnolade*: el paisaje del dolor, de la miseria, del subdesarrollo enquistado, para seguir contemplándolo con deleite, paladeando el goce que le produce dar aún con ese exotismo que no halla en su entorno, pero con la condición de regresar luego a su paraíso, en donde vive y quiere seguir viviendo.

»Una actitud, en fin, que no es nueva. En tiempos, cuantos se apuntaban a lo que se conocía como la *tourné des grands ducs* eran más honrados, pues si bien se reconocían encantados con la contemplación de aquellas emociones fuertes, no teorizaban ni defendían ante sus audiencias que aquella ciudad y que sus gentes permanecieran encadenadas al drama.

»Lo sorprendente es que no faltan indígenas que, quizá sin percatarse, mantienen posturas algo parecidas a la de Chaslin. Las razones con todo, son distintas, pues lamentan, pongo por caso, que el paisaje del Chino o del Raval de su juventud haya desaparecido. Un cierto romanticismo o una añoranza del ayer sitúa a estos críticos en una posición matizadamente distinta, aunque la verdad es que también la formulan desde la confortable distancia física, económica y social». Lluís Permanyer, *La Vanguardia*, 12 de julio de 1996. <<

[10] «Decía un retórico de tiempos pasados que su oficio consistía en hacer que las cosas pequeñas pareciesen grandes y así las encontrasen los demás. Es un zapatero que sabe hacer zapatos grandes para pies pequeños.» Montaigne. <<

[11] Con el futurismo se han dado varios equívocos. Uno de ellos está en la propia denominación del movimiento: el futuro no era su tema, ni su ismo. No había, en su propuesta, más tema que el presente. Llevar el arte al presente fue su emblema fascinante y fracasado. Se trata del mismo objetivo que un día —ya muy remoto— tuvo el periodismo: llevar la literatura al presente, dejar al poeta en su ascesis seminal y acercarse a comprobar los movimientos del ingeniero. <<

[12] El *Diario de Barcelona*, decano de la prensa continental, fue creado en 1792. En el siglo XIX fue adquirido por la familia Brusi y de ahí el nombre con el que era conocido popularmente. <<

[13] En castellano, *jugo*. Una de las dos formas abreviadas —la otra es *pesuc*—, de nombrar al Partit Socialista Unificat de Catalunya, el partido que fue de los comunistas catalanes, fundado en plena Guerra Civil y cuya actividad fue durante la posguerra la señal más evidente del antifranquismo. <<

[14] La urbanización de la plaza de la Palmera en Barcelona fue una de las primeras obras del Ayuntamiento democrático, elegido en 1979, y encabezado por Narcís Serra. Esa urbanización contó con la instalación de un muro que dividía la plaza en dos mitades, obra del norteamericano Richard Serra, ni especialmente vulgar ni especialmente afortunada, que originó críticas —explícitas o no, pero siempre muy reaccionarias—, en sectores de la izquierda tradicional, anticipo de las que algunos meses después se desencadenarían en torno a las llamadas *plazas duras*. <<

[15] En *Autorretrato sin retoques*, las excelentes memorias de Jesús Pardo, hay una descripción del franquismo tan dura como inteligente. Una descripción que lejos de poner el acento en el lugar común —y falso— de la maldad intrínseca del sistema acude, como no puede ser de otro modo, a las conductas individuales. Es decir, allí donde la honradez dialoga con la corrupción. Es en esa descripción de las conductas donde cabe mirar si es que se quiere ver algo. De este modo uno puede escandalizarse, sin duda ninguna, por el comportamiento del cuerpo diplomático español en la Gran Bretaña, que al decir de Pardo obtenía la renuncia de muchos diputados británicos a poner en apuros al régimen franquista mediante la contrapartida de chalets en la Costa del Sol, viajes sin límites de gasto o dinero contante y sonante. Era un comportamiento aborrecible. No sé si más el de los diplomáticos o el de los diputados británicos, democráticamente electos y laboristas muchos de ellos. <<

[16] Santiago Rusiñol tenía ya a la vista la ciudad de Olot y sin mediar otra palabra mandó que la tartana diera la vuelta. «He venido a pintar los campos», explicó, «y resulta que los campos están llenos de *vayredas*». <<

[17] Milan Kundera: «Nada hay más insensible que un hombre sentimental». <<

[18] Con una alta excepción: Lluís Permanyer. <<

[19] «La manipulación de las vidas de las personas mediante el manejo hábil de la lengua es algo que se produce en muchos lugares del mundo. El *nukespeak*, el lenguaje que se utiliza para referirse a los dispositivos nucleares, constituye un ejemplo bien conocido. Ya nadie habla de *bombas nucleares* o de *armas nucleares*. Los políticos prefieren hablar de *armas disuasorias* o de *escudos nucleares*. Recientemente se ha llamado *assets*, *activos*, a las mortíferas armas de la *Guerra de las Galaxias*. No se trata aquí de que esos dispositivos sean útiles posesiones o no. Lo que importa es que mucha gente no se da cuenta del peligro potencial que entrañan a causa del lenguaje tranquilizador que se utiliza intencionadamente para describirlos. A largo plazo, podría ser más importante detectar ese tipo de manipulaciones que preocuparse por si la palabra *media* debe considerarse singular o plural.» Jean Aitchison, *El cambio en las lenguas*, Editorial Ariel, págs. 247-248. <<

[20] En el Lázaro, entrando siempre con las croquetas de jamón. En el Bistrot 106 cuando Christian pronuncia el abracadabra «Te voy a dar de probar». En el Hispania, al tiempo que Paquita Reixach deja caer el aceite sobre los guisantes y prorrumpe en dramáticas acusaciones contra el extranjerismo. Y en incontables restaurantes de viaje, porque viajar extiende siempre una muy grata plusvalía sobre el ánimo. <<

[21] En las ciudades, los ricos suelen vivir en los lugares más hermosos y aireados. En el campo, sin embargo, la destrucción protagonizada por el turismo ha tenido un manifiesto tinte igualitario. Uno puede desertar —si puede— de los arrabales periféricos: allí están los pobres y no es imprescindible verlos. Sin embargo, la atroz fealdad del paisaje turístico catalán afecta a todos por igual. Uno puede hospedarse en el Santa Marta, de acuerdo, pero a pocos pasos está el Lloret inexorable: alguna vez habrá que ir a buscar algo a la farmacia. La desurbanización de la belleza ha sido tan rápida, tan extrema, que no ha respetado lo más sagrado: ni siquiera las clases sociales. Nada como el ocio, y como el ocio catalán, para encarnar la tenaz utopía igualitaria. <<

[22] Por supuesto que está el señor Subirós, del Motel y del Almadraba. Y está —o estaba— el Trias de Palamós y el Llevant de Llafranc. Y Can Borrell, de Meranges: el único lugar de la Cerdanya donde se encuentra lo que se espera. <<

[23] El Bulli no gusta al poder. Lo entiendo perfectamente. Voy a ser sectario: al poder le gusta El Racó de Can Fabes. Ya desde el puro y mismo nombre, le gusta. Al poder le gustan los discursos altisonantes de Santi Santamaria, llamado en el gremio el Rankxerox. El poder lleva mal que Ferran Adrià, uno de los dos genios de El Bulli — respetaré el apego a la discreción del otro no citando su nombre— declare que en un mundo donde es posible traer en 24 horas una especia de Ceilán el sentido nacional de la cocina es muy discutible. <<

[24] Un clásico: Cerdà y su Eixample. Nunca se hubiera podido trazar ateniéndose a los principios inmediatos de la autonomía municipal. <<

[25] «Vaig entrar un dia en una església abandonada, prop de Berga, Pedret, de tres naus. Al fons, en una raconada de l'absis, hi vaig trobar unes pintures a la paret que em feren una gran impressió. Tornat a Barcelona, vaig explicar el fet als meus amics de la Junta de Museus. L'escepticisme fou total. No cregueren res del que deia. Ho consideraren una al·lucinació. Com que no es coneixien pintures murals de cap classe, en el país, consideraren que les meves afirmacions no tenien interès. Vaig insistir. Vaig dir i repetir que les pintures eren enormement interessants.» Josep Pla, *Tres biografies*, OC, volúmen X, págs. 230-231. <<

[26] Personas que aprecio y cuyo criterio técnico valoro insisten a su vez: ni previó el efecto ni nunca supo cómo corregirlo, la arquitecta. <<

[27] A pesar de eso no dudó en consagrar el Palau Nacional como sede del MNAC en su Pla de Museus de la Ciutat, un error tal vez fundacional. Las razones profundas de tal decisión no tienen que ver más que con la imposibilidad de apartarse un milímetro del planteamiento restauracionista. Igual que, como veremos, iba a respetarse fil per randa la ideología museográfica de Joaquim Folch i Torres lo mismo tenía que pasar con el edificio que la acogía. <<

[28] Yo lo celebré con ellos. Fui a Roma, en peregrinación, enviado por el *Diari de Barcelona*. En ese viaje conocí y traté con una de las meques importantes de la posguerra barcelonesa, luego peregrina. <<

[29] Consta que fue el entonces responsable de los museos municipales, Lluís Hortet, el que presentó Xavier Barral a Pere Duran. Antes había habido una reunión donde participaron el propio Hortet, los historiadores Joaquim Garriga y Milagros Guardia y Xavier Barral. A todos ellos les pareció muy bien el director in pectore. Con el tiempo —muy poco tiempo— sólo uno de ellos mantendría tan unánime opinión. <<

[30] Desde hace unos años Jordi Pujol ya no se llama, con aquella contención y honradez democrática de antaño que yo encontré siempre tan exportable, presidente de la Generalitat de Catalunya, sino presidente de Catalunya. <<

[31] A Eduard Carbonell le habían ofrecido con anterioridad el cargo, pero prefirió la dirección general de Patrimonio Histórico del Departamento de Cultura. Cuando empezó a observar el escaso peso específico que tenía en la política general del departamento, meditó sobre el error cometido y sobre cómo solucionarlo. Lo meditó con éxito. <<

[32] El premio a su actitud acabó haciéndose efectivo: hoy Joan Guitart, consejero pertinaz pero al final descabalgado, ocupa la presidencia del Patronato del museo. <<

[33] Lo dijo delante de mí, en una rueda de prensa histórica en la vida de los que asistieron. Pocas veces he tenido una visión más cachazuda y nítida de lo que debió de ser la democracia orgánica y sus parlamentos y sus procuradores. <<

[34] Xavier Barral, *El Palau Nacional*, MNAC, págs. 43-44. <<

[35] He viajado relativamente poco. Conozco relativamente poco otros países. Pero atravesaría a pelo la jungla si alguien me demostrara que Cataluña no es el lugar donde, de una forma más sistemática, extendida y violenta, los actores de una iniciativa cualquiera, después de tomarla, hacen balance por su cuenta delante de un público asombrado. Y el procedimiento sirve lo mismo para la categoría que para la anécdota. Si era el arte catalán el que debía autoadjudicarse, según el proyecto de Barral, un lugar en la tabla clasificatoria del arte occidental, también año tras año los responsables de la organización del Festival Grec convocan indefectiblemente a la prensa para decir: «El balance ha sido positivo». Año tras año, por cierto, los periódicos juzgan de interés reproducir esas clarividentes palabras. <<

[36] Los *ocupantes*, como gusta decir el nacionalismo de los vencedores de la Guerra Civil, nunca fueron tales. Los ocupantes eran carn i unglà catalana. Desde luego, no hubo que reclutar empresarios, políticos, hombres de cultura foráneos para que ocuparan los puestos de privilegio en la estructura económica, política, cultural y administrativa catalana del nuevo régimen. Bien al contrario: Cataluña exportó durante ese período y el resto del franquismo buena parte de prohombres para que se ocuparan de los negocios —incluso espirituales— del régimen. Como no podía ser de otro modo. En cambio, lo que sí hubo que importar rápidamente fue otro tipo de ocupantes, para que levantaran caminos, edificios y puentes. Como no podía ser de otro modo. <<

[37] Hoy se puede pensar que los *vencedores* se verían obligados, por decoro, a ocultar sus planes, a disimularlos bajo cualquier necesidad. Se olvida, quien piensa eso, de la poquísima necesidad de disimulo que observaron en otros ámbitos de la actividad cultural. En la saña tan eficaz que demostraron, por ejemplo, en arrancar las placas callejeras que rendían homenaje a desafectos, o en las disposiciones —incluyendo el «¡Habla cristiano!» rotulado con alquitrán— que prohibían el uso del signo de identidad más difundido de la nacionalidad catalana. <<

[38] A pesar de esa vecindad, investigúese la situación en los departamentos de filología catalana de las universidades. Cualquier estudio de literatura comparada es plausible: menos el que tiene a la literatura castellana como uno de los términos de la comparación. <<

[39] Josep Caminal, el actual gerente del Liceu, es un firme candidato a formar parte de la inexcusable asociación AVERGONZADOS Y TAN CAMPANTES que habría que constituir en Cataluña. Son gentes que mediante un pasmoso gambeteo a las circunstancias han hecho de la incompetencia virtud. Él y Narcís Serra —lo echó todo a perder y ahora ejemplifica la renovación en el PSC— habrían de dirimirse el liderato de la asociación, sin ninguna duda una de las más auténticas vías transversales de Cataluña. <<

[40] Pocos días después hablando del asunto con Oriol Bohigas, entonces concejal de Cultura, le pregunté sobre la pasividad de la Administración ante un incendio tantas veces anunciado. Y se me exclamó con muchas voces:

—¡Qué querías, que lo cerrara, que cerrara el Liceu...!

Le contesté, «exactamente», pero fue del todo punto innecesario. Sus palabras demostraban la gran distancia que va entre una boutade —por definición irresponsable— a las que Bohigas es tan aficionado y una decisión, una decisión fuerte, de alguien que ejerce el poder. Sobre la política cultural barcelonesa y catalana Oriol Bohigas ha escrito y ha dicho mucho, y a veces con sensatez. Cuando le tocó liderar esa política, ponerse al mando, fue incapaz de tomar una sola decisión trascendente. También por su carácter se quemó el Liceu. <<

[41] *El quadern gris, de Josep Pla*, Empúries, 1985. Lluís Bonada expone convincentemente que el hipotético cuaderno de juventud planiano fue reelaborado en la madurez del autor. La primera edición del texto en la Obra Completa lleva la fecha de 1966. Pla tenía entonces sesenta y nueve años. <<

[42] «Al capdavant, Pla sent el periodisme com una passió: com una passió incurable. Ni que volgués no se la sabia vèncer.» *Notes per a una introducció a l'estudi de Josep Pla*, en *El quadern gris*, OC, I. <<

[43] «La generació representada arquetípicament per Foix i Pla es caracteritzava per ser la primera generació d'escriptors catalans que va preferir la seva expressió personal per damunt de, diguem-ne, l'expressió d'una idea de servei al país i d'organització col·lectiva.» Gabriel Ferrater (citado en *El malentès del noucentisme*, de Xavier Pericay y Ferran Toutain, Proa, 1996). <<

[44] No sabemos qué novelas habría escrito Pla de no anteponer sus intereses individuales a los colectivos (aunque no cuesta imaginarlo); pero sí sabemos que el servicio patriótico (para los que crean en eso) de lo que ha sido al cabo su obra no tiene comparación posible en la literatura catalana del siglo. <<

[45] No hay a quien acusar de que los miles y miles de *Fulls de dietari*, de Carles Soldevila, que educaron —y no siempre con desmayada trivialidad— a tantas generaciones de la burguesía catalana, se resuman bibliográficamente en un magro centenar; de que no se puedan describir con garantías muchísimos detalles de la evolución de la prosa catalana porque la extraordinaria prosa periódica de Carner es muy parcialmente conocida; no hay a quien acusar de que las crónicas de guerra de Gaziol sean objetivo difícil de bibliófilos. <<

[46] Éste parece ser, al fin, el objetivo de algún docto investigador. A falta de leer su tesis, centrada en ese asunto y presentada en 1996 en la Universidad de la Sorbona, no hay duda de que el prólogo escrito por Xavier Pla a *Cartes a Pere* (Destino, 1996) abre una vía de investigación lúcida e interesante en el complejo magma planiano. <<

[47] Cristina Badosa tituló su tentativa biográfica: *Josep Pla: Biografia del solitari*. Se atuvo —«el solitari»— al personaje literario. Por eso su Pla es incompleto y falso: un hombre escaso, construido con la pobre noticia autobiográfica y con los retales rencorosos de la memoria de Adi Enberg. Refinada y póstuma venganza, en cualquier caso, la de la que fue su compañera: citada no más de un par de veces en la *Obra Completa* y sólo con la inicial de su nombre, cuando le fueron a preguntar por Pla respondió con la misma moneda. Ella tampoco pasó de las iniciales. <<

[48] «No ens obrim, no donem el que de debò tindríem a dir si ens obríem; sovint ni tan sols ens mirem, ni tan sols fem l'esforç, ni tan sols el propòsit, de dir el que hi ha de debò dins nostre. Venim, tant si volem com si no, d'aquella etapa que Xènius iniciava i que, empaitat ell, va ésser continuada amb el mateix esperit. Es la que ha produït un esplet d'investigadors erudits i d'historiadors admirables i ha polit la llengua literària en un grau extraordinari, però és també la que va estar a punt de matar la novel·la i ens ha deixat sense pensament veritable. Una altra raó és que vivim en un país petit, on tots ens coneixem per raons socials, privades o professionals, i tendim a aguantar un prestigi —tan sovint un mica precari—; això ens produeix una mena de contracció instintiva quan, en la conversa o escrivint, ens hem d'ensenyar tal com som. Repeteixo que no es tracta de fer confidències, però potser tenim massa, tots plegats, i jo el primer, una mena de temor implícit a allò que si surt bé ens presentarà com realment som.»

Que Maurici Serrahima es uno de los espíritus más finos de la literatura catalana moderna parece indiscutible. Su *Dotze mestres* es uno de los mejores ensayos literarios que se han publicado en el país. Sus textos autobiográficos, sin embargo, revelan, y a veces con patetismo, el mismo lastre a que alude su carta a Pla. La imposibilidad de abrirse, inscrita casi genéticamente en el escritor catalán. <<

[49] Los dos únicos versos inolvidables que escribió Josep Pla en su vida son éstos: «Mentre moria Aurora / sortia un sol radiant». No dudo que contemplándolos haya espíritus berroqueños que crean encontrar en ellos la prueba definitiva de la asentimentalidad planiana. <<

[50] Pla fue de los primeros —Gaziel es otro— que defendió la independencia y profesionalización del periodismo y que argumentó sobre la necesidad de que los periódicos no dependieran económicamente de los partidos políticos. <<

[51] El último análisis que conozco corresponde a *El malentès del noucentisme* (Proa, 1996), de Xavier Pericay y Ferran Toutain. La cita es larga pero aprovecha: «Durant molts anys, la imatge que s'ha tingut de Josep Pla és la d'un escriptor amb l'única preocupació formal de captar la llengua del poble, la qual s'hauria limitat a reproduir sense cap mena de meditació estètica o intel·lectual gràcies a la seva capacitat d'observació. L'efecte de facilitat que causa la transparència de la seva prosa és el que més ha afavorit aquesta mena d'interpretació *antiliterària* del seu estil. En aquest punt ens hem de tornar a referir a Gabriel Ferrater, que és qui ha sabut situar en el seu lloc la col·loquialitat de la prosa de Pla, absurdament confosa massa sovint amb l'absència de treball estilístic. Diu Ferrater que Pla és col·loquial en l'eliminació dels termes decoratius, en dos ordres diferents. Un fa referència al lèxic, a la liquidació definitiva del lèxic dels Jocs Florals (una bona part del qual, diguem-ho de passada, sobreviu durant el noucentisme); l'altra fa referència a un cert tipus d'estil metafòric, procedent de *l'écriture artiste* dels Goncourt, i molt practicat pels narradors modernistes que Pla vol evitar a tota costa. Perquè, a Pla, les metàfores li han de servir per precisar al màxim el sentit que vol transmetre i no per intentar sostenir un estil a base de no dir les coses pel seu nom». <<

[52] La ganó. <<

[53] Lo mismo pasa con el diario *Avui*. Ciertamente, en ese periódico me han insultado del tres y del revés y a veces con una cierta gracia. He lamentado la naturaleza — siempre anónima— de esa gracia: con gusto hubiera felicitado a su autor. Lo hubiera felicitado personalmente, por supuesto. Mi problema con el diario *Avui* siempre ha sido uno y escueto: que el público dineral invertido durante veintiún años no haya servido para hacer un buen diario. Pero la libertad es la primera condición del periodismo —y su disminución es la primera explicación de la decadencia del periodismo catalán— y los colegas del *Avui* nunca han sido libres. Alguno incluso ha vivido de perlas en ese estado encadenado. De sarna con gusto se trata. <<

[54] Mi impresión es que ese look ha perdido singularidad. Pero el momento en que empezó a aparecer Maria Gorgues en pantalla a dar las noticias, con su cabecita posmoderna y su aire involuntariamente cínico, fue inolvidable. Al otro lado, en el otro canal, aún se oía la laca fuerte de las permanentes irrompibles. <<

[55] Por si fueran pocas esas dificultades objetivas, recientemente se intentó el virtuosismo: las personas que en TV3 participen en magazines, talk shows y demás debieran poder expresarse en catalán, recomendaba la conclusión más llamativa de un simposium convocado el año pasado para analizar las relaciones entre la televisión y la normalización lingüística. <<

[56] El profesor Jaume Guillaumet, colega en la Universidad Pompeu Fabra, expuso hace un par de años en un seminario académico que reunía a profesores de Periodismo de Madrid y de Barcelona la necesidad de que todas las televisiones autonómicas españolas pudieran verse sin mayor dificultad técnica en cada una de las autonomías. Lo exponía en uno de esos momentos cíclicos de desencuentro entre Cataluña y el resto de España y con la voluntad, muy razonable, de que la televisión no sirviera para reforzar identidades, sino para vincularlas. Su propuesta tenía un mérito simbólico —digamos que era una manera modernizada de evocar al primo de Soria— con independencia de que su eficacia práctica fuera discutible. Escuchándole, sin embargo, yo pensaba que quizá hubiese una solución mejor: disponer de una televisión española potente, plural, pública y rigurosa, consciente de su papel vertebrador. <<

[57] Ni siquiera me excita evocar que ha sido a veces templo expiatorio, como cuando el dibujante Mariscal acudió a ella —fue en 1988 y en un programa que dirigía y presentaba Àngel Casas— para arrepentirse públicamente y pedir perdón al pueblo de Cataluña por unas palabras ofensivas sobre los catalanes y sobre Jordi Pujol, incluidas en una entrevista que publicó el diario valenciano *Las Provincias*. Algunos de los detalles de ese ritual pueden consultarse en *Mariscal*, Llàtzer Moix, Anagrama, 1992. <<

[58] Puede discutirse qué sea y qué no sea «objetivamente importante». Por supuesto. En realidad, el periodismo se pasa buena parte de su tiempo tratando de solucionar la concreción específica, diaria de ese problema. Para valorar la importancia de una noticia determinada y tratar de mitigar la influencia que en su valoración concreta tengan los gustos éticos y estéticos de los responsables, o sus experiencias y compromisos personales el periodismo acude a muchos métodos. Uno de los más agudos y eficaces, por cierto, lo formalizó Llorenç Gomis en su *Teoría de los géneros periodísticos*, al proponer como cuantificación de la importancia de una noticia el número y la intensidad de los comentarios y las consecuencias que previsiblemente vaya a producir. Cualquier método tiene seguramente aspectos respetables. Ahora bien, que la disponibilidad de una determinada imagen encarezca o abarate un hecho determinado es una posibilidad que nada tiene que ver con el periodismo escrito. La única condición retórica del periodismo escrito —y aun diría de cualquier periodismo— es tener las palabras necesarias para contar una historia. <<

[59] Es un lugar común el chiste: «Los periodistas escribimos en el espacio que nos dejan libre los anuncios». Es un lugar común para la gente del oficio. Pero muchos lectores desconocen que el número de páginas de un periódico, y por tanto el espacio que dedica a las informaciones, depende salvo casos muy excepcionales de la publicidad. En todos los periódicos hay una ratio entre volumen publicitario y número de páginas que debe respetarse para que la edición sea rentable. <<

[60] Mi sospecha es que esa influencia, esa delimitación del campo visual, se ha producido también en todas las otras televisiones autonómicas respecto a las diversas prensas locales. Pero es sólo una sospecha. <<

[61] No tengo absolutamente ninguna duda: si TV3 hubiera incluido los toros en su programación —trata a los toros como *El País* trata al boxeo: sólo cuando hay muertos—, si hubiera colaborado medianamente en la creación de un *star system* taurino autóctono, los periódicos catalanes habrían aumentado inexorablemente sus espacios taurinos locales. <<

[62] TV3 se ha desarrollado, como el propio nacionalismo, a partir de una lógica territorial. Absurda, sin duda, pero muy evidente. Ante la deshuesada realidad de que la distribución de la población en Cataluña es muy poco homogénea —el 50 por ciento de los habitantes vive en el 10 por ciento del territorio— y siguiendo las instrucciones ideológicas según las cuales Barcelona y su hinterland son territorios sospechosos (¿a qué si no, haber inventado la expresión inequívoca de la *Cataluña catalana*), han optado por homogeneizar sus informaciones. Así, y descontado tal vez el momento olímpico (y aun aquí habría mucho que ver), la información de Barcelona y sobre Barcelona —y decir eso es decir también la información de la ciudad, sobre la ciudad— ha ocupado mucho menor espacio relativo que la dedicada a la Cataluña rural o semirural. Ser diputado en Lérida es mucho más barato que serlo en Barcelona. Lo mismo ser noticia. <<

[63] El 27 de noviembre de 1994 TV3 emitió el programa *Sumaríssim 477* sobre la detención, el juicio y la muerte del dirigente democristiano Manuel Carrasco i Formiguera. La periodista Dolors Genovès dirigió el programa. <<

[64] Antonio Martínez Tomás, que hizo varias cosas despreciables en esta vida, nos fue siempre de una extrema utilidad. Crítico cinematográfico de *La Vanguardia* durante muchos años, sus juicios eran infalibles. Cuando AMT despellejaba una película no había duda alguna: se trataba de una película imprescindible. Su caso es singular: jamás tenía razón. <<

[65] Era imposible que su propia voz se escuchase. Todos estaban muertos. El que estuvieran muertos era la condición que las autoridades militares imponían para que el sumario pudiera hacerse público. Es, probablemente, la misma condición que impide conocer por ahora el sumario del presidente Lluís Companys: tal vez algunos de los testimonios que contribuyeron a su inculpación viven todavía. Se trata, a mi modo de ver, de una bárbara condición. De una condición muy injusta. Pero no hay que culpar sólo a los militares de ello. En realidad, se trata de un lugar común en la exposición de la memoria. Cuántos memorialistas no eluden la descripción de determinados hechos arguyendo que los protagonistas o sus familiares directos están aún vivos... ¡Como si no fuera mucho más dañino que sus argumentos no puedan encontrar ya, por parte de los aludidos, otra versión, otro matiz, más eco que el propio de las tumbas! <<

[66] En una conversación posterior que mantuve con Dolors Genovès —fui a verla para que explicara su versión de los hechos, en un momento todavía inicial de la polémica—, ella me aseguró que no sabía quiénes eran los hijos de José Ribas Seva y Carlos Trías. Es decir, no había relacionado a Pepe Ribas con su padre, ni a Carlos Trías con su robusta herencia: un filósofo (Eugenio), un escritor (Carlos) y un político (Jorge). Dolors Genovès había dedicado más de un año de trabajo al reportaje: prefiero creer que mintió. <<

[67] En un caso, además, la disponibilidad de ese *tête à tête* estaba poco menos que garantizada. Al fin y al cabo, Eugenio Trías, había decidido participar, poco tiempo antes, en el libro colectivo *En el nombre del hijo*. Un interesante ejercicio psicológico y literario donde la escritora María Charles colocaba a un grupo de intelectuales y artistas frente a la sombra, glacial y ardiente, del Padre. <<

[68] Según la versión de la hija —corroborada por varios investigadores— Manuel Cruells no fue nunca director del *Diario de Barcelona* y por lo tanto no se le podía responsabilizar del escrito —en realidad una nota editorial sin firma— que contribuyó al exilio de Carrasco. Mientras vivió, su padre siempre había desmentido esta versión de los hechos y así lo había dejado escrito en alguno de sus libros. <<

[69] No imagino que en un caso semejante se hubiera subrayado la insistencia de ser españoles, franceses, alemanes, etcétera. <<

[70] Obviamente, también el nacionalismo español acudió en su día a estrategias semejantes. La acusación de antiespañoles dirigida genéricamente a los republicanos fue ampliamente esgrimida por la propaganda franquista. Que yo sepa, y a salvo de excepciones marginales, los republicanos no utilizaron jamás semejante aparato retórico. Es indiscutible que colocar al enemigo en la extraterritorialidad libera las conciencias y permite matar más a gusto. Sería temible que el nacionalismo —que basa toda su palabra revelada en el azar de haber reunido bajo un mismo cielo a un número determinado de hombres— hubiera de reconocer que en una contienda civil individuos que comparten el mismo azar precario —hermanos, al fin— están matándose unos a otros. A fin de evitar semejante incomodidad ontológica, uno de los contendientes, o los dos, procede a despojar al otro de su identidad. Sólo entonces el Otro —alcanzada por fin su condición de extraño— está preparado para recibir el tiro en la nuca. <<

[71] Umberto Eco ha definido con gracia y precisión esa extraña actitud de los periódicos respecto a la televisión. «Es como si un camión a sueldo de una determinada empresa —cito de manera aproximada— llevara escrito en el remolque con letras muy grandes y vistosas el nombre de su principal competidor.» <<

[72] Suplemento cultural en lengua catalana que publica cada jueves *El País* en su edición de Cataluña. <<

[73] Joan M. Thomàs había escrito y publicado un estudio sobre la actividad de la Falange en Barcelona, en el tiempo inmediatamente posterior a la Guerra Civil. Probablemente, Thomàs es el historiador que mejor conoce el mundo del franquismo catalán de la primera hora, sus personajes y sus conflictos. Para escribir ese libro, además, había consultado muy especialmente los archivos personales de José Ribas Seva y de Carlos Trías Bertrán. <<

[74] Entre ellos destacó una desdichada tertulia en Catalunya Ràdio que entretuvo a Baltasar Porcel, Ernest Lluch y Lluís Foix. Este último trató de contener los ánimos, pero Porcel y Lluch no se anduvieron con chiquitas. Por un día, por el pequeño fragmento de un día, pudieron volver a sentirse de izquierdas llamando «hijos de asesinos» a los que habían criticado el trato que recibían sus padres en el documental. El desvarío de Lluch no me sorprendió: baste decir que habla como escribe. El de Porcel, algo más: en momentos de clara unanimidad nacional suele asomar su patita heterodoxa. Pero no cabe duda de que aquel día se comportó como un perfecto caballero almogávar. <<

[75] Tampoco fue decisivo, a pesar de lo llamativo del caso, el testimonio de José María Sagnier Sanjuanena. Se trataba de un testigo aportado por la defensa, cuya declaración presentó dos partes nítidamente diferenciadas. En la primera realizaba una defensa de Carrasco, basada en su catolicismo —atenuante que también reconocieron algunos de los testigos de la acusación—, pero en la segunda cargaba las tintas contra su presunto separatismo. Era una declaración conflictiva, compleja, pero seguramente mucho más importante que las que Genovès sacó a la luz. Como toda justificación, la periodista dijo no haber podido encontrar datos personales del testigo en ninguna parte. Pero lo cierto es que José María Sagnier, notario, era un hombre muy conocido en Barcelona, como Josep Benet se encargó de subrayar en uno de sus artículos sobre el caso. <<

[76] La idea más sólida que he acabado por hacerme sobre este espinoso fragmento de la historia es la siguiente. El entonces vicepresidente del gobierno, Narcís Serra, facilitó la difusión pública del sumario una vez se comprobó que todos los implicados en él habían muerto. Sin embargo, acordó implícita o explícitamente con Joan Granados que en el reportaje no se nombraría en ningún momento a los testigos. Granados dio su asentimiento y puso en manos de Dolors Genovès el sumario. La periodista empezó a trabajar en él, en colaboración con Hilari Ragner —autor de una biografía sobre Carrasco— y la propia familia del político. Con muy buen criterio, Dolors Genovès acabó negándose a eliminar de su reportaje los nombres, con el apoyo de buena parte de los directivos de la casa. La situación estuvo a punto de provocar una crisis: Genovès se negaba a firmar el reportaje si se ocultaba la identidad de los testigos. Por su parte, Granados aludía al pacto con Serra. Y tal vez a sus propias convicciones: la sumisa carta a Eugenio Trías —y la descalificación radical de Dolors Genovès— sería la prueba de ello y no un peculiar ejercicio de cinismo. La firme presión de Genovès y el problema que se avecinaba —tarde o temprano se acabaría sabiendo que TV3 había ocultado la identidad de los testigos— llevaron a Granados a dejar la decisión en manos de una más alta autoridad, cuyo nombre no he podido saber con certeza. Una tarde le llevaron las cintas del programa y poco después daba el visto bueno a su contenido. <<

[77] Manuel Carrasco i Formiguera fue condenado a muerte en agosto de 1937, pero no fue fusilado hasta abril de 1938, pocos días después de que la espía franquista Carmen Tronchoni y dos comandantes rebeldes corrieran la misma suerte en los fosos de Montjuïc. Durante los meses que median entre la sentencia y el fusilamiento las negociaciones para un canje fueron muy intensas. Y aunque no hay pruebas terminantes de ello, algunos historiadores vinculan la suerte de Carmen Tronchoni y los dos comandantes a la del político democristiano. <<

[78] «Alguien subiría al cansado corazón del viento en llamas / por la empinada garganta de las invisibles torres. / Alguien miraría los pueblos y los caminos reales / bajo la pajiza fiebre del sol sobre los rastrojos. / Alguien cruzaría las calles de la siesta imaginando / frases de carbón o historias de sangre por las paredes. / Alguien soñaría a la dura sombra de aguas vivas... / (... Alguien sabría por qué el cielo iba con tanta pereza/ dejando caer el fruto sin madurar de la tarde...).» Mario López, *Siesta del Sur*. <<

[79] Los castellers actuaron por primera vez en la Feria el año 1996. No fue una actuación muy lucida —llovía y el desinterés fue general—, pero las imágenes que convenían fueron puntualmente logradas. <<

[80] ¿Son idiotas los fotógrafos o los cámaras? ¿Trabajan en contra de la verdad? No, no todos. Ellos también tienen sus problemas técnicos y a su vez les pesan las imágenes dominantes de ese discurso afectado y grandilocuente, sensiblero. Por otro lado, como los propios periodistas, tienen la obligación laboral de servir un discurso y no otro. Cabe, además, admitir la dificultad de servir un discurso realista sobre la Feria, que hubiera sido interpretado fácilmente como un menosprecio casi étnico. De hecho muchas de mis propias crónicas fueron interpretadas así. <<

[81] Y tan fascinante. Un crótalo, aparte de una serpiente muy venenosa, es también una castañuela primitiva. (La serpiente se llama así por los cascabeles/crótales.) <<

[82] El Tricicle es un grupo de teatro catalán, propietario de un humor mudo y de amplio espectro. En su día presentaron al organismo correspondiente de la Generalitat un corto cinematográfico de elaboración propia a fin de competir en los Premios Nacionales de Cinematografía de la Generalitat. Su candidatura fue rechazada. Incumplía las bases. Era un corto mudo: presentaba una epopeya de pies caminadores. No lo rechazaron por eso. Es que su título era un refrán: *Quien mal anda, mal acaba*. En castellano. A concurso admitieron otro: *To Blow One's Brain Out*. Llevaba el título en inglés. Pero, traducido, quería decir *Volarse el cerebro*. Sería por eso. <<

[83] Según algunas informaciones, el presidente Jordi Pujol quiso relevar a Antoni Comas de su cargo en la última crisis de gobierno. Entre el globo sonda que anunciaba presuntamente sus deseos y el momento de la decisión definitiva pasaron algunos días. Comas los aprovechó bien y a la hora de tomar la decisión Pujol se encontró encima de la mesa con centenares de peticiones para que el cambio no se produjera. Y no se produjo. De todos modos, acostumbrado desde muy joven a interpretar en clave maléfica las decisiones de Jordi Pujol, sospecho que esa historia no es completamente cierta. Pienso, más bien, que Pujol, sometido sin duda a fuertes presiones desde los sectores más razonables —e inmaculados— del nacionalismo, quiso cargarse de razón para no destituir a Comas y para dejar así sin variaciones el establishment asistencial. ¿Lo veis?, pudo decir a los críticos mientras la mesa iba llenándose de cartas. Tal vez perdió autoridad pública —le sobra: puede derrocharla sin problemas—, pero compensó esa pérdida con los beneficios de un leve gesto de distanciamiento con su polémico consejero —puede serle útil en los días que vendrán — y aún se permitió el virtuosismo de dar a entender —inserto en la nueva onda de los presidentes esponja, venida de América— que es sensible a la voz del pueblo, que sabe rectificar. En cualquier caso, tres hechos se mantienen invariables para lo que aquí interesa: la política asistencial continúa, Comas continúa y los centenares de cartas fueron efectivamente escritas y enviadas. <<

[84] No es extraño que lo prohiciera. Jordi Pujol, en un texto de los años cincuenta, reeditado sin mengua ni rubor en 1976 —aunque a partir de 1977 su autor empezó a ofrecer disculpas en cada cíclico y asombrado redescubrimiento de sus palabras: el último este invierno—, escribía que el grupo más numeroso de esos inmigrantes, es decir, el pueblo andaluz era «la prueba viviente de cómo los hombres necesitan un pueblo seguro de sí mismo, un pueblo sólido y bien definido en sus valores fundamentales: el hombre andaluz no es un hecho coherente, es un hombre anárquico. Es un hombre destruido [...] Desde un punto de vista religioso y desde un punto de vista de respeto y estimación, estos hombres son más respetables que nadie. Representa, además, una esperanza: en Catalunya tenemos experiencias de lo que pueden llegar a valer cuando se encuentran en un ambiente favorable». (Citado en *Jordi Pujol, Historia de una obsesión*, Siscu Baiges y Jaume Reixach, Temas de Hoy, 1991.) *El somni català* es esto para el pensamiento nacionalista: la posibilidad de ser hombre. Ni más ni menos. <<

[85] Mi colega Marcos Ordóñez, que me conoció como Arcadio, ha mostrado alguna vez un gran dolor por esta amputación, parecido, supongo, al que yo sentí el día que vi transformado mi Mao Tse Tung en Mao Zedong. Cierto: los nombres son menos de uno que de los demás. El aludido dolor lo ha mostrado públicamente en el diario *Avui* donde traducen todos sus artículos, escritos originariamente en castellano. Todavía no ha aprendido a amputarse solo el indomeñable —mas agradecido— leonés. <<

[86] Xavier Pericay y Ferran Toutain habían publicado en 1986 *Verinosa llengua* (Empúries), un libro decisivo en la formación de mi conciencia lingüística. <<

[87] Muy poco más tarde Federico Jiménez Losantos y el grupo que vertebraba la revista *Diwan* empezó a decir algo y concluyente. A Jiménez Losantos acabarían pegándole un tiro en las piernas un grupo de activistas de Terra Lliure, un inequívoco aviso para navegantes sobre el que la crónica oficial catalana pasa siempre de puntillas. El herido acabó yéndose de Cataluña, con asco y dolor. Ha dejado un relato de ese tiempo y de esa circunstancia en el prólogo a la última edición de su libro *Lo que queda de España*. El prólogo tiene 150 páginas y es de lectura obligada para los que quieran trazar un retrato de la Barcelona de las postrimerías del franquismo y los primeros años de la Transición. <<

[88] El presidente Pujol opina sin embargo lo contrario: en el otoño de 1996, cuando empezaban a aparecer las primeras grietas en el *frente lingüístico*, no tuvo inconveniente en declarar que la presencia del castellano en Cataluña se debe a «un acto de una antigua violencia», refiriéndose tal vez al Decreto de Nueva Planta de Felipe V o a la victoria franquista. Cualquiera de las dos hipótesis estigmatiza la lengua castellana, haciéndola hija de un acto de guerra y dándole un carácter unívoco de expresión del mal, aunque sea ésa la lengua de los inmigrantes, o sea una de las dos lenguas en que se ha manifestado el progreso material y espiritual de Cataluña. Las palabras de Pujol, como tantas de sus palabras, no merecen mayor comentario analítico: revelan uno de los pecados originales del nacionalismo, esto es, el de antropomorfizar la lengua, confiriéndole carácter, sentimientos, intenciones. <<

[89] El término *los capitanes*, por ejemplo, aplicado a ciertos dirigentes del PSC. <<

[90] Durante la crisis de noviembre, Antonio Santiburcio, uno de los responsables de la federación de Barcelona del PSC, declaró a Margarita Rivière en *La Vanguardia* que «un emigrante nunca podría llegar a ser alcalde de Barcelona». En esta confesión —del mismo rango de aquella que hace también imposible que un negro sea presidente de los Estados Unidos de América— se resume el fracaso integrador de la izquierda catalana. No importa que se trate de una declaración cierta o no: basta con que se tenga en cuenta quién la dice. <<

[91] Éste es el mayor de sus méritos. El proceso, visible incluso en la propia redacción final que acabó adoptando el libro, se inició con una clara voluntad ajusticiadora del movimiento en defensa del castellano —el capítulo primero es, en este sentido, un exponente casi patético: Voltas no puede demostrar que la dirigente de CADECA, María Asunción García, se autolesionara, pero deja caer sobre ella, sin mayor justificación que sus iniciales prejuicios, la basura de la sospecha— para ir evolucionando en la misma dirección que la realidad. Que Voltas permita al lector comprobar los pasos que van rigiendo su propia adhesión al principio de realidad es un mérito inusual y ejemplar. <<

[92] Decía eso y decía mucho más en esa entrevista fundamental. Su reconocimiento de que amplios sectores de la sociedad catalana, especialmente juveniles, vivían con una gran indiferencia el hecho nacional catalán me parece también trascendente. <<

[93] La lengua es un derecho de los individuos y no una imposición de los territorios a los individuos que los habitan. Debería ser elemental. Pero no lo es ni siquiera para la Constitución Española, cuyo artículo 3 —influido por el temor a la disgregación lingüística y creo que sin demasiado parangón en el derecho constitucional— establece: «Todos los españoles tienen el deber de conocerla [la lengua castellana] y el derecho de usarla». Una coerción inconcebible para un inglés o incluso para un francés y que no hace sino insinuar la debilidad de un sistema lingüístico determinado. <<

[94] En realidad el primer político catalán que se había atrevido a ello había sido Aleix Vidal-Quadras. Pocas semanas antes de las elecciones autonómicas de 1995, y en un acto organizado por la Asociación por la Tolerancia Lingüística, formalizó su disenso proponiendo la reforma de la Ley de Normalización Lingüística. Pero no es relevante: se trataba de un apestado que, por lo demás, ya recibió luego su merecido. <<

[95] Royo escribió muy valerosamente, muy anticipadamente un libro estupendo: *Una llengua és un mercat*, Barcelona, Edicions 62, 1991. <<

[96] Conozco el orgullo catalán porque su manera de dar la hora indique presuntamente una posición de vanguardia en el tiempo. Pero, francamente, los razonamientos que justifican ese orgullo me ha parecido siempre que están a *tres quarts de quinze*. <<

[97] En general, la literatura del apocalipsis me produce una gran curiosidad psicológica. Suelen practicarla hombres que se encuentran en la crecida de la edad y que confunden siempre el inexorable apocalipsis personal con el más incierto apocalipsis colectivo. Dan la sensación de que quieren irse con una cierta satisfacción a la tumba, estableciendo que el mundo que vendrá va a ser mucho peor que el que a ellos les ha tocado vivir. Hay también apocalípticos con treinta años —un rasgo de carácter con el que no cabe extenderse— y también —y es una especie que tiene asegurada la supervivencia— apocalípticos coyunturales. Cuando las cosas les van mal, o simplemente regular, éstos proclaman —con una envidia filosófica que no va más allá de Nostradamus— que el fin del mundo está próximo. Pero en cuanto firman un buen contrato —editorial, periodístico—, o cuando nombran subsecretario o concejal de Cultura a un amigo, a un buen amigo, su punto de vista sobre los asuntos generales y su pronóstico sobre las incomodidades venideras cambia: se deslizan de Nostradamus al gabinete volteriano de M. Pangloss con un cinismo espectacular. En cualquier caso, los pronósticos humillantes sobre el futuro —sea la desaparición de una u otra lengua, el fin de la escritura o la destrucción del libro— no son más que la consecuencia de un ego superlativo y de la inclusión de un ciego y siniestro determinismo en el devenir del Hombre. Pensar que la Humanidad va a apostar por la autodestrucción un segundo después de que no estemos nosotros para evitarlo es pensar en unos hombres inferiores, prisioneros del destino, que eligen para sí mismos lo peor, si es que la capacidad de elección aún se les concede. <<

[98] Las polémicas lingüísticas se suceden en Cataluña y en España con una regularidad prácticamente solar. En una de ellas, la que encaró a los escritores José Antonio Gabriel y Galán y Joan Ferraté, este último dejó escrito un párrafo sustancial, cuyo único desvarío nace de la evaluación del presente: «... hacia 1510, Bartolomé Torres Naharro, natural de Torre de Miguel Sesmero, un lugar de Extremadura, escribió en Roma y para un público romano (español en su mayor parte) su *Comedia Seraphina*. Es una obra llena de encanto, notable además por el hecho de que está compuesta en cuatro lenguas distintas: el catalán (o valenciano), el castellano, el italiano y el latín. Es seguro que su autor no debió esperar a haberse establecido en Italia para civilizarse. En cualquier caso, lo que es civilizado desde el punto de vista de sus respectivas lenguas sí que lo son sus personajes. Sin ningún empacho, cada cual habla la suya y todos se entienden entre sí perfectamente. El catalán, que es lengua de la protagonista, ocupa una quinta parte de los versos de la obra. El castellano, lengua del galán, tal vez ocupa la mitad del total. Una sola intriga desarrollada en cuatro lenguas distintas, cada una de las cuales es la propia de los respectivos personajes. ¿No valdría la pena que los españoles de hoy día nos propusiéramos representar en este país aún tan chirriante una comedia por el estilo? Cuatro lenguas, una sola acción, un solo país que podría adoptar el nombre de Serafinea (para no seguir hiriendo a aquellos a quienes el nombre de España les da arcadas) y cuyos naturales se llamarían serafinos (a la manera de los lituanos, naturales de Lituania)». (*El País*, 10 de febrero de 1992.) <<

[99] El lingüista Jesús Royo calcula (*op. cit.*) que cualquier persona que quiera aprender catalán o castellano, sabiendo alguna de las dos lenguas, tiene el 80 por ciento del trabajo hecho. <<

[100] Puede haber un pequeño problema, lo reconozco. Dada la afición catalana a la escatología su trato con la palabra *merda* es más habitual que el que tiene un hablante castellano con la palabra *mierda*. Pero tampoco el castellano *mierda* tiene el mismo valor, la misma contundencia, en Barcelona que en Salamanca. Ése es un ejemplo de las interrelaciones profundas que se establecen entre dos lenguas que conviven en un mismo territorio. <<

[101] Otra menudencia: si bien es cierto que las formas suelen guardarse en el oasis, no lo es menos que esa particularidad casi climática del ambiente se altera en ocasiones. Y siempre en una dirección determinada del viento. El verano pasado, y a propósito de la polémica sobre la bandera y el escudo municipales de Barcelona — polémica en la que el señor Armand de Fluvià, por cierto, llevaba toda la razón—, el diario *Avui* entrevistó al escritor Quim Monzó y le preguntó qué opinaba. He olvidado su respuesta, excepto en sus últimas palabras que aludían, textualmente, «a la cort, en el sentit porcí, de l'alcalde Maragall». Nadie arrugó la nariz, a pesar del olor. Por lo tanto, Cataluña es un oasis en la medida en que nadie habla en el sentido porcino de la corte —lo llaman más técnicamente: el entorno— de Pujol. El resto de las alegorías es de perfecto curso legal. <<

[102] En realidad, la literatura no reclama nada de este estilo. Los gentilicios le traen absolutamente sin cuidado. Vaya pues la precisión —¡y un brindis!— para los taxónomos. Otro oficio. <<

[103] No obstante, las universidades catalanas continúan manteniendo una apreciable capacidad de seducción, la más alta de España según algunas estadísticas. A propósito de ello el profesor Josep Maria Casasús me explicó hace poco una anécdota formidable: la de aquel alumno extranjero, matriculado en Derecho laboral en una universidad sevillana, que trasladó sus estudios a Barcelona, «porque allí hablaban un castellano que no lograba entender». <<